

Louis Adamic



DINAMITA

La historia de
la violencia de clase
en América. 1830-1930

1934

Fondo documental

EHK

Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak

DINAMITA

Un siglo de Violencia de clase en América 1830-1930

LOUIS ADAMIC

Nota sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original
en inglés.

El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

<http://www.abertzalekomunista.net>

Traducido del inglés con IA

REBEL PRESS

Publicado por primera vez en 1931 Revisado por el autor en 1934
Edición revisada y publicada por Rebel Press en 1984.

ISBN 0 946061 03 3

Impreso por
Aidgate Press, 84b Whitechapel High Street
Londres E1

Contenido

Primera parte: Leves comienzos

- 7 1 Conducta insolente,
- 10 2 Los Molly Maguires,
- 17 3 Los grandes disturbios de 1877,

Segunda parte: "Dinamita... ieso es!"

- 29 4 Propaganda por el hecho,
- 33 5 El escenario está preparado,
- 42 6 La bomba de Haymarket,
- 57 7 El movimiento se convierte en barullo,
- 58 8 Los delincuentes se unen a la guerra de clases,

Tercera parte: La guerra comienza en serio

- 63 9 La huelga de Homestead,
- 67 10 El ejército de Coxey,
- 77 11 La rebelión de Debs,
- 76 12 Violencia en Occidente,
- 78 13 Los albores enrojecidos del siglo XX,
- 81 14 Al diablo con la Constitución,
- 86 15 El juicio por asesinato en Idaho,
- 93 16 Los wobblies,

Cuarta parte: El caso McNamara

- 105 17 Guerra de clases: 1905-1910,
- 109 18 La AF de los dinamiteros L,
- 115 19 La trama de la dinamita de Los Ángeles,

- 121 20 La explosión y después,
- 124 21 ¡Arriba el marco!
- 127 22 El juicio,
- 132 23 Confesiones,
- 140 24 La AF de Llos pierde su militancia,

Quinta parte: Masacres, montajes y asesinatos judiciales

- 149 25 Matanza este y oeste,
- 153 26 El caso Mooney-Billings,
- 159 27 La gran huelga del acero,
- 167 28 El atropello de Centralia,
- 174 29 Sacco y Vanzetti,

Sexta parte: Chantaje y sabotaje

- 185 30 Los inicios del chantaje,
- 194 31 El chantaje como fase del conflicto de clases,
- 204 32 Sabotaje y huelga en el trabajo,
- 216 Posdata,
- 220 Índice,

Primera parte

Comienzos suaves

"Puedo contratar a una mitad de la clase obrera para matar a la otra mitad".

Jay Gould

7

Capítulo 1

Conducta insolente

La lucha de los desposeídos contra los ricos en Estados Unidos fue calificada por primera vez de "guerra de clases" en 1826 en Nueva York por Frances Wright, "esa audaz blasfema y voluptuosa predicadora del libertinaje", como la llamó un escritor conservador de la época; pero en aquel momento, y durante algún tiempo después, la guerra era meramente verbal. La fogosa Fanny, junto con otros reformadores y elevadores que entonces arengaban a la joven república, se contentaba con fieros y frecuentes estallidos de elocuencia denunciando los males sociales y económicos de la época.

En el primer cuarto del siglo XIX se produjeron algunas huelgas para conseguir mejores salarios y el reconocimiento de las organizaciones obreras. Las huelgas solían implicar a una docena o veintena de personas, pero eran, sin excepción, asuntos pacíficos. Los huelguistas, al parecer, se vengaban de los esquiroles llamándoles "ratas" y otros insultos. Las huelgas se consideraban "conspiraciones" o "empresas maliciosas", que entraban dentro del antiguo derecho consuetudinario de Inglaterra contra la interferencia en el comercio, que continuó en vigor en los Estados Unidos

después de la revolución; y, la mayoría de las veces, los huelguistas eran inmediatamente arrestados y multados o encarcelados y sustituidos por trabajadores no organizados.

Pero eso no era grave para los huelguistas. El país era joven y vasto hasta lo inimaginable, y uno podía seguir adelante y muy probablemente superarse. La frontera atraía a los aventureros que se enfrentaban al nuevo industrialismo del este. En el oeste, la tierra era gratis, sin más gastos que el viaje, algunos aperos y uno o dos animales. No tenía sentido luchar por un trabajo. Y si uno quería emociones, el desierto estaba lleno de indios por matar.

A finales de la década de 1930, sin embargo, los inmigrantes —en su mayoría alemanes, irlandeses y holandeses— comenzaron a llegar a la tierra de promisión en cantidades considerables, y a partir de entonces los incidentes de violencia obrera fueron frecuentes.

Las condiciones en Europa en aquella época eran malas, y los industriales estadounidenses en ascenso, que consideraban que los trabajadores nativos eran demasiado independientes en cuanto a salarios y horas de trabajo, enviaron agentes a Irlanda y al continente para atraer a los pobres a Estados Unidos con fantásticas historias de montañas de oro y libertad y oportunidades ilimitadas. *The Voice of Industry*, uno de los principales periódicos sindicales y reformistas de la época, impreso en Massachusetts, editorializaba indignado contra la "importación de rompehuelgas" y acusaba a los empresarios de asegurarse "contra las huelgas creando una numerosa población pobre y dependiente —... cuya abyecta condición en sus propios países les hacía estar dispuestos a trabajar 14 y 16 horas al día por lo que el capital considerase oportuno darles".

8

Esta indignación estaba justificada. La mayoría de los inmigrantes entonces, como después, eran campesinos no cualificados o de bajo nivel. Los empresarios estadounidenses, con el desarrollo de la maquinaria y la especialización cada vez mayor de las tareas en los talleres, podían utilizarlos ventajosamente, pagándoles salarios bajos y haciéndoles trabajar desde antes del amanecer hasta después del anochecer, en detrimento no pequeño de los mecánicos nativos. Como es natural, los obreros estadounidenses resentían la presencia de estos europeos de baja estofa — "estiércol", los llamaban—. Algunos de los sindicatos que estaban surgiendo entonces en Pensilvania, Nueva York y los estados de Nueva Inglaterra, los veían con mayor

desagrado que los empresarios que eran directamente responsables de esta clase de inmigración.

Se empleó a un gran número de trabajadores extranjeros en cuadrillas de construcción de canales en Nueva Jersey, Nueva York, Maryland y Pensilvania por un salario de entre 5 y 12 dólares al mes. También trabajaban, con sueldos ligeramente superiores, en los ferrocarriles en construcción. A menudo, cuando algún capataz se fugaba con su dinero, perdían incluso estos magros ingresos, y en tales casos no tenían ningún recurso legal. Los canales y ferrocarriles atravesaban regiones pantanosas, y la mano de obra moría a menudo de malaria y otras enfermedades. Pero a los contratistas no les costaba nada reemplazar a los enfermos y a los muertos, pues casi todos los barcos que llegaban de Europa traían más "estiércol".

Durante el segundo cuarto del siglo XIX se produjeron frecuentes "motines", como llamaba la prensa a los disturbios. La mayoría de ellos eran huelgas espontáneas, no organizadas y sin líderes, que reclamaban mejores salarios y mejores condiciones de trabajo para estos desdichados trabajadores extranjeros sumidos en la desesperación. A menudo se recurre a la milicia para sofocar los estallidos; hay muertos y destrozos y daños materiales.

En la mayoría de los disturbios predominaron los irlandeses. Los alemanes, los holandeses y otros inmigrantes sufrieron comparativamente con paciencia.

2

En 1836, una banda de trabajadores portuarios irlandeses de Nueva York se amotinó para reclamar salarios más altos y, por su "conducta impúdica", como dijo un periódico local, la policía repartió entre ellos "algunas heridas graves y probablemente peligrosas".

Los irlandeses también participaron en el motín de la ciudad de Allegheny en el verano de 1814. Los reformistas de Pensilvania acababan de conseguir que los legisladores del Estado aprobaran una ley que limitaba la jornada laboral a 10 horas y prohibía el empleo de niños menores de 12 años en las fábricas de algodón, lana, seda, papel y lino. Esto disgustó mucho a los prometedores fabricantes de la ciudad de Allegheny. Inmediatamente

despidieron a 2.000 operarios que, viviendo al día, no podían permitirse el lujo de quedarse sin trabajo. En dos semanas, la mayoría de ellos murieron de hambre o estuvieron a punto de hacerlo.

9

Un día, en su desesperación, varios centenares de hombres, mujeres y niños intentaron volver al trabajo en las antiguas condiciones de 12 horas, o en las condiciones que fueran. Tal era su afán por volver a sus máquinas y bancos que intentaron prácticamente irrumpir en las fábricas. Los guardias armados los repelieron, pero antes de que regresaran a casa, se produjo un motín en una de las fábricas en el que varias personas resultaron heridas y algunas propiedades sufrieron daños. Se realizaron unas 20 detenciones; 13 de los alborotadores —cinco de ellos irlandeses— fueron condenados y multados, pero la mayoría, al no poder pagar las multas, fueron a la cárcel. Pocos días después del motín se llegó a un acuerdo sobre la nueva base de 10 horas con una reducción salarial del 16%.

El altisonante *New York Journal of Commerce* se refirió a los disturbios como "un fenómeno exótico en este país que ha sido importado con la escoria del Viejo Mundo que tanto codiciamos" y el arrogante *Pennsylvanian* calificó a los alborotadores de "extranjeros tontos y acalorados".

3

Tales fueron los extremadamente leves comienzos de la violencia en la lucha de clases en Estados Unidos, leves en comparación con la violencia que estalló con gran frecuencia en las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX.

Los inmigrantes ignorantes eran "estiércol" y "escoria", y se les trataba en consecuencia. Hablaban diversas lenguas; había otras diferencias raciales importantes entre ellos; e incluso si los líderes sindicales y los reformistas nativos hubieran tenido alguna simpatía por su suerte, de la que carecían por completo, la organización entre ellos habría sido imposible.

En consecuencia, el hambre y la miseria general les empujaron a conductas impúdicas esporádicas, que los ciudadanos plenamente estadounidenses de la época quizá tenían razón al calificar de fenómeno extranjero en el sentido de que sólo —o en gran parte— los inmigrantes eran culpables de ello. Pero las condiciones que les provocaron los disturbios eran bastante estadounidenses; fueron los industriales

estadounidenses quienes importaron a estos extranjeros y luego los trataron de forma inhumana.

Capítulo 2

Los Molly Maguires

Durante las dos décadas inmediatamente anteriores y las dos inmediatamente posteriores a la guerra civil, la clase obrera estadounidense se encontraba en un constante estado de confusión. Los efectos de la revolución industrial sobre la mano de obra eran abrumadores.

Antes, los obreros con un par de manos hábiles y un buen juego de herramientas habían estado en pie de igualdad con los patronos; habían producido directamente para el consumo y, de hecho, habían consumido gran parte de lo que ellos mismos producían. Ahora, sin embargo, el sistema fabril se estaba generalizando. Las herramientas dieron paso a la maquinaria. Aparecieron inmensas fábricas que empleaban a miles de hombres, mujeres y niños. De repente, las máquinas tenían más importancia que las manos. El trabajo disponible dependía de las condiciones creadas por la maquinaria. Los mecánicos cualificados, antaño orgullosos de su oficio, se ven ahora reducidos a vulgares trabajadores manuales, meros apéndices, siervos de las máquinas. Los trabajadores se convirtieron en una mercancía en el mercado, igual que las materias primas o el carbón. Su objetivo ya no era directamente producir, sino mantener las máquinas en funcionamiento para el enriquecimiento de sus propietarios. Todas las consideraciones humanas en la industria pasaron a ser secundarias frente a la acumulación de grandes fortunas por parte de quienes poseían las máquinas y las materias primas.

Y los inmigrantes —más "estiércol"— llegaron en hordas. El número de niños y mujeres en la mano de obra aumentó porque eran más baratos que los hombres; además, las mujeres y los niños eran más fáciles de manejar que los hombres, que, si no les gustaba el trabajo, eran más propensos a liarse la manta a la cabeza e irse al oeste.

Hubo algunos en la república para quienes estos rápidos cambios en el campo industrial fueron una fuente de profunda perturbación. Filósofos y reformistas se pusieron a reflexionar y a lamentarse, a especular e idealizar sobre el socialismo o el humanismo. En la década de 1840, Emerson escribió

a Carlyle: "Aquí todos estamos un poco locos con los innumerables proyectos de reforma social; no hay un solo lector que no tenga el borrador de una nueva comunidad en el bolsillo de su chaleco". Existía el grupo de pensadores y soñadores idealistas de Brook Farm que, en sus estados de ánimo optimistas, albergaban encantadoras visiones del futuro —no tan lejano— en el que, entre otras mejoras y embellecimientos sociales, las fábricas reproductoras de enfermedades serían sustituidas por "grandes palacios dedicados al trabajo y al amor" y el mundo entero, en todo caso Estados Unidos, sería, en lugar de un caos de miseria y explotación, un desierto de golosinas. Pero el capitalismo, cada vez más fuerte de día y de noche, no hizo caso de los eruditos Brook-Farmers, que, citando a Samuel P Orth, han sido recordados principalmente "como un ejemplo de la futilidad de intentar fermentar un mundo de realismo mediante un átomo de idealismo trascendental". Todos los movimientos intelectuales contra el nuevo industrialismo fueron derrotados antes de empezar.

11

El sindicalismo era dócil y timorato. Había sindicatos cuyos miembros se comprometían a "evitar temas apasionantes". Los líderes obreros, así llamados, eran en su mayoría hombres que ni trabajaban ni dirigían: aspirantes a políticos de tercera fila y oradores sinuosos que tenían poca capacidad para comprender las nuevas fuerzas industriales en la medida en que afectaban al trabajador; o reformistas e idealistas desequilibrados, llenos de encantadores caprichos y anhelos, que habían extraído su inspiración original y su terminología de los escritos de los socialistas utópicos y los Brook-Farmers. Se reunían en convenciones para pronunciarse solemnemente sobre la nobleza del trabajo y recitar versos sobre las doradas gotas de sudor en la honrada frente del trabajador, que "brillan más que los diamantes en una corona". Utilizaban la retórica para ocultar su confusión ante la realidad. Con la excepción de Horace Greeley, que se dedicó principalmente a la imprenta, el movimiento sindical de la época no produjo ningún líder de cierta capacidad. Las oportunidades de enriquecerse atraeron a los que eran competentes a las empresas comerciales y a la política del lado del gran capital.

Los líderes de los trabajadores les decían que eran "nobles de la naturaleza", cuando en realidad eran la mercancía más barata del mercado industrial y afortunados si sus circunstancias inmediatas les permitían abandonar su trabajo en la fábrica o en la mina y encontrar una parcela de tierra en el desierto.

2

En agudo contraste con las ineficaces organizaciones regulares de la época, tenemos a los Molly Maguires, una sociedad secreta de mineros de la región antracita de Pensilvania a finales de la década de 1860 y principios de la de 1870, cuyo principal método para conseguir sus fines era el terrorismo: el asesinato.

Los antecedentes de los Molly Maguires estadounidenses se remontan a la Irlanda feudalista de la cuarta década del siglo XIX. Allí vivía entonces la enérgica viuda Molly Maguire, que no creía en el sistema de rentas vigente en su país y se convirtió en el espíritu dirigente de una resistencia poco organizada contra él.

Era un personaje bárbaro y pintoresco. Se tiznaba la cara y bajo las enaguas llevaba una pistola atada a cada uno de sus robustos muslos. Sentía especial aversión por los terratenientes, sus agentes, alguaciles y tramitadores, y su expresión de odio se limitaba a golpearlos o asesinarlos. Lo hacía con sus propias manos o a través de sus "chicos", que se hacían llamar Molly Maguires, o Mollies para abreviar. Estaba en contra del gobierno, que ayudaba a los tiránicos terratenientes a cobrar el alquiler. Era la jefa del llamado Partido de la Tierra Libre, cuyo estandarte eran sus enaguas rojas. Si un terrateniente o su agente desahuciaba a un campesino que no cumplía con sus pagos, ese terrateniente o agente solía darse por muerto. Los Mollies, si no la propia Sra. Maguire, se enteraban de ello; al final, el cadáver del hombre aparecía en alguna zanja o incluso en el suelo de su propia casa.

12

Los asesinatos sistemáticos de Molly fueron tan eficaces que, durante un tiempo, algunas partes de Irlanda —en particular Tipperary, WeSt. Meath y los condados de King y Queen— se volvieron inhabitables, excepto para los mollys. Finalmente, las autoridades, a instancias de terratenientes desesperados, empezaron a perseguir a Molly y a sus hijos, hasta que, en la década de 1850, hordas de ellos, incluida, al parecer, la propia Molly, emigraron a América.

Muchos de ellos buscaron trabajo en las minas de carbón de Pensilvania.

Los Molly Maguires, como orden secreta, ya existían en Estados Unidos a mediados de la década de 1850. Para ser miembro había que ser irlandés o

descendiente de irlandeses, buen católico romano y tener buenas costumbres. De forma más o menos oficial (ya que la organización obtuvo una carta constitutiva en Pensilvania con el nombre de "The Ancient Order of Hibernians"), su propósito era "promover la amistad, la unidad y la verdadera caridad cristiana entre los miembros; y, en general, hacer todo aquello que fuera lícito para el bienestar y la buena gestión de los asuntos de la asociación". Oficialmente, pretendían alcanzar estos fines "mediante la recaudación o el mantenimiento de una reserva o fondo de dinero para el sustento de los miembros ancianos, enfermos, ciegos e inválidos". Sus estatutos declaraban además que "el Ser Supremo ha implantado en nuestras naturalezas tiernas simpatías y los sentimientos más humanos hacia nuestros semejantes en apuros; y toda la felicidad que la naturaleza humana es capaz de disfrutar debe fluir y terminar en el amor a Dios y a nuestros semejantes".

Pero aunque tal era la piadosa base de la existencia oficial de la orden, en realidad los Molly Maguires se volvieron más feroces en Estados Unidos de lo que habían sido en el viejo continente, y quizá con razón. Cuando los Molly Maguires estaban en la cúspide de su poder, a principios de la década de 1870, los ultrajes se sucedieron hasta que las regiones carboníferas de Pensilvania se convirtieron en sinónimo de terror. Las esposas temblaban cuando sus maridos hablaban de visitar los distritos mineros. La gente temía salir al anochecer y nunca se movía a plena luz del día sin una pistola, que, sin embargo, no les servía de mucho, ya que los asesinos siempre disparaban a la primera.

Un escritor contemporáneo, en el *American Law Review* de enero de 1877, describió las regiones de antracita de aquel tiempo como "una vasta Alsacia".

De sus oscuros y misteriosos recovecos salía al mundo exterior una espantosa serie de historias de asesinatos, incendios provocados y crímenes violentos de todo tipo. Parecía que ningún hombre respetable podía estar a salvo allí, ya que las víctimas eran seleccionadas preferentemente de entre las clases respetables; nadie podía saber de un día para otro si no sería señalado para una destrucción segura y repentina. Sólo los miembros de una vocación podían sentir alguna certeza en cuanto a su destino. Estos eran los superintendentes y los "jefes" de las minas; todos ellos podían estar seguros de que sus días no serían largos en la tierra. En todas partes y en todo momento, atacados, golpeados y abatidos a tiros, en las vías públicas y en sus

propios hogares, en lugares solitarios y en el vecindario de multitudes, estos hombres condenados continuaron cayendo en espantosa sucesión bajo las manos de los asesinos.

13

3

No cabe duda, sin embargo, de que el trato dispensado a los trabajadores por los explotadores responsables de las minas era tal que justificaba los sentimientos de resentimiento y venganza que podían impulsar a estos mineros irlandeses a cometer actos tan drásticos. Los salarios eran bajos. A los mineros se les pagaba por yarda cúbica, por vagón o por tonelada y, en la conducción de las entradas, por yarda lineal; había muchas trampas en el pesaje y la medición por parte de los jefes. Los propietarios prestaban poca o ninguna atención a la seguridad de los mineros. Los derrumbes eran frecuentes, sepultando a cientos de hombres cada año. Cuando y donde era posible, los patronos se aprovechaban de los hombres.

En las minas había todo tipo de pequeñas dificultades. Había, por ejemplo, "trabajos suaves" y "trabajos duros". Naturalmente, un minero prefería un trabajo suave. Los irlandeses se consideraban superiores a los demás extranjeros, que también empezaban a venir a las minas, y por eso exigían los trabajos suaves para ellos. Si se negaban, un Molly se enfadaba, y su descontento podía hacer que el jefe recibiera una paliza de muerte, o incluso que lo asesinaran. Por otra parte, si el patrón contrataba a un Molly, siempre existía la posibilidad de que ambos se enzarzaran en una discusión sobre la medición de la cantidad o la estimación de la calidad del carbón del minero. Y discrepar con un Molly era casi una muerte segura. Durante un tiempo, muchos jefes se negaron a contratar a irlandeses, pero todos murieron por la violencia. Si un superintendente se atrevía a apoyar a su jefe minero contra los Molly, él también se convertía en un hombre marcado y finalmente era apaleado o asesinado.

Pero los patronos no eran los únicos enemigos de los Mollies. Los Mollies también sentían un profundo desprecio irlandés por los métodos pusilánimes e ineficaces de los sindicatos regulares. Varios líderes sindicales y oradores socialistas fueron asesinados en Pensilvania durante este periodo, con toda probabilidad por los Mollies.

Algunos de los principales Mollies eran también líderes de organizaciones mineras no secretas. Un grupo de ellos, por ejemplo, controlaba la Miners'

and Laborers' Benevolent Association (Asociación Benéfica de Mineros y Obreros), y fueron responsables de la desafortunada y larga huelga de 1874-1875 por salarios más altos, durante la cual, después de que el sufrimiento se agudizara entre los huelguistas, los Mollies les impidieron volver al trabajo con amenazas de asesinato.

14

4

Los asesinatos se llevaron a cabo de forma fría, deliberada, casi impersonal.

El Molly que quería asesinar a un jefe informaba de su queja de la manera prescrita al comité local correspondiente. Si éste aprobaba la petición del Molly agraviado, como ocurría normalmente, se seleccionaba a dos o más Molly no interesados personal o directamente en el caso de una localidad diferente, normalmente de otro condado, para realizar el trabajo, de modo que, al ser desconocidos, no pudieran ser identificados fácilmente". Si un Molly al que se había asignado el asesinato se negaba a llevarlo a cabo, era probable que él mismo muriera.

Los comités de agravios solían reunirse en las trastiendas de los salones regentados por otros Mollies y, una vez concluido el acto, celebraban el trabajo limpio con los asesinos al más puro estilo irlandés. La mayoría de los Mollies eran verdaderos hijos de su madre espiritual, la viuda Maguire: fuertes, dinámicos, robustos jueguistas, bebedores, luchadores, pendencieros, pero la mayoría de ellos eran también profundamente religiosos. Las reuniones en las que se planeaban los asesinatos solían comenzar con oraciones. Se confesaban con regularidad. Los asesinatos de Molly Maguire no eran considerados pecados personales por los asesinos, sino incidentes en una guerra, por lo que no los confesaban, aunque la Iglesia Católica Romana de América, por supuesto, había condenado oficialmente a la organización y sus fuertes acciones terroristas.

James Ford Rhodes, en una ponencia que leyó en 1909, ante la Academia Americana de Artes y Letras de Washington, se aventuró a explicar la psicología de Molly Maguire de la siguiente manera:

Sometido a la tiranía en su país, el irlandés, cuando llegó a América, tradujo con demasiada frecuencia la libertad en licencia, y tan arraigado tenía el hábito de considerar al gobierno como un enemigo [debido a los siete siglos

de desgobierno de Irlanda por parte de Inglaterra] que, cuando se convertía en el gobernante de las ciudades y robaba los fondos públicos, desde su punto de vista sólo estaba despojando al viejo adversario. Con esta tradicional hostilidad hacia el gobierno, le resultó fácil convertirse en un Molly Maguire, mientras que el inmigrante inglés, escocés y galés rehuía con horror semejante sociedad.

5

En la década que comienza en 1865, los asesinatos de Molly Maguire fueron frecuentes, con pocas detenciones, menos juicios y nunca una condena por asesinato en primer grado. Los asesinos eran siempre desconocidos en la localidad, por lo general hombres jóvenes, rápidos de piernas, que ya habían escapado antes de que nadie empezara a perseguirlos. Si alguno era capturado, siempre había una docena de mollies dispuestos a jurar por Dios y la Virgen Santa que el acusado había estado con ellos cada minuto de la noche del asesinato. Reunían jurados y elegían jueces.

Utilizando las mismas tácticas drásticas, los líderes de Molly Maguire invadieron el campo político y, erigiéndose en jefes, instalaron a alcaldes y jueces que eran miembros de la orden. A principios de la década de 1870 desarrollaron un poder político considerable en Pensilvania, especialmente en el condado de Schuylkill, donde entre 500 y 600 Molly Maguire gobernaban comunidades de decenas de miles de personas.

15

El Molly Maguire-ismo estaba en su apogeo en 1873 y 1874. Los jefes mineros y otras personas desagradables a las Mollies caían muertos semana tras semana. Los trenes carboneros eran destrozados. Sin embargo, muchos asesinatos y atropellos atribuidos a los Molly Maguire fueron cometidos incuestionablemente por otras personas.

Había entonces varios miles de logias Molly Maguire en Pensilvania, con un órgano ejecutivo central. La organización estaba a punto de afianzarse en Virginia Occidental cuando, por iniciativa de un joven explotador de minas cuyos jefes estaban siendo asesinados con gran regularidad, la parte de la sociedad organizada de Pensilvania no controlada por los Molly Maguire inició una decidida acción secreta contra los terroristas. Detectives de

ascendencia irlandesa fueron a trabajar a las minas y, tras unirse a la orden, se convirtieron en los mayores Mollies de los Mollies, o asesinos de primera agua, y como tales estaban en posición de descubrir a los líderes.

En 1875, tras una serie de asesinatos especialmente truculentos, varios líderes y miembros de la orden fueron detenidos y juzgados. Los detectives de Pinkerton —en particular un tal James McParland, que posteriormente figuró en otros casos— fueron prácticamente los únicos testigos contra ellos. Es muy dudoso que alguno de los acusados fuera directamente culpable de los asesinatos de los que se les acusaba, pero en el transcurso de los años siguientes 10 mollys fueron ejecutados y 14 encarcelados durante largas condenas.

A partir de entonces, los Molly Maguires se desintegraron rápidamente como organización terrorista. Sin embargo, la Ancient Order of Hibernians sigue existiendo.

6

Por chocante que pueda parecer a una persona que ha llevado una vida protegida, la aparición del terrorismo organizado en aquel momento y lugar era bastante natural; de hecho, es una maravilla que no estuviera más extendido.

Algunas de las explicaciones de los Mollies —a saber, la total ineficacia de los sindicatos regulares frente a las brutales condiciones industriales, la criminal indiferencia por la seguridad de los mineros por parte de los empresarios y el intenso temperamento irlandés producido por siglos de desgobierno e injusticia en el viejo país— ya las he ofrecido. Lo importante era el carbón y más carbón; las innumerables máquinas nuevas de las fábricas y las nuevas locomotoras de ferrocarril tenían que tener su fuerza motriz; y los hombres que extraían el carbón apenas importaban. Miles de inmigrantes hambrientos de trabajo, de cualquier tipo de trabajo, llegaban a Estados Unidos cada semana. Por lo tanto, si una docena de mineros perdían la vida en un desastre, era un asunto de escasa importancia para los empresarios y estaban poco dispuestos a hacer algo para evitar accidentes en el futuro, a menos que temieran a los Mollies. Matando a propietarios y jefes de minas por docenas, apaleando a cientos de otros, los Mollies mejoraron incuestionablemente las condiciones de trabajo no sólo para ellos sino para

todos los mineros de las regiones antracitas de Pensilvania, y salvaron la vida de muchos trabajadores. No cabe duda, sin embargo, de que muchos asesinatos de Molly Maguire estuvieron motivados por rencores personales mezquinos.

16

Con motivo del 30 aniversario de las ejecuciones de Molly Maguire por el Estado de Pennsylvania, Eugene V Debs, entonces en la cima de su carrera como líder radical en América, escribió en *el Appeal to Reason*:

Todos protestaron por su inocencia y todos murieron jugando. Ninguno de ellos dio la menor muestra de miedo o debilidad. Ninguno de ellos era un asesino de corazón. Todos eran ignorantes, rudos y toscos, nacidos de la pobreza y zarandeados por las despiadadas mareas del destino y el azar... El principal objetivo de la organización de los Molly Maguires era resistirse a las injusticias de las que ellos y sus compañeros de trabajo eran víctimas y protegerse contra la brutalidad de sus jefes, según sus propias y crudas nociones... Es cierto que sus métodos eran drásticos, pero hay que recordar que su suerte era dura y embrutecedora; que eran los hijos abandonados de la pobreza, el producto de un entorno miserable.... Los hombres que perecieron en el cadalso como criminales eran líderes obreros, los primeros mártires de la lucha de clases en Estados Unidos.

En los Molly Maguires tenemos los primeros inicios del chantaje en Estados Unidos, especialmente el chantaje "laboral", por utilizar el término que se empezó a usar en 1920. Los Molly Maguires a los que el estado de Pennsylvania ahorcó en la década de 1870 son considerados héroes hoy en día por no pocos dirigentes y miembros de algunos sindicatos conservadores. La organización Molly Maguire se desintegró en la década de 1870, pero el espíritu Molly Maguire, constantemente estimulado por las brutales y embrutecedoras condiciones de trabajo en la industria, siguió marchando a lo largo de las décadas de 1880 y 1890 hasta el siglo actual.

Capítulo 3

Los grandes disturbios de 1877

A finales de la década de 1860 había comenzado la "Edad Dorada", como la llamó Mark Twain, y Estados Unidos estaba absorto en la explotación y organización —principalmente explotación— de sus vastos recursos materiales, descuidando prácticamente cualquier otra consideración. La nación se lanzó a una cruzada de éxito material. ¡Éxito a toda costa! Que se lo lleve el diablo y que se joda la opinión pública. ...

Un intenso sentimiento sobre la riqueza motivó e inspiró la vida en América casi por completo. Produjo una filosofía con un principio básico suficientemente popular: la necesidad y conveniencia de la supervivencia de los más fuertes y los mejores; pero cuando esa doctrina aparecía en la práctica, era un egoísmo desnudo y sin alivio, feroz, cruel, antisocial. No cabe duda de que había muchas cosas admirables en la industria y, en general, en la vida del país, pero la mayor parte de ellas se veían oscurecidas por los sórdidos motivos individuales y los actos de los gigantes financieros e industriales, destemplados por cualquier sentimiento o inteligencia social. Los observadores sociales y políticos más agudos y de más altas miras de la época comentaban constantemente "la decadencia de la moralidad pública"... "las malas combinaciones del capital"... "la nueva esclavitud".

Hubo amargas guerras entre capitalistas que controlaban recursos cuya inmensidad era "desconocida incluso para ellos mismos". El espíritu competitivo se hacía más feroz cada año. Era el comienzo de métodos comerciales implacables: de tarifas y descuentos secretos, chanchullos, intrigas subterráneas, asesinatos, legislación especial aprobada por legisladores comprados en beneficio de algún capitalista o pequeño grupo de capitalistas. Los magnates financieros e industriales luchaban con uñas y dientes para determinar quién debía sobrevivir y dominar. Cuando dos de ellos vieron que una lucha entre ellos sería mutuamente destructiva, se combinaron para luchar contra un tercero. Comenzaron los Trusts ... Theodore Dreiser ha captado el espíritu de las grandes empresas de aquella época en sus novelas *El financiero* y *El Titán* ...Era la anarquía industrial y

financiera, exuberante, dura, irresistible. La constitución de los Estados Unidos pasaba por una broma, al igual que la presidencia del tribunal supremo. Un político honesto era aquel que se mantenía vendido a un grupo de intereses. El gobierno federal se centralizó más allá de las mejores esperanzas de Alexander Hamilton; era prácticamente la oficina central de las grandes empresas.

Los capitalistas como clase estaban totalmente de acuerdo en una sola cosa: su oposición a los esfuerzos del proletariado por mejorar su estatus. En esto, el club de la policía era el símbolo de su poder. En una ocasión Jay Gould se jactó, cínicamente: "Puedo contratar a la mitad de la clase obrera para matar a la otra mitad".

18

En el mercado de trabajo, cada trabajador competía con los demás. La solidaridad de clase era imposible, ya que, por el poder natural del ejemplo de los de arriba, y por otros medios de influencia, los muy ricos impartían a toda la población una gran medida de sus propios sentimientos e ideas respecto a los objetivos de la vida en América. La estimación millonaria del valor de la riqueza fue aceptada casi universalmente. Esencialmente, los ricos y los pobres estaban dominados por las mismas ideas y movidos por los mismos impulsos y deseos febriles. Y el sentimiento universal acerca de la riqueza desarrolló natural y necesariamente la intensa e ilimitada competencia que hizo de la vida una amarga lucha, no con la naturaleza para obtener cobijo y subsistencia, sino con otros miembros de la propia clase. Un número cada vez mayor debía inevitablemente fracasar y ser aplastado. Los ricos eran cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

2

Algunos dirigentes y reformadores se lanzaron a la búsqueda de algún plan que permitiera a los trabajadores emanciparse de la dominación patronal. Pero las condiciones en general eran tan caóticas, cambiaban tan rápida e inesperadamente, que apenas se tenía tiempo de darse cuenta de una situación cuando ésta presentaba de repente un problema distinto del que había sugerido en un principio. El movimiento sindical era, por lo tanto, un movimiento irregular; sus impulsos eran inciertos y confusos, estimulados principalmente desde el exterior y apenas desde el interior. La victoria de la jornada de ocho horas de los trabajadores australianos a finales

de la década de 1860, por ejemplo, impulsó a los sindicatos estadounidenses a iniciar una agitación en favor del sistema de ocho horas en Estados Unidos. Se aprobaron ininidad de resoluciones, se organizaron ligas y comités en las grandes ciudades industriales y se indujo a los políticos de Washington a presentar proyectos de ley para establecer la jornada laboral de ocho horas. Se iniciaron varias huelgas sobre el tema de las ocho horas, pero con los inmigrantes ignorantes e inorganizables que llegaban en grandes cantidades, dispuestos a aceptar cualquier tipo de trabajo con casi cualquier paga, y a trabajar entre 12 y 14 horas diarias, los empleadores no tuvieron dificultad en aplastar tales huelgas.

En esta época, la clase obrera sólo obtuvo una victoria notable: la gran huelga de 1872 en Nueva York, en la que participaron cerca de 100.000 personas, por la introducción del sistema de ocho horas en los oficios de la construcción y la mecánica. La lucha duró varios meses, hasta que la patronal cedió.

Una gran victoria, pero sólo momentánea. A la larga, de poco sirvió a los trabajadores, ya que, en pocos meses, el terrible pánico de 1873, cuyas secuelas duraron seis años, arrasó el país, y la mano de obra estadounidense inició el periodo más crítico de su historia.

3

El país atravesaba graves dificultades económicas.

19

Se habían construido con demasiada rapidez ferrocarriles, muelles, fábricas y otros proyectos que requerían enormes sumas de capital pero ofrecían escasos beneficios inmediatos. Un historiador contemporáneo escribió: "Los hombres ya no tenían ninguna visión de las realidades, sino que construían sobre ilusiones e imposibilidades como si fueran hechos sólidos y leyes de la naturaleza... El despilfarro absoluto de aquel periodo, si pudiera describirse adecuadamente, parecería increíble a todos los que no lo presenciaron". Finalmente, con la quiebra de un importante banco, la maquinaria económica se desbocó; el alocado galope del capitalismo estadounidense terminó abruptamente en una gran crisis.

La clase obrera, por supuesto, recibió de inmediato todo el impacto del

pánico. Cientos de miles de personas se quedaron repentinamente sin trabajo. Los salarios se redujeron. Estas reducciones provocaron huelgas prolongadas y desesperadas. Todas fracasaron. Algunas de las huelgas fueron seguidas de cierres patronales, de modo que un gran número de personas no pudieron conseguir trabajo bajo ninguna condición. Los dirigentes fueron incluidos en listas negras. Entre 1873 y 1880, los salarios reales y nominales se redujeron a casi la mitad de los niveles anteriores. Las organizaciones obreras desaparecieron. No había líderes que las dirigieran ni trabajadores que pagaran las cuotas. Sólo en la ciudad de Nueva York, el número de miembros de los sindicatos descendió de 45.000 a menos de 5.000.

En una reunión multitudinaria celebrada en Cooper Union, Nueva York, en diciembre de 1873, se exhibieron pancartas que relataban una terrible historia:

10.000 hombres y mujeres sin hogar
en nuestras calles
7500 alojados en centros superpoblados
Casas de Charnel Station por semana
20.250 parados de 11 sindicatos;
sólo 5950 empleados
182.000 trabajadores sindicales cualificados inactivos
en el Estado de Nueva York
110.000 ociosos de todas las clases
en Nueva York

Pero en otras grandes ciudades los trabajadores fueron golpeados no menos cruelmente. Ese invierno miles de personas murieron de hambre y carecieron de ropa adecuada y atención médica.

Se celebraron reuniones de los desempleados, pero con frecuencia, al anunciarse tales reuniones, las comunidades con remordimientos de conciencia se alarmaron, temiendo que una gran muchedumbre de sufrientes hasta entonces pacientes, reunida de repente, pudiera poner en peligro vidas y propiedades. A principios de enero de 1874, por ejemplo, los líderes de los pobres de Nueva York obtuvieron permiso del departamento de policía para desfilarse por las calles el día 13 y reunirse después en Tompkins Square, pero el día 12 el departamento revocó repentinamente el permiso. Fue imposible

para los líderes informar al disperso ejército de indigentes del cambio de orden. Cuando la muchedumbre —hombres, mujeres y niños— irrumpió en la plaza, llegó la policía y se produjo una escena que *The World* confesó al día siguiente que era indescriptible. "La gente se precipitó desde las puertas" —así reza un relato contemporáneo— "y a través de las calles, seguida por oficiales montados a toda velocidad, cargando contra ellos sin provocación. Los gritos de mujeres y niños rasgaban el aire, y la sangre de muchos manchaba las calles".

20

Una semana después de este suceso, *The World* publicó un estudio de las condiciones en el que se mostraba que miles de personas "vivían con entre 70¢ y 14 \$ a la semana"; que cientos subsistían con los desperdicios de la ciudad, "auténticos carroñeros".

A principios de 1877, el *Inter-Ocean*, un órgano de la administración en Washington, admitió que allí:

Nunca hubo en la historia de los Estados Unidos una época en la que existiera mayor miseria, pobreza y desdicha que en la actualidad. Nueva York está llena de want.... Los trabajadores desfilan por las calles, exponen públicamente sus sufrimientos y piden ayuda... Esta apremiante situación no se limita al Este. En Chicago, hoy, hay cientos de hombres bien nacidos, bien educados y bien informados caminando por las calles sin un centavo y sin saber dónde conseguir una cena o una cama.

4

Durante cuatro años se había amontonado el combustible para la conflagración que estalló repentinamente con las llamadas huelgas en el ferrocarril Baltimore & Ohio en el verano de 1877, menos de un mes después de que los líderes de Molly Maguire hubieran sido ahorcados.

Las compañías ferroviarias, al igual que otras industrias sometidas a la tensión del pánico, o bien utilizando el pánico como excusa, habían estado recortando los salarios de sus empleados desde el comienzo de la crisis y, abiertamente hostiles a los sindicatos, estaban despidiendo sin contemplaciones a aquellos que se atrevían a formar parte de los comités de quejas.

A principios de julio, la B&O anunció otro recorte del 10% en los salarios

de sus bomberos y guardaferros, efectivo el 16 de ese mes. La noticia sembró el pánico entre los empleados, que ya apenas podían mantener a sus familias con lo que recibían. Desesperados, celebraron reuniones de protesta y enviaron comités al director de la carretera. Éste se negó a recibirlos. Junto con los demás directivos de la empresa, creía que los tiempos difíciles les impedirían marcharse. Además, si lo hacían, tanto peor para ellos, pues había hordas de desempleados a lo largo de las líneas de la B&O entre los que elegir.

La mañana del 16 de julio, los trenes contaban con el personal habitual. Se había hablado de huelga, pero, al parecer, no se había decidido ninguna acción. A media tarde, una banda de bomberos y guardaferros abandonó el tren en un cruce de Maryland. Parecía ser un movimiento local. La compañía no tuvo dificultad en reemplazarlos. Los hambrientos pedían trabajo por todas partes.

21

Pero a medida que avanzaba la tarde, los oficiales de la compañía recibieron noticias de dificultades a lo largo de la carretera. Nada definitivo todavía; simplemente problemas... descontento... insubordinación. Y los problemas parecían más intensos en Martinsburg, Virginia Occidental, donde, hacia el atardecer, los trabajadores desviaron sus trenes y abandonaron.

En otros lugares la situación se volvió igual de aguda y dramática. Llegaron noticias de que los barqueros del canal abandonaban. A medianoche todo el sistema dominado por la B&O estaba paralizado.

Fue un movimiento espontáneo prácticamente sin organización detrás.

Avergonzados, los directivos de la empresa pidieron al gobernador Matthews de Virginia Occidental protección armada para sus propiedades. El gobernador respondió de inmediato, y en la mañana del 17 de julio se intercambiaron los primeros disparos en Martinsburg entre huelguistas y milicianos. Un bombero de la locomotora resultó herido. La situación se volvió tensa. Turbas de ciudadanos y granjeros de los alrededores se unieron a los huelguistas, y finalmente dos compañías de la milicia de Martinsburg, oficiales y hombres, se pusieron del lado de los trabajadores.

Al enterarse de esto, el gobernador, como comandante en jefe de las fuerzas armadas del estado, decidió dirigir un destacamento a Martinsburg en persona, pero mientras tanto la huelga se extendió a Wheeling, la capital.

Alarmado, envió un telegrama al presidente Hayes en Washington pidiendo tropas federales.

El presidente actuó de inmediato. Se ordenó la salida de los regulares y en tres días las dificultades de la B&O en Virginia Occidental disminuyeron considerablemente. Los trenes empezaron a circular de nuevo.

Mientras tanto, el problema se extendió —rápida y alarmanamente— a otros puntos de la B&O. Las tropas federales y la milicia aparecieron de inmediato dondequiera que la compañía ferroviaria lo solicitaba. Las tropas federales y la milicia aparecieron de inmediato dondequiera que la compañía ferroviaria las solicitara; en varios lugares su llegada incitó a una guerra abierta.

En Baltimore, por ejemplo, soldados armados hasta los dientes marchaban en pelotones y compañías. En algunos sectores, las calles estaban atestadas de turbas proletarias: huelguistas, simpatizantes, matones, desempleados. Alguien gritó un insulto a los soldados. Algunos adoquines y ladrillos volaron por los aires, hiriendo a un miliciano. Inmediatamente, sin orden del oficial al mando, varios soldados dispararon contra la multitud, matando o hiriendo a varias personas. La muchedumbre, aterrorizada, retrocedió ante las armas de los soldados; luego, más adoquines y ladrillos, y los milicianos volvieron a disparar, sembrando las calles de más alborotadores muertos y heridos.

Durante tres días continuaron los disturbios en Baltimore. A los huelguistas, que prácticamente carecían de líder, se unieron miles de trabajadores no cualificados y mecánicos sin trabajo, así como toda la clase criminal de la ciudad, ávida de una oportunidad para saquear. Un gran número de trabajadores de otras profesiones, que habían sufrido recientemente reducciones salariales, estaban de mal humor. Dieron la bienvenida a lo que pensaban que era un intento por parte de los trabajadores del ferrocarril de corregir un error común. Ayudaron a los alborotadores y estimularon el movimiento con un discurso imprudente e incendiario, hasta que se convirtió en una acción desordenada y desordenada.

En Cumberland, Maryland, los milicianos mataron a 10 personas e hirieron al doble.

5

A los pocos días del estallido en la B&O, la epidemia huelguística se extendió a la Pennsylvania Central. También aquí la acción fue espontánea. Dos días antes, a los trabajadores apenas se les había ocurrido la idea. Sus quejas eran similares a las de los trabajadores de la carretera B<&O. La empresa, que dominaba la situación debido al desempleo general, se negó a negociar con ellos.

En Pittsburgh, que se convirtió en el corazón de los problemas en Pensilvania, los huelguistas llevaron todas las locomotoras a las cocheras y se fueron a casa. Pero cuando la noticia de su huelga se extendió por la ciudad, las calles se llenaron de turbas similares a las de Baltimore. El público se mostró comprensivo. Los milicianos, que eran chicos de Pittsburgh, confraternizaron con los trabajadores, por lo que la compañía ferroviaria llamó a un regimiento de milicianos de Filadelfia y, más tarde, a las tropas federales.

Los desempleados y los hambrientos formaron turbas en varios barrios de la ciudad. Los soldados intentaron dispersarlos. En pocos días, más de 20 trabajadores murieron tiroteados y más de 50 resultaron heridos.

Una noche, varios cientos de vagones de los astilleros de Pittsburgh se empararon de aceite y se incendiaron. La conflagración se extendió rápidamente a los talleres y a las naves industriales, y antes de que amaneciera había quedado destruido material por valor de más de 5.000.000 de dólares. Los huelguistas, por supuesto, fueron acusados de haber provocado el incendio, pero la clase obrera y los escritores radicales insisten en que la mayoría de los vagones estaban inservibles y que la compañía había contratado a bichos de combustible para que incendiaran el equipo, con el fin de poder cobrar daños y perjuicios al Estado por las pérdidas sufridas durante la huelga. En su *Autobiografía*, Mother Jones avanza la teoría de que los empresarios de Pittsburgh, que consideraban desde hacía tiempo que el ferrocarril discriminaba a su ciudad en materia de tarifas, estaban detrás del incendio provocado.

Las turbas, enfurecidas por el fuego mortífero de los militares, invadieron la ciudad y saquearon los almacenes en busca de armas y alimentos. Durante un tiempo pareció que los alborotadores, aunque sin líderes, se impondrían a las autoridades. Como ocurrió en Baltimore, los trabajadores ferroviarios

en huelga que participaron en los disturbios eran pocos en comparación con los hombres hambrientos y desesperados que llevaban meses, o incluso años, sin trabajar.

En otros lugares de Pensilvania se produjeron disturbios. En Reading, 13 personas murieron y más de 20 resultaron heridas en un solo día.

6

23

También en Chicago, con el desempleo y el hambre generalizados, la situación era extremadamente tensa. Los oradores radicales arengaban al desdichado proletariado sobre "la revolución", que proclamaban inminente. Albert Parsons, que aún no se había declarado anarquista, ya estaba en la ciudad. Hay varias huelgas en marcha, todas ellas inútiles, y varias grandes fábricas acaban de cerrar a sus empleados.

El Daily News publicó un extra tras otro sobre los disturbios en Baltimore, Cumberland, Pittsburgh, Reading y otros lugares. Su tirada de más de 20.000 ejemplares se duplicó en un día y casi se triplicó en otro.

En la noche del 23 de julio, los guardagujas de la Michigan Central se declararon en huelga ante la amenaza de un nuevo recorte de sus salarios, que muy recientemente se habían reducido de 65 a 55 dólares al mes. Tres días antes no habían pensado en hacer huelga. Ahora formaban un público ávido de extremistas como Albert Parsons.

La huelga se extendió y en 24 horas todo el sistema de transporte del medio oeste, orgullo de Chicago, quedó paralizado.

La noche del 24 de julio, la policía dispersó a tres multitudes de trabajadores que se habían reunido para recibir un discurso de Parsons y otros dirigentes del SocialiSt. Labor Party. Parsons emitió circulares apelando a los huelguistas y simpatizantes para que evitaran la violencia a toda costa y solidificaran así el sentimiento público que respaldaba el movimiento por la jornada de ocho horas, patrocinado entonces por su partido. "Los grandes principios de humanidad y soberanía popular", decía, "no necesitan violencia para sostenerse".

Pero ya era demasiado tarde para predicar la no violencia. Al día siguiente se produjo una batalla entre la policía y los huelguistas cerca de la fábrica McCormick Reaper Works. Hubo muertos y heridos. Lloyd Lewis y Henry

Justin Smith, en su *Chicago — A History of its Reputation*, dicen:

Veinte mil hombres, policías y ciudadanos, estaban armados. Escuadrones de cabezas de familia llevaban fusiles al hombro y patrullaban los barrios residenciales. [En un momento dado, 50 turbas diferentes se enfrentaron a milicianos y voluntarios "especiales". Los salones fueron cerrados.... Los ciudadanos llevaron rifles y caballos al ayuntamiento. En las cocheras de Chicago, Burlington & Quincy, en WeSt. 16th Street, se destruyeron locomotoras y se dispararon salvas. Se libró una batalla campal en el viaducto entre las avenidas Halsted y Archer. El terror tenía agarrados por el cuello a los hombres de negocios, que exigieron 5.000 milicianos para acabar con "los miserables andrajosos de la Comuna". Muchos de la "clase alta" abandonaron la ciudad.

Entonces llegó a Chicago un batallón de los regulares de los Estados Unidos, al mando del teniente coronel Frederick D Grant, hijo de Ulises, y ahí se acabó la contienda. La huelga se rompió.

El 26 de julio The Daily News dijo editorialmente:

Durante años, los ferrocarriles de este país han funcionado totalmente al margen de la constitución de los Estados Unidos.... Han cobrado lo que han querido por el pasaje y los fletes. Han corrompido las legislaturas estatales y municipales. Han corrompido al Congreso, empleando para ello un grupo de presión que repartió sobornos por valor de millones y millones.... Sus gestores han saqueado las carreteras y especulado con sus valores para su propio enriquecimiento. Finalmente, no habiendo encontrado nada más que sacar de los accionistas... han comenzado a asaltar no sólo al público en general sino a sus propios empleados.

24

7

La guerra se extendió hasta la costa del Pacífico. En San Francisco, los obreros se enfrentan a la policía y a los vigilantes. En todo el país se produjeron centenares de bajas; nunca se ha determinado el número exacto. El número de soldados que participaron en los disturbios se acercó a los 20.000.

A finales de julio, los alborotadores estaban totalmente sometidos: apaleados. Encima, la prensa conservadora y el púlpito empezaron a urgir, implorar y exigir al gobierno federal y a los estados separados que reorganizaran y reforzaran sus fuerzas militares, para que en el futuro pudieran estar en posición de enfrentarse más eficazmente a tales estallidos

— porque detrás de los disturbios discernían "una fuerza espantosa"... "la terrible presencia del socialismo, que más de una vez ha hecho temblar a Europa por su energía, su despotismo y sus terribles atrocidades".

Los disturbios habían sido movimientos espontáneos, producidos por el hambre, la desesperación, y esto, pensándolo bien, impresionó a las autoridades y al elemento respetable como algo peor que si se hubiera producido como una acción deliberadamente planeada y concertada. Si los disturbios hubieran mostrado algún signo de organización, el fracaso del movimiento habría sido una mejor promesa de la sumisión de los desvalidos en el futuro. Pero en esta agitación no organizada percibieron una espontaneidad elemental que mostraba la existencia de un descontento profundo y generalizado entre los humildes; de hecho, de una poderosa disposición por parte del proletariado a subvertir el orden social existente. ¿Qué ocurriría si este descontento se organizara bajo un líder fuerte, digamos un Danton, un Bakunin?

El desvalido había dado el primer gran susto al capitalismo en Estados Unidos. El recuerdo de la Comuna de París de seis años antes aún estaba fresco.

Asustado, el capitalismo decidió que debía apretar los tornillos que sujetaban a la clase obrera. La construcción de grandes depósitos de armas en las grandes ciudades industriales data de 1877. El departamento de guerra publicó un manual de tácticas antidisturbios. Pocos años después, el general EL Molineux leyó ante el Instituto del Servicio Militar de Estados Unidos un documento sobre "Los disturbios en las ciudades y su represión" y Stephen H. Olin publicó un panfleto "para circulación privada", titulado *Sugerencias sobre la estrategia de la lucha callejera*.

8

Los huelguistas que pudieron hacerlo regresaron hoscamente a sus puestos de trabajo con salarios reducidos. A algunos se les exigió que firmaran el compromiso de no afiliarse a ningún otro sindicato ni apoyar el movimiento de las ocho horas.

25

Muchos sindicatos, como he dicho, dejaron de existir durante el pánico, y la mayoría de los capitalistas, mientras seguían pensando con alarma en los disturbios, ya exultaban por el fin del sindicalismo.

El pánico duró dos años después de los disturbios.

Los agitadores socialistas, que se habían hecho numerosos durante los tiempos difíciles, se regocijaron en el espíritu revolucionario que las turbas habían encendido durante dos semanas sangrientas. Ahora sabían que tenían algo en lo que trabajar.

Además, tras el decreto antisocialista de Bismarck de 1878, emigraron a Estados Unidos cientos de socialistas alemanes cultos, muchos de ellos extremistas. Se unieron al movimiento radical poco organizado de varias ciudades, sobre todo de Nueva York y Chicago.

Durante varios años fue extremadamente imprudente que los trabajadores se afiliaran a los sindicatos o apoyaran movimientos políticos radicales. El resultado inevitable fue que, tras los disturbios, muchos empezaron a reunirse en reuniones revolucionarias secretas. De este modo, el movimiento clandestino pasó a la clandestinidad. Grupos de trabajadores empezaron incluso a proveerse de armas y a hacer ejercicios en los bosques para prepararse para las próximas batallas finales contra el capitalismo —la revolución— en las que pretendían enfrentarse a la policía y a los soldados con armas y bombas.

La explosión de la bomba de Haymarket fue sólo unos pocos años en el futuro.

Segunda parte

"Dinamita... ¡eso es!"

"¡Extirpen a la miserable prole!"

Johann Most

Capítulo 4

Propaganda por el hecho

Anarquistas europeos como Bakunin, Kropotkin y Guillaume, que vivían en Londres y en el Jura, habían mantenido sus ojos puestos en los Estados Unidos durante años, como un posible campo fértil para la propaganda y la acción anarquistas. De hecho, Bakunin, al enterarse de los desfiles del hambre en Nueva York y otros lugares, ya pensaba ir a América en 1874, pero los asuntos en Europa y su mala salud, que pronto le causó la muerte, le impidieron hacer el viaje. Ahora, en el verano de 1877, al recibir informes de las batallas en varios estados, todos estaban llenos, como dijo Guillaume, "de una viva emoción". En el *Boletín* de la Federación Anarquista del Jura, Kropotkin publicó inmediatamente una larga reseña de los disturbios. Elogia con entusiasmo las "cualidades revolucionarias" del proletariado americano. "Su espontaneidad, su simultaneidad en tantos puntos distantes, la ayuda prestada por los obreros de diferentes oficios, el carácter resuelto del levantamiento desde el principio, despiertan nuestras simpatías, excitan nuestra admiración y despiertan nuestras esperanzas".

Entonces, en 1882, Johann Most, un anarquista alemán, llegó a Estados Unidos y se convirtió en el principal exponente de las ideas de Bakunin, Nechaev y otros "propagandistas de la gesta" europeos.

Pero primero es necesario saber algo del movimiento radical en Estados Unidos antes de los disturbios de 1877.

2

El radicalismo moderno estadounidense se remonta a finales de la década de 1840, cuando el país empezó a recibir numerosos refugiados políticos de Europa, especialmente de Alemania, tras las revueltas de 1848. Representaban el socialismo que estaba cristalizando en los poderosos esfuerzos literarios de Marx y Engels. No pertenecían al elemento desvalido, sino *al Mite*, la intelligentsia de la inmigración. El movimiento era intelectual, refinado, domesticado, romántico. Fue, durante unas dos décadas, la vaga expresión de una multiplicidad de ideas encaminadas a la introducción de drásticas reformas sociales, la básica de las cuales era la reconstrucción del esquema económico para que toda la riqueza de la producción recayera en el productor. No pretendían abolir el capital, sino acabar con una clase capitalista distinta, aunque, por supuesto, nadie tenía una idea plausible de cómo podría lograrse eso en Estados Unidos. El movimiento era un murmullo de voces en el que la nota más estridente era el lamento del descontento.

30

En la década de 1850, se formaron numerosas sociedades revolucionarias y clubes educativos germano-americanos en Nueva York, Baltimore, Filadelfia, Chicago y otras grandes ciudades, con el objetivo de iniciar una revolución en la mente de la gente. Las barricadas y la violencia no jugaban ningún papel en el pensamiento de la inmensa mayoría de los socialistas de la época. Se oponían a la violación de la ley, sosteniendo con Marx y Engels que tales tácticas eran perjudiciales para la causa. Después de la guerra civil, e incluso durante ese conflicto, el marxismo había empezado a atraer —vagamamente— a algunos de los nativos americanos más reflexivos cuyas energías no estaban totalmente absorbidas por la explotación del país y de sus conciudadanos. El propio Abraham Lincoln se convirtió —no demasiado públicamente, por supuesto— en una especie de socialista. Las personas de mentalidad seria estaban perturbadas por el aumento de las influencias que afectaban a la vitalidad del gobierno. Como guardianes del orden público y la moralidad, también les inquietaban las influencias que afectaban a la conciencia social individual.

Había poco interés en la política y el gobierno desde el punto de vista más amplio del bienestar social o el patriotismo cívico. Bajo el influjo de la

pasión por el éxito material que se había apoderado del país, la honradez y la inteligencia social desaparecieron de la vida pública. Los políticos honrados huyeron o fueron expulsados de sus cargos oficiales. La influencia sobre el gobierno de un millonario desaprensivo pesaba más que los votos de un millón de personas comunes. Salvo en la frontera, el juego limpio había dejado de ser una cualidad vital de la vida pública estadounidense.

Todo esto ultrajaba la sensibilidad de mucha gente. Bajo el estruendo y el bullicio de la América industrial había una corriente subterránea de ideas, esperanzas y esfuerzos esporádicos para restaurar el gobierno a los intereses sociales y ampliar su poder para el bienestar público con el fin de incluir al trabajador más humilde.

A lo largo de la década de 1860, el socialismo se mantuvo dócilmente idealista, educado, refinado, intelectual, casi respetable. Sus llamamientos no se dirigían al elemento desvalido como tal, sino a todas las clases. Había algunos radicales exaltados y de ojos desorbitados aquí y allá, pero mientras las condiciones industriales eran todavía soportables para la mayoría de los trabajadores y la frontera seguía abierta, recibían poca atención.

Luego, con el pánico de 1873 que estalló en el país, se dieron las condiciones descritas en el capítulo anterior y, casi de la noche a la mañana, el movimiento socialista perdió su temperamento genial e intelectual. Los desfiles del hambre en el terrible invierno de 1873-1874 fueron organizados por líderes socialistas, tanto nativos como nacidos en el extranjero, y a partir de entonces el socialismo fue en gran medida —casi exclusivamente— un movimiento de hambre.

Como tal, se volvió naturalmente emotiva y *violenta*. Se apoderó de ella la desesperación de la turba hambrienta.

3

La ciudad más radical de Estados Unidos en las décadas de 1870 y 1880 fue Chicago. El Partido Socialista Obrero de Chicago, cuya carrera inicial estuvo ligada a los sangrientos sucesos ocurridos durante el pánico, actuó bajo la enérgica dirección de hombres como Philip Van Patten, Albert Parsons y G A Schilling, tácticos huelguistas y agitadores de excepcional habilidad.

Casi desde su creación, el Partido Socialista Obrero contenía un elemento extremista. De vez en cuando, algunos de sus dirigentes desesperaban de conseguir algo para la clase obrera a través de la política. Conocían las ideas marxistas, pero también leían a Hegel, Kropotkin, Bakunin, Alexander Herzen y Spencer. Además del SLP, se organizaron en los llamados clubes revolucionarios, que se reunían en salas secretas y empezaban a desesperar por iniciar "una revolución en la mente del pueblo". Clubes similares aparecieron en otras ciudades durante el pánico.

En 1881 se celebró en Chicago una convención nacional de los clubes revolucionarios y surgió el Partido Socialista Revolucionario, que competía con el SLP. Durante un año y medio el carácter de este movimiento fue muy vago. Se hablaba de violencia, dinamita y asesinatos, pero el partido en su conjunto oscilaba conscientemente entre el marxismo y el nihilismo, entre la teoría y la acción.

Entonces llegó Johann Most. Era un hombre de unos 30 años, una personalidad intensa y llamativa, algo parecido a Bakunin incluso en su aspecto; poseía una inteligencia ardiente y un temperamento violento; en gran parte autodidacta, dinámico, incontenible; con un pintoresco historial carcelario como resultado de sus acciones revolucionarias en Viena, Berlín y Londres. En Londres, con ocasión del asesinato del zar Alejandro II por los nihilistas rusos en 1881, había publicado, en su periódico *Freiheit*, un artículo ensalzando el acto e instando a otros a hacer lo mismo con los gobernantes de todo el mundo. Por ello fue condenado a 18 meses de prisión. Tras cumplir la condena, partió hacia Estados Unidos.

En América fue aclamado como un héroe por los camaradas de los clubes revolucionarios y se convirtió enseguida en el líder de los extremistas. Su grito era: "¡Extirpen a la miserable prole! — es decir, a todos los políticos y explotadores de las masas. Era un revolucionario declarado y a ultranza. Su principio de acción era el principio bakuninista: "Confiemos en el espíritu inextinguible de destrucción y aniquilación, que es la fuente perpetua de la vida nueva. La alegría de la destrucción es una alegría creadora". La mayoría creía en la dinamita y en la lucha callejera y, en sus disputas con los socialistas estadounidenses no violentos, no ocultaba su creencia.

MoSt. visitaba con frecuencia Chicago, donde las violentas doctrinas y tácticas revolucionarias ganaron un considerable número de seguidores entre los trabajadores y sus líderes. Bajo la influencia de Most, *Die Arbeiter*

Zeitung, un periódico socialista, se convirtió en anarquista declarado. Reanudó la publicación de su propio *Freiheit*; un grupo de anarquistas checos comenzó una hoja en bohemio; y para los anarquistas de habla inglesa, Albert Parsons, que, junto con muchos otros agitadores de Chicago, había aceptado las ideas y el liderazgo de Most, editó *Alarm*.

32

4

Poco después de su llegada a Estados Unidos, MoSt. publicó en Nueva York un folleto titulado *Science of Revolutionary Warfare —A Manual of Instruction in the Use and Preparation of Nitroglycerine, Dynamite, Gun-Cotton, Fulminating Mercury, Bombs, Fuses, Poisons, etc, etc.* En 1885 y 1886 se reimprimieron capítulos del libro en hojas anarquistas de Chicago y Cleveland, que, además, publicaban editoriales, llamamientos y manifiestos incendiarios.

Cito de *Die Arbeiter Zeitung*—.

[8 de abril de 1885] Aquí hay algo que vale la pena escuchar. Un número de huelguistas en Quincy, ayer, dispararon contra sus jefes, y no contra los esquiroles. Esto se recomienda enfáticamente, para su imitación.

[5 de mayo de 1885] Los obreros deberían apuntar a cada miembro de la milicia, y hacer con él lo mismo que se haría con alguien de quien se sabe que quiere quitarnos la vida. Así sería más difícil conseguir herramientas para asesinar... ¡Obreros, armaos!

[18 de marzo de 1886] Si no nos preparamos pronto para una revolución sangrienta, no podremos dejar a nuestros hijos más que pobreza y esclavitud. Por tanto, ¡preparaos! Con toda tranquilidad, ¡preparaos para la revolución!

Y lo siguiente apareció en Parsons' *Alarm* el 21 de febrero de 1885:

¡Dinamita! De todas las cosas buenas, ésta es la que hay. Mete varios kilos de esta sublime sustancia en un tubo de una pulgada (de gas o de agua), tapa los dos extremos, inserta un tapón con una mecha, colócalo en las inmediaciones de un montón de gandules ricos que viven del sudor de la frente de otras personas y enciende la mecha. El resultado será de lo más alegre y gratificante. Al dar dinamita a los millones de oprimidos del mundo, la ciencia ha hecho su mejor trabajo. La querida materia puede llevarse en el bolsillo sin peligro, mientras que es un arma formidable contra cualquier fuerza de milicia, policía o detectives que quieran sofocar el grito de justicia que sale de los esclavos saqueados. Es algo poco ornamental, pero sumamente útil. Puede

utilizarse contra personas y cosas. Es mejor usarlo contra las primeras que contra los ladrillos y la mampostería. Es una auténtica bendición para los desheredados, mientras que infunde terror y miedo a los ladrones. Nuestros legisladores bien podrían intentar sentarse en el cráter de un volcán o en la punta de una bayoneta, como intentar detener la fabricación y el uso de la dinamita. Se necesita más justicia y derecho que el que contienen las leyes para calmar el espíritu de agitación.

La historia de la dinamita —el "material" real— en Estados Unidos, como arma de los desposeídos en su guerra contra los ricos, se remonta a la llegada de MoSt. al país.

Capítulo 5

El escenario está preparado

Muchos de los factores que finalmente condujeron a la explosión de la bomba de Haymarket en Chicago habían estado en funcionamiento mucho antes de la llegada de Johann Most.

La intensa reacción pública a los ultrajes de Molly Maguire y los disturbios de 1877, como ya se ha sugerido, tuvo un efecto inmediato poco saludable en las organizaciones de la clase obrera. Las pocas huelgas que se produjeron entre 1878 y 1880 fueron rápida y brutalmente sofocadas por la policía, la milicia y los pistoleros a sueldo. Pero el movimiento sindical era demasiado elemental y primario, demasiado poderosamente motivado por el hambre de una gran masa de gente, por los deseos de los individuos de salir adelante, por el espíritu predominante de América, para ser reprimido durante mucho tiempo por la condena farisaica del púlpito, la prensa conservadora, la respetable multitud en general, o incluso las porras de la policía y el fuego de los soldados y los pistoleros. Las condiciones de vida de los trabajadores empeoraron. Los inmigrantes seguían llegando al país por cientos de miles cada año, ampliando los barrios marginales trabajando por menos de lo que los trabajadores nativos estaban dispuestos a aceptar. "En las ciudades", dice Mother Jones en su *Autobiografía*, "había hambre, harapos y desesperación".

Al cabo de uno o dos años —en todo caso hacia 1880— empezó a parecer que los disturbios y la reacción subsiguiente, que incluyó la construcción apresurada de nuevos depósitos de armas y el endurecimiento general de las líneas capitalistas contra la clase obrera, habían dado a los asalariados del país un nuevo y poderoso impulso hacia la organización. El hecho de que se hubiera llamado a regimientos enteros para someterlos despertó en la fuerza de trabajo un resentimiento que pronto empezó a asumir vagos aspectos políticos e impulsó a sus dirigentes a pensar en organizar a los trabajadores no cualificados cuya participación en los disturbios había sido tan sorprendente e importante.

2

Muchos de los antiguos sindicatos fueron reorganizados y se llevaron a cabo numerosas fusiones locales. Pero los organismos más importantes de la clase obrera en aquella época eran ciertas sociedades secretas cuyos ritos de iniciación eran absurdos, ceremoniales fantásticos dirigidos por oficiales magnilocuentes con títulos altisonantes, y cuyos miembros se reconocían entre sí por signos elaborados y contraseñas secretas.

34

De ellas, la más significativa fue la Noble Orden de los Caballeros del Trabajo, fundada en 1869 por un cortador de ropa de Filadelfia, Uriah S Stephens, y seis de sus compañeros artesanos. Stephens ha sido descrito como "un hombre de gran fuerza y carácter... amante de los libros... y que sentía un gran afecto por las organizaciones secretas, habiendo estado durante muchos años vinculado a la orden masónica". Se había asociado con radicales, algunos de ellos refugiados alemanes de 1848, y de ellos había adquirido algunas ideas vagamente socialistas que encajaban en su natural pero aún más vago idealismo humanista.

Los principios de la K de L fueron establecidos por Stephens en el ritual secreto. "Habiendo fracasado la asociación abierta y pública después de una lucha de siglos para proteger y promover los intereses del trabajo, hemos constituido legalmente esta asamblea" y "al utilizar este poder de esfuerzo organizado y cooperación, no hacemos sino imitar el ejemplo del capital hasta ahora establecido en numerosos casos"; porque, "en todas las múltiples ramas del comercio, el capital tiene sus combinaciones, y, ya sea intencionado o no, aplasta las esperanzas varoniles del trabajo y pisotea a la pobre humanidad en el polvo". La K de L, sin embargo, significaba — tímidamente, con cuidado— "ningún conflicto con la empresa legítima", fuera lo que fuera, y "ningún antagonismo con el capital necesario". Significaba, más bien, "crear una opinión pública sana sobre el tema del trabajo... y la justicia de que reciba una parte justa y completa de los valores... que ha creado".

Durante tres años la Orden fue un club de cortadores de ropa, y sus miembros no llegaban al centenar. En 1872 se permitió la afiliación de varios carpinteros de barcos, fontaneros y otros trabajadores, y a partir de entonces se expandió rápidamente hasta convertirse en una organización

nacional. El secretismo y los ceremoniales les atraían y dentro de las logias había numerosos cargos oficiales con magníficos títulos y uniformes.

El Gran Maestro Obrero Stephens —porque tal era su título— declamaba sonoramente sobre la "justicia", "la nobleza y dignidad del trabajo", "la gran hermandad del trabajo" e insinuaba las malas acciones de los capitalistas. Pero su sucesor, Terence V. Powderly, maquinista de profesión, elegido gran maestro obrero en 1878, fue una figura aún más absurda en el movimiento obrero nacional. Superaba incluso a Stephens en vago idealismo social, amor por las palabras abstractas y oratoria ampulosa. Un charlatán, una figura de listón y yeso, vanidoso y celoso, amante del poder, que nunca conoció su propia mente, fue llevado de un lado a otro por la fuerza de los acontecimientos. Tenía un carácter expansivo y sostenía que "el trabajo era noble y sagrado", se oponía a la "esclavitud asalariada", como la llamaba audazmente, pero veía con profunda desaprobación la huelga como método para combatirla. Su ignorancia de las fuerzas inherentes al industrialismo moderno era abismal. Hablaba con grandilocuencia de todo tipo de temas, día y noche. El hombre estaba lleno de esfuerzos y tanteos, un idealista valiente en la plataforma, pero tímido cuando se le sugería la acción.

35

La K de L era esencialmente una asamblea de charlatanes, llena de impulsos revolucionarios poco entusiastas y de burdas chicanas, que proporcionaba a aquellos como Stephens y Powderly, a quienes les encantaba oírse hablar, una oportunidad para orar y recibir el aplauso de simples trabajadores, en cuya capacidad para ayudarse a sí mismos como clase no tenían ninguna fe inteligente. Casi todo lo que la K de L logró en el curso de su dramática carrera lo consiguió a pesar de sus dirigentes.

Durante el régimen de Stephens, la orden era totalmente secreta; ni siquiera su nombre era conocido por los forasteros. Sus salas de reunión y lugares de encuentro en los bosques, y sus anuncios oficiales en la prensa se indicaban, románticamente, con cinco estrellas. La gente veía aparecer la marca en la puerta de algún auditorio y entonces acudían en tropel hordas de trabajadores. ¿Qué tramaban? ¿Qué fuerza tenía esta misteriosa orden de las cinco estrellas? El populacho conservador y respetable, por no hablar de los capitalistas, inquietos por las agitaciones del proletariado en París y su famosa Comuna de 1871, por las revelaciones de Molly Maguire y por los disturbios de 1877, temían que la organización pudiera ser peligrosa. De repente, algún fatídico día, un terror sangriento podría irrumpir en el país.

Finalmente, la prensa y el púlpito empezaron a exigir que ***** saliera a la luz y anunciara sus objetivos. Powderly era un político, un personaje público egoísta, sensible a la opinión pública. Así que, en 1878, bajo su liderazgo, la orden cumplió con la demanda, y el público fue informado de que los K de L estaban ansiosos por "disfrutar de las bendiciones de la vida" y que su grito de guerra era "El valor moral, no la riqueza, es el verdadero estándar de la grandeza individual y nacional". Powderly hablaba pretenciosamente de "elevación"... "ideales"... "principios".

3

A pesar de la oposición de Powderly y sus compinches a las huelgas como medio de conseguir para la clase obrera una mayor participación en los beneficios industriales, se produjeron numerosas huelgas, grandes y pequeñas, en todo el país, a partir de 1880, cuando las condiciones empezaron a mejorar lentamente tras los terribles efectos del pánico. Los líderes de la K de L, así llamados, se vieron obligados a hacer concesiones a elementos fuertes dentro de la orden que insistían en la acción.

Sin embargo, la mayoría de las huelgas de la K de L, así como otras de ese periodo, no tuvieron éxito porque fueron dirigidas de forma deshonesto o incompetente. Una huelga típica de la K de L en los primeros años del régimen de Powderly fue la de los telegrafistas, en 1883. Se habían organizado a nivel nacional y afiliado a la K de L el año anterior. El impulso para el movimiento vino de abajo, lo suficientemente fuerte como para superar las objeciones de los timoratos oficiales generales, conscientes de su incapacidad. El paro se produjo el 19 de junio contra todas las compañías telegráficas comerciales, de las cuales la Western Union de Jay Gould, que empleaba a unos 4.000 operadores, era la mayor. Los trabajadores exigieron un día libre de cada siete, un turno diurno de ocho horas y uno nocturno de siete, y un aumento de los salarios.

36

La huelga era un asunto nacional, un tema en el pleno del Senado de los Estados Unidos. Jay Gould estaba entonces en serios problemas con el público por su actitud demasiado despreciativa hacia ella, y una gran parte de la prensa dio su apoyo a los huelguistas, no con ningún sentimiento real por la justicia de su causa, sino más bien para satisfacer un prejuicio público. Una vez más se recordó al país la existencia del problema "laboral".

Pero la lista negra ya era un método bien desarrollado por los capitalistas para someter a los trabajadores. En este caso, la Western Union y otras empresas emplearon con éxito la mera amenaza. Asustados, uno a uno, los huelguistas volvieron al trabajo en las antiguas condiciones, y a finales de julio la huelga era un fracaso absoluto. No había liderazgo, ni disciplina, ni un fondo de huelga adecuado.

A principios y mediados de la década de 1880 se produjeron numerosos disturbios menores en todo el país, en su mayoría estallidos espontáneos de trabajadores mal organizados y prácticamente sin líderes. Sin embargo, en medio de todos los fracasos, aparecieron señales ocasionales de que los trabajadores organizados podrían llegar a ser eficaces.

De las pocas huelgas que tuvieron éxito, las más notables fueron las del ferrocarril K de L en 1885. El 16 de febrero de ese año, la compañía Wabash de Jay Gould anunció un recorte del 10% en los salarios de sus empleados. Otras compañías de Gould habían precedido a la Wabash con anuncios similares. En dos semanas, cerca de 5.000 obreros se declararon en huelga en tres líneas de Gould. Los maquinistas, frenadores, bomberos y revisores se declararon a favor de la huelga y parecían dispuestos a traducir su simpatía en acción.

El recorte salarial no entró en vigor; los trabajadores ganaron la huelga.

Sin embargo, el verano siguiente, el Wabash despidió a un gran número de trabajadores de la K de L, lo que equivalía prácticamente a un cierre patronal, en violación directa del acuerdo que había puesto fin a la huelga en la primavera. El K de L ordenó entonces un boicot al material rodante del Wabash, que, de haberse llevado a cabo⁷, habría desorganizado más de 20.000 millas de vías férreas. El boicot era ya un arma eficaz en manos de los trabajadores, a la que ni siquiera los levantadores de la K de L se opusieron enérgicamente.

Jay Gould se alarmó; los terribles disturbios de 1877 aún estaban frescos en su memoria. Antes de que las cosas fueran mucho más lejos, invitó apresuradamente a los dirigentes de los ferroviarios de la K de L a una conferencia con los directores de sus carreteras, en la que apoyó las propuestas de ceder ante los sindicatos. Los sindicatos retiraron la orden de boicot y, en el acuerdo final, el Wabash les hizo varias concesiones.

Las concesiones fueron escasas, pero la victoria fue tremenda, dado que en la disputa los líderes obreros fueron aceptados por primera vez en

igualdad de condiciones por uno de los plutócratas más destacados del país, que había sido, y sin duda seguía siendo en su fuero interno, uno de los principales enemigos de los sindicatos. En apariencia, el poderoso Jay se había visto obligado a reconocer a los trabajadores organizados como un poder igual, si no superior, al suyo. Poco después del acuerdo, un divino de Chicago y conferenciante sobre problemas sociales decía:

37

No hace mucho que William H. Vanderbilt rechazó una referencia a la voluntad del pueblo con una burla profana que mostraba su total desprecio por los derechos del pueblo. Ahora, alguien cuyo poder en el mundo del ferrocarril sólo es superado por el de Vanderbilt, se da cuenta de que hoy en día las demandas de sus trabajadores no pueden desestimarse de esa manera.

Hubo algo intensamente dramático y espectacular en esta primera victoria importante. Inmediatamente después comenzó una verdadera estampida de las masas trabajadoras sueltas para unirse a los sindicatos de la K de L. El número de miembros de la orden aumentó tan rápidamente que los oficiales generales, temerosos de que la organización se hiciera tan grande que resultara totalmente inmanejable, empezaron a denegar los estatutos a los nuevos locales. Entre los nuevos miembros había decenas de miles de trabajadores no cualificados y nacidos en el extranjero.

La prensa del país, tanto radical como reaccionaria, ayudó ciegamente a exagerar la importancia de la victoria, sin soñar que en el plazo de un año conduciría a problemas casi tan grandes y más significativos que los de 1877.

4

Mientras tanto, las ideas radicales se extendían por América. El libro más leído en la década de 1880 fue *Progreso y pobreza*, de Henry George. En tres años se hicieron más de cien ediciones y el análisis de George de las condiciones económicas y sociales se discutía ante grupos de trabajadores, en las universidades, desde los púlpitos.

Había una razón. Las condiciones industriales eran horribles. Cito algunas declaraciones que aparecen en las encuestas oficiales de la Oficina Nacional de Estadísticas Laborales en Washington para 1885 y 1886 que contienen una pista de la difícil situación de los trabajadores en ese período.

Dijo un clérigo de Fall River, Massachusetts:

Tal vez... los males que existen surgen de... la creciente tendencia a considerar al operario simplemente como una rueda o un alfiler de una máquina. A los ojos de los empresarios, es lo que una mula o un husillo, y nada más... A los patronos no les importa quién o qué es el operario, ni dónde vive, ni cuál es su carácter, excepto si alguna de estas cosas influye en la producción... Nos estamos preparando para nuevos Liverpools y nuevos Lancashires en suelo americano, con la ignorancia, el vicio y la estupidez como características de la población trabajadora.

Un médico de la misma ciudad:

Todos los molinos de la ciudad ganan dinero... pero los operarios siguen el mismo camino de siempre: enfermedad, sufrimiento, poco dinero.

38

El comisario de trabajo de Nueva Jersey dijo oficialmente:

La lucha por la existencia es cada vez más aguda, y el trabajador asalariado medio debe practicar la economía más estricta, o se encontrará rezagado al final de la temporada ... La remuneración de los hombres debido a la competencia del trabajo femenino e infantil se ha reducido hasta tal punto que sólo con la ayuda recibida de otros miembros de la familia son capaces de mantener al lobo alejado de la puerta ... Los niños ocupan aquí los puestos de trabajo de los adultos.

Y el comisionado de trabajo del estado de Nueva York:

La pobreza extrema es una causa muy general de la prostitución. El hecho prominente es que un gran número de operarios y empleados domésticos ganan salarios tan pequeños que un cese temporal del negocio, o estar un corto tiempo fuera de situación, es suficiente para reducirlos a la angustia absoluta, y se convierte en una batalla literal por la vida.

Podría citar interminablemente la misma fuente. Por otro lado, había mucha gente que se inclinaba a estar de acuerdo con el *New York World* cuando decía:

El obrero americano debe decidirse, de ahora en adelante, a no estar mucho mejor que el obrero europeo. Los hombres deben contentarse con trabajar por salarios bajos. De esta manera el trabajador estará más cerca de la posición en la vida a la que Dios lo ha llamado.

El movimiento sindical —la K de L, los sindicatos independientes y las hermandades ferroviarias— parecía formidable numéricamente. En realidad,

con líderes como Powderly, era cualquier cosa menos eficaz. Sus ideas eran rudimentarias, poco desarrolladas. Era, como cualquier otro movimiento en América en aquella época, caótico y carente de capacidad política. Esta carencia es evidente a lo largo de la historia de la K de L. Cuando el desempleo era general, por ejemplo, los líderes de la K de L, en un esfuerzo por disminuirlo, instaron oficialmente a los trabajadores a romper las botellas de cerveza y leche después de vaciarlas y así aumentar el empleo en la industria del vidrio. Este, por cierto, fue uno de los primeros casos de propaganda de sabotaje en América.

Miles de trabajadores, muchos de los cuales eran miembros de la K de L o de sindicatos regulares, se reunían en reuniones secretas, en las que los extremistas inflamaban sus mentes y emociones, y asistían a prácticas de tiro en el bosque, preparándose para la gran guerra. En el mercado de trabajo abierto, su necesidad les impulsaba a luchar incesantemente contra los miembros de su propia clase, pero en estas reuniones clandestinas se les inculcaba la idea de que sólo podrían obtener reparación por sus agravios si se obligaban a ello mediante la violencia. Los capitalistas utilizaban la fuerza para mantener a raya al proletariado; por lo tanto, el proletariado se veía obligado a recurrir a la fuerza.

Detrás de esta actitud extremista estaban los impulsos anormales y desesperados nacidos del hambre y los malos tratos.

39

6

A mediados de la década de 1880, como he sugerido, Chicago era el corazón de la propaganda radical extrema en Estados Unidos, y con razón. En ningún lugar de América era tan fuerte como en Chicago el desprecio de los capitalistas por el interés público, por la gente que no había conseguido hacer mucho dinero en general y por la clase obrera en particular. En ninguna otra ciudad americana la demarcación de clases era más nítida, ni, cabe añadir, en ningún otro lugar la prensa defendía con tanta vehemencia hasta tales extremos los sagrados derechos de propiedad. Los ricos de Chicago eran famosos por su libertinaje. Después del gran incendio de 1871, que destruyó la ciudad, los ciudadanos más santurriones de Boston y Filadelfia declararon que las llamas habían sido enviadas como un juicio de lo alto sobre una moderna ciudad de la llanura. Los predicadores la

compararon también con Babilonia, Tiro y Pompeya. En la ciudad reconstruida y floreciente, los modales de los ricos no habían cambiado.

A finales de la década de 1870 y principios de la de 1880, los militantes radicales de Chicago seguían aferrándose a la acción política como posible medio de mejorar las condiciones de los más desfavorecidos. En las campañas municipales conseguían, de vez en cuando, enviar a uno o dos hombres al ayuntamiento, aunque, por supuesto, su presencia allí era ineficaz. En las elecciones de 1885, el Partido Socialista Obrero fue derrotado y perdió toda representación en la vida política de la ciudad, con lo que los extremistas del movimiento se volvieron aún más rabiosos y violentos.

A partir de entonces, el anarquismo fue definitivamente un movimiento creciente en Chicago. Los miembros activos de los clubes anarquistas quizá nunca superaron los 3.000, seguramente un número pequeño en una comunidad de 850.000, pero entre los líderes había hombres pintorescos e intensos —Parsons, AuguSt. Spies y Michael Schwab de *Die Arbeiter Zeitung*—, Samuel Fielden, un ex ministro metodista; Oscar Neebe, organizador de los Conductores de Vagones de Cerveza; Adolph Fischer, impresor; George Engel, fabricante de juguetes; y, por mencionar sólo a uno más, Louis Lingg, organizador del Sindicato de Carpinteros. Hablaron mucho de la revolución, la dinamita, los derechos de los huracanes, la justicia, las armas de fuego, la libertad, los incendios provocados, y recibieron mucha publicidad sensacionalista en los grandes periódicos conservadores, que se referían a su agitación como "la amenaza". Para algunos de estos hombres, la dinamita era poco más que una palabra, un vago símbolo de la sublevación popular; para otros —Lingg, por ejemplo— era algo real.

Leyendo *The Tribune*, *The Times* y *The Daily News*, el público en general estaba, por supuesto, alarmado. La comunidad desarrolló un estado de ánimo no muy diferente del miedo a los bolcheviques que se apoderó de Estados Unidos tras la Primera Guerra Mundial. Pronto todos los radicales, por muy moderadas que fueran sus opiniones, fueron considerados anarquistas, del mismo modo que 40 años más tarde se tachó de "bolchevique" a todo aquel que tuviera ideas no respaldadas por el Ku Klux Klan, la Legión Americana y las Hijas de la Revolución Americana.

Con la depresión industrial de 1884-1886, la situación se agravó. Decenas

de miles de personas estaban en paro. Hubo huelgas desesperadas, recortes salariales, cierres patronales... *miseria*. Y los agitadores estaban ocupados. "Los trabajadores", escribe Mother Jones, "sólo pedían pan y una reducción de las largas jornadas laborales. Los agitadores les dieron visiones. La policía les dio palos". Los sentimientos de ambos bandos estaban a flor de piel. *El Tribune*, según Mother Jones, "sugirió... que los granjeros de Illinois trataran a los vagabundos —trabajadores desempleados que salían de las grandes ciudades industriales— como trataban a otras plagas, poniendo estricnina en su comida".

40

7

Después de la victoria de la K de L sobre el formidable Jay Gould, hubo, como ya he dicho, una verdadera carrera por parte de los trabajadores no organizados para unirse a los sindicatos afiliados a la orden. La prensa conservadora, como también he mencionado, ayudó a provocar esta estampida exagerando la importancia de la derrota de Gould.

En las calles de Chicago, en los salones y dondequiera que se reunieran los trabajadores, se podían oír, a principios de 1886, canciones como:

Millones de trabajadores se despiertan...

Verlos marchar;

Todos los tiranos tiemblan ahora,

Antes de que pierdan su poder.

Coro:

Asaltad el fuerte, Caballeros del Trabajo,

Lucha por tu causa;

Igualdad de derechos para todos los vecinos.

¡Abajo las leyes tiranas!

La situación se había escapado por completo de las manos de Powderly y otros grandes funcionarios.

Algunos sindicatos no afiliados a la K de L habían decidido, en 1884, iniciar una intensa campaña a favor de la jornada laboral de ocho horas. Posteriormente,

Se fijó el 1 de mayo de 1886 como el día en que debía entrar en vigor. A

medida que se acercaba el día —*der Tag*—, el movimiento ganaba en volumen y determinación, especialmente después de la trascendental pelea de los ferroviarios con Jay Gould. Esto ocurrió no sólo en Chicago, sino en todo el país. Se formaron ligas de ocho horas en las ciudades y se celebraron grandes mítines durante el otoño y el invierno de 1885 y principios de la primavera de 1886.

En Chicago la agitación fue más intensa. A finales de 1885, George A. Schilling, un socialista, organizó la Asociación de las Ocho Horas, a la que los principales organismos de la ciudad, incluidos los sindicatos de la K de L, dieron su apoyo inmediato.

Al principio, los anarquistas veían el movimiento de las ocho horas con desdén, insistiendo en que era inútil exigir nada a los capitalistas; lo que había que hacer era armar a la clase obrera y "apoderarse de todo el maldito sistema y cambiarlo". Pero cuando el movimiento se convirtió en el tema que todo lo absorbía del proletariado, ellos —Parsons, Spies, Schwab, Fielden y otros oradores y publicistas ultrarradicales— se unieron y, con su talento, pronto se convirtieron en los agitadores más destacados, si no los más populares, de la causa.

41

La prensa conservadora, por supuesto, tachó inmediatamente la agitación de ocho horas de "extranjera", "antiamericana" y "anarquista". Los individuos que participaron en ella, ya fueran sindicalistas, miembros de la K de L o cualquier otra cosa, no sólo eran sucios extranjeros de baja calaña, sino enemigos de Estados Unidos y de todo lo que fuera decente y sagrado. "La ciudad estaba dividida en dos bandos", citando de nuevo *la autobiografía* de Mother Jones. "Por un lado, los trabajadores: hambrientos, con frío, sin trabajo, luchando contra pistoleros y porras de policía con las manos desnudas. En el otro lado los empresarios, apoyados por los periódicos, por la policía, por todos los poderes del gran estado mismo."

Los empresarios y las autoridades estaban siendo advertidos por oradores y publicistas liberales y perspicaces de que el estado de cosas existente conducía a trastornos peores que los de 1877. Unos meses antes de la explosión de Haymarket, un prominente clérigo de Illinois decía en Chicago:

Y, amigos míos, ... las clases populares constituyen el grueso de nuestra población, y será un día desgraciado para este país cuando un gran número de ellas se conviertan en socialistas [es decir, anarquistas] a sangre y fuego. Pero hay muchas cosas en estos días que los impulsan y los atraen en esa dirección

.... El país en general se horrorizaría al ver, sin ambages, las declaraciones que circulan diariamente por los periódicos socialistas entre los trabajadores de nuestras grandes ciudades... Y hay otras señales además de las ruidosas amenazas y llamamientos de los socialistas. Los trabajadores han despertado al poder de la organización. Se han atrevido a reivindicar lo que antes sólo se quejaban o callaban... Ha surgido un poder que de repente se atreve a medir sus fuerzas con un millonario del ferrocarril como Joy Gould. Está creciendo. Daclaras su propósito de seguir creciendo.

Capítulo 6

La bomba de Haymarket

La agitación de ocho horas continuó durante todo el invierno en todo el país.

En Chicago, los anarquistas dirigían todo el espectáculo. Celebraban mítines a orillas del lago, en los que la mayoría de los asistentes eran hombres hambrientos y sin trabajo, muchos de los cuales no tenían dónde dormir. En estos mítines se exhibía la bandera roja y los oradores explicaban que era un "símbolo del espíritu revolucionario del pueblo". Luego apareció la bandera negra, "símbolo de la pobreza y el hambre, de la desesperación". Parsons y Fielden fueron los oradores más populares. Denunciaron a la junta de comercio de Chicago ("la junta de los ladrones") que acababa de inaugurar su nuevo edificio de 2.000.000 de dólares ("el templo de la usura") mientras 2.500.000 hombres estaban sin trabajo en Estados Unidos.

"¿Cuánto tiempo os contentaréis con comidas de 15 céntimos", preguntó Fielden, "cuando esos tipos se sientan a banquetes de 20 dólares el plato?".

Más de 1.000 miembros de la llamada *Lehr-und-Wehr Vereine* se ejercitaban con rifles en salas secretas y practicaban tiro en el bosque.

Al mismo tiempo, los empresarios se reunían en la residencia de George M. Pullman o en el despacho de Wirt Dexter, el principal abogado de empresas de Chicago, para hablar del siniestro movimiento de las ocho horas, de "los malditos anarquistas" y de lo que podían hacer al respecto.

El público en general se debatía entre una vaga y distante simpatía por el proletariado en apuros y el temor de que dentro de las turbas de aquellas personas de aspecto hosco y rudo, sin trabajo y sin hogar, la mayoría de ellos nacidos en el extranjero, se escondiera algo terrible y gigantesco; y la gente se estremecía en sus casas, en sus oficinas, en sus bancos.

Carter H. Harrison era alcalde de Chicago y ejercía su cuarto mandato consecutivo. Era rico y gordo, vestía ropa interior de seda, se codeaba con las

figuras más adineradas de la ciudad, pero al mismo tiempo defendía sistemáticamente, con toda sinceridad y frente a una gran oposición, los derechos de los desvalidos. Amaba al pueblo llano y gozaba de su afecto. Simpatizaba con los sindicatos e insistía en tener una ciudad abierta porque era bueno para los negocios. Creía en la libertad y, como gesto en esa dirección, nombró a radicales para cargos menores. Amaba Chicago; la ciudad era su "novia", que, decía, "lava diariamente sus hermosos miembros en el lago Michigan y sale limpia y pura cada mañana".

El alcalde hizo todo lo posible por rebajar la tensión que se había apoderado de la ciudad durante el movimiento de las ocho horas. Declaró que no permitiría que se trajeran tropas para masacrar a los trabajadores, insistiendo en que ellos también eran ciudadanos de Chicago. Pero era prácticamente el único hombre cuerdo con influencia en la ciudad; todos los demás se habían vuelto locos. Los líderes empresariales de la ciudad estaban demasiado asustados para atender a razones; creían que la agitación ya había ido demasiado lejos. Había que detenerla. *El Tribune* publicó artículos y cartas de sus suscriptores instando a las autoridades a disolver las reuniones obreras a tiros y, si era necesario, ¡con dinamita!

43

Todo parecía conspirar para llevar la crisis a su punto álgido. El invierno fue muy duro y los pobres sufrieron terriblemente. El alcalde y las instituciones de beneficencia abrieron comedores de beneficencia, pero esto no era más que una gota en un cubo. Hombres y mujeres enjutos y harapientos desfilaban por las calles portando banderas rojas y negras, y la policía a menudo los dispersaba, pateándolos y apaleándolos, en contra de las órdenes del alcalde Harrison. La policía, obviamente, recibía sus órdenes de otras fuentes.

El día de Navidad, los anarquistas organizaron una marcha, por la elegante Prairie Avenue, de varios centenares de hombres y mujeres hambrientos y de aspecto miserable. Una anciana llevaba una bandera roja, otra una negra. Se detuvieron ante las residencias de los ricos, profiriendo gemidos y gritos, y haciendo sonar los timbres de las puertas. El desfile, dice Mother Jones, "no tenía ningún valor educativo. Sólo sirvió para aumentar el miedo de los empresarios y hacer a la policía más salvaje, y al público menos comprensivo con la angustia real de los trabajadores".

Los periódicos anarquistas publicaron editoriales violentos. *Die Arbeiter Zeitung* dijo

el 21 de abril de 1886:

El que se somete al actual orden de cosas no tiene derecho a quejarse de la extorsión capitalista, porque el orden significa sostener eso; y el que se rebela... es un rebelde, y no tiene derecho a quejarse si le salen al encuentro los soldados. Cada clase se defiende como puede. Un rebelde que realmente se pone frente a la boca de los cañones de sus enemigos, con los puños vacíos, es un tonto.

El mismo periódico, una semana después:

La policía y los soldados ... deben ser enfrentados por ejércitos armados de trabajadores ... Las armas son más necesarias en nuestro tiempo que cualquier otra cosa. Quien no tenga dinero, que venda su reloj, si lo tiene, y compre armas de fuego. Las piedras y los palos no servirán contra los asesinos a sueldo y los extorsionadores. Es hora de armarse.

2

Pasó el invierno y se acercó el gran día: *der Tag*, el primero de mayo.

Los empresarios estaban decididos a no ceder más concesiones. Había que luchar contra la idea de las ocho horas. Jay Gould había sido un tonto al reconocer a los sindicatos. Aplastarían a los sindicatos y dirigirían sus fábricas con el sistema de taller abierto.

En consecuencia, en febrero la McCormick Reaper Works cerró con llave a cientos de miembros del sindicato y contrató esquiroleros y a 300 detectives de Pinkerton —pistoleros— para proteger a los esquiroleros. Este fue uno de los factores inmediatos más importantes para despertar la amargura proletaria, y los agitadores, naturalmente, hicieron hincapié en la situación por todo lo que valía.

44

Una de las organizaciones implicadas en el cierre patronal de McCormick fue el Sindicato Internacional de Carpinteros, cuyo dirigente más enérgico era Louis Lingg, un anarquista declarado. Creía en la dinamita, la de verdad, y defendía su uso. Poco después del cierre patronal dirigió una circular a sus seguidores:

Yo digo que debemos resistir a estos monstruos [es decir, a los capitalistas y sus pistoleros a sueldo]. Debemos combatirlos con armas tan buenas, incluso mejores que las que ellos poseen, y, por lo tanto, ¡los llamo a las armas! ... Se acerca el primero de mayo. Debéis matar a los piratas. Debéis matar a los

chupasangres.... Nuestro trabajo es corto; no queremos una guerra de treinta años. ¡Estén decididos!

Parsons, Fielden y Schwab celebraron reuniones cerca de la McCormick Reaper Works. Cada pocos días se producían disturbios menores.

La situación era extremadamente tensa. Por un lado, hambre y desesperación; por otro, codicia y miedo.

El 1 de mayo *Die Arbeiter Zeitung* gritó:

¡Adelante con valentía! El conflicto ha comenzado.... Trabajadores, que vuestra consigna sea: ¡Ningún compromiso! ¡Cobardes a la retaguardia! ¡Hombres al frente! La suerte está echada. El primero de mayo está aquí.... Limpiad vuestras armas, completad vuestra munición. Los asesinos a sueldo de los capitalistas, la policía y la milicia, están listos para asesinar. Ningún obrero debe salir de su casa en estos días con los bolsillos vacíos.

Las calles abarrotadas estaban llenas de murmullos.

Casi en el último momento, el órgano ejecutivo de los Caballeros del Trabajo de Chicago había retirado su apoyo a la huelga general del 1 de mayo por la jornada de ocho horas. Hombres como Powderly se habían asustado de su propio poder; además, todo el mundo decía que el movimiento era "anarquista" y "extranjero", y ellos ciertamente no eran anarquistas, ni extranjeros.

El público estaba en vilo. Algunos hombres en las calles parecían desesperados. Se hablaba de que los anarquistas pretendían bombardear las comisarías y exterminar a todo el cuerpo.

Pero ni el 1 ni el 2 de mayo ocurrió nada terrible ni decisivo.

El 3 de mayo *Die Arbeiter Zeitung* dijo: "¡Un conflicto caliente! ... ¡Ánimo! ¡Ánimo! es nuestro grito".

Ese día, los empleados de McCormick que se habían quedado sin trabajo celebraron una reunión masiva cerca de la fábrica. Estaban desesperados. AuguSt. Spies estaba hablando a la multitud sobre el movimiento de las ocho horas cuando sonó el silbato de la fábrica y salieron los esquirols, que ya habían terminado su jornada laboral.

Siguió una batalla campal con piedras, ladrillos, puños y palos. Se produjeron algunos disparos. Entonces la policía llegó al lugar y, abriendo fuego contra la multitud, mató a varias personas en pocos minutos e hirió a muchas más.

Los espías, enfurecidos, corrieron a la oficina de *Die Arbeiter Zeitung* e imprimieron su famosa circular "¡Venganza! Pocas horas después del tiroteo, las calles se inundaron de octavillas. ¡Venganza!

3

A la mañana siguiente *Die Arbeiter Zeitung* gritaba en portada:

SANGRE Plomo y pólvora como cura para los trabajadores descontentos — ¡Esto es ley y orden!... En los palacios llenan sus copas con vinos costosos y juran a la salud de los sangrientos bandidos de la ley y el orden. Seca tus lágrimas, pobre y sufriente. ¡Ánimo! Levantaos con vuestra fuerza y derribad el dominio de los ladrones.

En las calles aparecieron más panfletos llamando a los trabajadores a una reunión masiva de protesta en Haymarket Square esa tarde. "¡Trabajadores, ármense y comparezcan con toda su fuerza!"

Por la tarde, unos 3.000 hombres, mujeres y niños se reunieron en la plaza.

El alcalde Harrison, muy alterado, estaba allí. Su novia, al parecer, estaba teniendo un ataque. Se paseaba nervioso entre la plaza y la cercana comisaría de policía, donde un pequeño ejército de agentes esperaba preparado. Se mezcló con los proletarios harapientos y de ojos hoscos, encendiendo cerilla tras cerilla sin encender su gordo puro. Se lo explicó a un amigo: "Quiero que el pueblo sepa que su alcalde está aquí". Algunos de los hombres llevaban miradas sombrías, pero al alcalde la reunión le pareció mansa. Los discursos no fueron violentos. Parsons habló de economía.

Caían gotas de lluvia. En lo alto había nubes oscuras y amenazadoras; un viento cortante soplaba desde el lago. La gente empezaba a volver a casa, no fuera a ser que les sorprendiera la tormenta.

A las 10 de la noche, el alcalde Harrison, mascando su cigarro apagado, regresó a la comisaría y allí comentó al inspector encargado: "No es probable que ocurra nada que requiera intervención", y se fue a casa.

Pero menos de 15 minutos después, el inspector ordenó a uno de sus subordinados que sacara a toda la fuerza —176 agentes— y marchara a la plaza para ordenar que se disolviera la reunión. Es evidente que el inspector tenía órdenes de alguien más poderoso en el departamento de policía que el

alcalde; de alguien, sin duda, que quería un motín.

Llovía. La multitud se había reducido a unas 500 personas, en su mayoría hombres. La reunión fue todo menos un éxito.

Fielden, el último hombre en hablar, decía: "Terminaré en unos minutos y luego nos iremos todos a casa".

Con la barba chorreando, habló brevemente. "En conclusión..." Entonces vio al ejército de policías marchando hacia la plaza.

Al acercarse a unos metros de la multitud, el capitán al mando gritó "¡Alto!" — y, con la espada desenvainada, avanzó hacia el orador.

46

"Os ordeno", dijo a voz en grito, "en nombre del pueblo que os disperséis de inmediato y pacíficamente".

Un momento de intenso silencio; sólo el agudo viento del lago se agitaba entre la multitud y las filas de la policía, echándoles la lluvia a la cara.

"Vaya, capitán", dijo Fielden al fin, "*somos* pacíficos". (Es seguro que *no* dijo: "¡Aquí están los sabuesos! Hombres, cumplid con vuestro deber y yo cumpliré con el mío", como fue citado, más tarde, por la policía).

Otro momento de silencio. Pocos en la multitud sabían lo que estaba pasando.

Entonces, de repente, un destello cegador, una nube de humo gris, una detonación terrible, un olor nauseabundo: Alguien —posiblemente un anarquista, probablemente un chantajista a sueldo— había lanzado una bomba desde el callejón situado a unos metros de la tribuna de oradores, justo en el flanco derecho del destacamento policial.

Confusión. Empiezan los disparos. Los policías disparaban a la multitud y entre ellos. No podían ver por el humo. Los obreros respondieron al fuego y la plaza quedó inmediatamente sembrada de cadáveres.

Entonces la policía se reorganizó y cargó contra los trabajadores. Éstos gritaban y gemían, intentando escapar de la andanada de los enfurecidos agentes. Algunos arrastraban consigo a sus amigos y familiares muertos y heridos.

Todo esto ocurrió en dos o tres minutos.

En el lado de la ley y el orden, 67 policías resultaron heridos. Siete de ellos murieron.

Las bajas de los trabajadores fueron quizás el doble, posiblemente el triple; nunca se ha determinado el número. Varios obreros gravemente heridos fueron trasladados a la comisaría junto con los policías muertos y heridos, pero la mayoría de ellos fueron atendidos y llevados por familiares y amigos.

4

Al día siguiente se comprobó que Chicago había olvidado "bañar sus hermosos miembros en el lago Michigan". Estaba atónita, horrorizada, enloquecida. Las páginas de *The Tribune*, *The Times*, *The Daily News* chillaron y aullaron. Por primera vez se había utilizado dinamita en Estados Unidos para destruir vidas humanas.

Los periódicos informaron de que la ciudad estaba siendo "peinada" en busca de anarquistas, lo que incluía prácticamente a todo aquel que tuviera alguna simpatía activa por los trabajadores. Se producen varios centenares de detenciones. La policía allana las oficinas de los periódicos radicales y los lugares de reunión. Las autoridades, al parecer, estaban decididas a dar un escarmiento a los líderes del "terror negro". Los editorialistas afirmaron que la ciudad estaba "decidida a erradicar, de una vez por todas, el socialismo, el anarquismo y el comunismo, diferentes etiquetas para la misma monstruosidad vil".

La gente se paraba en las esquinas, en medio de las aceras, a lo largo de las barras de los salones, excitada y febril, hablando del horrible suceso de la noche anterior. Los anarquistas lo hicieron, ¡por supuesto! Nadie se paraba a pensar, a cuestionar.

47

"Ahorcarlos y juzgarlos después", era el sentimiento predominante, no sólo de los acomodados y respetables, sino también de los trabajadores. Los predicadores aporreaban los púlpitos. Cada clase rivalizaba con la otra en la exigencia de medidas drásticas para suprimir "la internacional negra". La K de L de Chicago emitió una declaración oficial:

Que todo el mundo entienda que los Caballeros del Trabajo no tienen ninguna afiliación, asociación, simpatía o respeto por la banda de cobardes asesinos, degolladores y ladrones, conocidos como anarquistas, que se escabullen por el país como asesinos de medianoche, despertando las pasiones de extranjeros ignorantes, desplegando la bandera roja *de la*

anarquía y causando disturbios y derramamiento de sangre. Esperamos que toda esta banda de forajidos sea borrada de la faz de la tierra.

La policía "descubrió" bombas; no sólo bombas aisladas, sino fábricas secretas de dinamita, arsenales enteros de máquinas infernales. Los periódicos de todo el país publicaron historias exageradas de conspiraciones anarquistas. Editorialmente, la prensa del país pedía la sangre de los agitadores anarquistas.

Un gran jurado compuesto por prósperos hombres de negocios acusó a Fielden, Parsons, Spies, Schwab, Fischer, Engel, Lingg, Neebe, William Seliger (casero de Lingg) y Rudolph Schnaubelt. Schnaubelt huyó a Europa; el caso contra Seliger fue desestimado.

Ningún abogado penalista de la ciudad aceptaba sus casos. La prensa venenosa sugirió que el abogado que defendiera a los anarquistas no era mejor que un anarquista y que debería ser ahorcado con ellos. Finalmente, tres hombres dedicados a la práctica civil se atrevieron a ir en contra del hostil sentimiento público de todo el país. Uno de ellos era William P. Black, conocido popularmente en Chicago como el Capitán Black, un tipo pugnaz, de aspecto impresionante, con una mata de pelo gris; un estudioso serio de los asuntos públicos, simpatizante de la causa de la clase obrera. Otro era William A. Foster, también un hombre capaz. El tercero era un joven llamado Sigmund Zeisler, un extranjero recientemente admitido en el colegio de abogados.

Se formó un comité de defensa, pero las contribuciones al fondo llegaron lentamente, en sumas de uno a cinco dólares.

El juez Joseph E Gary, antes carpintero y ahora político reaccionario, presidió el juicio que comenzó el 21 de junio. El abogado del Estado era el intelectual Julius S Grinnel, que también tenía grandes aspiraciones políticas.

El público exigió que los acusados fueran juzgados, si es que debían ser juzgados, y colgados lo antes posible. Los periódicos se llenaron de historias de complots de dinamita al por mayor. Un jurado imparcial era imposible. Al menos cuatro de los 12 hombres finalmente seleccionados admitieron en el interrogatorio que odiaban a todos los anarquistas, socialistas y comunistas.

La acusación era de asesinato. No se acusaba a ninguno de los ocho hombres de haber lanzado la bomba, sino simplemente de que sus discursos

y editoriales incendiarios habían incitado al lanzador de la bomba — quienquiera que fuera— a cometer el crimen. La opinión pública estaba convencida de que ninguno de los acusados, con la posible excepción de Louis Lingg, había lanzado personalmente una bomba, pero nadie puso en duda que la hubiera lanzado alguien inspirado por esos hombres. La acusación exhibió una colección de aparatos que, insistió, Lingg había utilizado para fabricar bombas.

El 19 de agosto el jurado los declaró culpables y el juez Gary condenó a muerte a Parsons, Spies, Lingg, Fielden, Schwab, Fischer y Engel. Neebe, que sólo poseía una participación financiera en *Die Arbeiter Zeitung*, fue condenado a 15 años de prisión.

Cuando la muchedumbre se enteró del veredicto, prorrumpió en vítores.

5

A los condenados y a Neebe se les permitió dirigirse al tribunal. Desde entonces, sus discursos se han impreso y reimpresso en panfletos en todo el mundo.

Fielden habló durante tres horas a través de su espesa barba. Dijo:

Hoy, el hermoso otoño besa con suave brisa la mejilla de todo hombre libre; yo estoy aquí para no bañar nunca más mi rostro con sus rayos. He amado a mis semejantes como a mí mismo. He odiado el engaño, la deshonestidad y la injusticia. Si sirve de algo, me entrego libremente.

Y espías:

Si creen que ahorcándonos pueden acabar con el movimiento obrero, llamen a su verdugo. No podéis entenderlo.

Y Neebe:

Bueno, estos son los crímenes que he cometido: organicé sindicatos. Estuve a favor de la reducción de las horas de trabajo, de la educación de los trabajadores y del restablecimiento de *Die Arbeiter Zeitung**, el periódico de los trabajadores. No hay pruebas que demuestren que estuve relacionado con el lanzamiento de bombas, ni que estuve cerca de él, ni nada por el estilo.

Y Fischer:

Cuanto más se persiga a los creyentes en causas justas, más rápido se realizarán sus ideas.

Y Parsons:

Soy uno de aquellos, aunque yo mismo sea un esclavo asalariado, que sostienen que es malo para mí mismo, malo para mi prójimo... que yo... escape de la esclavitud asalariada convirtiéndome en amo y propietario de esclavos. Este es mi único crimen, ante el cielo.

49

Y Engel:

Soy demasiado sentimental para no luchar contra las condiciones actuales. Toda persona reflexiva debe combatir un sistema que hace posible que el individuo se forre y acapare millones en pocos años, mientras que en el otro lado miles de personas se convierten en vagabundos y mendigos.

Schwab optó por definir la anarquía como:

un estado de la sociedad en el que el único gobierno es la razón; un estado de la sociedad en el que todos los seres humanos hacen lo correcto por la simple razón de que es correcto y odian lo incorrecto porque es incorrecto.

Y por último, Lingg, desdeñoso, desafiante, como había sido durante todo el juicio:

Repito que soy enemigo del "orden" actual, y repito que, con todas mis fuerzas, mientras quede aliento en mí, lo combatiré. Declaro franca y abiertamente que estoy a favor del uso de la fuerza. Se lo he dicho al capitán Schaack [que lo había arrestado] y lo mantengo: "¡Si nos disparan, los dinamitaremos!" ¡Ah, te ríes! Tal vez penséis: "No lanzaréis más bombas"; pero permitidme que os asegure que muero feliz en la horca, tan seguro estoy de que los cientos y miles a los que he hablado recordarán mis palabras; y cuando nos hayáis ahorcado, entonces, acordaos de lo que os digo, ¡ellos se encargarán de lanzar las bombas! Con esta esperanza os digo: ¡Os desprecio! Desprecio vuestro "orden", vuestras leyes, vuestra autoridad forzada. ¡Cuélguenme por ello!

6

La defensa, las organizaciones radicales y los particulares intentan desesperadamente salvar a los hombres. Europa se interesó por el caso. George Bernard Shaw recorrió Londres con una petición de indulto para los anarquistas, consiguiendo firmas de literatos ingleses. Entre los firmantes se encontraba Oscar Wilde. William Morris escribió a Robert Browning, cuatro días antes de las ejecuciones:

Me atrevo a escribirle para pedirle que firme la petición de clemencia adjunta y que haga lo que pueda para salvar las vidas de siete hombres que han sido condenados a muerte por un hecho del que no eran culpables, tras una mera burla de juicio. ... No sé si ha tomado nota de los acontecimientos ni puedo exponerle mi punto de vista sobre el asunto. Pero le pediré que me crea como hombre honesto cuando digo que a estos hombres se les ha hecho pagar [a causa de sus opiniones] por el conjunto de los trabajadores de Chicago que se enfrentaron a los capitalistas el año pasado. Usted sabe cuánto más violentas y brutales son esas contiendas en América que en Inglaterra, y cuán poco se tiene en cuenta allí la vida humana si resulta que frustra el progreso del dólar; y espero que estará de acuerdo en que los vencedores en la lucha no necesitan dar muerte a los prisioneros de guerra que tomaron, después de haberlos mantenido más de un año en prisión.

50

William Dean Howells se puso del lado de los prisioneros. Por otra parte, radicales o liberales estadounidenses como Robert Ingersoll y Henry George se negaron a pedir clemencia al gobernador Oglesby. Ingersoll explicó que, en la guerra civil, Oglesby le había salvado la vida y no deseaba avergonzarle.

El 10 de noviembre de 1887, el gobernador Oglesby conmutó las penas de Fielden y Schwab a cadena perpetua. El mismo día, Lingg se voló la cabeza haciéndose explotar un pequeño casquillo de percusión en la boca. Su novia lo había introducido de contrabando en su celda. Parsons se negó a solicitar la conmutación de su pena por cadena perpetua, citando a Patrick Henry: "Dadme la libertad o dadme la muerte".

A la mañana siguiente, antes de ser ahorcados, Fischer, Engel, Spies y Parsons hablaron desde la horca:

Este es el momento más feliz de mi vida.

¡Viva la anarquía!

ESPÍAS: Llegará un momento en que nuestro silencio será más poderoso que las voces que hoy estranguláis.

PARSONS: Dejadme hablar, hombres de América. ¿Me dejáis hablar? ¿Sheriff Matson? Que se oiga la voz del pueblo. Oh...

Capítulo 7

El movimiento se convierte en jaleo

Una enorme procesión de radicales, estimada entre 15.000 y 25.000, siguió a los ejecutados hasta el cementerio de Waldheim, en las afueras de Chicago, cantando *la Marsellesa*, mientras 250.000 espectadores bordeaban el recorrido. En el año y medio que transcurrió desde el día de la explosión hasta el de las ejecuciones mucha gente había cambiado de opinión sobre los anarquistas. Según el *New York World*:

En la procesión había representantes de diversos sindicatos. Había una delegación de los Caballeros del Trabajo, compuesta enteramente por mujeres. Marchaban codo con codo hombres cultos y hombres de densa ignorancia. Y a lo largo de toda la extraña procesión, silenciosa y hosca y obviamente reprimida, excepto cuando cantaban, corría el sentimiento de que los muertos habían muerto en cierto sentido por ellos, que eran mártires de la causa de los pobres contra los ricos, de los débiles contra los poderosos.

El Mundo añadió que "el heroísmo de estos hombres —el heroísmo del fanatismo— es algo maravilloso de contemplar".

La gente en general comenzó a sentir que todo el asunto era deplorable, por decir lo menos. Un destacado predicador de Newark, Nueva Jersey, se retractó de su opinión anterior y declaró que los cuatro hombres asesinados tenían "instintos mucho más nobles que muchos de los que los han denunciado". Aparecieron por docenas panfletos en los que se discutía la injusticia, la absoluta ilegalidad del juicio. Las ejecuciones fueron calificadas de "asesinato judicial", no sólo por los radicales, sino también por hombres y mujeres respetables, seguros y cuerdos. Clarence Darrow, abogado de éxito de una corporación y aún no famoso como "el hombre de la gran minoría" y "campeón de los desvalidos", deploró y condenó todo el procedimiento. Una gran parte de la población de Chicago empezó a sentirse profundamente avergonzada por todo el incidente; durante un tiempo a Chicago no le hizo ningún bien bañar sus miembros en el lago; se sentía sucia por todas partes.

No pocas personas inteligentes empezaron a ver que era inútil matar y

maltratar a los radicales. No eran más que el resultado natural de nuestras condiciones industriales, del sistema. Y también lo eran los Gould y los Vanderbilt. Si nunca hubieran vivido, sus posiciones actuales —las de los millonarios y los anarquistas— habrían sido ocupadas por otros. Aunque el anarquismo tenía sin duda raíces extranjeras, fue un crecimiento americano en América, nutrido en suelo americano. Si un miembro de la clase obrera había lanzado la bomba de Haymarket, después de todo el impulso que había detrás de su acto había sido una reacción no antinatural. ¿Acaso la policía y los pistoleros profesionales, bajo las órdenes de los capitalistas, no habían estado disparando y apaleando a los obreros? Todo era un caos espantoso.

52

Los propios capitalistas, por supuesto, no podían permitirse un filosofar tan amplio; ciertamente no públicamente. Declararon en voz alta que las ejecuciones eran lo mejor que le podía haber pasado a Chicago y al resto del país. Siete años más tarde, cuando el gobernador John Altgeld indultó a Fielden, Neebe y Schwab alegando que el juicio había sido ilegal, los hombres de negocios lo denunciaron salvajemente como traidor a la sociedad, anarquista, y lo asesinaron políticamente. Un edificio de oficinas que Altgeld poseía en Chicago quedó sin valor por el aboycotto de los negocios de Chicago.

Desde el estrecho punto de vista egoísta de los empresarios, la bomba de Haymarket fue algo excelente. Detuvo el movimiento de las ocho horas; no permanentemente, por supuesto, pero todo lo que les importaba a los industriales emergentes era la situación y los resultados inmediatos. La bomba había creado el caos en el movimiento sindical. Puso fin a la carrera de la chusma desorganizada por afiliarse a los sindicatos. Los obreros se peleaban y se maltrataban unos a otros. ¡Excelente!

En 1909, al comentar el 22 aniversario de las ejecuciones, una revista socialista dijo:

Nunca se asestó un golpe tan fuerte al capitalismo como cuando se lanzó aquella bomba en Haymarket Square. Hizo retroceder al movimiento obrero de Estados Unidos una generación, y sus efectos aún no han desaparecido.

Si supuso o no un retroceso para el movimiento depende del punto de vista de cada uno. Sin embargo, no cabe duda de que hizo que la clase obrera quedara definitivamente bajo el control de su elemento más conservador. De la confusión que siguió a la explosión de Haymarket, surgió la Federación

Americana del Trabajo, un grupo idealista y obstinado, en cuya carrera también, como se verá en la última parte del libro, la dinamita se convirtió en un factor importante.

2

Inmediatamente después del motín de Haymarket, las asociaciones patronales de todo Estados Unidos se reorganizaron con el propósito de idear y poner en práctica métodos más eficaces para contener el malestar industrial. Habían permitido que la tontería de las ocho horas llegara demasiado lejos. Ahora era el momento de poner a los trabajadores en su sitio, ya que la bomba había enardecido al justo público contra los esfuerzos de los desvalidos por elevarse a un nivel superior.

Thomas Scott, presidente del Ferrocarril de Pensilvania, dijo. "Den a los obreros y huelguistas comida de bala de fusil durante unos días y observarán cómo tomarán este tipo de pan".

53

Los cierres patronales se generalizan. Los pocos empresarios que, en 1885 y principios de 1886, habían cedido a las demandas de los sindicatos de una jornada de ocho horas, anunciaron ahora, bien por iniciativa propia o bajo la coacción de las "asociaciones patronales", que el sistema de 10 ó 12 horas se restablecería inmediatamente en sus fábricas. Si los trabajadores se oponían demasiado enérgicamente o amenazaban con huelgas, los empresarios simplemente calificaban su actitud de "anarquista" y cerraban las fábricas antes de que pudiera organizarse una huelga, lo que naturalmente tenía un efecto devastador en la moral de los trabajadores.

La patronal puso espías en los sindicatos y los dirigentes más activos fueron denunciados y colocados en listas negras. Muchos de los mejores sindicalistas fueron expulsados del movimiento. En varios casos, sindicatos enteros, algunos de ellos afiliados a los Caballeros del Trabajo, fueron bloqueados y puestos en la lista negra.

Esto provocó el declive de muchas organizaciones, o incluso su desaparición total. Los Caballeros del Trabajo, cuyo número había superado el millón en mayo de 1886, perdieron más de 200.000 miembros en pocos meses tras el motín de Haymarket. Los cierres patronales y las listas negras hacían que el trabajador que tenía que tener un empleo se lo pensara dos

veces antes de sacar o renovar el carnet sindical.

Hubo otras causas del declive del movimiento sindical estadounidense a finales de la década de 1880 y los primeros años de la siguiente. La falta de espina dorsal e inteligencia en la dirección de la K de L, de la que ya he hablado, fue una de ellas. Powderly y sus compinches no podían hacerse a la idea de que la huelga era un medio eficaz para obtener beneficios sociales y económicos para los trabajadores. Se quejaban amargamente de que algunos sindicatos bajo su bandera libraban una guerra contra ciertos capitalistas en contra de sus deseos y órdenes. Llegaron a temer el movimiento de las ocho horas cuando alcanzó su apogeo. El hecho de haber apoyado en un primer momento una acción en la que participaban anarquistas les hizo sentir que debían cuadrarse con un público cuya indignación por el atentado rozaba la histeria.

Powderly giró hacia todas las influencias fuertes dentro y fuera de la organización. Primero habló de la injusticia y de la necesidad de una distribución más equitativa de la riqueza como si lo dijera en serio; luego sermoneó sobre la armonía, la buena voluntad hacia todos los hombres y la necesidad de que todos aspiraran a las cosas más elevadas de la vida. Y a continuación se le ocurrió la idea de inducir a los trabajadores a dejar de beber y volverse respetables.

Todas las huelgas llevadas a cabo por el K de L tras el motín de Haymarket fracasaron.

Pero la debilidad básica de la orden, tal vez, era que contenía demasiados elementos —trabajadores cualificados y no cualificados, hombres y mujeres, nativos y nacidos en el extranjero, profesionales e incluso agricultores— cuyos intereses económicos, en el sentido estrecho e inmediato, eran demasiado divergentes. Powderly intentó en vano unirlos en torno a un plan de elevación, pero la organización estaba impregnada de acritud, egoísmo y maquinaciones políticas. Sus dirigentes, nacionales y locales, eran en su mayoría organizadores y promotores profesionales que estaban en la orden por el botín y otras ventajas que podían obtener de ella. La organización fue descrita por uno de sus miembros como:

54

un asilo para morosos y pobres, y una escuela intrigante de políticos. Todo hombre que pertenece a ella ahora, y no gana dinero con ella, es peor esclavo de los intrigantes de lo que nunca fue del capital, y es su peor enemigo. Es un instrumento y un incauto.

3

La ineficacia de la K de L en la mayoría de los conflictos laborales se hizo evidente para algunos de los líderes y aspirantes a líderes más entusiastas, dentro y fuera de la Orden, ya a principios de la década de 1880.

En agosto de 1881 varios de ellos se reunieron en Terre Haute, Indiana, para discutir el triste estado de las cosas y las espléndidas oportunidades que la situación ofrecía a tipos brillantes como ellos que entendían las condiciones y sabían qué hacer al respecto. Hablaron del movimiento sindical británico, con su intensa organización local, su autonomía comercial, su amplio trabajo en equipo y sus impresionantes congresos anuales, como algo digno de imitar y mejorar en América. Decidieron convocar una convención dos meses más tarde en Pittsburgh, a la que respondieron unos 150 representantes de sindicatos internacionales, nacionales y locales, y de asambleas de la K of L. En ese momento se constituyó la Federación de Sindicatos Organizados de Estados Unidos y Canadá.

El programa incluía reivindicaciones políticas, como leyes de educación obligatoria, abolición de las restricciones legales a los sindicatos y legislación contra la inmigración por contrato. Pero la idea principal, tal y como se desarrolló, aunque no se expresara claramente en la plataforma, era el "sindicalismo puro y duro": su propósito era aumentar los salarios y, en general, mejorar las condiciones de trabajo de sus miembros *sin preocuparse por la clase obrera en su conjunto; de hecho, si era necesario, lograr esos objetivos a expensas del resto de la clase obrera*.

Durante varios años, la organización no llegó a ninguna parte en particular. No disponía de fondos y, en general, había una depresión en el ámbito industrial. En su tercera convención, celebrada en Nueva York en 1883, fue elegido presidente Samuel Gompers, líder de los tabaqueros, que estaban afiliados a la K de L.

Gompers fue, quizás, el oponente más enérgico dentro de la K de L al nebuloso plan de acción de Powderly. En 1886, ante los graves reveses sufridos por la organización a causa de la reacción general al motín de Haymarket, Gompers —un tipo listo como era— vio su gran oportunidad y, sin perder tiempo, intentó con éxito combinar con su organización otros

numerosos organismos bajo el nombre de Federación Americana del Trabajo. Fue elegido presidente de la nueva federación, cargo que ocupó, salvo un año, hasta su muerte.

55

Al principio, la federación contaba con unos 100.000 miembros. Incluía ferreteros, carpinteros, caldereros, sastres, tabaqueros, impresores y otros oficios. Su crecimiento fue constante. Se basaba, como la fusión original de Gomper, en los intereses de determinados oficios organizados y no en los de los trabajadores en general. Durante la década de 1890, desarrolló una considerable potencia y, en la década siguiente, se convirtió en uno de los factores más importantes de la vida del país. Continuó como tal hasta que la terrible debacle de McNamara en 1911 y los juicios por la conspiración de la dinamita en 1912 la privaron, como se verá, de su espíritu militante. En 1894, la AF de L triunfó completamente sobre la K de L, que a partir de entonces no tuvo ninguna importancia en la lucha de clases.

Gompers era un hombre de energía compacta. Era bajo y grueso. Tenía una cabeza grande, escasamente cubierta de pelo rizado; una cara grande y afeitada, con la piel áspera; una frente alta y ancha; labios gruesos, dibujados hacia abajo en las comisuras; mandíbulas prominentes y una barbilla enfática. Las gafas daban a sus ojos una falsa luminosidad. Toda su personalidad tenía un aspecto formidable. La agresividad era quizá su principal característica. Preciso, deliberado en sus modales, su oratoria tenía una pesada solemnidad que no era ineficaz. Podía decir cosas comunes de forma impresionante. Fabricante de puros de profesión, había estado vinculado al sindicalismo desde su juventud. Antes de alcanzar el liderazgo en los sindicatos, había creído, "con la mayoría de los pensadores avanzados", como él decía, "en la abolición del sistema salarial". Había aprendido alemán especialmente para estudiar a Marx en el original. Sin embargo, como jefe de la AF de L, se convirtió en un venenoso enemigo del socialismo. Era un político, una víctima de su propio poder, un transigente, un oportunista. No era un hombre egoísta en el sentido material, murió comparativamente pobre; pero estaba hambriento de poder y era extremadamente susceptible a la adulación, especialmente si procedía de grandes capitalistas o de un político como Roosevelt. Bill Haywood lo describió como "vanidoso, engreído, petulante, vengativo". Se involucró en algunas transacciones sin escrúpulos; nunca, quizá, para aumentar su cuenta bancaria, sólo para mantenerse en el cargo de presidente de la AF de L y, según sus propias luces, servir a los hombres de la federación.

4

La actitud de la AF de L hacia la sociedad en general era, en la mayoría de los aspectos vitales, no muy diferente de la de los capitalistas. Los dirigentes sindicales estaban empeñados en conseguir para sí mismos y para sus miembros todo lo que se pudiera obtener dadas las circunstancias, siempre que fuera posible, por casi cualquier medio —incluida la dinamita— que no supusiera grandes riesgos para ellos o para el futuro de su organización. No les importaba si esos beneficios se obtenían a expensas de la clase capitalista, del proletariado no organizado, de los trabajadores organizados fuera de la AFL o del país en su conjunto. Políticamente, jugaban el juego como lo jugaban los capitalistas, es decir, para obtener ventajas o beneficios económicos inmediatos. No eran antagonistas del sistema salarial, que Horace Greeley había calificado de "soportable sólo cuando se contrasta con la esclavitud absoluta". Al fin y al cabo, fue el sistema salarial el que produjo su organización. Aceptaron el sistema capitalista y se propusieron sacar lo mejor de él. Ideológicamente, el movimiento estaba en un nivel bajo; la lucha de clases, como me expresó cándidamente un destacado aunque algo poco delicado dirigente sindical y dinamitero de Chicago en una entrevista durante la redacción de este libro, se convirtió en "la lucha del culo (arse)".

56

Pero no hay duda de que la nueva alineación bajo Gompers tenía más inteligencia y un instinto de autopreservación más sólido que cualquier otra amalgama nacional anterior o posterior. Aunque el crecimiento de la AF de L durante la década de 1890 no fue grande, la organización capeó uno de los periodos más críticos de la vida industrial estadounidense. Era un movimiento cauteloso, duro, conservador y oportunista. Tenía estabilidad. Se propuso sacar provecho de los errores de la K de L. Dejó que las organizaciones ultrarradicales emocionales libraran la mayoría de las batallas importantes en campo abierto y luego sacó provecho tanto de sus victorias como de sus derrotas. El Sindicato Ferroviario de Deb, la Federación Occidental de Mineros y los Trabajadores Industriales del Mundo, con sus grandes levantamientos en la década de 1890 y la primera década del siglo actual, sirvieron para asustar a los capitalistas. (Durante las batallas estas organizaciones tuvieron en la AF de L un antagonista casi tan enconado como en la patronal. De hecho, se sabe que la AF de L proporcionó rompehuelgas en las huelgas de la IWW). Pero una vez terminada la lucha

real y cuando los industriales se mostraron un poco más dispuestos a dar la cara, fueron los dirigentes de la Federación los que salieron beneficiados. Firmaron nuevos acuerdos salariales con la patronal y aprobaron leyes industriales, algunas de las cuales, es cierto, a la larga beneficiaron a la clase obrera estadounidense en su conjunto.

No pocos sindicatos de la AFL se enriquecieron económicamente. Los capitalistas no lograron atraer al servicio de la riqueza a todos los dirigentes competentes, pues ahora éstos podían progresar económica y socialmente manteniéndose fieles al sindicalismo. Los sindicatos pasaron a tener una base empresarial. Los funcionarios cobran sueldos regulares. Se contratan organizadores especiales. Pronto surgieron maravillosas oportunidades para el chanchullo, "legítimo" y de otro tipo; aunque no fue hasta el siglo XX cuando la corrupción en el movimiento sindical estadounidense se convirtió en una ciencia habitual. No pasó mucho tiempo antes de que los funcionarios sindicales de AF of L empezaran a morir ricos, de sobrealimentación. Vivos, algunos de ellos lucían diamantes y camisas de seda y conducían automóviles. Sus esposas, por citar a Mother Jones, "se pavoneaban como pavos reales". Los líderes viajaban en Pullman y hacían viajes al extranjero. Uno de ellos, cuando fue acusado por miembros ingenuos de su sindicato de haber "vendido" el movimiento, declaró cínicamente: "Claro que soy un grafitero. Siempre que oyes que Frank Feeney va detrás de algo te haces a la idea de que está consiguiendo su precio. Estoy a favor de Frank Feeney". Por supuesto, *había* líderes honestos en los sindicatos, tan honestos como podían serlo y permanecer en ellos; e incluso los corruptos hacían ocasionalmente movimientos honestos en la lucha, manteniendo así a los "tiesos" satisfechos e impresionando a los capitalistas con su poder.

57

El tipo de líder que el movimiento puro y simple de Gompers requería era el hombre de pequeñas capacidades, de mente estrecha, sin visión social. Su mundo mental consistía en una combinación de cuestiones salariales y horarias, y de los diferentes métodos por los que se podía influir en los grupos de trabajadores. Se dedicó diligentemente al estudio de los individuos que podían amenazar su propio puesto de trabajo. Se abstuvo de cualquier plan general. No ignoraba sus propias limitaciones y, por lo tanto, se resistía a cualquier paso que pudiera ampliar indebidamente el campo de actividades de la clase obrera, ya que ello habría implicado el ascenso de un tipo superior de dirigente, de más inteligencia y, tal vez, de más carácter. Se

opuso a la acción política independiente de los trabajadores, por la sencilla razón de que implicaba otros líderes, hombres con mayores ambiciones para sí mismos y para la sociedad. Para él sólo importaban las ganancias y ventajas inmediatas, y la violencia era a veces una forma rápida y sencilla de obtener resultados.

Muchos de los trabajadores militantes eran irlandeses, con la sangre y la tradición de Molly Maguire en su constitución; y a esta tradición se añadieron las enseñanzas anarquistas de Johann Most. Los sindicatos, especialmente en Chicago, estaban llenos de anarquistas para los que Louis Lingg, antiguo organizador de los carpinteros, era un héroe.

Sam Gompers, como presidente de la AF de L, denunció a los anarquistas con gran vehemencia y sermoneó contra la violencia en días laborables y domingos. Pero no fue mucho después del incidente de Haymarket cuando, bajo el estímulo de la salvaje actitud del capitalismo hacia los trabajadores y el público, la dinamita —la de verdad— se convirtió en una parte definitiva de la política y las tácticas del movimiento sindical estadounidense, incluyendo —de hecho, especialmente— a la AF de L. Sólo la dinamita de la AF de L era "pura y simple", desprovista de cualquier idealismo social y objetivos tan amplios como los que habían motivado a los terroristas originales de Chicago.

El movimiento bajo Gompers se convirtió en gran medida en un tinglado —para usar la palabra en el sentido en boga muchos años después— establecido en oposición al tinglado capitalista. Gompers hablaba de forma idealista, con ojos elevados, del "profundo significado espiritual" y del "amplio interés social" de su organización, mientras que, de hecho, había tan poca espiritualidad e interés social en el movimiento como en la empresa siderúrgica de Carnegie o en el lobby de los aranceles en Washington. Mientras Gompers oraba, los líderes de los sindicatos separados hacían chanchullos, empleando dinamita y cualquier otro medio que se les ocurriera, y Gompers, estoy convencido, sabía lo que estaba haciendo. Para ellos sólo importaban los resultados inmediatos, igual que, al otro lado de la valla, a los capitalistas sólo les preocupaban sus beneficios del momento. "Consigue todo lo que puedas; consigue todo lo que puedas".

Capítulo 8

Los delincuentes se unen a la guerra de clases

En los disturbios de 1877, el elemento criminal desempeñó un papel importante. Era natural. De repente, se presentó la oportunidad de saquear e incendiar y desahogar el odio hacia el orden establecido que forma parte de la psicología de todo criminal o persona con inclinaciones criminales.

Marx y Engels, planeando su revolución, eran conscientes del papel que desempeñaría el crimen en cualquier levantamiento de los desvalidos. "La 'clase peligrosa'", decían en su *Manifiesto*, "la escoria social, esa masa pasivamente putrefacta arrojada por las capas más bajas de la vieja sociedad, puede, aquí y allá, ser arrastrada al movimiento por una revolución proletaria; sus condiciones de vida, sin embargo, la preparan mucho más para el papel de instrumento sobornado de la intriga reaccionaria". No se puede cuestionar la solidez de su punto de vista.

No cabe duda de que en la guerra industrial la policía y otros agentes del orden establecido han empleado con frecuencia a criminales para realizar actos de violencia de los que luego se culpa a quienes se oponen a ese orden, desacreditándolos así como manchados por actos inhumanos. Los agentes de los gobiernos europeos llevan muchas décadas utilizando a delincuentes y terroristas para desacreditar a los movimientos revolucionarios. Un viejo truco de la policía en la Rusia zarista consistía en fomentar, estimular y finalmente reprimir pequeños levantamientos. En una época, las autoridades policiales de París subvencionaron hojas anarquistas en esa ciudad. Kropotkin cuenta, en sus *Memorias*, dos ocasiones en las que agentes de la policía acudieron a él con dinero para que les ayudara a fundar periódicos anarquistas que hicieran apología de la violencia.

Si bien puede haber pocas dudas de que la bomba de Haymarket fue fabricada y lanzada por algún anarquista idealista del tipo de Louis Lingg, la idea de que el acto fue perpetrado por un criminal, contratado por agentes de la patronal de Chicago que estaban interesados en destruir el movimiento de las ocho horas que entonces estaba en marcha, no es irrazonable ni

descabellada. Tampoco estoy dispuesto a descartar por completo la creencia popular entre los radicales de que la explosión del Día de la Preparación en San Francisco en 1916, por la que Mooney y Billings pasaron muchos años en prisión aunque eran claramente inocentes de ese atropello, fue perpetrada no por ningún trabajador militante o fanático radical, sino por alguien contratado por los representantes de poderosos intereses de San Francisco deseosos de destruir los agresivos sindicatos de esa ciudad.

2

En la mayoría de los países civilizados, al menos en el último siglo aproximadamente, todos los poderes de represión, coerción y agresión han estado exclusivamente en manos del Estado, con sus ejércitos, armadas y policías locales.

59

Esto fue así en Estados Unidos hasta que la lucha entre los que no tienen y los que tienen se convirtió en una auténtica guerra, poco después de la guerra civil. Por supuesto, el Estado siempre ha estado del lado de los grandes intereses económicos, pero todos sus recursos han resultado a veces insuficientes. La milicia estaba mal organizada, no siempre se podía confiar en la policía cuando se trataba de reprimir huelgas y, a veces, cuando se llamaba a la milicia, los soldados simpatizaban con los huelguistas.

Así, en la década de 1860, numerosos industriales estadounidenses, al hacerse ricos y poderosos, empezaron a contratar sus propias fuerzas de hombres armados. A finales de esa década, Robert A Pinkerton, un detective privado con talento para los negocios, se hizo rico suministrando guardias a empresarios con problemas de mano de obra. Entonces, otros individuos, envidiosos de la prosperidad de Pinkerton, crearon bufetes de detectives rivales. Muchos de ellos eran delincuentes profesionales y se dedicaban a vender el servicio de otros delincuentes y personajes de baja estofa a los propietarios de grandes industrias. Enviaban ladrones y asesinos a los conflictos, donde los patronos los nombraban guardias, con el deber de proteger la propiedad de la empresa y a los esquirols, para abatir y pegar a los piquetes de huelga, provocar disturbios, cometer e incitar a los huelguistas a cometer, tropelías de las que más tarde se culpaba enteramente a los trabajadores.

Otros de este tipo fueron contratados por los agentes de la patronal para afiliarse a los sindicatos y actuar como espías, crear disensiones en la organización y *animar a los afiliados a la violencia y el crimen*.

Así se organizó la criminalidad en Estados Unidos para chantajear a los empresarios en su oposición a los esfuerzos de los desvalidos.

Y el movimiento sindical —dominado como estaba por la Federación Americana del Trabajo, cuya psicología básica, como he subrayado, no era muy distinta de la de los capitalistas— pronto adoptó los mismos métodos. Los sindicatos empezaron a contratar matones para golpear a los esquirols, pistoleros para abatir a los superintendentes y asesinos de las empresas, dinamiteros para volar las propiedades de los empresarios, o desarrollaron talentos de mano dura dentro de sus organizaciones. De hecho, en el transcurso de unas décadas, varios sindicatos, al verse enfrentados a empresarios brutales y desaprensivos, se convirtieron en organizaciones mafiosas, con el terrorismo como núcleo de su política.

Tercera parte

La guerra empieza en serio

"... la fuerza brutal que el dinero puede ejercer en América en el taller, la fuerza corruptora que puede ejercer en el banquillo y en la capital de cada Estado, hacen que lo más natural imaginable para el trabajo sea contemplar un recurso a la fuerza que pueda mandar: dinamita, sabotaje, mal trabajo, la huelga revolucionaria."

J Ramsay Macdonald
Crónica diaria
Londres, 1912

Capítulo 9

La huelga de Homestead

Con el surgimiento de la Federación Americana del Trabajo, los capitalistas se enfrentaron a una organización de mano dura, y esto sólo unos años después de que se hubieran regocijado por el desastroso efecto del juicio anarquista sobre el movimiento obrero. Empezaron a ver que en las ocasiones en que los líderes sindicales eran impagables, la clase obrera tendría que ser tratada con métodos a la vez más sutiles y más brutales que los empleados para someter las revueltas de las décadas de 1870 y 1880. Añadieron una nueva arma a su equipo de guerra: el requerimiento judicial. Se trataba de una mejora de la antigua ley de conspiración, que había ilegalizado a los trabajadores, en algunos casos, la huelga y los piquetes y, en general, la defensa de su causa.

El primer caso de medida cautelar se produjo en 1888, en Massachusetts,

cuando un tribunal prohibió a los huelguistas de una hilandería "desplegar pancartas con dispositivos como medio de amenaza e intimidación para impedir que las personas accedan o continúen en el empleo de los demandantes". El efecto fue privar a los trabajadores —la mayoría de ellos ciudadanos de Estados Unidos— de sus derechos constitucionales de libertad de expresión, prensa y reunión, y del derecho incluso a aparecer en la calle cerca de la propiedad de los empresarios.

A partir de entonces, los capitalistas utilizaron la orden judicial en muchas grandes batallas industriales, a menudo con gran eficacia, junto con el cierre patronal, la lista negra, las balas, las porras policiales, el espionaje y la propaganda. Los tribunales estaban casi sin excepción del lado del gran capital y en contra de los trabajadores.

Por supuesto, desde el punto de vista capitalista, la medida cautelar no estaba injustificada. Después de todo, una huelga era una insurrección contra el sistema existente y, dadas las circunstancias, no era ilógico que los principales beneficiarios de la misma derogaran el derecho civil. Durante el intervalo de armisticio en la lucha entre las clases, el derecho civil podía pretender arbitrar en las relaciones de clase e individuales, pero una huelga era una guerra —denominada *guerra* por ambas partes— y un requerimiento judicial era un acto de guerra.

Por otra parte, el mandato judicial —que significaba que los dirigentes sindicales eran detenidos y mantenidos como prisioneros de guerra en cuanto iniciaban un movimiento fuerte contra la patronal— despertaba en la clase obrera cada vez más rencor. La clase obrera empezó a perder sus ilusiones sobre la justicia del sistema legal del país. El impulso de los trabajadores hacia la violencia —la dinamita, los incendios provocados y los asesinatos— se hizo más fuerte tras cada requerimiento judicial, tras el fracaso de cada esfuerzo pacífico por mejorar las condiciones.

La agitación de ocho horas se reanudó poco después de la aparición de la AF de L. Gompers y sus colegas no estaban entusiasmados con ella. La idea era demasiado radical para ellos, y el asunto anarquista aún estaba fresco en la mente del público. Pero en cuanto las condiciones industriales mejoraron

ligeramente, a finales de la década de 1880, las bases de los sindicatos empezaron a reclamar una jornada laboral más corta.

En la convención de 1888, la AF de L decidió oficialmente declarar un

huelga general el 1 de mayo de 1890, exigiendo el sistema de ocho horas para todas las industrias representadas en la organización. La decisión fue acogida con entusiasmo por la masa de trabajadores; pero en la siguiente convención los dirigentes se aterrorizaron ante la idea. Consideraron que las consecuencias del probable fracaso de la huelga serían demasiado desastrosas como para arriesgarse a una acción de este tipo, por lo que decidieron en su lugar que sólo un sindicato, el de los carpinteros, hiciera huelga el día señalado. Los carpinteros estaban bien organizados; el suyo era un oficio muy cualificado y disponían de un gran fondo en la tesorería. Se convocó la huelga y, en pocas semanas, consiguieron la reivindicación de las ocho horas en más de 100 ciudades y pueblos.

Animados por el éxito de los carpinteros, los mineros anunciaron su intención de declararse en huelga el 1 de mayo de 1891, pero en vísperas de la huelga los dirigentes se dieron cuenta de repente de que el sindicato no estaba en condiciones de hacerlo y ordenaron a los trabajadores que permanecieran en sus puestos. El temor de los dirigentes al fracaso estaba justificado, ya que en las minas había una vasta mano de obra inmigrante no organizada disponible para el esquirolaje, mientras que el fondo de huelga de los mineros era demasiado pequeño para librar una larga batalla. La intención de hacer huelga había sido un error; la desconvocatoria de la huelga desmoralizó toda la agitación de las ocho horas, y pasaron años antes de que el movimiento recobrar fuerza.

Por un momento Gompers respiró tranquilo. Se había visto obligado a apoyar la agitación de las bases de los sindicatos por las ocho horas, pero en su corazón y en su mente se oponía a ello. La idea era demasiado radical; ponía en peligro su política conservadora, por no hablar de su posición como presidente de la AF de L. No era un hombre militante, ni un luchador impulsivo, sino un conspirador, un político, un transigente. Luchaba abiertamente sólo cuando no había nada más que hacer.

Pero no había paz real; de hecho, la guerra acababa de empezar en serio.

En 1892 estalló la furia de la llamada huelga de Homestead, que en realidad fue un cierre patronal en el que participaron, por un lado, los trabajadores de la siderurgia, que, con casi 25.000 afiliados, eran uno de los sindicatos más fuertes del país, y, por otro, la Carnegie Steel Company. Tres años antes, el sindicato había sido reconocido por la empresa; de hecho, había firmado con ella un contrato de tres años, al término del cual Carnegie quería que los trabajadores aceptaran una reducción salarial. El sindicato rechazó estas condiciones y el 1 de julio, antes de que pudieran declarar la huelga, los trabajadores fueron repentinamente bloqueados.

Sin embargo, antes de que eso ocurriera, Andrew Carnegie, ya famoso como gran profeta de la "democracia" estadounidense, anticipándose a la violencia, había entregado apresuradamente el mando al superintendente de la empresa, Henry C Frick, un franco y brutal odiador de los sindicatos, y había partido hacia Europa.

Frick indicó inmediatamente con su acción que quería la guerra hasta el final. Erigió una alambrada de tres millas de largo y 15 pies de alto alrededor de la fábrica y pidió a la Agencia de Detectives Pinkerton que le enviara 300 pistoleros.

Los trabajadores encerrados se enteraron de que venían los Pinkerton y esperaron su llegada. Sabían que los pistoleros irían armados y se prepararon para enfrentarse a ellos en sus propios términos.

En la noche del 5 de julio, un barco cargado de Pinkertons intentó desembarcar en Homestead. Se entabló una batalla en la que murieron 10 hombres y tres veces más resultaron heridos. Al final, los obreros se impusieron a los pistoleros, capturaron a los 300 hombres, menos los pocos que murieron, los mantuvieron prisioneros de guerra durante 24 horas y, finalmente, los sacaron desarmados de la ciudad.

Indignado, Frick pidió entonces la milicia al gobernador del estado de Pensilvania y en pocos días la pequeña ciudad molinera de 12.000 habitantes era un campamento armado.

Los soldados se quedaron hasta finales de noviembre, cuando la huelga terminó oficialmente con la derrota total de los trabajadores. La tesorería del sindicato estaba vacía; el invierno se acercaba y las familias pasaban frío y hambre. Desesperados, los trabajadores volvieron al trabajo como no sindicalistas.

Pero Frick no ganó la batalla ileso. Había entonces en Estados Unidos un joven anarquista, Alexander Berkman, admirador del difunto Louis Lingg y amante de Emma Goldman, quien, al enterarse del tiroteo entre los siderúrgicos y los Pinkerton, se apresuró a ir a Homestead e irrumpió allí en la oficina de Frick. (Tomo los detalles de *las Memorias* de Berkman).

"El señor Frick está ocupado", dijo el portero al que Berkman había entregado su tarjeta. "No puede verle ahora, señor".

Berkman salió de la sala de recepción; luego, volviendo rápidamente sobre sus pasos, atravesó una verja que separaba a los empleados de los clientes, apartó al consternado portero y entró en una habitación donde un momento antes había visto a un hombre de barba negra y buen aspecto sentado junto a una larga mesa.

Había otros dos hombres en la mesa, obviamente manteniendo una conferencia con Frick.

"Frick...", empezó Berkman; entonces, la expresión de terror en el rostro de Frick le dejó sin habla. "Lo entiende", pensó Berkman. "Quizá lleve armadura", reflexionó y, sacando su revólver, le apuntó a la cabeza.

Frick se agarró con ambas manos al brazo de su silla y apartó la cara, aterrorizado. Berkman disparó. Frick cayó de rodillas, con la cabeza apoyada en el brazo de la silla. "¿Está muerto?", se preguntó Berkman. Entonces alguien saltó sobre él por detrás y lo aplastó contra el suelo. Otros se amontonaron sobre él y lo sujetaron. Luego le levantaron y vio que Frick no estaba muerto. De una herida en el cuello le manaba sangre. Su barba negra estaba manchada de rojo.

Por un instante, el joven e inexperto terrorista tuvo un "extraño sentimiento, como de vergüenza"; luego se enfadó consigo mismo por albergar una emoción "tan indigna de un revolucionario".

La policía vino y se lo llevó a la cárcel.

"He perdido las gafas", se quejó Berkman a los agentes.

"Tendrás mucha suerte si no pierdes la cabeza", le espetó un policía.

Berkman fue condenado a 22 años de prisión. Cumplió 15. Su acto fue

considerado un crimen, pero detrás de él —como detrás de la mayoría de los demás incidentes violentos de la guerra de clases— había un motivo de venganza social, un ciego intento por parte de un idealista social de ayudar a los desesperados trabajadores en huelga eliminando al poderoso tirano que se les oponía.

Capítulo 10

El ejército de Coxey

El año 1893 fue el comienzo de otro pánico, y en las ciudades industriales volvieron a desfilar los "batallones del hambre".

Las fuerzas que provocaron esta crisis en las finanzas y la industria fueron muchas, demasiadas para discutir las aquí; pero fundamentalmente tuvieron su origen en la concentración cada vez mayor de la riqueza en manos de unos pocos hombres estúpidos, egoístas y voluntariosos que dominaban la vida de la nación. Chauncey M Depew, él mismo un magnate, dijo a principios de la década de 1890:

Cincuenta hombres en los Estados Unidos tienen en su poder, en razón de la riqueza que controlan, reunirse en 24 horas y llegar a un entendimiento por el cual cada rueda del comercio y el comercio puede ser detenida de girar, cada avenida de comercio bloqueada, y cada llave eléctrica enmudecida.

William Windom, antiguo secretario del Tesoro, discrepaba de Depew, en el sentido de que el poder para sembrar el pánico se limitaba a cuatro hombres:

que pueden en cualquier momento, y por razones satisfactorias para ellos mismos, reducir de un plumazo el valor de la propiedad en los Estados Unidos en cientos de millones. Pueden, a su antojo y placer, poner en aprietos los negocios, deprimir una ciudad o localidad y levantar otra, enriquecer a un individuo y arruinar a sus competidores, y cuando se presentan quejas, responder fríamente: "Bueno, ¿qué va a hacer al respecto?".

Para intentar hacer algo al respecto, la gente formaba nuevos partidos políticos. Surgió el movimiento populista. Del populismo surgió el bryanismo, que en última instancia fue otro intento desesperado por parte de las masas —que, en la vorágine de la obtención de dinero, no habían conseguido acercarse a la cima— de derribar y ajustar cuentas con los pocos que habían triunfado a su costa. En la superficie de estos movimientos, por supuesto, había mucha indignación moral, idealismo social y una retórica maravillosa.

Motivada como estaba por los intereses de los plutócratas, la vida política

de Estados Unidos estaba podrida hasta la médula. En los círculos sociales y oficiales de Washington, hombres y mujeres hablaban libremente de cuánto había recibido tal o cual senador o congresista por sus servicios a tal o cual fundación o corporación.

A intervalos, personas destacadas de la vida pública se levantaban y observaban la tendencia de las cosas con indisimulada alarma. Poco antes de que comenzara el pánico, el senador John J. Ingalls, por ejemplo, habló en el Senado de los Estados Unidos:

68

No podemos ocultar la verdad de que estamos al borde de una revolución... El trabajo, hambre y hoscos en las ciudades, aspira a derrocar un sistema bajo el cual los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, un sistema que da a un Vanderbilt y a un Gould riquezas más allá de los sueños de la avaricia y condena a los pobres a una pobreza de la que no hay otra salida o refugio que la tumba ... Los trabajadores del país que piden empleo son tratados como mendigos insolentes que piden pan.

La desesperación volvió a acechar al país.

Por otra parte, había una clase creciente de ricos ociosos que tenían dificultades para encontrar nuevas emociones en la vida. Charles y Mary Beard, en su admirable *Rise of American Civilization*, nos hablan de la vida social entre los ricos de aquella época.

En una cena celebrada a caballo, el corcel favorito recibió flores y champán; a un pequeño perro negro y fuego que llevaba un collar de diamantes valorado en 15.000 dólares se le ofreció un suntuoso banquete; en una función, los cigarrillos se envolvieron en billetes de cien dólares; en otra, se entregaron a los comensales finas perlas negras en sus ostras; en una tercera, se sirvió un elaborado festín a los agraciados acompañantes en una mina de la que procedía la fortuna del anfitrión. Luego, cansados de tan limitadas diversiones, los plutocráticos idearon ocasiones más estafalarias, con monos sentados entre los invitados, peces de oro humanos nadando en piscinas o coristas saltando de tartas.

Tanto en gastos suntuosos como en espectáculos exóticos, los ricos liberados de la esclavitud del trabajo y la responsabilidad buscaban los placeres con avidez. Se engastaron diamantes en los dientes; se proporcionó un carruaje privado y un ayuda de cámara personal para un mono mascota; se ataron perros con cintas a los asientos traseros de los Victorias y se sacaron al parque para airearlos; se compró un collar que costaba 600.000 dólares para la hija de un Creso; se gastaron 65.000 dólares en un tocador, 75.000 dólares en un par de anteojos de ópera. Toda una compañía teatral fue llevada de

Nueva York a Chicago para entretener a los amigos de un magnate y una orquesta completa contratada para dar una serenata a un recién nacido.

2

Para el proletariado, el pánico significaba recortes salariales o ningún trabajo, cierres patronales y huelgas desesperadas, colas de pan, frío y hambre. Los inmigrantes seguían llegando. Entre 1893 y 1897 el número de parados que querían y necesitaban trabajo fue siempre de tres a cuatro millones. Hubo huelgas en las que participaron cientos de miles de hombres desesperados; luchas encarnizadas, unilaterales e injustas de principio a fin, fueron acompañadas de violencia y derramamiento de sangre. Algunos de los sindicatos más pequeños e independientes desaparecieron. Los Caballeros del Trabajo se acercaban a su fin. Pero la Federación Americana del Trabajo, como ya se ha mencionado, con su fiable instinto de autoconservación, sobrevivió a la crisis sin que su vitalidad disminuyera demasiado.

Durante el pánico, uno de los movimientos más interesantes fue la singular marcha de los llamados ejércitos de Coxey hacia Washington.

El movimiento comenzó en el otoño de 1893 en Massillon, Ohio, en la cabeza de un tal Jacob Selcher Coxey, teósofo en religión y populista en política, criador de caballos y propietario de una cantera de piedra. No tenía especial relieve antes de esta época; populista, creía que era función del Congreso, y de todo el gobierno, aliviar las penurias sociales. El país estaba lleno de miseria; miles de personas pasaban hambre. Coxey, por lo tanto, emitió una proclama anunciando su intención de *obligar*, si era necesario, a los que estaban en el poder a actuar en favor de los pobres, organizando a los desempleados en ejércitos pacíficos y haciéndolos marchar, sin suministros, mendigando su camino durante cientos de millas, hasta la capital.

69

La idea se convirtió en una sensación periodística. Fue tratada en su mayor parte como comedia de poca monta. Coxey, obviamente, era un idiota inofensivo. Los escritores editoriales fueron satíricos.

Pero el mensaje de Coxey, como dijo un historiador contemporáneo, "llegó como lluvia sobre tierra sedienta". En California, Colorado,

Massachusetts, Illinois, Oklahoma, el estado de Washington, Nueva Jersey, Indiana, Wisconsin y Maryland aparecieron personas que, convencidas de la rectitud del propósito de Coxey o sedientas de notoriedad, o ambas cosas, se unieron a la causa. "¡A Washington!" Los líderes locales emitieron manifiestos por separado. Frye, de Los Ángeles, por ejemplo, condenó:

los males de la competencia asesina, la suplantación del trabajo manual por la maquinaria... el terrateniente extranjero, la explotación por la renta, el beneficio y el interés de los productos del trabajo (que) han centralizado la riqueza de la nación en manos de unos pocos y han colocado a las masas en un estado de indigencia sin esperanza".

A principios de la primavera de 1894, unos 20.000 "Coxeyitas" se dirigieron a Washington por una docena de rutas diferentes. Un movimiento extraordinario. Pero el país en general, liderado por los periódicos, todavía se inclinaba a considerarlo una broma. Grandes hordas de vagabundos atravesaban las ciudades, riendo, cantando *Marching Through Georgia*, portando estandartes y la Vieja Gloria. Acampaban en las afueras de las comunidades, robaban comida a los granjeros y, para quedar bien con los religiosos, cantaban *Jesus, Lover of My Sou/y Nearer My God to Thee*.

En San Francisco, un tal Charlie Kelly levantó un ejército de 1.500 personas de la noche a la mañana. La ciudad, intranquila por tener a los vagabundos en su seno, hizo todo lo posible para ayudar a Kelly a cruzar la bahía hasta Oakland. En Oakland, las autoridades, también alarmadas por la multitud organizada de harapientos, muchos de los cuales parecían delincuentes, les ayudaron con el transporte para salir de Oakland; y así sucesivamente.

De vez en cuando un ejército robaba un tren entero y procedía con estilo, pero había comparativamente pocos saqueos. En general, los granjeros se mostraban comprensivos, generosos y divertidos. Era un movimiento bondadoso.

3

Pronto, los editorialistas empezaron a tomar en serio a Coxey. ¿Cuál era el motivo principal del movimiento? Algunos insistían en que era el ansia de publicidad de los líderes, otros que era un levantamiento social popular y espontáneo, una revolución — "y demos gracias", comentaba un periódico,

"de que sea tan mansa".

70

Los predicadores sermoneaban sobre ello. Un intérprete de las enseñanzas de Jesucristo, desde su púlpito en Hoboken, Nueva Jersey, declaró furiosamente: "Todo lo que le debemos a un vagabundo es un funeral", coincidiendo así con *la* idea del New York *Herald* de que "la mejor comida para un vagabundo normal es una de plomo, y suficiente para satisfacer el apetito más anhelante".

En Washington, el movimiento fue discutido por políticos inquietos y desconcertados. El ex presidente Harrison dijo a los periodistas: "Estamos presenciando ahora un espectáculo que nuestro país nunca ha presenciado antes".

Pero a medida que los ejércitos se acercaban a Washington, el movimiento empezó a desaparecer de repente. Los habitantes del oeste y del medio oeste se mostraron amistosos porque los Coxeyitas se dirigían al este, resolviendo así en parte sus problemas locales de desempleo y vagabundeo. Los habitantes del este, por supuesto, no pensaban lo mismo; las hordas que llegaban agravaban su situación de desempleo y vagabundeo. Los Coxeyitas empezaron a tener problemas con la policía; la gente a lo largo del camino era en general poco amistosa, y así los participantes empezaron a desertar de sus ejércitos y a volver a casa caminando por su cuenta.

Menos de 1000 Coxeyitas llegaron finalmente a Washington,

De acuerdo con su plan, el 1 de mayo el "general" Coxey condujo a unos 600 de sus seguidores por las calles de Washington hasta los terrenos del Capitolio, donde un sólido muro de policía montada les impidió el paso. Abandonando el ejército, Coxey y dos de sus "ayudantes" corrieron a través de los arbustos hacia la escalinata del Capitolio, con la intención de pronunciar discursos. Fueron detenidos. Al "general" no se le permitió dirigirse a su ejército.

Fueron juzgados por violar el estatuto que prohibía desfilar, reunirse, llevar o exhibir cualquier pancarta destinada a "poner en evidencia a cualquier partido, organización o movimiento en los terrenos del Capitolio" y por haber pisoteado el césped. Fueron declarados culpables y condenados a cortas penas de cárcel.

Esto prácticamente acabó con el movimiento Coxey. El Cleveland *Plain Dealer* dijo:

¿Qué sentido tiene todo esto? La empresa carecía de sentido cuando empezó y carece de sentido en su conclusión, salvo como prueba del malestar reinante.

Capítulo XI

La rebelión de Debs

De las muchas huelgas menores de principios de la década de 1890, la más significativa fue la de los guardagujas del ferrocarril en Buffalo, en 1892, por menos horas y más salario. Como la mayoría de las huelgas de la época, fracasó. En ella participaron, directamente, sólo 300 hombres, pero sus consecuencias fueron de gran alcance. Las hermandades ferroviarias, cuyo carácter y política eran similares a los de la AF de L, se negaron a apoyar la huelga, lo que fue la razón principal de su fracaso, y lo que indignó a un hombre llamado Eugene V Debs, entonces gran secretario-tesorero de los bomberos de locomotoras. Había intentado inducir a su organización a declarar una huelga simpatizante y, al no conseguirlo, ahora dimitió de su cargo.

En aquella época Debs no era un socialista declarado, pero tenía poca utilidad para el movimiento sindical como instrumento eficaz. Quería a todos los ferroviarios en una gran organización.

En consecuencia, en 1893 fundó la Unión Ferroviaria Americana, que en un año llegó a tener 150.000 miembros y durante un tiempo amenazó el futuro de las hermandades ferroviarias.

Debs tenía entonces unos 30 años, era un hombre alto y enjuto, de ascendencia franco-alsaciana; un fanático de voz suave y gran poder de persuasión; un mesías inflamado de sentimientos hacia los humildes y los oprimidos; un hombre valiente y franco; un emotivo, un sentimentalista, con una singular finura de carácter y unos modales que le hicieron simpático a todos los que llegaron a conocerle. A la edad de 14 años había trabajado en los talleres de locomotoras de Terre Haute, Indiana, y más tarde fue bombero de las locomotoras. En la década de 1880 fue elegido secretario-tesorero de la Hermandad de Bomberos, con un sueldo de 4.000 dólares al año. Su salario como presidente del nuevo Sindicato Ferroviario Americano oscilaba entre nada y 75 dólares al mes.

2

El Sindicato Ferroviario Americano tenía un año de vida cuando empezó a gestarse un pequeño problema en Pullman, Illinois, una ciudad modelo para los trabajadores, de la que, por citar una descripción contemporánea de sus encantos, "se elimina todo lo que es feo, discordante y desmoralizador". Su fundador y propietario fue George M. Pullman, el rey de los coches-cama, que, en benevolencia con sus empleados, superó a Henry Ford 20 años más tarde. Pero sus críticos calificaron la "idea Pullman" de feudalista. Ciertamente, era cualquier cosa menos puro altruismo. Los trabajadores pagaban un alquiler a la Pullman Company, compraban en las tiendas de la empresa, enviaban a sus hijos a la escuela de la empresa, paseaban cuando no estaban trabajando por el parque del Sr. Pullman y asistían a su iglesia y a su casa de juegos. Todo era Pullman. Incluso las aguas residuales de las casas de los trabajadores iban a parar a un depósito y desde allí se bombeaban a la granja del Sr. Pullman como fertilizante.

72

Era un amigo de los trabajadores que sabía —y no había lugar a discusión— lo que era bueno para el trabajador. El licor, por ejemplo, era malo; por lo tanto, Pullman era una ciudad seca. Los sindicatos eran malos; por lo tanto, los sindicatos eran tabú en Pullman. Por la misma razón, el Sr. Pullman estaba en contra de la jornada laboral de ocho horas, ya que fomentaba la ociosidad.

Pero, ¡ay! a pesar de todas las precauciones, los agitadores del Sindicato Ferroviario Americano se habían colado en la encantadora ciudad y habían organizado a los trabajadores de los coches-cama.

En la primavera de 1894, el negocio era pobre; por lo tanto, el Sr. Pullman redujo los salarios de su gente del 30 al 40% y el número de empleados en un tercio, descuidando, sin embargo, bajar al mismo tiempo el alquiler de sus casas y los precios en sus tiendas. A los ingratos trabajadores de Pullman no les gustó el recorte, por lo que en mayo abandonaron sus puestos de trabajo.

La huelga en sí fue un asunto relativamente pequeño, pero dio lugar al mayor levantamiento de la historia de Estados Unidos.

Cuando la ARU se reunió en congreso en Chicago el 12 de junio, la huelga de Pullman llevaba un mes en huelga. Como los negocios iban mal, a

la Pullman Company no le importaba el tiempo que los trabajadores permanecieran en huelga. Quizá lo único que preocupaba al gran altruista era el hecho de que los huelguistas le debían 70.000 dólares por alquileres atrasados.

Pullman suspendió el crédito de los huelguistas en sus almacenes, y a finales de mayo la mayoría de las familias de los trabajadores se morían de hambre. El reverendo William Card— wardine, un predicador de Pullman que, sin embargo, simpatizaba con los huelguistas, se presentó ante la convención de la ARU y dijo: "¡En nombre de Dios y de la humanidad, actuad rápido!".

La convención votó 2000 dólares para ayuda, y los delegados empezaron a hablar de boicot.

Debs intentó arbitrar. Envío representantes a T. H. Wickes, vicepresidente de la Pullman Company, pero el gran hombre les dijo que mandarían a Debs al infierno; no había "nada que arbitrar". Añadió que los huelguistas no significaban más para él que "hombres en la acera".

3

Entonces empezaron los problemas. La ARU se sentía bastante segura de sí misma. Dos meses antes Debs había lanzado una huelga sorpresa, sin importancia en sí misma, en el Great Northern Railroad y la había ganado. Ahora los delegados de la convención pensaban que dando una sorpresa mayor a los ferrocarriles podrían conseguir fácilmente una victoria mayor. Dieron a la Pullman Company cuatro días para empezar a negociar con el comité de huelga. La compañía se negó incluso a recibir el ultimátum.

73

El 26 de junio Debs, autorizado por la convención, ordenó un boicot contra los coches Pullman en todos los ferrocarriles occidentales, los coches debían ser cortados de los trenes y desviados. En dos días se suspendieron todas las operaciones entre Chicago y San Francisco, ya que los ferrocarriles estaban obligados por contrato a manejar coches Pullman, lo que *ipso facto* dio lugar a huelgas.

Los periódicos lanzaron un aullido. ¿Quién era ese tal Debs? ¿Cómo *podía* hacer algo así? Su boicot era una "interferencia con los negocios de los ferrocarriles"; era una "conspiración" y, peor aún, era "anarquía".

Pero el movimiento, tal y como se desarrolló, fue sin duda una sorpresa y una conmoción tanto para Debs como para el resto del país. Había ido más lejos de lo que él había previsto. Perdió el control casi inmediatamente después de que la orden de boicot entrara en vigor. Los ferrocarriles despidieron a los boicoteadores, tras lo cual todos los sindicatos afiliados a la ARU se declararon en huelga.

El bueno y gentil Debs imploró que no hubiera violencia, pero bien podría haberse callado. En Chicago la violencia era casi inevitable. Lewis y Smith, en *Chicago'— A History of Its Reputation*, dicen:

Toda la amargura, el rufianismo, la desesperación, almacenados en el fondo del alma de Chicago durante el horrible invierno, hirvieron en los patios del ferrocarril. Las causas casi se perdieron de vista... [Los magnates del ferrocarril] eran luchadores valientes. Estaban decididos a hacer funcionar los trenes. Oficiales corpulentos que no habían manejado un acelerador en 20 años subieron a las cabinas; otros manejaron las agujas. Pero se vieron derrotados por multitudes que aullaban, ululaban y arrojaban ladrillos. Aquí y allá, las locomotoras quedaban inutilizadas, volcaban en las vías; trenes enteros de vagones de mercancías volcaban, hombres-torre eran arrastrados desde las agujas... Mientras tanto, en los corrales, los suministros de ganado disminuían... Una hambruna de carne amenazaba el medio oeste.

Obviamente, había que acabar con la cosa. Se necesitaban tropas. John Altgeld todavía era gobernador de Illinois. Era notoriamente pro-obrero, radical. El año anterior había indultado a tres anarquistas que cumplían condena por el motín de Haymarket. No se podía confiar en él en un asunto tan serio como éste. Así que los capitalistas de Chicago decidieron ignorarle y, pasando por encima de él, recurrieron al gobierno federal en Washington.

El presidente Cleveland ordenó inmediatamente que las tropas regulares entraran en servicio en Chicago y en otros lugares. El 4 de julio Chicago era un campo armado, con más de 10.000 soldados, infantería, caballería e incluso artillería de campaña. Turbas de trabajadores les abucheaban, llamándoles "esquiroles".

Los soldados vigilaban los trenes y las terminales, pero la destrucción de la propiedad continuó a pesar de ellos. Debs insistió en que los hombres de la ARU no tenían nada que ver con la violencia; que la propiedad fue destruida por matones contratados por las empresas que querían ser compensadas por las pérdidas de la huelga por el Estado, y por simpatizantes irresponsables.

74

Indignado, el Gobernador Altgeld telegrafió al Presidente Cleveland:

Me informan que usted ha ordenado que las tropas federales entren en servicio en el estado de Illinois... Renunciando a todas las cuestiones de cortesía, diré que el estado de Illinois no sólo es capaz de cuidar de sí mismo, sino que está dispuesto hoy a proporcionar al gobierno federal cualquier ayuda que pueda necesitar en otro lugar ... Como gobernador del estado de Illinois protesto contra esto, y pido la retirada inmediata de las tropas federales del servicio activo en el estado.

Nunca antes ni después el gobernador de un estado había dirigido una comunicación tan cortante a un presidente de los Estados Unidos.

Cleveland contestó, sin mucho entusiasmo, que las tropas federales estaban en Chicago en estricta conformidad con la constitución y las leyes de los Estados Unidos, para proteger y ayudar a trasladar el correo.

El país, por supuesto, apoyó al presidente. Los predicadores y los editorialistas declararon que "esta huelga, la más gigantesca de toda la historia" era "un ultraje". Debs era un demonio, nada menos; sus sindicalistas y simpatizantes eran matones, incendiarios, anarquistas. Y Altgeld no era mejor. El Senado de los Estados Unidos aprobó una resolución respaldando la medida presidencial.

De una manera típica de la prensa conservadora de todo el país, el Chicago *Herald* editorializó:

Los ferrocarriles tienen que vencer la huelga. Si ceden en un punto mostrarán una debilidad fatal. Si la huelga tuviera éxito, los dueños de la propiedad ferroviaria... tendrían que entregar su control futuro a la clase de agitadores obreros y conspiradores de huelga que han formado el Sindicato Ferroviario Debs.

La anarquía continuó. Unos 2000 vagones de ferrocarril fueron destrozados e incendiados. Las pérdidas de propiedades y negocios del país se estimaron entre 50.000.000 y 100.000.000 de dólares.

4

El 7 de julio, Debs y otros dirigentes de la ARU fueron acusados de conspiración, arrestados y puestos en libertad bajo fianza. El tribunal dictó una orden judicial que les prohibía hacer nada para prolongar la huelga.

El 12 de julio, desafiando la orden judicial, Debs celebró una conferencia

con una veintena de líderes de sindicatos afiliados a la Federación Americana del Trabajo, en la que instó a la declaración inmediata de una huelga general por parte de *todas las* organizaciones sindicales de Estados Unidos. La AF of L, por supuesto, rechazó el llamamiento alegando que "sería imprudente y desastroso para los intereses de los trabajadores extender la huelga más allá de lo que ya había llegado" y aconsejó a Debs que la desconvocara.

No había solidaridad. Los dirigentes conservadores y cautelosos de la AFL, naturalmente, se negaron a hacer el juego al revolucionario Debs, que ya se había convertido en un héroe para la gran masa de trabajadores. Debs era un loco extraordinario, demasiado propenso a llevar a cabo su único gran sueño sindical si se le daba la oportunidad. Si eso ocurría, ¿qué sería de su sindicalismo puro y duro y de sus cómodas posiciones? Así que dejaron que Debs se cocinara en su propio jugo. Gompers, uno de los veintitantos líderes de la AFL, fue citado diciendo, cuando dejó Indianápolis para ir a Chicago a reunirse con Debs: "Voy al funeral de la ARU".

75

Desesperado, el 13 de julio, Debs ofreció a la Asociación de Gerentes Generales, a cargo de la parte capitalista de la disputa, poner fin a la huelga, siempre y cuando los trabajadores fueran recontractados sin prejuicios. La Asociación no quiso saber nada de él.

La huelga estaba prácticamente rota. La ciudad se llenó de soldados que vigilaban la propiedad ferroviaria y dispersaban a las turbas de trabajadores.

El mismo día se decidió romper la huelga por completo poniendo en práctica la orden judicial. El día anterior Debs había instado a una huelga general, que, de haberse declarado, habría equivalido a una guerra civil; por lo que fue acusado de desacato al tribunal por desobedecer la orden judicial dictada el 7 de julio.

Ese fue el final. Los líderes de la huelga fueron amordazados y atados de pies y manos. Los huelguistas que pudieron volvieron al trabajo. El resto pasó hambre.

Poco después, la ARU quedó desarticulada.

En los procesos judiciales que ocuparon los meses siguientes y que acabaron con penas de cárcel para Debs y sus compañeros dirigentes de la ARU, Clarence Darrow se hizo nacionalmente conocido como defensor de la causa.

El general Nelson Miles, comandante de las tropas regulares en huelga en

Illinois —"un buitre relleno de carroña", lo describió Debs— declaró pomposamente en un banquete ofrecido en agradecimiento a sus servicios: "He roto la espina dorsal de esta huelga".

Pocos meses después, el ejército regular se elevó a 50.000 hombres y se abrieron más depósitos de armas en Chicago, Nueva York y otros lugares, para contener cualquier posible levantamiento en el futuro. Las revistas militares publicaron artículos sobre tácticas antidisturbios.

Capítulo 12

Violencia en Occidente

Casi simultáneamente a los levantamientos en el este y el medio oeste, se produjeron violentos levantamientos en el oeste.

La huelga de Homestead de 1892 aún no había terminado cuando los mineros de la región de Coeur d'Alene, en Idaho, se declararon en huelga contra los repetidos recortes salariales. Pero la huelga ya estaba perdida cuando empezó. Los trabajadores estaban mal organizados, carecían de una dirección eficaz y de fondos de huelga suficientes.

Los mineros contrataron esquiroleros. Hubo batallas. La milicia mató a trabajadores. Alguien voló un molino de cuarzo y los huelguistas expulsaron a los esquiroleros del distrito. Las empresas, considerando que la milicia estatal era inadecuada para hacer frente a la situación, hicieron que el gobernador de Idaho recurriera al presidente de los Estados Unidos. Coeur d'Alene quedó bajo la ley marcial, con tropas regulares vigilando la propiedad, mientras los empresarios traían más rompeshuelgas.

El fracaso de la huelga tuvo resultados trágicos inmediatos para los trabajadores, pero condujo, con el tiempo, a la organización de la Western Federation of Miners (Federación Occidental de Mineros), que en la década siguiente se convirtió en el organismo sindical más agresivo, violento y revolucionario de Estados Unidos y se convirtió, años más tarde, en la columna vertebral de la IWW o movimiento wobbly.

2

En la segunda mitad de la década de 1890 se desarrolló una intensa situación en las regiones mineras de Idaho, Colorado y Montana.

En 1896, la Federación de Mineros del Oeste ya era un conjunto poderoso. Sus líderes eran mineros de verdad, radicales, luchadores, con más agallas de las que les convenían, entre ellos Bill Haywood, un producto del oeste, uno de los personajes más interesantes que han surgido en el

movimiento obrero estadounidense. Creían en la violencia —ojo por ojo! — y no lo ocultaban. Los propios líderes se enzarzaron en peleas a puñetazos y a tiros con los esquirols y la milicia. Llevaban pistolas y en varias ocasiones se tirotearon con el enemigo. Cumplieron condena en cárceles y toriles militares junto con miles —literalmente miles— de sus compañeros sindicalistas.

Durante años, después de los disturbios de Coeur d'Alene, Idaho fue escenario de brotes interminables. Soldados regulares patrullaban los distritos mineros. El gobierno estatal, al parecer, era demasiado débil para hacer frente a la situación. Casi todos los meses se dinamitaba alguna mina o molino. Se mataba a tiros a la gente por la noche y durante el día. Se produjeron batallas campales entre miembros de la WF de M y no sindicalistas, que causaron cientos de bajas.

77

En mayo de 1897 el sentimiento se había vuelto tan intenso que el presidente Boyce de la WF de M instó a todos los sindicatos locales de Idaho y Colorado a organizar un cuerpo de fusileros, "para que en dos años podamos oír la música inspiradora del paso marcial de 25.000 hombres armados en las filas del trabajo".

Apenas había terminado una huelga cuando empezó otra.

La guerra alcanzó una especie de clímax en la primavera de 1899, cuando el molino de 250.000 dólares de la Bunker Hill Company fue destruido por los mineros con dinamita. Frank Steunenberg era entonces gobernador de Idaho. Había sido elegido por el partido populista, con el apoyo de la clase obrera, y hasta entonces había simpatizado con las organizaciones sindicales, habiendo sido él mismo miembro del sindicato de impresores. Cuando los propietarios de las minas le pidieron una reparación, respondió rápidamente solicitando tropas federales al presidente McKinley y declarando el condado de Shoshone en estado de "insurrección y rebelión".

El presidente ordenó el envío de varias compañías de soldados negros desde Brownsville, Texas. Se reunió a miles de mineros en huelga y se les metió en toriles especialmente contruidos. Había tropas blancas disponibles a cientos de kilómetros más cerca de Brownsville, Texas, y Bill Haywood está justificado al escribir como lo hace en su autobiografía:

Wa siempre creyó que los funcionarios del gobierno pensaban que incitaría aún más a los mineros si se colocaba a soldados negros como guardianes de los prisioneros blancos. Esto levantó una tormenta de indignación, no tanto

contra los soldados de color como contra los responsables de traer soldados a la región minera.

Uno de los oficiales, un sucio canalla blanco, envió cartas a las esposas y hermanas de los hombres en el toril, pidiéndoles que entretuvieran a los soldados, diciendo que "recibirían consideración". Al canalla infernal no le preocupaban los hombres que tenía a sus órdenes, su acción pretendía añadir un insulto a las demás injurias ya infligidas a los indefensos prisioneros. En cualquier caso, era un insulto pedir a las familias de los mineros que tuvieran algo que ver con los soldados, y fue un intento deliberado de añadir prejuicios raciales a la situación.

3

Los mineros culparon a Steunenberg de casi todo lo que ocurrió en el país minero a finales de la década de 1890. Después de dejar el cargo siendo un hombre próspero, cosa que no era antes de la elección, se convirtió en ganadero de ovejas a gran escala y durante seis años se dedicó también a otros intereses empresariales.

Luego, el 30 de diciembre de 1905, abrió la verja de su casa de Caldwell. Fue su último acto. A la puerta estaba atado un trozo de hilo de pescar, uno de cuyos extremos estaba unido a una bomba, que le desgarró instantáneamente miembro a miembro.

¡Ojo por ojo! "Dinamita... ¡eso es!"

Capítulo 13

El alba enrojecida del siglo XX

A finales del siglo XIX, el industrialismo ocupaba definitivamente un lugar preponderante en la vida de Estados Unidos. La frontera había desaparecido. La era de los pioneros había terminado. En lugar de ir hacia el oeste, la gente se volvió hacia la ciudad en busca de trabajo en las fábricas. En la primera década del siglo XX se produjo un repentino descenso de la población rural. Las fábricas y las minas absorbían a los jóvenes de las granjas. Las ciudades crecen a un ritmo vertiginoso. Aumentó el número de niños trabajadores. Los inmigrantes siguen llegando.

Todas las fases vitales de la vida quedaron subordinadas a la expansión industrial, a la acumulación de riqueza, al ejercicio por parte de los ricos del poder que se cristalizaba en enormes corporaciones y Trusts. Los levantamientos populistas y bryan-democráticos de la década de 1890, por parte de las pequeñas clases medias y pequeñas clases capitalistas, que intentaban capturar los poderes del gobierno, fueron derrotados, junto con los esfuerzos del proletariado industrial por mejorar sus condiciones.

El Presidente Garfield había dicho: "Quien controla el volumen de dinero en cualquier país es dueño de toda su legislación y comercio". Un puñado de capitalistas controlaba los gobiernos nacional, estatal y municipal; sus departamentos ejecutivo, legislativo y, en particular, el judicial. La célebre doctrina del "consentimiento de los gobernados", tan estrechamente asociada a la Declaración de Independencia, y tan sólo unas décadas antes enfatizada de nuevo por Abraham Lincoln, era abiertamente repudiada por los líderes políticos, y tratada por ellos como una pieza obsoleta de la filosofía del siglo XVIII. Para el senador Lodge, de Massachusetts, era un mero aforismo, una "bella frase que se desliza por la lengua". El senador Platt, de Connecticut, anunció que "los gobiernos derivan su poder del consentimiento de *algunos* de los gobernados". *The Outlook*, entonces un semanario reaccionario, rechazó de plano la doctrina: "No creemos que los gobiernos descansen en el consentimiento de los gobernados".

Estados Unidos se estaba convirtiendo en un factor en la competencia mundial por el dominio comercial, y ahora, además de ser un juguete de las fuerzas dentro de sus propias fronteras, el pueblo estadounidense se convirtió en un juguete de fuerzas completamente fuera incluso de su control nominal. Los bienes estadounidenses competían con los de otras naciones, producidos por trabajadores mal pagados, y los capitalistas estadounidenses tenían ahora una nueva y convincente razón para mantener bajos los salarios de sus propios trabajadores.

79

Los contrastes de las condiciones sociales y económicas eran cada vez más agudos. Por un lado estaba, como dijo A. M. Simons, "la dolarocracia de la carne, las pastillas, el jabón, el petróleo y los ferrocarriles"; y por otro, citando el libro de John Mitchell, publicado en 1903: "El asalariado medio ha tomado la decisión de que debe seguir siendo un asalariado. Ha renunciado a la esperanza de un reino venidero, donde él mismo será un capitalista, y pide que la recompensa por su trabajo le sea dada como trabajador."

2

Naturalmente, el descontento de los desamparados era profundo y generalizado. El socialismo, nebuloso y confuso como era el movimiento, empezó a tener un amplio atractivo. Durante un tiempo, a principios de siglo, parecía que la profecía de Mark Hanna, "El próximo gran problema que tendrá que afrontar este país será el socialismo", pronto se haría realidad.

Gene Debs se convirtió en el líder de los socialistas americanos. No era más que un converso reciente; ya en 1896 había visto con esperanza las payasadas de William Jennings Bryan. Poco después, sin embargo, Victor Berger, un socialista alemán de Milwaukee, le conquistó, y en 1900 el recién formado Partido Socialista de América le propuso para presidente. Obtuvo algo menos de 100.000 votos. Cuatro años más tarde, los socialistas consiguieron más de 500.000 votos.

Las revistas conservadoras empiezan a publicar artículos sobre la "amenaza" del socialismo. Al zarpar hacia Inglaterra a principios de 1905, H Rider Haggard comentó "la creciente tendencia socialista entre las masas estadounidenses".

Destacados republicanos y demócratas, inquietos por la propagación del socialismo, instaron a sus partidos a convertirse en socialistas moderados y

frenar así el movimiento militante. Tras las elecciones de 1904, por ejemplo, William Allen White, de Kansas, declaró que "los problemas a los que se enfrenta Theodore Roosevelt son problemas relativos a la distribución de la riqueza".

Pero los partidos regulares no quisieron sumergirse en el radicalismo, y así el movimiento socialista se convirtió en un vigoroso factor en la vida política del país. Las reuniones de Debs en la campaña de 1904 fueron extraordinarias. Se alquilaban las salas más grandes, se cobró entrada y, sin embargo, los auditorios estaban abarrotados.

A mediados de la década había en Estados Unidos media docena de periódicos socialistas, con lo que podría llamarse un alcance nacional, y un centenar de hojas más pequeñas. En 1904, la tirada del *Appeal to Reason*, una hoja propagandística de cuatro páginas, superaba los 500.000 ejemplares. En diciembre de 1905, el *Appeal* publicó el llamado antiTrust. broadside, cuyos pedidos anticipados superaban los 3.000.000, la mayor edición de cualquier periódico impreso hasta ese momento.

80

Un joven escritor, Upton Sinclair, publicó una poderosa novela socialista, *La jungla*, y se hizo famoso de la noche a la mañana. Poco después se aventuró a profetizar la caída del capitalismo y la llegada del nuevo orden socialista en un plazo de diez años, o posiblemente quince. Vio muy claramente la mecánica de esta convulsión. Los males sociales de entonces eran consecuencia de una competencia industrial que se acercaba a su colapso y a su fin. La lucha económica se había saldado con la supervivencia de los Rockefeller y los Armour. Ya no había competencia en los precios; sólo había competencia en la fuerza de trabajo; y el resultado de esta condición era que el producto excedente de la industria iba a parar al gran capitalista. Este el capitalista invertía en nuevas industrias, y para vender su excedente buscaba mercados extranjeros. Cuando ya no había nuevos mercados, se producía una sobreproducción que, a su vez, producía el problema insoluble del desempleo. El efecto de esta condición era acumulativo, pues los desempleados competían y provocaban la reducción de los salarios, y esto significaba una disminución del poder adquisitivo de la comunidad y la causa de una contracción aún mayor de los mercados. Estas causas operaban universalmente, y su solución sólo podía ser una revolución industrial mundial.

Otro autor, Jack London, era presidente de la Intercollegiate SocialiSt.

Society, formada con el propósito de interesar a los universitarios en el movimiento. Jack ya firmaba sus cartas "¡Suyo por la revolución!".

Morris Hillquit ya se sentía justificado para escribir una *Historia completa del Socialismo en Estados Unidos*. Robert Hunter produjo un volumen sobre *la pobreza*, y Henry George, Jr, un libro sobre *La amenaza del privilegio*, que subtuló "Un estudio de los peligros que entraña para la República la existencia de una clase favorecida".

Otras figuras prominentemente identificadas con el movimiento socialista fueron John Spargo, J. A Wayland, editor de *Appeal to Reason*, Max S Hayes, A M Simons, Charles Edward Russell, W E Walling, Bill Haywood y W E Trautmann. Había hordas de jaboneros de ojos desorbitados gritando en las esquinas: "¡Proletarios, uníos! No tenéis nada que perder salvo vuestras cadenas, y un mundo que ganar". Era, ante todo, un movimiento de hambre, emocional y violento.

Las revistas estaban en plena efervescencia. David Graham Phillips, Lincoln Steffens, Ida Tarbell, Upton Sinclair y Ray Stannard Baker publicaban una y otra vez en las revistas *Cosmopolitan*, *McClure's*, *Munsey's* y *Everybody's*, que acumulaban enormes tiradas gracias sobre todo a su radicalismo. El público lector obviamente apreciaba los artículos desagradables sobre los capitalistas y sus agentes políticos en Washington, sus hábitos de vida, diversiones, disipaciones, discordias matrimoniales y tendencias aristocráticas. Además, la gente parecía tener la idea de que algo estaba fundamentalmente podrido en el país, que el creciente poder industrial y económico, superior a cualquier individuo que lo ejerciera, estaba aplastando a las masas hasta sumirlas en la pobreza, privándolas de su libertad.

Capítulo 14

Al diablo con la Constitución

Mientras tanto, a principios del siglo XX, continuaban las encarnizadas batallas entre patronos y obreros en la industria, especialmente en las secciones mineras de Pensilvania y Colorado.

En Pensilvania, la organización sindical dominante era la United Mine Workers, bajo el liderazgo conservador de John Mitchell, un joven y brillante gompersita, uno de los vicepresidentes de la American Federation of Labor y considerado el "príncipe heredero" de Gompers. Era un sindicalista consecuente, puro y simple, y no pretendía conseguir nada más que lo seguro. Su sindicato aceptaba el sistema industrial existente y consideraba al empresario como su socio; un socio no muy agradable, es cierto, pero al que era posible, en las circunstancias adecuadas, persuadir o coaccionar para que llegara a ciertos acuerdos con respecto a su parte de los beneficios. Al igual que Gompers, el joven Mitchell se oponía a las huelgas cuando podían evitarse, por las razones ya expuestas. La seguridad ante todo. Era un tipo tranquilo, calculador, político, indirecto, de tono elevado. Hablaba de "intereses comunes del capital y el trabajo". Roosevelt le llamaba caballero. Disfrutaba de contactos sociales con grandes capitalistas y políticos: Carnegie, Hanna, Belmont y otros. Cuando murió, siendo aún joven, dejó una fortuna de un cuarto de millón de dólares en acciones y bonos de empresas de embalaje y ferroviarias, pagarés, depósitos bancarios y propiedades inmobiliarias.

En Colorado, la Western Federation of Miners era la organización sindical más poderosa. Su espíritu era occidental y prácticamente todo lo que el sindicato United Mine Workers no era. Su origen se remontaba a los aventureros fronterizos estadounidenses que de repente se encontraron en la degradante situación de trabajadores a miles de metros bajo tierra. A diferencia del UMW, era una empresa sólo incidentalmente. En primer lugar, era una organización de lucha. Su filosofía era contra el sistema industrial existente, contra el patrón. Quería salarios más altos, por

supuesto, pero eso era una cuestión secundaria. Su objetivo principal era eliminar al empresario de la industria. Era revolucionaria, socialista.

Uno de sus líderes, como ya se ha mencionado, fue William Dudley Haywood, y Bill Haywood era un hombre de fuerza elemental, con la fuerza física de un buey, una cabeza grande y una mandíbula tremenda; duro, directo, inmensamente resistente, impaciente ante los obstáculos, descuidado, violento, listo y apto para repartir golpe por golpe; Un borracho; un hijo de las Rocosas, surgido, como él mismo dijo, "de las entrañas de la tierra" para abrirse camino a tientas a través de años de miseria e injusticia económica hasta el socialismo, para dejarse tocar por su idealismo y convertirse en un fanático de su causa. No sólo era socialista, sino que quería que el socialismo entrara en vigor de inmediato. Ramsay MacDonald, en su pequeño libro, *Syndicalism*, publicado en 1912, dice de él:

82

Es la encarnación de la filosofía Sorel (de la violencia); endurecido por el clima industrial y cívico americano, un manojo de instintos primitivos, un maestro de la declaración directa. Es inútil en un comité; es una antorcha entre una multitud de trabajadores acríticos y crédulos. Le vi en Copenhague, entre los líderes de los movimientos obreros de todo el mundo, y allí se quedó mudo y pasó desapercibido; le vi dirigiéndose a una multitud en Inglaterra, y allí sus crudos llamamientos movieron a sus oyentes a un aplauso salvaje. Les hizo ver cosas, y sus corazones se pusieron en marcha.

Fue el luchador más duro que ha dado hasta ahora el movimiento estadounidense, y murió, tuerto, en el exilio, o más bien fugitivo de la ley estadounidense, en Rusia, donde está enterrado en el Kremlin.

La UMW y la WF de M eran las alas derecha e izquierda, respectivamente, del movimiento sindical estadounidense de principios del siglo XX. Es interesante verlos en acción.

2

En otoño de 1900, los mineros de antracita de Pensilvania se declararon en huelga para conseguir un aumento salarial. El sindicato contaba con poco más de 10.000 afiliados, pero antes de que la huelga cumpliera una semana casi 100.000 hombres abandonaron las minas. La huelga dio muestras de una gran solidaridad.

Pero ese año era un año político, y Mark Hanna, el astuto director de

campaña de McKinley, temeroso de que la huelga se convirtiera en un tema desagradable en la campaña, logró un compromiso. John Mitchell aceptó un aumento del 10% y se ordenó a los trabajadores que regresaran a las minas.

Al expirar el acuerdo en la primavera de 1902, el sindicato exigió una reducción de las horas —de 10 a nueve— y el reconocimiento del sindicato, a lo que se negaron los propietarios, con el resultado de que en mayo de ese año comenzó otra huelga en la que participaron 150.000 mineros. El sindicato tenía 2.000.000 de dólares en el fondo de huelga.

La huelga se prolongó, pacíficamente, hasta el otoño. El público simpatizó con los huelguistas hasta que se acercó el invierno. Las fábricas y los ferrocarriles carecían de combustible. Hasta entonces, los huelguistas habían tenido las de ganar.

McKinley había sido asesinado y ahora Roosevelt era presidente. De forma característica, I R convocó a los propietarios de las minas y a John Mitchell en Washington. Acordaron someter el conflicto a una comisión que nombraría el presidente. A los mineros se les concedió un ligero aumento salarial y una ligera reducción de jornada, pero se les negó el reconocimiento de su sindicato.

83

La militante Mother Jones, que participó activamente en la huelga, culpó a Mitchell del no reconocimiento del sindicato. Cuenta en *su Autobiografía* que le había implorado que "dijera a Roosevelt que se fuera al infierno", que los mineros "lucharían hasta el final", pero que Mitchell le contestó: "No estaría bien decirle eso al presidente".

"Mitchell no era deshonesto", sigue diciendo Mother Jones, "pero tenía un punto débil, y era su afición a la adulación", que Roosevelt y los intereses mineros utilizaron hábilmente para promover sus designios. Los explotadores obtuvieron una victoria al no tener que tratar con el sindicato, sino con la comisión presidencial. Mitchell fue sin duda culpable de perder una victoria moral en la causa del sindicalismo, que para Mother Jones era "más importante que las ganancias materiales que recibieron los mineros...". Los laboristas entraron en la Casa de la Victoria por la puerta de atrás".

3

Ahora veamos el equipo de Haywood en acción.

El 1 de mayo de 1901 se convoca una huelga en las minas de oro y plata de Telluride, en Colorado. El sindicato local, afiliado a la WF de M, exigió una jornada laboral uniforme con un salario mínimo en lugar del sistema de contratas o trabajo a destajo.

Durante un mes las minas estuvieron paradas. Entonces Arthur L Collins, superintendente de las minas de Smuggler Union, abrió una mina con esquiroles, la mayoría de los cuales iban armados y prestaron juramento como diputados.

Los huelguistas estaban indignados. Vincent St. John, funcionario del sindicato local, cogió un papel de carta del sindicato y escribió un pedido de 250 fusiles y 50.000 cartuchos de munición y lo envió a una empresa de Denver, adjuntando un cheque como pago, también firmado por él.

La mañana del 3 de julio, cuando los esquiroles del turno de noche salían de la mina, los huelguistas les atacaron desde una emboscada. Varios cayeron; otros devolvieron el fuego. Un cuñado del superintendente Collins resultó gravemente herido. Algunos huelguistas resultaron muertos.

La batalla duró varias horas. Finalmente, los esquiroles de la mina, superados en número y en armas, izaron una bandera blanca, tras lo cual se organizó una negociación entre St. John y los agentes de la patronal, como en una guerra real. En las negociaciones, el sindicato consiguió la posesión de las minas con la condición de que se permitiera a los esquiroles marcharse en paz con sus heridos.

Pero antes de que los esquiroles se marcharan finalmente, se produjo otra batalla, en la que algunos más resultaron heridos; tras lo cual "el resto de la banda", como dijo Haywood, "fue escoltada a través de las montañas".

El gobernador de Colorado envió una comisión a Telluride, que informó, con bastante acierto, de que "todo está tranquilo en Telluride; los mineros están en posesión pacífica de las minas".

El informe causó sensación.

84

Un día, Haywood se encontraba en el banco de Denver con el que la WF de M hacía negocios, cuando el vicepresidente de la institución se le acercó. "¿Es cierto ese informe, Bill", le preguntó, "que viene de Telluride, sobre que los mineros están en posesión de las minas?".

Bill respondió que sí.

"Si es así, ¿qué será de los hombres que han invertido su dinero en estas propiedades?", dijo el banquero indignado.

"Si seguimos tu pregunta hasta su conclusión lógica", replica Bill, "tendrías que decirme de dónde sacaron los propietarios el dinero para invertir en las minas. ¿Quién tiene más derecho a estar 'en posesión' de las minas que los mineros?".

Un año después, cuando los problemas parecían haber terminado, el superintendente Collins de las minas del Sindicato de Contrabandistas fue asesinado a tiros por un desconocido mientras estaba sentado en una ventana iluminada una noche en su casa. El sindicato, por supuesto, negó cualquier conocimiento del asesinato. En su libro, Bill Haywood registra el hecho, simplemente: "Alguien le disparó una carga de perdigones".

4

Los problemas no cesaban en Colorado. En 1903 los mineros se declararon en huelga en el distrito de Cripple Creek por la jornada de ocho horas. El gobernador de Colorado era entonces James Peabody, un banquero estrechamente relacionado con los negocios conservadores del estado. Estaba decidido a acabar con este movimiento sindical radical y, por lo tanto, proclamó que en el distrito de Cripple Creek existía una "condición de anarquía en la que el gobierno civil se había vuelto abortivo y la vida y la propiedad inseguras" y declaró el lugar "en estado de insurrección y rebelión", cuya única cura era la ley marcial. Más tarde amplió su medida para incluir también el distrito de Telluride.

Ciertos periódicos criticaron al gobierno del estado por tal acción, declarándola inconstitucional, y a esta crítica el juez defensor del estado respondió: "Al diablo con la constitución; no estamos siguiendo la constitución".

Se asesinó a más jefes mineros y se dinamitaron minas y molinos. La ley y el orden se rompieron por completo. La milicia presta aún menos atención a las disposiciones legales o a los derechos morales de los demás que los sindicatos o las corporaciones. El comandante de la milicia de Victor se apoderó de un edificio de propiedad privada para su cuartel general y luego, marchando con su ejército hacia el ayuntamiento, informó al alcalde y al jefe de policía de que, a menos que obedecieran sus órdenes, ocuparía también el

ayuntamiento. "¡Al diablo con la Constitución!" Se pavoneó en la oficina de *The Record* y estableció la censura militar.

Era un despotismo militar. Los mineros, en su mayoría nativos americanos, eran recogidos en las calles, sacados a rastras de sus casas, encerrados en toriles construidos a toda prisa y allí *incomunicados* durante semanas. Cuando sus amigos interpusieron *un recurso de hábeas corpus* ante un tribunal civil y el juez de distrito ordenó que los prisioneros fueran llevados ante él para que se investigara si se había privado de libertad a hombres inocentes, los militares rodearon el tribunal, apostaron fusileros en los tejados y una ametralladora Gatling en la calle. Cuando apareció el juez, un soldado le apuntó al pecho con una bayoneta. "¡Al diablo con la Constitución!"

85

El Record se imprimía con columnas en blanco bordeadas de negro. Una noche, el general Chase, el oficial militar de mayor rango en el estado, apareció con una tropa de caballería ante la oficina del periódico, arrestó al editor por una supuesta crítica a la administración de la ley marcial, y lo llevó al toril, junto con todos los empleados que encontró en el edificio.

A los niños y a las mujeres se les metía en toriles por sacar la lengua a los soldados o hablar mal de ellos. Se entraba en domicilios privados y se registraban sin orden judicial. Un ex congresista fue atacado en su despacho por un pelotón de soldados y recibió un disparo en el brazo. Se prohibió a los comerciantes vender mercancías a los huelguistas, y los sindicatos, para que las familias no murieran de hambre, se vieron obligados a establecer sus propios economatos. Luego, citando a Mother Jones:

los milicianos asaltaron estos almacenes, los saquearon, abrieron las cajas fuertes, destruyeron las balanzas, arrancaron sacos de harina y azúcar, y vertieron aceite de queroseno sobre todo... Los mineros se quedaron sin reparación, pues los milicianos eran inmunes.

Por último, decenas de personas, la mayoría de ellas funcionarios sindicales, fueron deportadas a la fuerza del distrito de Telluride, es decir, llevadas hasta la línea fronteriza del condado, y más tarde incluso a Kansas, y se les dijo que no regresaran. Algunos de ellos poseían casas y tenían a sus familias en Telluride.

Las minas de Smuggler Union fueron devueltas a sus propietarios.

Bill Haywood estaba en medio de la lucha. La siguiente conversación entre él y el presidente Moyer de la WF de M, registrada por Haywood en su

libro como ocurrida cuando estaban a punto de partir hacia Cripple Creek, es indicativa del estado de ánimo en que se encontraba:

"No me propongo pasar ningún tiempo en el toril", dijo Bill.

"Bueno", dijo Moyer, que no era del mismo calibre que Bill, "¿qué vas a hacer si nos detienen?".

"Vamos a disparar con ellos."

Metieron un par de revólveres extra en un bolso. "Si no los necesitamos", dijo Bill, "podemos dejárselos a los chicos".

Era la guerra, franca y abierta por ambas partes. Violencia contra violencia. Al final, por supuesto, la huelga se rompió. Los sindicatos de mineros AF de L, bajo John Mitchell, ayudaron a la patronal y a la milicia a romperla.

Capítulo 15

El juicio por asesinato en Idaho

Sin duda, el incidente más significativo en la guerra entre los que no tienen y los que tienen en la primera década del siglo XX fue el caso Haywood-Moyer-Pettibone en Boise City, Idaho, en 1906-1907. Debs lo llamó "la mayor batalla legal de la historia de Estados Unidos". Unos 50 corresponsales especiales de todo el país y de Inglaterra cubrieron el juicio. Involucró a los líderes de la organización obrera más notoria y revolucionaria del país, e inició a William Borah y Clarence Darrow en sus diferentes caminos hacia la fama. Atrajo al presidente de los Estados Unidos y, antes de que terminara, amenazó con provocar el levantamiento más formidable del elemento desvalido de América.

Como se menciona al final del capítulo 12, Frank Steunenberg, ex gobernador de Idaho, voló en pedazos por una bomba colocada a la entrada de su casa, el 30 de diciembre de 1905.

Al día siguiente, el gobernador Gooding de Idaho ofreció 10.000 dólares de recompensa por la detención y condena de los autores del crimen. La familia Steunenberg ofreció 5.000 dólares más. La cuantiosa suma despertó el interés de la Agencia de Detectives Pinkerton, y uno de sus directivos, James McParland, llegó desde Nueva York para hacerse cargo del trabajo. McParland rondaba los 60 años, tenía el aspecto de un paisano inocuo y un historial que podría haber hecho que Sherlock Holmes se pusiera verde de envidia. Fue él quien, unos 30 años antes, había contribuido en gran medida a la disolución de los Molly Maguires.

McParland arrestó a un hombre llamado Harry Orchard y lo puso en régimen de aislamiento. Orchard era conocido por ser un hombre solapado y compañero ocasional de Charles Moyer, presidente de la Federación Occidental de Mineros, y de Bill Haywood. El hombre era un visitante frecuente en la sede de la WF de M en Denver y ocasionalmente actuaba como guardaespaldas de Moyer.

Bajo el interrogatorio de McParland, Orchard se derrumbó, por lo que el detective tardó tres días en tomar nota de su historia, en la que confesó 26 asesinatos, todos ellos, dijo, planeados por un círculo interno de la WF de M. McParland obtuvo además una confesión de un presunto cómplice de Orchard.

El círculo íntimo implicado en la confesión de Orchard estaba formado por Haywood, Moyer y George A. Pettibone, este último un factótum no oficial en los asuntos de la Federación. Según Orchard, los tres hombres le habían estado contratando para asesinar a jefes mineros en Colorado, Idaho y otros estados durante varios años. Ellos —especialmente Haywood— eran el cerebro, él sólo la mano de los crímenes. Los tres vivían en Denver.

87

La confesión no se hizo pública.

Los funcionarios de Idaho se dirigieron a Denver y presentaron al gobernador de Colorado sus pruebas contra Moyer, Haywood y Pettibone, y una solicitud del gobernador Gooding para su extradición. Pero había dificultades legales para extraditarlos, por lo que los ingeniosos hombres de la ley de Idaho decidieron secuestrar a los dos líderes y a Pettibone.

La noche del 17 de febrero de 1906, fueron arrestados: Moyer en la estación justo cuando salía para Kansas por "asuntos de organización"; Pettibone en su casa; y Haywood en una pensión cerca de la sede de la WF de M. Por la mañana, los pusieron en un coche especial rumbo a Idaho. Por la mañana los metieron en un vagón especial con destino a Idaho.

En Boise fueron alojados en la penitenciaría y posteriormente trasladados a la cárcel del condado de Caldwell. Permanecieron en prisión durante 18 meses mientras se preparaba el juicio histórico.

2

Ahora Debs lanzó un grito. "¡Despierten, esclavos! Su único crimen es la lealtad a la clase obrera". Quería organizar un ejército a la manera de John Brown (a quien admiraba por encima de todos los demás personajes de la historia americana) y marchar a Idaho y liberar a Haywood, Moyer y Pettibone por la fuerza. Pero afortunadamente Debs tenía una esposa sensata que le impidió embarcarse en muchas aventuras descabelladas. En lugar de ir a Idaho, escribió editoriales melodramáticos en el *Appeal to*

Reason.

Otros periódicos socialistas de todo el país lanzaron el grito de "inculpación!". El secuestro de Haywood, Moyer y Pettibone era un esfuerzo por parte de los capitalistas para arruinar a la WF de M. Acusaron que el asesinato de Steunenberg era parte de un complot para desacreditar a las organizaciones obreras ante el gran público estadounidense. En esta teoría, Orchard, el instrumento del crimen, era un agente de los capitalistas, y la confesión y las pruebas obtenidas de él fueron todas arregladas de antemano entre los detectives y el propio Orchard. *El* periódico de Daniel De León, *The People*, recordaba a sus lectores que en la huelga ferroviaria de 1894 fueron los capitalistas quienes incendiaron los vagones en Chicago con el fin de proporcionar una excusa para enviar tropas federales a reprimir la huelga; que en 1903 en Colorado fue la Asociación de Propietarios de Minas la que contrató matones para descarrilar trenes, volar minas y estaciones de ferrocarril. Los codiciosos capitalistas eran capaces de hacer cualquier cosa para promover sus intereses.

Otra sugerencia de los socialistas fue que Steunenberg se había visto envuelto en fraudes de tierras y fue asesinado por algún enemigo que se había hecho en ese terreno. Se insistió mucho en el hecho de que Borah, abogado de la acusación, había tenido recientemente alguna relación con tales negocios y había sido amigo y consejero personal de Steunenberg. De hecho, el presidente de la empresa maderera de la que Borah era abogado estaba en la misma cárcel que Haywood, Moyer y Pettibone por localizar fraudulentamente ciertas reclamaciones madereras.

88

El caso fue noticia de primera plana en todo Estados Unidos, Inglaterra y el continente. Las revistas publicaron infinidad de artículos. *McClure's* publicó la autobiografía de Orchard, escrita en prisión; un relato asombroso que no podía haber sido inventado por nadie cuya capacidad imaginativa no estuviera a la altura de la de un Defoe. Uno de los editores de la revista, que había entrevistado al hombre, insistía, en una nota introductoria al relato, en que la mente de Orchard estaba "absolutamente desprovista de imaginación... cuerdo hasta lo desolador... directo, práctico, concreto". *The Independent* se refirió a Haywood y sus compañeros como los "Molly Maguires del Oeste".

Las organizaciones de trabajadores radicales empezaron a recaudar fondos legales, que cuando empezó el juicio se acercaban a los 250.000

dólares. Se contrató a los mejores juristas del país para defender a los tres hombres. E F Richardson, de Denver, quizá el abogado penalista más hábil de Colorado y socio del senador de los Estados Unidos Thomas M Patterson, se convirtió en el abogado principal de la defensa, con Clarence Darrow — que acababa de cumplir 50 años— como segundo de a bordo, pero, con su capacidad dramática, fácilmente la figura más pintoresca del equipo.

3

Hubo un gran alboroto por el hecho de que los hombres no habían sido extraditados legalmente. Se presentó un recurso *de habeas corpus* ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, que fue denegado por ocho votos contra uno, con el voto en contra del juez McKenna. En su informe de minoría declaró que el secuestro era un delito puro y simple, perpetrado por los estados de Idaho y Colorado.

Debs escribió sobre la decisión del Tribunal Supremo;

Siendo el secuestro una práctica legítima, todos tenemos perfecto derecho a practicarlo. Aprovechemos la oportunidad. Por cada trabajador secuestrado, un capitalista debe ser capturado y retenido para pedir rescate... . El secuestro del primer capitalista convulsionará a la nación y hará retroceder al Tribunal Supremo.

Los sentimientos en todo el país eran intensos, a favor y en contra. Cuando Maxim Gorky visitó Estados Unidos, envió a los hombres de la cárcel de Caldwell "saludos de los trabajadores de Rusia", a lo que Haywood respondió que su encarcelamiento era un incidente en "la lucha de clases que es la misma en Estados Unidos que en Rusia y en todos los demás países". Inmediatamente después se levantó un clamor contra Gorki en relación con su compañero, que había venido de Rusia con él. Los moralistas estadounidenses, entre ellos Mark Twain, objetaron que Gorki nunca había estado legalmente casado con la mujer, aunque habían vivido juntos muchos años. Antes de su intercambio de telegramas con Haywood no había habido objeciones a su unión de hecho. Ahora se le echaba de los hoteles, se le atacaba con saña en la prensa y, finalmente, se le obligaba a abandonar el país.

El presidente Roosevelt dirigió una carta a otro político en la que

agrupaba a Moyer, Haywood, Debs y E H Harriman, el capitalista que pagaba sobornos, como tipos de "ciudadanos indeseables". Haywood contestó desde la cárcel llamando la atención de T R sobre el hecho de que, según la ley, uno era considerado inocente hasta que se demostrara su culpabilidad, añadiendo que un hombre en la posición de Roosevelt debía ser el último en juzgar hasta que el caso se decidiera en los tribunales. Muchas personas, que por otra parte no simpatizaban con Haywood, estuvieron de acuerdo con él. Roosevelt se explayó entonces;

Los señores Moyer, Haywood y Dabs son representantes de aquellos hombres que han hecho tanto para desacreditar al movimiento obrero como los financieros más especuladores o los empleadores de mano de obra más inescrupulosos y los libertinos de las legislaturas han hecho para desacreditar a los capitalistas honestos y a los hombres de negocios justos. Se presentan como representantes de aquellos hombres que... habitualmente se presentan como culpables de incitación o apología del derramamiento de sangre y la violencia. Si eso no constituye una ciudadanía indeseable, entonces nunca podrá haber ningún ciudadano indeseable.

Debs, en el *Llamamiento a la Razón*, devolvió el ataque con su furia habitual:

Él [Roosevelt] pronunció una mentira tan negra y condenable, una calumnia tan sucia y atroz, como jamás haya salido de una garganta humana. Los hombres que así difamó y vilipendió, sentados en sus celdas de prisión por haber servido obedientemente a sus compañeros trabajadores y haber despreciado los sobornos de sus amos, trascienden inconmensurablemente al hombre de la Casa Blanca, que con la cruel malevolencia de un bárbaro ha pronunciado su perdición.

Decenas de miles de hombres, mujeres y universitarios empezaron a llevar botones con la inscripción: *'Soy un ciudadano indeseable'*.

El juicio de Haywood se fijó para el 9 de mayo de 1907. Los fiscales de Idaho habían informado de que las pruebas contra él y sus dos compañeros de prisión eran suficientes para condenarlos y ahorcarlos; que, de hecho, si regresaban a Colorado, podrían ser condenados y ahorcados por al menos otra docena de asesinatos atroces cometidos allí. Las personas prominentes en los círculos sindicales de Denver y otros lugares meneaban la cabeza en

privado y decían que "las cosas pintaban mal para Bill", mientras que públicamente, por supuesto, denunciaban el montaje.

Luego, en los primeros días de mayo, se produjeron tremendas manifestaciones proletarias en las ciudades más grandes de todo Estados Unidos. El 4 de mayo, la Quinta Avenida de Nueva York quedó totalmente bloqueada por una procesión desde el atardecer hasta bien entrada la noche. Los manifestantes llevaban farolillos chinos, pancartas, banderas, transparencias, todo ello meciéndose al son de la *Marsellesa*. En las pancartas había inscripciones.

Roosevelt puede enseñar los dientes: no tenemos miedo.

Apoyamos a nuestros hermanos de Idaho

Al mismo tiempo se celebraba otra procesión en Lexington Avenue, a dos manzanas de distancia, tan ordenada y animada como la de la Quinta Avenida: pancartas, velas romanas, fuego griego, banderas rojas, bandas tocando la *Marsellesa*. En ambas procesiones participaron entre 80.000 y 100.000 personas.

90

El mismo día Debs escribió en el "*Llamamiento a la Razón*".

Que cada trabajador que tenga corazón haga un poderoso juramento de que ninguna rueda girará en este país de océano a océano hasta que el veredicto sea anulado y cada uno de los acusados sea puesto en libertad. Que se cierren nuestras fábricas; que nuestros molinos dejen de moler harina y nuestras panaderías dejen de hornear pan. Que cierren nuestras minas de carbón, y que muramos de hambre y de frío si es necesario para que nuestra protesta sea escuchada. Mostremos al mundo que los trabajadores de América no están tan avergonzados, ni tan desprovistos de la sangre roja del coraje, como para permitir que uno de sus camaradas sufra la muerte a manos de sus enemigos. ¡Viva la gran huelga general nacional!

5

Ahora, de repente, la condena de Haywood se hizo improbable.

El juicio que siguió fue más que justo para la defensa. La defensa tenía un fondo enorme. La historia de Orchard quedó sin corroborar. Sin embargo, no es que el juicio careciera de interés; al contrario, estuvo lleno de brillantes enfrentamientos entre la acusación y la defensa, y de testimonios

sorprendentes.

Ed Boyce, antiguo presidente de la Federación de Mineros del Oeste, por ejemplo, admitió en el estrado que en 1896 había "esperado fervientemente oír el paso marcial de 25.000 mineros armados antes de la siguiente convención". A lo que, años más tarde, Bill Haywood comentó en su libro: "Me dio una emoción de los viejos tiempos oír testificar a Ed".

El pintoresco Darrow llamó a Orchard "el mentiroso más monumental que jamás haya existido", aunque el profesor Hugo Munsterberg, el eminente psicólogo de Harvard, que fue a Boise con el propósito de hacer un estudio de Orchard, anunció su creencia de que la confesión del hombre era cierta en todo momento. Pero la defensa admitió que, cuando Orchard fue detenido, Haywood había telegrafiado inmediatamente a los abogados de WF de M para que se ocuparan de su caso, y nunca negó que Orchard hubiera asesinado a Steunenberg.

William Borah pronunció un largo discurso, brillante en algunos momentos, pero ineficaz en su conjunto. Obviamente no estaba dando lo mejor de sí mismo. Dijo:

Si Orchard no hubiera convertido las pruebas del Estado, ahora estaría siendo juzgado, y el eminente abogado de Chicago le estaría defendiendo con toda la elocuencia que posee en lugar de denunciarle como el monstruo más despreciable de la tierra.

Richardson habló nueve horas para la defensa. Luego Darrow durante 11 horas. "Era grande y ancho de hombros", como lo describe Haywood, "vestido con un traje gris desgarrado, un mechón de pelo sobre la frente, las gafas en la mano, sujetas por el puente". Esbozó la historia de la WF de M, los problemas de Coeur d'Alene en la década de 1890; luego llegó al juicio actual, que, según dijo, no era más que un intento de quitar de en medio a Haywood:

91

Para matarlo, caballeros [gritó] quiero hablarles claramente. El Sr. Haywood no es mi mayor preocupación. Otros hombres han muerto antes que él. Otros hombres han sido mártires de una causa santa desde que el mundo comenzó. Dondequiera que los hombres han mirado hacia arriba y hacia adelante, olvidado su egoísmo, luchado por la humanidad, trabajado por los pobres y los débiles, han sido sacrificados. . .

Pero señores, ustedes, hombres miopes de la fiscalía, ustedes, hombres de la Asociación de Propietarios de Minas, ustedes, gente que curaría el odio con

odio, ustedes, que piensan que pueden aplastar los sentimientos y las esperanzas y las aspiraciones de los hombres atando una soga alrededor de su cuello, ustedes, que buscan matarlo, no porque sea Haywood, sino porque representa a una clase, oh, no sean tan ciegos, no sean tan tontos como para creer que si hacen tres nuevas tumbas frescas matarán al movimiento obrero del mundo.

Quiero decirles, caballeros, que Bill Haywood no puede morir a menos que lo maten. Tienen que atar la soga. Ustedes 12 hombres de Idaho, la carga recaerá sobre ustedes. Si a instancias de esta turba, matáis a Bill Haywood, es mortal, morirá, y quiero decirles que un millón de hombres tomarán la bandera del trabajo en la tumba abierta donde Haywood la depositó, y a pesar de las prisiones o los cadalsos o el fuego, a pesar de la acusación o el jurado, estos hombres de manos dispuestas la llevarán hasta la victoria al final... .

Si lo matas, tu acto será aplaudido por muchos; si decretas la muerte de Haywood, en las grandes oficinas ferroviarias de nuestras grandes ciudades los hombres cantarán tus alabanzas. Si decretas su muerte, entre las arañas y los buitres de Wall Street se elevarán clamores de alabanza por esos 12 hombres que mataron a Bill Haywood... En casi todos los bancos del mundo, donde los hombres desean deshacerse de agitadores y perturbadores, donde los hombres encarcelan a quien lucha por los pobres y contra el maldito sistema sobre el que viven y engordan, de todos ellos recibirás bendiciones y alabanzas por haberle matado.

Pero si lo liberas, todavía habrá quienes inclinen reverentemente la cabeza y te den las gracias por el carácter que has salvado. En las amplias praderas, donde los hombres trabajan con sus manos; en el amplio océano, donde los hombres navegan los barcos; a través de nuestros molinos y fábricas; en lo profundo de la tierra, los hombres que sufren, las mujeres y los niños cansados del cuidado y el trabajo ... se arrodillarán esta noche y pedirán a su Dios que guíe sus juicios ... para salvar la vida de Haywood.

Haywood pensó que fue un gran discurso.

El 28 de julio, el jurado, compuesto en su mayoría por campesinos pobres, absolvió a Haywood en cumplimiento de la instrucción del juez de primera instancia.

Darrow dijo: "El juicio ha sido justo, el juez imparcial y el abogado considerado. No tenemos ninguna queja que hacer", aunque pocos días antes la prensa socialista y obrera se había referido al juez y a la acusación como "buitres y víboras de la corporación".

Algún tiempo después, Moyer y Pettibone también fueron liberados.

Orchard fue condenado a cadena perpetua y se volvió religioso.

6

Los trabajadores radicales estaban abiertamente triunfantes. Debs dijo que los poderosos intereses que acusaban a Haywood se habían dado cuenta durante el juicio de que una condena tendría una influencia decisiva en las elecciones nacionales que se aproximaban y, en consecuencia, "ejercieron su influencia sobre el tribunal a favor de la absolución...". Esto", añadió, "a mi juicio explica las instrucciones del tribunal, que equivalieron a un alegato a favor del acusado para que el veredicto resultara en su absolución". La victoria fue grande. En su *Historia de la clase obrera estadounidense*, Anthony Bimba afirma que Haywood, Moyer y Pettibone "fueron salvados de la horca por el sector militante de la clase obrera".

92

Se dice que uno de los jurados del caso de Haywood dijo: "Todos los miembros del jurado creían que Haywood era culpable, pero algunos de ellos dijeron que el Estado, bajo la acusación, no había presentado un caso contra el prisionero. Gilman, yo mismo, Burns y Gess estábamos a favor de la condena a pesar de las instrucciones del juez. Gess se debilitó a medianoche y se pasó al otro bando. Burns le siguió poco después. Eso nos dejó a Gilman y a mí para argumentar contra 10 hombres. Fue un trabajo duro, sobre todo por las instrucciones del juez y la eliminación de muchos testimonios. Y como Orchard no fue corroborado, Gilman y yo nos pasamos a la mayoría".

Dijo en su editorial el *Chicago Tribune*:

El veredicto deja libre a Haywood, pero la opinión pública no lo ha exculpado. En virtud de la ley de Idaho, el jurado no podía condenar por el testimonio de Orchard, aunque lo creyera, a menos que estuviera respaldado por pruebas que lo corroboraran. Sin embargo, la opinión pública no se rige por la ley de Idaho. El público cree que la historia de Orchard es sustancialmente cierta.

Durante el encarcelamiento de Haywood, el número de miembros de la Federación Occidental de Mineros y de los Trabajadores Industriales del Mundo (de los que me ocuparé en el próximo capítulo) aumentó en más de 10.000 personas. Haywood era un héroe para una gran multitud de trabajadores, incluso fuera de la WF de M. Cuando la noticia de su absolución se extendió por los distritos mineros hubo un gran júbilo.

Haywood era considerado con respeto y admiración por el público en

general, a pesar de los editoriales del *Chicago Tribune*. Algunos de los que le denunciaban públicamente le admiraban en secreto. Todo el mundo le creía culpable de complicidad en los hechos de Orchard; en realidad nunca negó nada de forma definitiva o rotunda. Creía en la violencia, la defendía abiertamente y la practicaba. No había en él nada de la tendencia a ser una cosa en secreto y otra en público, la tendencia que cuatro años más tarde — en el caso McNamara— involucró a los dirigentes de la Federación Americana del Trabajo en un repugnante embrollo.

La violencia de Haywood era, por utilizar la frase de Sorel, una "expresión clara y brutal de la guerra de clases", al estilo de Bakunin, coherente, casi heroica e inspiradora y, desde cierto punto de vista, constructiva en el plano social. Era, en resumen, revolucionario, no oportunista. Aunque la prensa y el púlpito lo denunciaran, en el fondo el país sentía instintivamente que no era un simple asesino, ni un ciudadano indeseable. Su violencia era una reacción, una respuesta a la brutalidad de la patronal. Detrás estaba el hambre y la desesperación de miles de sus compañeros.

Capítulo 16

Los wobblies

En 1903 ya se hablaba en la Federación de Mineros del Oeste de iniciar un movimiento para unir a toda la clase obrera de Estados Unidos, de hecho de todo el mundo, en una organización *revolucionaria* general — "un gran sindicato"— formada sobre líneas industriales más que comerciales. Era una idea típicamente occidental, grande: el cielo era el límite.

Entonces, en la convención de 1904 de la WF de M, los líderes recibieron instrucciones de "poner la pelota en movimiento". En consecuencia, el 2 de enero de 1905, se celebró una conferencia secreta en Chicago, en una pequeña sala que, 20 años antes, había sido utilizada a menudo por los anarquistas. Bill Haywood, uno de los líderes del nuevo movimiento, fue nombrado presidente y, a falta de mazo, cogió un trozo de tabla suelto que había en el estrado, llamó al orden y gritó:

"¡Compañeros de trabajo! ... Los fines y objetivos de esta organización serán poner a la clase obrera en posesión del poder económico, de los medios de vida, en control de la maquinaria de producción y distribución, sin tener en cuenta a los amos capitalistas."

Alrededor de 100.000 trabajadores organizados estuvieron representados en la conferencia por 32 delegados, entre los que también se encontraban representantes del proletariado como Eugene Debs, Daniel De Leon, Mother Jones y Lucy Parsons, viuda de uno de los anarquistas ejecutados en Chicago.

La conferencia adoptó un manifiesto en el que se esbozaban los planes para la nueva organización, que iba a ser del tipo de los antiguos Caballeros del Trabajo, sin todo el abracadabra y la vaga elevación que solían caracterizar a ese organismo, además de abundantes agallas y entusiasmo revolucionario. Decidieron celebrar la primera convención de los Trabajadores Industriales del Mundo el siguiente mes de junio, también en Chicago.

En junio, 186 delegados en representación de 34 organizaciones, grandes y pequeñas, se reunieron en Chicago; peregrinaron *en masa* a las tumbas de los anarquistas de Haymarket; y adoptaron una constitución, en cuyo preámbulo declararon que los trabajadores y los empresarios "no tienen nada en común"... que "no puede haber paz mientras haya hambre y miseria entre millones de trabajadores y los pocos que forman la clase capitalista tengan todos los bienes de la vida". Proponían simplemente tomar el control de las industrias. Todos los trabajadores podían afiliarse, sin distinción de "raza, credo, color, sexo o condición previa de servidumbre". No había que pagar grandes cuotas de afiliación, como exigía la Federación Americana del Trabajo. De hecho, la IWW se proponía acabar con la AF of L y, de paso, "aplantar a todos los farsantes y traidores desde Gompers y Mitchell".

94

Varios oradores de la convención se refirieron a los recientes acontecimientos revolucionarios en Rusia como —por citar a uno de ellos— "una inspiración para el movimiento obrero de todo el mundo". Lucy Parsons habló del "terror que sintieron los capitalistas de Rusia al izar la bandera roja en Odessa". Se aprobó una resolución en la que se animaba "a nuestros compañeros rusos a seguir luchando".

Se instó a Haywood a que se convirtiera en presidente de la nueva organización, pero, como acababa de ser reelegido secretario-tesorero de la WF de M, declinó la oferta. Entonces fue elegido un hombre llamado Charles O Sherman, un oportunista socialista.

Pero tan pronto como Bill Haywood levantó la sesión de la primera convención, comenzaron a gestarse amargos antagonismos entre los diversos elementos del nuevo conjunto, que incluía a socialistas parlamentarios, oportunistas, marxistas, anarquistas, sindicalistas industriales y sindicalistas, y a personas que no eran ninguna de estas cosas ni todas ellas. Durante el primer año de existencia de la IWW, estos elementos discordantes lucharon ferozmente por la superioridad, y muy posiblemente la organización habría muerto poco después de su primer aniversario de no ser porque en 1906 se produjo el caso Haywood-Moyer-Pettibonc, que hizo que los líderes de las distintas facciones hicieran una pausa en sus luchas internas y unieran sus manos para liberar "a los prisioneros de las garras de la ley capitalista". La IWW fue la primera organización en hacer un llamamiento para recaudar fondos legales y consiguió una buena parte de la cantidad que se destinó a pagar a Clarence

Darrow y a otros abogados de gran talento.

En la convención de 1906, la lucha por la supremacía se resolvió finalmente en dos facciones: una compuesta por políticos socialistas mezquinos que pretendían utilizar la nueva organización para promover sus propios fines, y otra formada por trabajadores revolucionarios que despreciaban la acción política y estaban a favor de la acción directa, con la huelga general como medio definitivo para hacerse con el control de las industrias de la nación. Como resultado de estas disputas, varias organizaciones, entre ellas la WF de M, se retiraron de la fusión, abandonándola a su suerte.

En 1908, sin embargo, el grupo de acción directa se hizo con el control del movimiento y declaró, en un nuevo preámbulo de los estatutos, que la lucha entre capitalistas y trabajadores "debe continuar hasta que los trabajadores del mundo se organicen como clase, tomen posesión de la tierra y de la maquinaria de producción y supriman el sistema salarial".

2

Poco después de que la IWW cristalizara en un movimiento puramente de acción industrial, Bill Haywood empezó a tener dificultades con otros grandes funcionarios de la WF de M y finalmente fue destituido de su cargo, tras lo cual se convirtió en organizador de la IWW.

95

Otros líderes en aquellos primeros días fueron Vincent St. John, Elizabeth Gurley Flynn, William Trautmann, Joe Ettor y Arturo Giovannitti; todos ellos personas procedentes de las filas de la clase trabajadora que habían participado en encarnizadas batallas, sufrido encarcelamientos o heridas.

St. John tenía entonces unos 30 años. Había sido repartidor, peón agrícola, estañador, impresor, tapicero y minero. A los 18 años se había adentrado en la WF de M country de Colorado y se había afiliado a esa organización. En 1900 fue elegido presidente del sindicato local de Telluride y dirigió una huelga en 1901. Fue detenido junto con otros agitadores y expulsado de la región por las autoridades estatales. En 1903 se encuentra en Coeur d'Alene, donde organiza a los mineros. Fue detenido en relación con el asesinato de Steunenberg, pero fue puesto en libertad tras tres meses de prisión. Asistió a la convención de la IWW de 1906 como delegado de la

WF de M. Convencido de la acción directa, se enfrentó a los dirigentes de la WF de M que querían mezclar la acción industrial con la política, por lo que dimitió de la federación y poco después se convirtió en miembro del comité ejecutivo de la IWW. En 1907 fue trabajador y agitador en las minas de Goldfield, Nevada, y en la tercera convención de la IWW fue elegido organizador general. Durante una disputa en Goldfield fue agredido y casi asesinado a golpes. Trasladado a Chicago para recibir tratamiento, se recuperó y se convirtió en secretario tesorero de la IWW.

A Elizabeth Flynn la llamaban "la Juana de Arco del trabajo"; una joven irlandesa, natural de New Hampshire, cuya carrera como radical comenzó cuando organizó un grupo socialista de sus compañeros de clase en un instituto de Nueva York. En su adolescencia, se dedicó a dar charlas en las esquinas de Nueva York y otros lugares. En 1909, tras afiliarse a la IWW, fue encarcelada en Spokane, Washington, junto con otros 500 wobblies (como empezó a llamarse la IWW), y permaneció en prisión hasta que los contribuyentes, hartos de pagar su manutención, los liberaron. Más tarde desempeñó un papel importante en la huelga de Lawrence.

Joe Ettor nació en los barrios bajos de Brooklyn, Nueva York. Su padre italiano lo había llevado a Chicago cuando era un bebé. El anciano, militante radical, resultó gravemente herido cuando estalló la bomba en Haymarket Square. En 1906, tras el terremoto y el incendio, encontramos al joven Joe en San Francisco organizando a los trabajadores de los escombros, luchando contra los Pinkerton, cumpliendo una corta condena en la cárcel. Más tarde se convirtió en un activo organizador obrero en varias partes del país, y fue apaleado y tiroteado en varias ocasiones.

El padre de Trautmann había muerto en una catástrofe minera en Nueva Zelanda. Trautmann llegó a Estados Unidos en 1892 con 30 años y se convirtió en organizador de los trabajadores de una fábrica de cerveza. Más tarde, como miembro de la IWW, fue un eficaz orador y panfletista.

Giovannitti procedía de la provincia de Abruzzi, Italia; poeta, bastante culto. En Estados Unidos fue a su vez minero, empleado, estudiante de teología, predicador de misiones, vagabundo y editor de un pequeño periódico radical italiano en Nueva York.

Además, cada gran huelga o movimiento de agitación de la IWW produjo líderes locales de sorprendente poder y capacidad.

3

De 1906 a 1916, la IWW libró algunas de las luchas abiertas más encarnizadas entre el capital y los trabajadores que jamás se hayan librado en Estados Unidos. La organización fue francamente revolucionaria y, durante un tiempo, violenta. En sus batallas se encontró a menudo con la oposición no sólo de los capitalistas y las autoridades, sino también de la AF de L, que en algunas ocasiones llegó a proporcionar rompehuelgas en huelgas tambaleantes.

Los wobblies se hicieron sentir por primera vez en el oeste. En 1906 y 1907 organizaron a trabajadores de todas las ocupaciones en Goldfield, Nevada, una pequeña ciudad fronteriza, y consiguieron el salario mínimo de 4,50 dólares al día para todo tipo de trabajadores. En Portland, Oregón, dirigieron a 3.000 trabajadores de aserraderos en una huelga de seis semanas por una jornada de nueve horas y un aumento de los salarios de 1,75 a 2,50 dólares al día, y ganaron la lucha, lo que aumentó enormemente su prestigio entre los mal pagados.

En la primera convención de la IWW Haywood había dicho: "Venimos del oeste para encontrarnos con los obreros textiles del este" y en 1907 los wobblies ya eran un factor en el movimiento oriental. En Skowhegan, Maine, organizaron a 3.000 operarios textiles y ganaron una huelga a pesar de los rompehuelgas de AF de L.

En el verano de 1909, en McKees Rocks, Pensilvania, los wobblies dirigieron a 8.000 empleados de la Pressed Steel Car Company, que representaban a 14 nacionalidades, en una huelga sangrienta, enfrentados a la policía estatal — "los cosacos", como los apodaban—, organizada recientemente a instancias de los propietarios de minas y fábricas del estado con el propósito expreso de reprimir huelgas y revueltas.

Los cosacos de Pensilvania eran la fuerza policial antiobrera más despiadada y eficaz de Estados Unidos, pero en este caso los wobblies demostraron que estaban a su altura. Un día, un cosaco disparó a un huelguista y comenzó la guerra. El comité de huelga informó inmediatamente al comandante de la policía de que por cada huelguista muerto o herido por sus hombres se exigiría a cambio la vida de un cosaco, y que no les importaba mucho qué cosaco pagara la pena: todos los cosacos

les parecían iguales: ¡una vida por una vida! Los huelguistas cumplieron su palabra. Tras once semanas de pequeñas hostilidades, cerca de la fábrica de la Pressed Steel Car Company tuvo lugar una batalla entre una turba de obreros y la policía en la que murieron una docena de hombres de ambos bandos y más de 50 resultaron heridos. Finalmente, los cosacos fueron expulsados de las calles y conducidos al patio de la fábrica. Esto acabó con el derramamiento de sangre por ambas partes durante el resto de la huelga, que unos días más tarde se saldó con la victoria total de los trabajadores.

¡Huelga! ¡Vida por una vida! — eso era lo que los wobblies entendían por acción directa en 1909. Al diablo con las urnas y todo el tinglado político...

97

En otoño de 1909, las autoridades de Spokane encarcelaron a todos los oradores wobblies que intentaron dirigirse a las concentraciones callejeras. Los sindicatos de la IWW resistieron y enviaron a hombres y mujeres a celebrar reuniones, hasta que más de 500 wobblies abarrotaron la cárcel de la ciudad. Entre ellos estaba Elizabeth Flynn. Doscientos de ellos iniciaron una huelga de hambre, lo que complicó las cosas a la policía y a toda la comunidad. Finalmente, las autoridades y la respetable ciudadanía tuvieron que ceder y se aprobó una ordenanza que autorizaba hablar en la calle.

Algo parecido ocurrió en Fresno, el corazón del enormemente próspero Valle de San Joaquín en California, donde los wobblies habían tomado la noción de organizar a los trabajadores de los huertos. La policía de Fresno, apoyada por los fruticultores, encarceló a más de 100 wobblies. Entonces, varios miles de ellos —"blanket stiffs" o trabajadores vagabundos, que iban de un trabajo a otro con rollos de manta a la espalda— empezaron a marchar desde Portland, Seattle, Spokane e incluso Denver, todos ellos decididos a intentar celebrar reuniones y a ir a la cárcel. Era una lucha por la libertad de expresión. Las autoridades, por supuesto, no tenían sitio para todos ellos en una prisión de la ciudad, por lo que, temiendo una guerra, concedieron a la IWW derechos civiles en toda la región. La IWW organizó a los trabajadores y a lo largo del año siguiente mejoró notablemente sus condiciones.

4

Sin embargo, el incidente más destacado en la historia temprana de la IWW es la huelga de Lawrence.

Lawrence, Massachusetts, era una gran productora textil, superando a cualquier otra ciudad del país en la producción de artículos de lana y estambre, que estaban protegidos por un elevado arancel. De los 85.000 habitantes, más de 35.000 eran obreros de las fábricas, en su mayor parte meros operarios de máquinas, sin cualificación y principalmente de origen extranjero, predominando los italianos. Estaban extremadamente mal pagados, mientras que la producción de una sola empresa en 1911 estaba valorada en 45.000.000 de dólares. En 1911, en los departamentos de hilado, bobinado y teñido de la American Woolen Company, los salarios eran de 5,10, 6,05, 6,55, 7,15 y 7,55 dólares *a la semana*. A menudo, cuando el trabajo era escaso, se pagaban entre 2,30 y 2,70 dólares semanales. Los niños de la zona estaban desnutridos y la tasa de mortalidad infantil era muy alta; por cada 1.000 nacimientos había 172 muertes de menores de un año.

Pero hasta enero de 1912, Lawrence era una ciudad tranquila; algunas de las personas que no trabajaban en las fábricas pensaban que también era una ciudad próspera. Entonces, a principios de ese mes, entró en vigor una nueva ley estatal que reducía las horas de trabajo de las mujeres y los niños de 56 a 54 semanales, y las corporaciones molineras redujeron los salarios proporcionalmente, sin previo aviso, al tiempo que aceleraban las máquinas y conseguían así 56 horas de trabajo a 54 horas de sueldo.

Los trabajadores recibieron sus sobres el 11 de enero. "¡Paga corta! Poca paga!" era el grito. En muchos casos, la reducción ascendía a menos de 30 céntimos semanales, pero era suficiente para poner patas arriba a Lawrence.

98

Los responsables de las fábricas no esperaban problemas graves. A la mañana siguiente, el 12 de enero, la mayoría de los trabajadores acudieron a las fábricas. Eran un grupo hosco. Decenas de miles.

Los telares empezaron a girar a la hora habitual.

Hacia las 9 de la mañana, en uno de los departamentos de la fábrica de Everett, alguien lanzó un grito: "¡Maldita sea! ¡A la huelga! ¡Huelga!"

Pocos minutos después, una turba de gente excitada recorría las largas salas repletas de máquinas, gritando: "¡Huelga! Huelga!" Alguien sacó una bandera americana y la clavó en un palo corto. "¡Huelga! Todos fuera, vamos. ¡Todos fuera! ¡Strike! ¡Huelga!" gritaba todo el mundo, corriendo de una habitación a otra, armándose con los palos de pico que se usan en las fábricas. Iban de telar en telar, persuadiendo y ahuyentando a los operarios;

paraban los telares, rompían los tejidos, destrozaban las máquinas donde se hacían repetidos intentos de hacerlas funcionar a pesar de sus súplicas, que rara vez dejaban de tener una respuesta instantánea. A medida que avanzaban, su número crecía, y con ellos crecían el contagio, el alboroto y la agitación.

Alrededor de 1.000 trabajadores salieron corriendo de la fábrica de Everett a la calle y, divididos en pequeños grupos, se dirigieron a las demás fábricas, gritando: "¡Huelga! ¡Huelga! Todos fuera". En todas partes se escuchó el grito y, en una hora, decenas de miles de trabajadores se agolpaban en las calles, mientras la campana del Ayuntamiento daba la alarma —por primera vez en 19 años— llamando a filas a todos los agentes de policía de la ciudad.

Fue un movimiento ciego, instintivo, primitivo, que sorprendió por completo a la ciudad, incluidos los propios trabajadores de las fábricas, y provocó un escalofrío en la industria estadounidense.

Joe Ettor estaba en Nueva York cuando se enteró de la noticia. Como organizador de la IWW, corrió inmediatamente a Lawrence y en pocas horas organizó un comité de huelga. Tenía veintitantos años, una sonrisa fácil, una capacidad natural de liderazgo, una vitalidad física ilimitada, un magnetismo personal considerable y una gran elocuencia. Pronunció discursos al aire libre a los que asistieron decenas de miles de personas.

Llegó la milicia. En seguida estallaron pequeños disturbios.

Ettor tenía un trabajo entre manos. En la huelga estaban representadas varias nacionalidades, con sus diferentes temperamentos y antagonismos raciales. Ettor dijo a los huelguistas: "Por todos los medios, haced esta huelga lo más pacífica posible. En última instancia, toda la sangre que se derrame será vuestra sangre".

Los huelguistas se comportaron tan bien como era humanamente posible para personas en su situación. Hicieron piquetes masivos en las fábricas. Allí donde los operarios no se retiraban en respuesta a sus súplicas, se abalanzaron sobre los puentes, forzaron las puertas e invadieron las fábricas. "¡Vamos, huelga! ¡Huelga!" Los que no asaltaron los puentes corrieron a los patios de carga y se sirvieron de escoria y carbón con los que derribaron las ventanas de las fábricas. Hubo disparos de pistola.

Más de 30 huelguistas fueron detenidos en tres días. No se les dio la

oportunidad de consultar a un abogado. Permanecieron encarcelados varias semanas.

El 19 de enero se descubrió dinamita en Lawrence en tres lugares diferentes: un solar del cementerio, una sastrería y una zapatería junto a una imprenta donde Ettor recibía su correspondencia. Se culpó a los huelguistas; varios más fueron detenidos. Ettor declaró que el episodio había sido un montaje, que es exactamente lo que fue. Más tarde se demostró sin lugar a dudas que las bombas habían sido colocadas por agentes de los propietarios de las fábricas, deseosos de crear una opinión pública hostil a los huelguistas.

Ettor organizó grandes manifestaciones masivas. Habló una docena de veces al día, instando a la gente a abstenerse de la violencia y a tener cuidado con los *agentes provocadores*.

El 20 de enero, Arturo Giovannitti llegó de Nueva York interesado por *Il Proletario*, periódico socialista italiano que dirigía. Se lanzó inmediatamente a la huelga. Orador poderoso e incisivo, se convirtió en un gran factor para mantener el espíritu de sus compatriotas. "El capitalismo es el mismo aquí que en el viejo continente", decía a grandes audiencias. "Nadie se preocupa por vosotros. Se os considera meras máquinas, menos que máquinas. Si se hace algún esfuerzo para mejorar vuestra suerte y elevaros a la dignidad de hombres y mujeres, ese esfuerzo debe venir sólo de vosotros mismos."

Giovannitti era amigo de Ettor. Ettor le encargó las tareas de socorro. Era invierno, los huelguistas y sus familias pasaban frío y hambre. Giovannitti pide comida y ropa.

Más tarde, el 29 de enero, una huelguista, Annie LoPizzo, fue asesinada a tiros en una esquina de la calle en unos disturbios provocados por la interferencia de la policía y la milicia en los piquetes.

Nunca se determinó quién efectuó el disparo que la mató, pero Ettor y Giovannitti fueron detenidos, acusados de "incitar y procurar la comisión del delito en ejecución de una conspiración ilícita". Fueron detenidos como "cómplices antes del hecho".

Las detenciones fueron un intento de privar a la huelga de liderazgo y romperla. Se denegó la libertad bajo fianza a Ettor y Giovannitti.

Pero entonces llegó Bill Haywood y se hizo cargo del comité de huelga. Con él también Trautmann y Elizabeth Flynn.

La huelga se convirtió prácticamente en una cuestión de resistencia. Se ejerció una enorme presión sobre el comité de huelga. Se hicieron todo tipo de intentos para empujar a los trabajadores de vuelta a las fábricas. La Federación Americana del Trabajo intentó desacreditar a los líderes de la IWW ante los huelguistas. La milicia obstaculizó las medidas de socorro, que continuaron aunque Giovannitti estaba en prisión.

Uno de los aspectos más inquietantes y desgarradores fue la difícil situación de los hijos de los huelguistas. Cientos de ellos carecían de alimentos adecuados. Así que, bajo el liderazgo de Haywood, los huelguistas adoptaron el método francés e italiano de alivio de la huelga, es decir, enviar a los niños a parientes y amigos de otras ciudades. Haywood pensó que sin los llantos de los niños hambrientos los huelguistas podrían resistir más tiempo.

100

Así, más de 400 niños fueron enviados a Boston, Barre, Vermont y Nueva York, con el consentimiento de sus padres y bajo el cuidado de médicos y enfermeras. Su partida aligeró considerablemente la carga de los huelguistas, pero indignó a los propietarios de las fábricas y a las autoridades de Lawrence, ya que esta migración de niños recibió mucha publicidad, muy poco halagüeña para Lawrence, tachándola de ciudad industrial con salarios de hambre.

Entonces se tomaron medidas para impedir nuevas salidas. El 24 de febrero, un grupo de 40 niños con sus acompañantes se reunió en la estación para dirigirse a Filadelfia, cuando apareció la policía y comenzó a arrancar a los niños de sus padres, apaleando a estos últimos y arrojándolos a los vagones patrulla. Se practicaron treinta detenciones. Entre los heridos había mujeres embarazadas que sufrieron abortos. La milicia, desplegada fuera de la estación, mantuvo el "orden", mientras que dentro la policía atacaba a mujeres y niños.

Esta brutalidad empeoró las cosas para Lawrence. Provocó la indignación de todo el país. Uno de los senadores de Estados Unidos se apresuró a ir a Lawrence para realizar una investigación personal y el Congreso ordenó una investigación oficial de la situación. Los periódicos más conservadores dirigieron comentarios mordaces contra los intereses textiles de Lawrence.

Los responsables de la fábrica invitan al comité de huelga a venir para llegar a un acuerdo. El 12 de marzo finaliza la huelga y los trabajadores consiguen un aumento salarial del 5 al 25%.

Sin embargo, el caso Ettor-Giovannitti se alargó hasta bien entrado el otoño de 1912. Sin duda, los dos líderes habrían sido encarcelados o incluso ejecutados si no fuera porque los intereses de Massachusetts temían un movimiento de huelga general de la IWW entre los trabajadores mal pagados del textil y el calzado del estado.

El 23 de noviembre, Ettor y Giovannitti fueron absueltos y liberados. Entre los más activos en la agitación que condujo a su liberación estaba Nicola Sacco.

5

Casi simultáneamente a la huelga de Lawrence, los wobblies se enzarzaron en una violenta lucha por la libertad de expresión en San Diego, California; la mayor parte de la violencia fue perpetrada por la policía y los comités parapoliciales.

En diciembre de 1911, inmediatamente después de la confesión de los hermanos McNamara en Los Ángeles, el ayuntamiento de San Diego, en respuesta a la insistencia de los comerciantes, adoptó una ordenanza que prohibía hablar en la calle en el centro de la ciudad. Se cerraron cincuenta manzanas, los socialistas, los montributistas, los wobblies y otros grupos formaron de inmediato la Liga por la Libertad de Expresión de California para luchar por sus derechos comunes. El día que la ley entró en vigor, 40 oradores fueron detenidos. Fueron detenidos sin juicio y bajo fianza excesiva. Pronto se añadieron cien más, abarrotando las cárceles. El hacinamiento, la mala comida, las enfermedades y la brutalidad marcaron su confinamiento.

101

La IWW hizo un llamamiento para que la gente viniera a San Diego y abarrotara aún más las cárceles. Cuando los wobblies empezaron a llegar, la prensa reaccionaria pidió la horca y el fusilamiento sin juicio. La policía lanzó una guardia montada a lo largo de la frontera del condado para hacerlos retroceder. La lucha duró ocho meses, durante los cuales decenas de personas fueron detenidas, golpeadas y emplumadas. Un grupo de wobblies se vio obligado a besar la bandera a punta de pistola, otro tuvo que enfrentarse a matones que les golpearon con porras y látigos. Un hombre, que no era un wobbly, fue recogido, llevado al desierto y advertido de que siguiera adelante bajo pena de muerte si regresaba. En la ciudad, las

mangueras se volvieron contra los que intentaban hablar y contra el público, hiriendo a muchos. Finalmente, en un enfrentamiento con la policía, muere un wobbly y dos policías resultan heridos.

Ese fue el final de la lucha. La IWW la ganó.

Cuatro años más tarde, en Everett, Washington, los wobblies libraron una lucha por la libertad de expresión aún más sangrienta. Comenzó en una huelga de los tejedores de tejas AF of L, cuando la policía y los pistoleros rompieron los piquetes y las reuniones. La IWW decidió intentar abrir la ciudad. Intentaron alquilar locales, pero fueron golpeados y expulsados de la ciudad. Entonces fletaron dos remolcadores en Seattle y llegaron al puerto de Everett, con 300 hombres, cantando "Aguantad, que ya llegamos". Fueron recibidos a tiros, muchos de ellos en manos de diputados reclutados por los intereses madereros.

Cinco wobblies yacían muertos en cubierta; otros cayeron al mar; 31 resultaron heridos. Los wobblies estaban desarmados, pero dos sheriffs murieron y 16 resultaron heridos — por fuego cruzado, según la defensa en los juicios, debido a los disparos contra los barcos desde tres lados. Todos los IWW restantes fueron detenidos, 74 fueron acusados de asesinato. Fueron torturados y golpeados. De los hombres acusados de asesinato, uno fue llevado a juicio en Seattle y tras varios meses absuelto. Los demás fueron liberados antes. Ninguno de los ayudantes del sheriff que dispararon contra los que simplemente pretendían aterrizar en la ciudad y hablar en la calle fue detenido ni procesado. El sheriff a cargo de ellos consiguió más tarde un empleo estatal.

Pero los wobblies ganaron la batalla. Se estableció la libertad de expresión en Everett, e incluso se permitió a los wobblies alquilar una sala y celebrar reuniones callejeras sin ser molestados.

En 1914 se produjo el caso Joe Hill en Utah, un ejemplo clásico del montaje utilizado contra los trabajadores. En Bingham Canyon se produjo una huelga contra la Utah Construction Company. Fue, como la mayoría de las huelgas tambaleantes, un éxito. El compositor de canciones de la IWW, Joe Hill, fue el principal agitador y organizador. Fue detenido en Salt Lake City por el asesinato de un tendero local, del que, sin duda, Joe nunca había oído hablar. Fue juzgado y condenado; apeló y perdió. Entonces comenzó un periodo de actividad de la defensa no muy diferente al del caso Sacco-Vanzetti, años después. La mansión del gobernador se vio inundada de

cartas y telegramas. Los embajadores extranjeros, e incluso el presidente Wilson, fueron inducidos a pedir clemencia en el caso. Se celebraron manifestaciones de protesta en todo el mundo. Pero todo fue en vano. El 17 de noviembre de 1915, Joe Hill fue fusilado en el patio de la penitenciaría de Utah. Su cuerpo fue enviado a Chicago, y su funeral fue casi tan grande, si no tan impresionante, como el de los anarquistas de Haymarket.

102

6

Uno de los objetivos originales de la IWW, como ya he mencionado, era acabar con la AFL y arrastrar a los sindicatos al movimiento wobbly. En esto fracasaron rotundamente, ya que los wobblies, casi desde el principio de su existencia, dirigieron sus mejores energías a mejorar la suerte de la clase más baja de trabajadores industriales. Estos, como extranjeros o porque no poseían propiedades, no tenían prácticamente ningún derecho, ninguna posición en la sociedad y, aunque su número ascendía a millones, no tenían ninguna importancia en la política del país. El sindicalista medio no se preocupaba por los extranjeros ignorantes e indefensos de las fábricas textiles, ni por la clase obrera estadounidense en su conjunto. La mayoría de los trabajadores no se unirían a los wobblies en sus campañas por la libertad de expresión y otros movimientos para conseguir derechos para los desvalidos. En primer lugar, se preocupaban muy poco por los desvalidos; como mecánicos cualificados, eran conocidos como los "aristócratas" entre los trabajadores. En segundo lugar, lo único que podían hacer era cuidar de sí mismos y de sus familias. Es posible que tuvieran alguna propiedad o que esperaran adquirirla. Podían tener responsabilidades comunales y una posición en la escena social. La mayoría de los wobblies activos, por otra parte, eran vagabundos, solteros, sin propiedades ni responsabilidades comunales. Para ellos era comparativamente fácil salir a luchar por los desvalidos, ir a la cárcel por el bien de la clase obrera estadounidense y disfrutar de los placeres del martirio. Así que el sindicalista medio dejaba que los wobblies sin ataduras hicieran el trabajo sucio y, de vez en cuando, para mejorar su posición en la comunidad, incluso se unía a la respetable chusma en el coro de improperios dirigidos a la IWW.

Cuando Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial, la AF of L se unió a la campaña contra los wobblies, contribuyendo a enviarlos a

prisión por largas condenas a centenares.

7

Tras la huelga de McKees Rocks, los wobblies se abstuvieron casi por completo de la violencia. Toda la violencia en las huelgas y campañas por la libertad de expresión de la IWW entre 1910 y 1916, como hemos visto, fue perpetrada por la policía, la milicia y pistoleros a sueldo. Después de McKees Rocks, la IWW utilizó principalmente lo que llamaban "la fuerza del número".

Más o menos en 1912, los wobblies descubrieron otra arma: el sabotaje. Pero como no la emplearon de forma muy amplia y eficaz hasta después de la guerra, la trataré en un capítulo posterior.

Cuarta parte

El asunto McNamara

"J.B. McNamara no es un asesino de corazón".

Clarence Darrow

Capítulo 17

Guerra de clases: 1905-1910

La ola de radicalismo que había comenzado a extenderse por Estados Unidos en la primera década del siglo XX crecía de forma asombrosa a medida que la década se acercaba a su fin. El pueblo empezaba a darse cuenta con mayor claridad de que estaba atrapado en una combinación de circunstancias claramente desfavorables para su progreso económico y social. De hecho, esta evolución del sistema existente amenazaba con hundirlo en la pobreza, al tiempo que aumentaba constantemente el poder de una clase comparativamente pequeña de capitalistas, cuyo poder ya era demasiado grande. Legalmente y por otros medios, el capital siguió concentrándose. Se organizó contra los trabajadores y contra el público en general. Si, de vez en cuando, los trabajadores lograban coaccionar al capital para que les diera un aumento de salarios, el capital aumentaba inmediatamente el precio de los productos, y así el público, que incluía a los trabajadores, pagaba realmente el aumento.

La lucha entre los que no tienen y los que tienen es cada vez más encarnizada. La Federación Americana del Trabajo, como ya se ha sugerido, dio al movimiento una estabilidad de la que hasta entonces había carecido. Pero esto, junto con hechos tan salvajes como la rebelión de Debs y las huelgas de los mineros del oeste, sólo incitaron a los capitalistas a una oposición cada vez más eficaz y organizada. Los sindicatos de la AF de L,

aunque se llamaban conservadores, a la mayoría de los empresarios les parecían tan peligrosos para sus intereses como la banda de forajidos de Haywood. Es cierto que los operadores del carbón habían conseguido manejar a John Mitchell con bastante pulcritud en 1902, pero ¿quién podía decir con certeza que el movimiento no caería finalmente bajo el control de alguien menos diplomático, menos susceptible a la adulación y a la opinión pública? Muchos capitalistas pensaban que no debían correr riesgos. El sindicalismo tenía una gran fuerza incluso bajo líderes como Gompers y Mitchell. Prácticamente ningún empresario se libró de que le molestaran. La mayoría de los sindicatos eran "irrazonables" y parecía que cuanto más fuertes eran, más irrazonables se volvían en sus demandas. Algunos líderes podían ser "manejados" de una forma u otra; pero, entonces, ¿por qué pagar un soborno a un montón de ladronzuelos que utilizaban a los trabajadores para progresar?

Algunas organizaciones patronales y capitalistas individuales, en la primera década del siglo XX, reconocieron, con Theodore Roosevelt, el derecho de los trabajadores a organizarse. Declararon su disposición a tratar con sindicatos "razonables", ya que, decían, la industria al fin y al cabo era un negocio, y la mano de obra era un elemento importante en él. Sin embargo, la mayoría de las asociaciones patronales se crearon para *luchar contra* los sindicatos. Su filosofía era que la industria era *la guerra* y se proponían utilizar todas las armas a su alcance. Porque cada arma que la clase obrera pudiera utilizar debía tener una contraarma.

106

Los sindicatos exigían el "closed shop" (cerrado a los no afiliados al sindicato); los empresarios estaban a favor del "open shop", o "plan americano", como empezaron a llamar a su política antisindical. Los industriales estaban a favor de la libertad industrial. Estados Unidos era un país libre, y cualquier trabajador de Estados Unidos debía ser libre de trabajar por cualquier salario, en cualquier tarea y en cualquier lugar que eligiera. Y así combatieron el boicot de los sindicatos con la lista negra, la huelga simpática con el cierre patronal simpático, la dinamita con disparos, etcétera. Además, como ya se ha dicho, tenían en los tribunales una herramienta que los trabajadores no podían arrancar de sus manos.

Durante un tiempo fue difícil determinar qué grupo —patrones u obreros— estaba a la defensiva, aunque, por supuesto, en retrospectiva es evidente que la lucha siempre se decantó del lado de los empresarios.

2

La Federación Estadounidense del Trabajo llevó a cabo algunas huelgas, utilizando la "etiqueta sindical" y el boicot para imponer su voluntad a las industrias. Se instó a los trabajadores y simpatizantes a comprar únicamente productos fabricados por sindicalistas, marcados con la etiqueta sindical. Esto obligó a muchos fabricantes a permitir que los sindicatos entraran en sus tiendas. A la inversa, los fabricantes que no estaban dispuestos a sindicalizar sus tiendas se encontraron en la lista de boicot de la AFL, y se instó a los trabajadores y a sus simpatizantes de todo el país a que no compraran sus productos, porque eran "injustos" para los trabajadores. De este modo, un sinnúmero de obstinados fabricantes de tiendas abiertas fueron llevados al paredón.

Varios años antes se había escrito en los libros de leyes del país la llamada Ley Sherman Antimonopolio, que declaraba ilegal "todo contrato, combinación en forma de Trust, o de otro tipo, o conspiración, que restrinja el comercio entre los diversos estados o con naciones extranjeras" y los fabricantes boicoteados empezaron a conseguir mandamientos judiciales contra los sindicatos en virtud de sus disposiciones. La AF of L fue declarada un Trust, lo que no era incorrecto; pero al mismo tiempo había en Estados Unidos más de 500 Trusts capitalistas que violaban diariamente la ley, y para los que no existía la Sherman Act.

Entre 1900 y 1910, la AF de L llevó a cabo varios centenares de ooycotts y se enfrentó a decenas de requerimientos judiciales.

El caso más famoso de prohibición de boicot fue el de la Buck Stove and Range Company de San Luis *contra* la AF of L y varios de sus funcionarios. Las actas del caso son voluminosas, pero los principales incidentes son sencillos y, brevemente, los siguientes:

107

En agosto de 1906, algunos pulidores de metal de la fábrica del demandante se declararon en huelga, tras lo cual el Sindicato de Pulidores de Metal de San Luis declaró a la empresa desleal, publicó dicha declaración en el periódico del sindicato, emitió circulares en el mismo sentido y trató por todos los medios de instar a los trabajadores a que no compraran sus estufas y cocinas. En noviembre, el Consejo Central del Trabajo de San Luis respaldó el boicot. El mismo mes, en su convención ordinaria, la AF of L lo

sancionó, y algún tiempo después el nombre de la empresa apareció en la lista "No patrocinamos" de su órgano oficial, *The American Federationist*, y en circulares enviadas a los sindicatos locales de todo el país.

En pocos meses, las ventas de estufas y cocinas Buck cayeron de más de 1.000.000 al año a casi nada. Los distribuidores de todo el país informaron a la empresa de que, debido a las presiones y amenazas de boicot por parte de los sindicatos locales, se veían obligados a dejar de comercializar sus productos.

Entonces, la empresa obtuvo de un juez del tribunal supremo del distrito de Columbia una medida cautelar general contra la AF of L. El caso se prolongó en los tribunales durante años. En marzo de 1909, el tribunal de apelaciones del distrito de Columbia mantuvo la medida cautelar, observando que "en nuestra opinión, es más importante para los asalariados que para los empleadores de mano de obra que declaremos ilegal esta combinación, ya que si los asalariados pueden combinarse para interferir en los negocios legales de los empleadores, se deduce que los empleadores pueden combinarse para coaccionar a sus empleados", ¡como si no lo hubieran hecho ya en innumerables casos!

La AF de L, a través de sus dirigentes —en particular el presidente Gompers, que también era editor del *Federationist*—, sostuvo que la orden judicial prohibía el ejercicio de los derechos constitucionales de libertad de expresión y libertad de prensa y, por lo tanto, era inconstitucional y nula. Gompers y Frank Morrison, el secretario, y John Mitchell, vicepresidente de la AF de L, violaron públicamente la orden judicial y fueron declarados culpables de desacato al tribunal, por lo que Gompers fue condenado a un año de prisión, Mitchell a nueve meses y Morrison a seis. El tribunal de apelaciones confirmó la sentencia, tras lo cual el caso fue llevado ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

Gompers, Morrison y Mitchell nunca fueron a la cárcel, pero el efecto del caso, tal como se arrastró a lo largo de los años, fue profundo y generalizado. Los sindicatos más conservadores percibieron que los tribunales del país estaban en su contra. De repente, la AF de L se convirtió en una organización militante. El educado Gompers empezaba a perder los nervios. Lanzó solemnes advertencias a los capitalistas y al gobierno. Por una vez, incluso los socialistas aplaudieron a Gompers. Era un héroe. Iría a la cárcel. Asaltó todo el país. Se organizaron manifestaciones para apoyar a

los "mártires" de la causa de la libertad. Gompers preguntaba: "¿Por qué no se aplica la Ley Sherman contra los Trusts capitalistas, cuyas acciones impropias y antisociales han provocado su aprobación? ¿Por qué se utiliza contra el trabajo, cuando originalmente estaba destinada a frenar a los Trusts capitalistas?". Hizo un llamamiento al Congreso para que aprobara una enmienda a la Ley Sherman que la hiciera inaplicable a las organizaciones sindicales.

108

La AF de L estaba viendo rojo. Gompers, por supuesto, continuó antisocialista, pero sin énfasis; mientras que dentro de los sindicatos los elementos socialistas y de mano dura ganaban influencia a pasos agigantados.

3

Y, como ya se ha sugerido, había una clara tendencia hacia el radicalismo entre la pequeña clase media. Los chismosos continuaron produciendo resmas de ejemplares para *McClure's*, *Everybody's*, el *Cosmopolitan* y, por increíble que pueda parecer hoy, antes del final de la década incluso el *Saturday Evening Post*, que ya contaba con una tirada de más de un millón de ejemplares, comenzó a publicar largos artículos políticos y sociológicos escritos desde un punto de vista definitivamente radical. Lincoln Steffens echaba humo sobre la vergüenza de las ciudades. La historia de Upton Sinclair sobre los corrales de ganado seguía revolviendo los estómagos. *El Appeal to Reason* tenía una tirada regular de más de 500.000 ejemplares; el *Jewish Daily Forward* de Nueva York, de más de 100.000. La cuestión del trabajo infantil despertó muchos sentimientos.

El movimiento socialista creció de forma asombrosa. La campaña presidencial de Debs en 1908 fue un trabajo de propaganda muy eficaz. El candidato, con un equipo de trabajadores de campaña, fue de costa a costa en su "Red Special" y en tres meses se dirigió a más de 500.000 personas. Tom Mooney, que ocho años más tarde ingresaría en la prisión de San Quintín por un delito que nunca cometió, fue miembro de la Red Special y distribuyó millones de ejemplares de panfletos y octavillas socialistas.

El socialismo se impone en la vida política y económica de Estados Unidos. En la primavera de 1910, el Partido Socialista experimentó su primer éxito en las urnas, al que siguieron más victorias en otoño y en 1911.

Milwaukee y Schenectady eligieron alcaldes socialistas. San Luis estuvo a punto de volverse socialista. Los estados de Nueva York, Massachusetts, Pensilvania, Minnesota y Rhode Island tuvieron socialistas en las legislaturas. Victor Berger fue al Congreso. En otoño de 1911, más de 500 socialistas habían sido elegidos. En mayo de 1911, el *Atlantic Monthly* publicó como artículo principal del mes un artículo titulado "Prepárense para el socialismo".

Tal era, en resumen, el panorama social estadounidense, visto desde el ángulo de la lucha de clases, cuando se produjo el episodio más dramático, si no el más importante, de la historia del movimiento sindical estadounidense —el asunto McNamara—, que acabó con el espíritu combativo de la Federación Estadounidense del Trabajo.

Capítulo 18

La AF de los dinamiteros L

"La violencia", declaró Samuel Gompers ante el Comité Judicial del Congreso en 1900, "no es una parte reconocida del plan de campaña del movimiento obrero..... El movimiento obrero necesita ser fuerte en número, en organización efectiva, en la justicia de su causa y en la razonabilidad de sus métodos. Confía en la persuasión moral". Deploró y condenó con justa vehemencia las ideas y acciones de los anarquistas de Chicago, la Western Federation of Miners, Debs y los wobblies. Se oponía "firmemente a la violencia y al sabotaje". Se refería al conflicto industrial como "guerra" pero, a todas luces, en lo que concernía a la AFL, era una guerra legalista y educada.

Sin embargo, mientras Gompers oraba y editorializaba sobre el tema, los sindicatos de la AF de L empleaban más violencia —ciertamente mejor organizada— que los movimientos radicales al margen de la ley que él denunciaba. En una entrevista publicada en el *New York World* (7 de junio de 1903), Gompers admitió tácticas de mano dura en sus sindicatos, pero continuó señalando que eso era asunto de las autoridades policiales. El público no debe esperar que los sindicatos entreguen al alborotador o al terrorista, porque eso "sería prejuzgar su caso antes de que llegara al jurado...." El sindicato se ocupa de las condiciones económicas del trabajo; el gobierno se ocupa de las cuestiones de orden público".

Como cabeza de una gran amalgama formada con fines egoístas, uno de cuyos medios para alcanzar esos fines era una demostración de idealismo, rectitud y respetabilidad imitando las pretensiones de la clase alta, no se podía esperar que Gompers se comportara con menos duplicidad de la que lo hizo. En su posición, era inevitable que, por un lado, soltara patrañas piadosas y, por otro, participara indirecta y secretamente en la violencia. El gran dirigente sindical medio debe sufrir todas las vicisitudes del dirigente político en una democracia moderna. Si se esfuerza por guiar a los trabajadores menos educados y equilibrados por la luz que brilla en él,

pronto puede ser un ex-líder, a menos que esa luz resulte ser un parpadeo tan inconstante e irracional como los sentimientos de sus seguidores. Las intrigas que se ciernen sobre el escritorio de un gran líder sindical son tan turbias y peligrosas como las que hacen de la vida del presidente medio sudamericano la emocionante experiencia que es.

110

Aparte de la cuestión de la sabiduría de las tácticas de mano dura en la lucha, uno debe encontrar la franca defensa y práctica de la violencia y el sabotaje por parte de Bill Haywood y, más tarde, de la IWW, inconmensurablemente más simpática que la actitud y las prácticas de los sindicatos de la AF de L. Haywood y los wobblies reconocieron honesta y abiertamente la violencia y el sabotaje como fases inherentes y necesarias de la lucha, y las acogieron abiertamente. Haywood y los wobblies reconocieron honesta y abiertamente la violencia y el sabotaje como fases inherentes y necesarias de la lucha, y los acogieron abiertamente con satisfacción. Los dirigentes de la AFL denunciaban las tácticas de dinamita con santo horror, pero sus sindicatos las utilizaban y, al hacerlo, contaban, si no con el apoyo moral, sí con el material de los altos dirigentes de la federación. Esta duplicidad operó en gran detrimento, creo, no tanto de los sindicatos que realmente practicaban la destrucción de la propiedad, el matonismo y el asesinato, sino del movimiento en general. Resultó ser —durante el caso McNamara— una de las mayores debilidades del movimiento sindical estadounidense; pero una debilidad, como he insinuado, que era inherente a la AF de L.

2

Los gremios de la construcción se pusieron a la cabeza del terrorismo dentro de la AFL y, de ellos, los más terroristas fueron los trabajadores del hierro. La Asociación Internacional de Trabajadores de Puentes y Estructuras de Hierro se constituyó en 1 896 en una convención celebrada en Pittsburgh en la que estuvieron representados cinco sindicatos locales de Nueva York, Buffalo, Boston, Pittsburgh y Chicago. La construcción metálica era entonces un oficio relativamente nuevo. El primer rascacielos, o lo que pasaba por serlo, se construyó en Chicago a finales de la década de 1880, seguido de otros en rápida sucesión. Los trabajadores se dedicaban normalmente a la construcción de puentes. En 1891, cuando su oficio se

extendió a otras estructuras, reorganizaron su sindicato de carpinteros de puentes en el Sindicato de Puentes y Constructores de Chicago, que en 1896 se convirtió en el Local nº 1 de la nueva Asociación de Trabajadores del Hierro.

El oficio requería poca habilidad; casi cualquier joven fornido con buenos nervios podía aprender todos sus trucos en poco tiempo. Cuando se organizaron por primera vez, los sueldos de los ferreteros eran mucho más bajos que los de los demás trabajadores. Los carpinteros, por ejemplo, cuyo oficio exigía un largo aprendizaje, habían estado organizados y habían luchado por salarios más altos durante todo el siglo XIX. Al principio, el oficio de ferretero era considerado inferior no sólo por los empresarios, sino también por los compañeros mecánicos pertenecientes a otros oficios.

Sin embargo, a medida que los edificios se elevaban más y más, las tareas se hacían cada vez más peligrosas, y pronto el oficio de ferretero se convirtió en el más aventurero y romántico de todos los oficios de la construcción. Sólo aquellos con una gran fuerza física y coraje se convertían en trabajadores de rascacielos; al poner sus vidas en peligro a diario, desarrollaron una psicología de la imprudencia y la violencia que a las personas con ocupaciones menos peligrosas les puede resultar difícil de entender.

La mayoría de ellos eran irlandeses de chabolas, bohunks, holandeses, "Squareheads" y duros nativos americanos. No es de extrañar entonces que, dadas las circunstancias del oficio, el sindicato desarrollara líderes como Sam Parks, que a principios de siglo mandaba en los gremios de la construcción de Nueva York. Era un tipo duro que se enorgullecía de haber librado hasta 20 combates al día: ignorante, matón, fanfarrón, tal vez un criminal en sus instintos, inarticulado, sin más argumento que sus hábiles y rocosos puños.

111

3

Y estos hombres, como sindicato, tuvieron que enfrentarse a una de las organizaciones patronales open shop más decididas y brutales de Estados Unidos. La National Erectors' Association, creada en 1906, tenía restringida su afiliación a las empresas que se habían comprometido con el principio del "Plan Americano". Unas 40 de las mayores empresas constructoras del país

pertenecían a la Asociación, algunas de ellas filiales de la fanáticamente antisindical Steel Trust, y libraban, individual y colectivamente, una guerra sin cuartel contra los trabajadores del hierro, que, al ser los peor pagados del sector de la construcción, eran los que más intentaban mejorar su suerte.

Hubo huelgas, y hubo violencia en las huelgas. Al principio, los propios trabajadores se encargaban de golpear y dinamitar. Pero, poco a poco, como he sugerido en un capítulo anterior, los sindicatos empezaron a contratar a delincuentes o gánsters para que atacaran a los esquiroles por ellos. Si los capitalistas contrataban pistoleros para proteger a los rompehuelgas, ¿por qué no podían los sindicatos contratar matones para que los golpearan?

Otro tipo que empezó a cobrar importancia en la guerra de clases a principios del siglo XX fue el espía que las asociaciones patronales colocaban en los sindicatos. El espía era contratado bajo la teoría de que los sindicatos tenían carácter criminal. Por supuesto, si descubría que el sindicato al que pertenecía no era criminal, instigaba o animaba a sus compañeros a cometer actos violentos, ya que mantenía su trabajo de espía sólo mientras tuviera algo de lo que informar. En los gremios de la construcción, los espías u "operarios", así llamados profesionalmente, no tenían dificultad en encontrar personas dispuestas a escuchar argumentos en apoyo de la violencia. Pero no cabe duda de que la mayor parte de la violencia y el sabotaje en los conflictos industriales por parte de los trabajadores fue cometida por sindicalistas *de buena fe* por iniciativa propia.

A principios de siglo, los trabajadores de la construcción tenían fama de utilizar métodos de mano dura. Esa reputación se basaba en actos como el perpetrado en julio de 1906 en una obra en Nueva York. Se empleó a unos 30 trabajadores del hierro, todos sindicalistas, junto con unos pocos fabricantes de escaleras no sindicalizados. Estos últimos trabajaban en los pisos inferiores y a los ferrallistas se les caían constantemente encima, como por accidente, pernos, barras y herramientas pesadas. La empresa contrató guardias especiales para que dejaran en paz a los trabajadores de las escaleras. Esto enfureció a los ferreteros. Un día, una banda de ellos atacó a los guardias, los golpeó hasta dejarlos insensibles y dejó caer a uno de ellos desde el octavo al quinto piso. Murió. Ninguno de los que participaron en el asalto fue identificado. Los dirigentes sindicales explicaron que si los guardias eran atacados era culpa de la empresa por haberlos contratado.

En aquella época, la destrucción de bienes era una práctica habitual en los

conflictos. En los conflictos telefónicos y telegráficos, los trabajadores de la línea cortaban los cables; los vidrieros expresaban sus sentimientos contra los jefes rompiendo los cristales; y los carpinteros, en su esfuerzo por ascender a un nivel superior, pintarrajeaban la carpintería de lujo. El objetivo de estos actos vandálicos era aumentar los gastos del empleador y, tal vez, obligarle a contratar a trabajadores sindicados en lugar de no sindicados.

Era natural que los ferreteros adoptaran la dinamita como el medio de destrucción más eficaz. Se había utilizado mucho en los conflictos de los años 1890 y la primera década de este siglo. Los ferrallistas podían conseguirla fácilmente; siempre había un poco en cada gran obra de construcción. Pero el método de destrucción no es tan importante como la filosofía que lo inspira. Por lo general, sólo se recurría a la destrucción cuando habían fracasado los demás métodos para conseguir sus reivindicaciones.

Cuando los obreros del hierro no impidieron que se emplearan esquirols en un trabajo rompiéndoles la cara o matando a sus guardias, intentaron destruir el trabajo, y a menudo lo consiguieron. El motivo básico era la convicción de que el trabajo en cuestión les pertenecía como sindicalistas, aunque se hubieran negado a ir a trabajar si no era en las condiciones establecidas por el sindicato, que eran inaceptables para el empresario. En su simple razonamiento de sindicalistas, eran incapaces de divorciarse de su puesto de trabajo. La razón es fácil de ver: habían luchado durante años para aumentar los salarios, acortar la jornada laboral y, en general, mejorar el trabajo. Habían pagado sus cuotas sindicales y asistido a reuniones. Habían sufrido una docena de huelgas y cierres patronales. Han estado en la lista negra, han recibido palos y disparos. Habían pasado hambre y penurias para que el trabajo estuviera tan bien pagado como estaba. *Por tanto, el trabajo les pertenecía.* No había lugar para la discusión; a los esquirols, que no sólo no habían contribuido en nada a la mejora del trabajo, sino que habían sido algunos de sus peores enemigos mientras lo mejoraban, se les golpeaba en la cara, y a los constructores, que ante la oposición del sindicato empleaban esquirols, se les dinamitaban las estructuras.

Así era el sindicalismo, puro y simple, en acción. Pero no hay que olvidar que también era sindicalismo a la desesperada. Soy plenamente consciente de no haber hecho completa justicia a los sindicatos de la AF de L. Los radicales de izquierda y los intelectuales liberales no dejan de criticar la

política y la táctica de la AF de L, por sus evidentes deficiencias desde el punto de vista de la clase obrera y de la sociedad en su conjunto. Pero la AF de L es, en mi opinión, el único tipo de sindicalismo que podría haber sido eficaz y haber sobrevivido en aquel periodo extremadamente caótico, estrechamente pragmático, ciegamente violento y dinámico. Su aparición a finales de la década de 1880 y su desarrollo en las cuatro décadas siguientes fueron un producto natural e inevitable de los tiempos; su política y sus tácticas son defendibles si tenemos en cuenta la brutal codicia y el poder de las fuerzas que se le oponían.

113

El deseo personal de los dirigentes sindicales de conservar sus puestos de trabajo como presidentes y secretarios nunca fue *la* razón principal del desarrollo de las tácticas de mano dura en el movimiento sindical estadounidense. Estas tácticas dependen fundamentalmente de la desesperación que embarga a los afiliados cuando los sindicatos, por muy ricos y bien organizados que estén, son ineficaces o ven amenazada su propia existencia por los esfuerzos organizados de los empresarios que odian a los sindicatos. El sindicato es la única esperanza de los trabajadores, y están dispuestos a hacer cualquier cosa para conservarlo. Eligen a dirigentes dispuestos a utilizar la violencia cuando ésta es el único medio de preservarlo.

4

Entre 1905 y 1910, como se reveló en el caso McNamara y posteriormente, la dinamita se convirtió definitivamente en parte de las tácticas de los ferreteros en su esfuerzo por mejorar sus condiciones en el trabajo y en la sociedad, frente a las políticas agresivamente antisindicales de la National Erectors' Association. Y la dinamita fue eficaz. Los ferreteros resistieron los esfuerzos de la Asociación de Constructores. De hecho, en esos cinco años sus salarios aumentaron de 2,50 dólares por 10 horas de trabajo a 4,30 dólares por ocho horas. Para lograrlo, el sindicato internacional de ferreteros dinamitó unos 150 edificios y puentes en Estados Unidos y Canadá, o al menos la mayoría de esas explosiones pueden atribuirse razonablemente a las acciones de los terroristas sindicales oficiales.

Repito: los ferreteros recurrieron a la dinamita con extrema

desesperación, en una lucha a vida o muerte, para salvar puestos de trabajo, para salvar el sindicato del que dependían para sus puestos de trabajo y la mejora de sus condiciones.

Las operaciones de dinamita eran dirigidas desde la sede del sindicato en Indianápolis por el secretario-tesorero de la organización, John J. McNamara, cuyo principal "hombre de fuera" era su hermano, James B. McNamara. John J. disponía de una asignación mensual de unos 1.000 dólares para "fines de la organización". Se sentaba en su despacho y decidía qué trabajos realizarían, mientras que James B. era 'hábil con los palos'. Llevaban a cabo estas operaciones con pleno conocimiento de los dirigentes del sindicato y de la mayoría de los afiliados, por no hablar del resto de la AF de L, a la que estaban afiliados los ferreteros. El sindicato eligió a John J. como secretario tesorero en gran parte *porque* creía en la dinamita y estaba dispuesto a utilizarla *en caso de emergencia*.

No es difícil explicar, ni siquiera disculpar, a los McNamaras. Eran irlandeses, dotados de los mismos instintos que habían producido a los Molly Maguires; quizá un poco más idealistas, de mentalidad social, que los Mollies. Aparte de sus dinámicas operaciones, eran lo que la mayoría de la gente llamaría "buenos chicos". Uno de ellos era un católico devoto, miembro de los Caballeros de Colón y de una organización religiosa laica. Ambos, creo, eran demócratas en política y amigos y admiradores de Sam Gompers. En sus mentes, dinamitar por la unión no era un pecado que uno, como buen católico, debiera confesar, como tampoco lo era para un soldado disparar su pieza en la guerra. Eran soldados en la causa de la clase obrera, en la guerra entre los que tienen y los que no tienen; jesuitas en el movimiento sindical, sus fines justificaban cualquier medio.

114

Cada uno de ellos era una especie de héroe en el sindicato. (Salvaron al sindicato en uno de sus periodos más oscuros. A principios de este siglo, todos los sindicatos de la industria siderúrgica habían sido completamente destruidos, excepto el Sindicato de Trabajadores del Hierro, gracias a la dinamita y a los McNamaras.

Uno de los principales apologistas de los McNamara y sus tejemanejes fue Anton Johannsen, antaño dirigente de los sindicatos de San Francisco que también empleaban dinamita. Estuvo implicado en el asunto McNamara en Los Angeles, y estaba orgulloso de ello. En 1913 dijo:

Si alguien me dice que hay que condenar a los McNamaras, mi respuesta es:

de acuerdo, condenaremos a los McNamaras; pero también condenaremos a los Carnegie y al Steel Trust. Si alguien me dice que hay que condenar al Sindicato de Trabajadores del Hierro, le respondo: De acuerdo, pero también condenaremos a la Asociación Nacional de Montadores. Antes de que el sindicato empezara a usar dinamita, sus hombres vivían con salarios de hambre, algunos de ellos con menos de 400 dólares al año, ¡y con familia! Si dicen, queremos luz sobre las actividades de los hombres del sindicato, yo digo: Está bien, pero ilumina también a la Steel Trust. Iluminen tanto a los trabajadores como al capital. Enciendan los reflectores y estamos dispuestos a que nuestros pecados se comparen con los de los empresarios.

5

En 1910, tras una serie de explosiones especialmente grandes, que destrozaron edificios construidos por no sindicalistas, la Asociación Nacional de Constructores contrató a William J. Burns, el detective, para que siguiera la pista de los dinamiteros.

Capítulo 19

La trama de la dinamita de Los Ángeles

Desde el punto de vista de la lucha de clases, existía una situación peculiar en California a principios de 1910, o justo antes del dinamitazo de Los Angeles Times.

San Francisco era un bastión del sindicalismo. Los sindicatos estaban bien arraigados allí incluso antes del terremoto de 1906; tras esa catástrofe se convirtieron en el elemento dominante de la ciudad. Los sindicatos, especialmente los de la construcción, habían aprovechado la caótica situación que siguió al seísmo y se organizaron de modo que en un par de años controlaban prácticamente todos los puestos de trabajo de San Francisco. Para conseguir este control, los sindicalistas habían utilizado métodos de mano dura, incluida la dinamita.

Después de 1908, los constructores y contratistas no podían moverse sin tener en cuenta a los sindicatos. Dice David Warren Ryder en un esbozo histórico de la situación, impreso *en el American Mercury* (abril de 1926):

No se levantaba un martillo, ni se ponía un ladrillo, ni se instalaba una tubería, ni se enlucía, pintaba o empapelaba una pared sin la aprobación de los sindicatos. Si un empleador, grande o pequeño, despedía a un trabajador borracho, insubordinado o incompetente sin el consentimiento del sindicato, al día siguiente se enfrentaba a una huelga y se veía obligado a readmitir al trabajador despedido y a pagarle a él y a sus compañeros el tiempo que habían estado de baja. El delegado ambulante recorrió la ciudad en estado, dictando órdenes e imponiendo sanciones. El poder de los sindicatos era absoluto y durante años pudieron exigir la máxima obediencia a sus complejas y extravagantes normas y reglamentos.

Los líderes sindicales de San Francisco, como los de cualquier otro lugar, eran buscavidas de primer orden, motivados por la misma psicología que los directores de los grandes Trusts y corporaciones. Exigían salarios altos para sus miembros y chanchullos para ellos, y, ocupando una posición ventajosa, conseguían ambas cosas. Los miembros de los sindicatos eran limitados y se

correspondían con el cuerpo de accionistas de un tinglado capitalista.

Al ser fuertes económicamente, los trabajadores organizados de San Francisco, naturalmente, desarrollaron potencia política. Los sindicatos ya eran el elemento más fuerte de la corrupta administración del alcalde Schmitz durante los años inmediatamente posteriores al terremoto. Los líderes sindicales participaban en las ganancias del vicio y en los sobornos que los magnates de la tracción pagaban a la banda de Schmitz por las franquicias.

116

En 1909, una vez desacreditada la máquina de Schmitz, los sindicalistas presentaron un candidato completamente propio: Patrick H ("Pinhead") McCarthy, presidente del consejo de gremios de la construcción de San Francisco, "un bulldozer descarado", como lo describió el *San Francisco Argonaut*, que llevó a cabo "la negociación más simple con las exhibiciones de energía física y vocal adecuadas a la gestión de un equipo de 20 mulas". Detrás de él había un cerebro en la persona de otro sindicalista, O A Tveitmoe, un moreno escandinavo de poderosa constitución, un gorila, que era secretario del consejo de gremios de la construcción, jefe del Partido Laborista y gran amigo y secuaz de confianza de Sam Gompers en la costa. Y alrededor de Tveitmoe había tipos como Anton Johannsen y Tom Mooney, hombres de puño grueso, cuello de toro, dinámicos, formados en la ruda escuela del liderazgo; intolerantes, tiránicos, bocazas, directos. Algunos de ellos eran francos creyentes en la dinamita. Les encantaba la frase de Roosevelt sobre "el gran garrote". Se reían de los ingenuos socialistas que daban clases de economía, educando a grupos de trabajadores. "Lo que necesitamos", decían con gran énfasis, "no son clases de economía, isino clases de química!". Eran unos nietzscheanos bárbaros. Los socialistas los llamaban "gorilas". Uno de los pocos libros que leían los dirigentes sindicales de Chicago, San Francisco y otros lugares en aquella época era *Might is Right*, de Ragnar Redbeard, en el que la filosofía del poder se discute en términos de física. En San Francisco había miles de trabajadores que no podían afiliarse a los sindicatos, y por tanto no podían conseguir trabajo, debido a las prohibitivas cuotas de afiliación. Como en el resto del tinglado de la AF de L, no había nada sentimental ni socialista en los sindicatos de San Francisco.

Los sindicatos eran una espina clavada en el costado de las empresas de San Francisco. Los costes laborales eran más elevados que en cualquier otro

lugar de la costa, y a los industriales de San Francisco les resultaba difícil competir con Seattle, Portland y, sobre todo, Los Ángeles. Los salarios eran casi un 30% más altos en San Francisco, y la jornada laboral de dos a cuatro horas más corta, que en cualquier otro lugar de la costa. San Francisco estaba decayendo especialmente en la construcción naval; incluso los trabajos de reparación bajo el sistema de licitación competitiva se iban a otros lugares. No sólo los nuevos capitales temían venir a San Francisco, sino que los antiguos se estaban marchando.

2

Por otra parte, Los Ángeles, a 500 millas al sur, era una floreciente ciudad de tiendas abiertas, cuya historia industrial estaba estrechamente ligada a la carrera de un enérgico personaje, el general Harrison Gray Otis, un odioso sindicalista, editor del *Los Angeles Times*.

Otis había llegado al sur de California a principios de la década de 1880 y, al hacerse con el control del *Times*, entonces un periódico en apuros en una ciudad de 12.000 habitantes, desarrolló "una fe tremenda y perdurable en el futuro de Los Ángeles", con su clima. Era un hombre agresivo, destinado a hacerse notar en una ciudad pequeña. Ex soldado en dos campañas, estaba lleno de espíritu marcial; cuando le llegó la prosperidad, se construyó una mansión y la llamó "El Vivac", y cuando construyó el fatídico Times Building, hizo que el arquitecto le diera la apariencia de una fortaleza medieval con almenas y otros desafiantes aditamentos. Justo antes del caso McNamara, mientras luchaba contra los sindicatos, imontó un pequeño cañón en el capó de su automóvil!

117

Le encantaban las peleas y, cuando en 1890 el sindicato local de impresores declaró una huelga contra los periódicos de la ciudad exigiendo el cierre de las tiendas y una escala salarial más alta, luchó contra el movimiento con todos los medios a su alcance, justos y sucios. Ganó la batalla y se convirtió así en el generalísimo de las fuerzas del "open shop" en Los Ángeles. Llevaba la idea antisindical en la sangre; a principios del siglo XIX, su tío y tocayo, el senador Harrison Gray Otis de Massachusetts, se opuso frontalmente a todos los esfuerzos organizados de los trabajadores por mejorar su suerte.

Durante la década de 1890, Otis se había convertido en el enemigo más

salvaje y eficaz del sindicalismo en el país y, como resultado de sus acciones, Los Ángeles era la ciudad más destacada de tiendas abiertas de Estados Unidos, "la mancha blanca" en el mapa industrial del país. Otis luchó contra los sindicatos con uñas y dientes. A menudo se peleaba con ellos. En el Times, refiriéndose a los trabajadores organizados, utilizaba términos como "matones", "camorristas sindicales", "alborotadores a sueldo", "rufianes de la tubería de gas", "banda de los brazos fuertes", algunos de los cuales, sin duda, estaban justificados en ciertos momentos.

Otis organizó una Asociación de Comerciantes y Fabricantes, que era principalmente una unión de empresarios contra los sindicatos; y los comerciantes, fabricantes y contratistas estaban obligados a afiliarse si querían operar en Los Ángeles. El mayor pecado que podía cometer un empresario de Los Ángeles era contratar a un trabajador sindicado como tal.

Hacia 1909 Otis descubrió a Nietzsche, o más bien le introdujo en el nietzscheísmo un joven caballero, Willard Huntington Wright (que se convirtió en S S Van Dine, el escritor de novelas policíacas), que llegó a ser editor literario del *Times*. Wright aún no había escrito su resumen de la filosofía del viejo Friedrich, *Lo que enseñó Nietzsche*, ni su novela nietzscheana, *El hombre prometedor*, pero ya entonces era un nietzscheano, un creyente en la aristocracia, en la superioridad, en el ejercicio del poder. Fue un gran hallazgo para Otis. En cualquier caso, durante la redacción literaria de Wright, el *Times* hizo frecuentes referencias a aquellas frases de Nietzsche que parecían concordar con la política y el temperamento del general Otis.

Naturalmente, Otis se granjeó numerosos enemigos. Incluso algunos de sus amigos empresarios le tenían antipatía. Los trabajadores, por supuesto, odiaban el suelo que pisaba. Los líderes sindicales se referían a él con títulos impresentables. La gente común que leía sus ataques vituperantes contra el trabajo, decía: "¡Es un milagro que alguien no lo haga explotar!" Uno de sus rivales periodísticos le llamó "viejo huraño dispensador de bazofia". W.C. Brann, el iconoclasta, no pudo encontrar una palabra lo suficientemente mala en inglés para llamarle así. Hiram Johnson, entonces un prometedor político liberal, le llamó "depravado, corrupto, torcido, putrefacto". Otros le consideraban vanidoso y pomposo, pendenciero e intolerante, injusto en sus tácticas, despiadado en sus ataques. Una mujer generosa, la Sra. Fremont Older de San Francisco, dijo que no era más que "un hombre honesto que

cree en el carácter sagrado de la propiedad por encima de cualquier otra cosa".

118

Debido principalmente a Otis, los sindicatos eran extremadamente débiles en Los Ángeles, y los salarios eran bajos y las horas de trabajo largas.

3

En enero de 1910, en San Francisco, cuando el alcalde McCarthy asumió el cargo, los negocios y la industria se estaban desvaneciendo; pero los capitalistas, aunque seriamente obstaculizados por los sindicatos, estaban, todavía, lejos de estar indefensos en la comunidad. Estaban organizados. *El Chronicle* y otros dos grandes periódicos eran fuertemente antisindicales.

La depresión industrial, achacada por los capitalistas a los sindicatos, por supuesto, afectó gravemente a las condiciones de trabajo. Muchos negocios, como ya se ha dicho, se iban a Portland, Seattle y Los Ángeles, donde los industriales, sin el obstáculo de los sindicatos, podían hacer trabajar a sus plantillas todo lo que quisieran por un salario bajo. Miles de sindicalistas estaban en paro y su número iba en aumento. No podían pagar sus cuotas sindicales.

A principios de 1910, los grandes dirigentes empresariales de San Francisco y los grandes dirigentes del consejo sindical se reunieron y llegaron a la conclusión de que sería mutuamente beneficioso para empresarios y sindicalistas que la situación entre San Francisco y Los Ángeles se "igualara", es decir, que los dirigentes sindicales de San Francisco fueran a Los Ángeles y organizaran la ciudad, obligando a los empresarios de allí a pagar salarios tan altos como los que se veían obligados a pagar los empresarios de San Francisco.

Pero, ¿cómo organizar Los Ángeles, con Harrison Gray Otis allí?

Los sindicalistas de San Francisco, como ya se ha sugerido, eran gente violenta. Decidieron dinamitar el *Los Angeles Times* y hacerlo para que se culpara a Otis. Otis era una espina clavada en el costado de los organizadores de la AF de L. Unos años antes, la AF de L, reunida en convención, había destinado una suma de dinero —el llamado "fondo de guerra de Los Ángeles"— para derrotar a Otis y organizar Los Ángeles. El dinero se gastó en una batalla desigual, en la que Otis resultó vencedor.

Ahora, pensaban, lo harían volar por los aires y capturarían la ciudad.

En consecuencia, los trabajadores de San Francisco invadieron Los Ángeles en mayo de 1910. Entre ellos estaban O A Tveitmoe, Anton Johanssen, Andrew Gallagher, J. A. Kelley, Eric B. Morton y John S. Nolan. Ocasionalmente aparecían en su compañía otros dos hombres, que se presentaban como J. B. Brice y Edward W. Miller, y que vivían en los mismos hoteles que ellos. J. B. Brice, según se supo más tarde, era el *nombre de guerra* de James B. McNamara, y Edward W. Miller era Schmidt, un dinamitero local de San Francisco. Los gorilas de San Francisco pensaron que este trabajo de Los Angeles era una hazaña importante que tenía que hacerse bien, así que pidieron a John J. McNamara que les prestara a James B., que ya era conocido entre los líderes sindicales como el dinamitero más experto del movimiento.

119

Otro hombre que anduvo con los trabajadores de San Francisco en Los Ángeles en la primavera y el verano de 1910 fue Job Harriman, un destacado político socialista y hechicero a nivel nacional, amigo de Morris Hillquit, líder del grupo socialista de Los Ángeles y abogado de los sindicatos de Los Ángeles en apuros. Harriman estaba con el grupo de San Francisco en la parte política del complot para dinamitar el Times y escribió cartas a sus amigos de fuera de la ciudad, discutiendo la situación. Estaba previsto que se presentara como candidato a la alcaldía de Los Ángeles en 1911 por el partido socialista-laborista, con el apoyo de los organizadores sindicales de San Francisco, a cambio de lo cual, con su influencia como líder socialista en California, inclinaría el voto socialista hacia la maquinaria McCarthy-Tveitmoe en las próximas elecciones de San Francisco.

Harriman no tuvo nada que ver con la dinamitación real de Los Ángeles; simplemente se unió al grupo de San Francisco en su plan general de arrebatarse Los Ángeles a Otis y a su grupo de empresarios de tiendas abiertas, que ya entonces estaban pensando en hacer de la ciudad una gran metrópoli. Era un hombre ambicioso, un oportunista; aunque públicamente se oponía a los métodos de mano dura, secretamente se alió con los dinamiteros, quienes, a su vez, le utilizaron para que les ayudara en su hazaña. A través de Harriman, la banda de San Francisco, opuesta al socialismo, se apoderó de la organización socialista de Los Ángeles, para utilizarla para sus fines.

El 30 de mayo, Harriman llevó a una multitud de sanfranciscanos a un

almuerzo socialista en Los Ángeles. Uno de ellos pronunció un discurso en el que ridiculizó la acción política y "todo el alcohol ilegal socialista", anunciándose como un creyente en el gran garrote y refiriéndose a los trabajadores como "ganado" y "fiambres", cuya única cura para el letargo era el estómago vacío y el garrote en la cabeza. Insinuó que él y sus compañeros dirigentes de San Francisco harían una hazaña en Los Ángeles que "agitaría y solidificaría a los fiambres".

4

Durante todo el verano de 1910, y hasta el otoño, Los Ángeles se llenó de gorilas de San Francisco. Había media docena de huelgas. Los empresarios tenían pánico. Otis corría de un lado a otro con el cañón montado en su máquina. Hubo disturbios; los esquirols fueron golpeados por los matones del sindicato; los piquetes fueron atacados por la policía. Se habló de dinamitar tal o cual edificio. El *Times* publicó editoriales frenéticos.

Los amigos de la libertad industrial deben unirse y apoyar a los empresarios que en estos momentos están siendo atacados por los secuaces de los corruptos jefes sindicales de San Francisco. Todas las personas decentes deben unirse en torno a la bandera de la libertad industrial en esta crisis, cuando está en juego el bienestar de toda la ciudad. Si los gorilas de San Francisco triunfan, entonces el brillante futuro de Los Angeles terminará, los negocios se estancarán; Los Angeles será otro San Francisco — muerto.

120

El 3 de septiembre, después de que los matones del sindicato golpearan a algunos esquirols, el *Times* dijo:

Es hora de tratar con estos lobos sindicales de una manera tan rápida y drástica que les induzca a trasladar su anarquía a otra localidad, ya que el peligro de tolerarlos en Los Ángeles es grande e inmediato. ... Sus instintos son criminales y están listos para provocar incendios, disturbios, robos y asesinatos.

A lo largo de septiembre, el *Times* tuvo interminables problemas con el sistema de gas de su planta. Los empleados enfermaban por inhalar vapores de gas. Una teoría —cuya solidez se pondrá de manifiesto en el próximo capítulo— es que esto formaba parte de la maniobra, que los conspiradores de San Francisco tenían a su propia gente trabajando en los talleres del Times, agujereando las tuberías de gas.

Capítulo 20

La explosión — y después

A la 1 de la madrugada del 1 de octubre de 1910, los empleados *del Times*, entre ellos varios impresores del sindicato, estaban poniendo el periódico a dormir. El general Otis estaba en México, donde había ido a hablar de un acuerdo de tierras con Díaz. Regresaba a Los Ángeles. Harry Chandler, yerno de Otis y director general del *Times*, que solía trabajar hasta tarde en su oficina, acababa de irse a casa.

A la 1:07 de la madrugada se produjo una detonación ensordecedora, un sonido seco y chasqueante, en el Callejón de la Tinta, en la parte trasera del edificio del Times. Dos minutos después todo el lugar estaba lleno de gas y llamas. Había cerca de cien personas en el edificio. Sólo una veintena de ellas salieron ilesas. Saltaban desde las ventanas a dos y tres pisos de altura, rompiéndose las piernas y la cabeza. Varios de ellos quedaron sepultados entre los escombros en la parte trasera del edificio.

El número total de muertos fue de 20.

El edificio quedó totalmente destrozado, pero el *Times* salió por la mañana con un breve retraso. Otis se había construido una planta auxiliar a sólo dos manzanas de distancia. Esperaba ser dinamitado.

Las bombas unionistas destrozan el Times

era el titular.

Entonces Otis regresó.

Oh, escoria anárquica, [escribió] cobardes asesinos, sanguijuelas del trabajo honrado, asesinos de medianoche, cuyas manos chorrean la sangre inocente de vuestras víctimas, contra quienes los lamentos de las pobres viudas y los llantos de los niños sin padre ascienden al Gran Trono Blanco, id, mezcláos con la multitud en las esquinas, mirad los muros derruidos y ennegrecidos, mirad las ruinas donde están enterrados los restos calcinados de aquellos a quienes asesinasteis... .

2

Se ofrecieron enormes recompensas de casi 300.000 dólares por la captura de los "criminales". Otis insistió en que los sindicalistas habían dinamitado su edificio. ¿Quién si no? ¿Quién más *podría* hacer algo tan terrible? Cualquiera que se atreviera a dudar de él era *ipso facto* un simpatizante de los "sindicatos criminales", un traidor a la futura grandeza de Los Angeles, un enemigo de la "libertad industrial". En San Francisco, en cambio, cualquiera que se atreviera a decir que creía a Otis en este asunto era susceptible de recibir una paliza.

122

La policía, el gran jurado, un comité del alcalde, los organismos cívicos y el ayuntamiento llevaron a cabo numerosas investigaciones. Sus conclusiones fueron unánimes en cuanto a que el edificio había sido dinamitado y el gas incendiado por la explosión.

Job Harriman, como abogado de los sindicatos de Los Ángeles, se encargó de la investigación ordenada por el Consejo Laboral. Su conclusión fue que el *Times* no había sido dinamitado en absoluto; que, en cambio, todo indicaba que se había producido una explosión de gas. Acusar a los sindicalistas de haber perpetrado semejante atrocidad era un crimen en sí mismo.

Por último, los sindicalistas acusaron a Otis de ser el culpable de la terrible tragedia en la que perdieron la vida 20 trabajadores. ¿Acaso no se sabía que el sistema de gas *del Times* no funcionaba bien? ¿No habían estado los empleados enfermos por los gases durante semanas? ¿Y no era extraño que sólo hubieran muerto empleados menores, que todos los grandes funcionarios y los redactores hubieran estado fuera del edificio cuando se produjo la explosión? Insinuaron que Otis, "el viejo sinvergüenza", posiblemente había hecho explotar el lugar él mismo, con la intención de culpar a los sindicatos y cobrar el seguro de la vieja planta.

Se lanzaron acusaciones de un lado a otro, pero el público empezó a inclinarse por aceptar la teoría de la explosión de gas y culpar de todo a Otis. Como ya se ha sugerido, Otis gozaba de una gran antipatía y se le creía capaz de casi cualquier cosa.

3

La explosión fue noticia de primera plana en todo Estados Unidos.

Otis se convirtió en un gran héroe para los empresarios de los talleres abiertos. La Asociación Nacional de Fabricantes, reunida en Nueva York, le envió sus condolencias, instándole a mantener la espléndida lucha por la libertad industrial, condenando "la doctrina del dominio y la ruina que emplea la dinamita como instrumento". *American Industries*, un órgano de la asociación, no perdió tiempo en implicar a Gompers y a los otros dirigentes de la AF de L. Publicó, *textualmente*, una resolución aprobada en la convención de Norfolk de la AF de L en 1907 que proporcionaba "un fondo de guerra para atacar a Los Angeles Times".

Gompers se negó a responder a la acusación; la mera sugerencia de tal cosa era absurda!

Por otra parte, los socialistas lanzaron un tremendo aullido. En el *Appeal to Reason* (15 de octubre de 1910), Debs publicó un largo artículo, que en los cinco meses siguientes —mientras los McNamaras seguían en libertad— elaboró en cada número. "Quiero expresar mi opinión deliberada", dijo, "de que el *Times* y su multitud de odiadores del sindicato son los instigadores, si no los autores reales, de ese crimen y del asesinato de 20 seres humanos".

123

4

La tensión entre patrones y obreros de Los Ángeles continuó durante todo el otoño de 1910 y el invierno. Hubo varias huelgas, incluida una de los trabajadores del hierro. La ley prohibía los piquetes. Otis, con el cañón todavía montado en el capó de su coche, andaba "como un león rugiente, buscando a quien devorar".

En los grupos de trabajadores se hablaba desenfrenadamente de aterrorizar aún más a Los Ángeles; se decía que volarían el nuevo acueducto, etcétera. Estas cosas no se materializaron. Si las bandas de dinamiteros tenían algún plan de ese tipo, puede ser que lo espantoso del asunto *del Times* les hiciera dudar. Yo creo que realmente no tenían intención de matar a tanta gente, si es que la tenían.

Sólo una bomba más estalló en Los Ángeles. En la noche de Navidad de

1910, la dinamita destrozó parte de la Llewellyn Iron Works, donde los trabajadores estaban en huelga.

Capítulo 21

¡Enmarca!

William J. Burns, el detective contratado meses antes por la National Erectors' Association para descubrir y detener a los responsables de las decenas de dinamitaciones ocurridas desde 1905, se encontraba en Los Ángeles al día siguiente de la explosión del Times. El alcalde Alexander lo contrató para atrapar a los dinamiteros *del Times*.

Burns tenía localizado a James B. McNamara meses antes de su hazaña en Los Ángeles. Además, tenía a sus agentes vigilando la sede del Sindicato de Trabajadores del Hierro en Indianápolis, especialmente a John J. McNamara. También estaban siguiendo a un hombre que respondía al nombre de McGraw, pero cuyo verdadero nombre, según resultó, era Ortie McManigal. Era el ayudante de James B. en los trabajos.

El detective dejó que James B realizara algunas dinamitaciones más después del trabajo de Los Ángeles. "Estábamos decididos", como explicó Burns más tarde, "a averiguar ante quién eran responsables él y McManigal —de quién recibían dinero y encargos por su trabajo— y habría sido fatal dejarles sospechar que estaban siendo vigilados". Finalmente, tuvo suficientes pruebas contra ellos y el 14 de abril de 1911 detuvo a James B McNamara y McManigal en Detroit, donde se encontraban por negocios. Burns afirma que McNamara ofreció a los detectives sobornos de hasta 30.000 dólares por su liberación, y cuando esto no sirvió de nada se volvió desafiante y dijo: "Volaría todo el maldito país si creyera que eso nos conseguiría derechos".

McManigal confesó, dando a Burns pistas sobre otras pruebas. Algunas de las llaves que le encontraron a él y a James B McNamara abrieron las cerraduras de granjas y otros edificios cercanos a Indianápolis en los que encontraron dinamita y relojes utilizados para cronometrar las explosiones de las bombas.

Luego arrestó también a John J. McNamara, en su oficina de Indianápolis.

Existían dificultades legales para extraditarlos a California, donde había órdenes de detención contra ellos por la explosión *del Times*. Los prisioneros eran un premio demasiado grande para que Burns lo pusiera en peligro por tecnicismos legales, así que los secuestró y los llevó ilegalmente a California, del mismo modo que, cinco años antes, Haywood, Moyer y Pettibone habían sido llevados de Colorado a Idaho.

2

La noticia de la captura de los tres hombres, al hacerse pública el 23 de abril, causó sensación en todo el país.

125

Atrapados los dinamiteros del edificio Times

Crimen directamente relacionado con altos cargos sindicales

Jefes sindicales implicados en una conspiración

— tales eran los titulares de *Los Angeles Times*. "Estos villanos", decía editorialmente el periódico, "son los camorristas de Estados Unidos, y al perseguirlos el detective Burns ha desenterrado la conspiración criminal más tremenda de la historia de América".

Los McNamaras y Ortie McManigal fueron ingresados en la cárcel del condado de Los Ángeles. McManigal era un hombre del tipo del Huerto. Su confesión le valió la libertad poco después de la conclusión del caso McNamara. John J. era un joven robusto, bien vestido y bien afeitado. Su hermano Jim era delgado, con un rostro delgado animado por una sonrisa amarga e insegura y una mirada fanática en sus ojos cambiantes. No estaba bien, tenía tendencias tuberculosas.

Una vez en la cárcel, los McNamara pasaron a tener una importancia menor como individuos. Lo importante ahora era el Caso McNamara — el caso del capitalismo 1/5 de los trabajadores. Los presos se convirtieron en símbolos de la lucha de la clase obrera — mártires — víctimas de la codicia capitalista. El caso se convirtió en una cuestión nacional.

Inmediatamente, en todo el país los líderes sindicales y los radicales lanzaron un grito: "¡Incrimination! ¡Conspiración diabólica!" Debs telegrafió a *Appeal to Reason*:

¡Que suene la alarma para la clase obrera! Se va a repetir el atentado Moyer-Haywood-Pettibone contra el movimiento obrero. El arresto secreto de John McNamara, por una agencia de detectives de la corporación, tiene todas las características de otra conspiración para atribuir el crimen de asesinato a los funcionarios sindicales para desacreditar y destruir el trabajo organizado en los Estados Unidos. Despertad, huestes de los trabajadores, y jurad que el villano complot no se consumará. No os dejéis engañar por la prensa capitalista.

Otros radicales y sindicalistas declararon igualmente que las detenciones y el secuestro eran una trampa; entre ellos estaba O A Tveitmoe, de San Francisco, quien, como secretario del consejo de gremios de la construcción de California, ofreció 7.000 dólares de recompensa por la detención de la persona o personas realmente responsables de la destrucción del Times Building y del asesinato de 20 hombres.

Gompers se enfureció:

He investigado todo el caso... Burns ha mentido. Todo el asunto huele a arreglo previo bien urdido. Los intereses de la riqueza corporativa siempre están tratando de aplastar al movimiento obrero, y utilizan la mejor manera de golpear a los hombres que tienen la confianza del pueblo trabajador. ... Admito que no podemos competir con los capitalistas en cuestiones de litigios. Pero esta vez nos enfrentaremos a ellos en su terreno y lucharemos contra ellos a su manera, pero ésta es la última vez que lo haremos. Puede que llegue un momento en que ya no podamos enfrentarnos a ellos de esa manera, y cuando cuelguen a unos cuantos de nosotros les mostraremos una nueva forma de enfrentarse a un problema.

126

comentó *el Argonauta* de San Francisco:

¿Y qué quiere decir el Sr. Gompers con un "nuevo camino"? Seguramente no puede referirse a más dinamita, porque esa es una forma lamentablemente antigua. La dinamita no tiene nada de novedoso. ... Parece que el Sr. Gompers protesta demasiado.

El 27 de julio de 1911, la AF de L hizo un llamamiento oficial a la clase obrera de América para que apoyara a los McNamaras, víctimas inocentes de la codicia capitalista.

Deben proporcionarse fondos para garantizar una defensa adecuada y un juicio justo e imparcial. Se han contratado abogados eminentes. En nombre de la justicia y la humanidad, se ruega encarecidamente a todos los miembros

de nuestra organización y a todos los amigos de la justicia que contribuyan. El dinero empezó a llegar a raudales. El Secretario Morrison de la AF de L fue nombrado custodio del fondo de lucha.

3

Job Harriman, como abogado del sindicato de Los Angeles, se hizo cargo temporalmente del caso McNamara inmediatamente después de que los "chicos" fueran llevados a California. "Tenemos testigos que viven hoy en Los Ángeles", declaró a principios de mayo, "que serán llamados al estrado y demostrarán que abandonaron el Times Building a primera hora de la tarde [antes de la explosión] totalmente incapaces de soportar el olor a gas que lo inundaba". Estaba construyendo la defensa sobre la teoría de la explosión de gas.

Burns, sin embargo, dijo: "No tendremos problemas en condenar a estos hombres. Tenemos un caso completo contra ellos".

No cabe duda de que fue un momento muy crítico para los trabajadores organizados y sus dirigentes lo reconocieron.

Inmediatamente después del secuestro, Gompers fue a Indianápolis a conferenciar con el Presidente Ryan de los Trabajadores del Hierro y los abogados del sindicato. Decidieron que debían tener un gran fondo de lucha y el mejor talento legal. Pidieron a Darrow que fuera a Indianápolis.

Darrow acudió de inmediato. Cuando regresó a su casa en Chicago dijo a los periodistas: "Espero que no me retengan. Sé lo que significa, porque ya he pasado por pruebas así antes". Dijo que los líderes sindicales de Indianápolis tenían "pánico".

Finalmente Darrow aceptó el caso. Los sindicalistas estaban decididos a no reparar en gastos y, según Frank Morrison, Darrow recibió 50.000 dólares en una suma global como anticipo y la garantía de un fondo de defensa muy grande. Fue a Los Ángeles y, mientras estuvo allí, como jefe de la defensa de McNamara, recibió de Morrison, entre junio y noviembre de 1911, 200.000 dólares en cantidades que oscilaban entre los 10.000 y los 25.000 dólares.

Capítulo 22

El juicio

En mayo de 1911, apenas un mes después de que los chicos hubieran sido llevados a Los Ángeles, Job Harriman fue nominado para alcalde por el Partido Socialista Obrero de Los Ángeles, que para entonces estaba completamente bajo el dominio patronal de los "laboristas" de San Francisco. Su nominación, como ya se ha insinuado, formaba parte de la guerra de los sindicatos contra Otis y las fuerzas de la tienda abierta. El plan consistía en capturar Los Ángeles de un solo golpe, no sólo económica sino también políticamente. John J. McNamara envió un mensaje desde su celda en la cárcel del condado: "Sólo hay una manera de que la clase obrera obtenga justicia. Elegir a sus propios representantes".

La mayoría de los socialistas de Los Ángeles, por supuesto, ignoraban el hecho de que Job Harriman, un tipo bastante sutil, estaba aliado con los gorilas de San Francisco.

La campaña municipal de Los Ángeles adquirió interés nacional, principalmente porque estaba estrechamente relacionada con el caso McNamara. Cualquiera que fuera su resultado, estaba destinada a tener una poderosa influencia en el destino de los acusados. La sede nacional del Partido Socialista envió a Alexander Irvine, un político experimentado, para dirigir la campaña de Harriman.

El caso McNamara fue un gran tema emocional en la campaña de Harriman; además, éste tenía un sinfín de excelentes asuntos económicos y cívicos de los que hablar. Hubo todo tipo de escándalos en la vida política de la ciudad, que los socialistas aprovecharon al máximo.

Ya en agosto era probable que Harriman fuera elegido. Su principal oponente era el alcalde George Alexander, un viejo ranchero retirado, un instrumento en manos de los corsarios locales. Se presentó a la reelección en la candidatura de los llamados "Goo-goos", o la Liga del Buen Gobierno. Simpatizaba con la política de la banda de Otis.

La gente de Los Ángeles creía que Otis y otros capitalistas habían contratado a Burns para inculpar a los McNamaras. Creían que era una maniobra sucia, y muchos apoyaron a Harriman sólo por esa razón.

2

A principios de julio, en el tribunal del juez Walter Bordwell de Los Ángeles, los McNamaras se declararon inocentes del cargo de haber dinamitado el Times Building y de haber matado a 20 personas.

128

El fiscal del distrito John D. Fredericks pidió que el juicio se fijara para una fecha temprana, por ejemplo el 1 de agosto, pero Clarence Darrow se opuso alegando que la defensa no podría preparar el caso antes de diciembre. El juez lo fijó para el 11 de octubre. Mientras estaba en la cárcel de Los Ángeles, a la espera del juicio, John J. McNamara fue reelegido secretario tesorero de los Iron Workers.

Darrow, por las declaraciones que hizo a la prensa después del juicio, debía de conocer desde algún tiempo antes de la confesión la responsabilidad de los chicos en la explosión, aunque nunca estuvo dispuesto a admitir que fueran asesinos. En cualquier caso, la acusación tenía un caso completo contra ellos; a falta de una fuerte influencia externa, como la opinión pública, la condena era segura. Era de esperar que la teoría de la explosión de gas tuviera poco efecto en la propia sala del tribunal; a lo sumo podría afectar a las masas de fuera, que ya creían que los hombres eran inocentes y seguirían creyéndolo incluso en caso de condena.

Pero si se considera en relación con toda la situación en California y en Estados Unidos en general, con la ola de radicalismo que se extendía por el país, había algunos rayos de esperanza. Por un lado, faltaba un año para las elecciones presidenciales de 1912. Mientras tanto, unas cuantas manifestaciones masivas bien organizadas, como las que se habían organizado durante el juicio de Haywood en 1907, asustarían a los políticos de los grandes partidos para que presionaran a los intereses y a las autoridades de Los Ángeles. Los chicos saldrían libres como Haywood.

El caso McNamara fue un poderoso factor que ayudó a Harriman en la campaña política, pero en menor medida ocurrió lo mismo a la inversa. Si Harriman era elegido alcalde, haría que detuvieran y encarcelaran a Otis bajo

la acusación de tener un sistema de gas defectuoso en la planta, que había causado la muerte de 20 trabajadores. Eso confundiría la situación, que ya era un lío espantoso, y a la larga se esperaba que la confusión ayudara a los McNamaras. Esto se discutió libremente como una probabilidad en los círculos socialistas durante la campaña. Los planes abundaban. Muchos de ellos encontraron espacio en el *Appeal to Reason*, cuya circulación en Los Angeles durante esos meses, era casi mayor que la del Times.

La gente común de Los Ángeles se estaba poniendo roja.

3

A mediados de septiembre, Gompers llegó a Los Ángeles. Visitó a los muchachos en la cárcel, se fotografió con ellos, conferenció con Clarence Darrow y habló ante un vasto auditorio de trabajadores y pueblo llano, ensalzando "la majestad del trabajo", prediciendo su triunfo final, respaldando a Job Harriman, candidato del pueblo, para alcalde de la ciudad de Los Ángeles. También hizo una declaración al pueblo trabajador de los Estados Unidos, asegurándoles que los muchachos eran inocentes, instándoles a apoyar el caso y a apresurarse con sus contribuciones al fondo de defensa.

129

El dinero entraba a raudales. Prácticamente todos los pueblos y ciudades tenían una Liga de Defensa de McNamara, que recogía monedas y dólares de las masas trabajadoras. Gran parte de este dinero nunca llegó a Frank Morrison, que estaba a cargo del fondo. Los estafadores locales encontraron un uso para las enormes sumas que el pueblo había aportado para la defensa.

El Día del Trabajo, el gran público anti-Otis de Los Ángeles se unió al proletariado, coordinado por Harriman y los sanfranciscanos, para organizar una tremenda manifestación. Unos 20.000 marcharon por la ciudad. Algunos iban a caballo, portando pancartas con inscripciones desafiantes: "¡Registra tu protesta contra la inculpación de McNamara!", "¡Harriman para alcalde!". Desde su celda, John J. McNamara emitió un "Mensaje del Día del Trabajo a los trabajadores de América" en el que rebosaba optimismo por la clase obrera; todo lo que las masas trabajadoras tenían que hacer era apoyar a sus líderes.

El mismo día, también se celebraron manifestaciones de McNamara en San Diego, San Francisco, Portland, Seattle, San Luis, Chicago, Cleveland, Indianápolis y en numerosas ciudades y pueblos del este.

Los observadores políticos perspicaces temían una gran agitación de la lucha de clases.

4

El juicio comenzó el día señalado, el 11 de octubre.

Si Harriman quería ganar la alcaldía, la elección tendría que producirse antes de que concluyera el juicio; pues el hecho de que los chicos, que por supuesto eran considerados inocentes de cualquier delito por el público, siguieran en la cárcel en Los Ángeles, seguía ayudando a Harriman. Afortunadamente, desde este punto de vista, encontrar un jurado imparcial en Los Angeles era como buscar agujas en un pajar. La elección del jurado por parte de Darrow atrajo la atención nacional y provocó muchos comentarios sobre el sistema de jurados en general. En los primeros 18 días de juicio sólo se consiguieron dos jurados permanentes aceptables por igual para ambas partes.

El día de las elecciones era el 5 de diciembre. A mediados de noviembre, el palco del jurado sólo estaba lleno a la mitad. Y Harriman hizo una campaña furiosa. La energía del hombre era asombrosa, y contó con la ayuda de un gran equipo de oradores, muchos de ellos socialistas destacados a nivel nacional.

Otis y sus secuaces se alarmaron. "¡Protejan los hogares de Los Ángeles!", gritó editorialmente el *Times*.

No dejes que el socialista Harriman y su hambrienta multitud de buscadores de cargos te engañen, propietarios de viviendas, trabajadores y otros votantes de Los Ángeles El socialismo en la silla de montar significará menos crédito cívico y privado, menos construcción, menos industria, y por lo tanto menos trabajo y menos salarios ... menos dinero con el que consolar a tu familia, y mucha menos protección para tu hogar de la que ahora tan felizmente disfrutas.

Otros periódicos de Los Ángeles estaban igual de asustados. Los Ángeles tenía entonces una población de 290.000 habitantes y los buscavidas ya tenían visiones de una ciudad con millones de habitantes.

En las elecciones primarias del 30 de octubre, Harriman fue el hombre más votado con 15.000 votos, frente a los 13.000 emitidos para Alexander, el siguiente candidato. El tercer candidato, que obtuvo 6.000 votos, fue eliminado en las primarias. Las elecciones definitivas se celebraron en poco más de un mes.

La noche de las primarias, los partidarios de Harriman organizaron otra manifestación, con miles de personas marchando por las calles y cantando la *Marsellesa*.

El pánico se apoderó del *Times* y de todo el equipo de Goo-Goo. Si Harriman ganaba, ¿qué sería de la ciudad —su ciudad, ya que prácticamente la poseían—, de sus valiosas subdivisiones, de su crédito financiero en el este? "¿Podrá Los Ángeles vender 17.000.000 de dólares de sus bonos en el próximo año si Harriman es elegido alcalde?", se preguntaba frenéticamente el *Times*.

En esa cuestión se presenta el verdadero problema de la campaña que se decidirá el 5 de diciembre. Si Los Angeles no logra vender bonos por esa suma, no podrá llevar a cabo las grandes empresas de cuyo éxito dependen tanto su continuo crecimiento como su futura prosperidad. El fracaso en esas empresas significa el desastre municipal.

Banqueros del este, de visita en Los Ángeles, concedieron entrevistas en las que afirmaban que el crédito de Los Ángeles en el este se suspendería si la ciudad se volvía socialista.

El *Expreso* de Los Ángeles gritó: "¡Harriman no debe ganar!" Pero, ¿cómo impedir su elección?

5

A principios de noviembre, el fiscal Fredericks acusó a la defensa de un intento de saqueo de su escritorio y archivos. Darrow le retó a presentar pruebas. Las acusaciones iban y venían. El 10 de noviembre, Darrow y Fredericks casi llegan a las manos durante el interrogatorio de un posible miembro del jurado. El juez Bordwell les ordenó que se comportaran.

A tres semanas de las elecciones finales, los Goo-Goos se desesperaron. Harriman *no debía* ser elegido. Pero parecía que el juicio de McNamara, que era lo que más le ayudaba, nunca empezaría, por no decir que terminaría, el

día de las elecciones; e incluso si terminara en una condena, la mayoría de los votantes seguirían creyendo que el caso era un montaje. Darrow seguía eligiendo jurados.

Los Goo-Goos, entre los que se encontraba el fiscal del distrito, parecían creer que Darrow, al igual que la mayoría de los abogados penalistas de alto poder, no podía ser demasiado ético. Después del juicio, la fiscalía afirmó que el 20 de noviembre ya sabían que algunos de los miembros del jurado habían sido manipulados. En cualquier caso, inmediatamente después de las primarias, la fiscalía colocó dictógrafos en las habitaciones de Darrow, y sus propios agentes a su servicio. El 29 de noviembre, los detectives de la fiscalía detuvieron a dos de los agentes de Darrow —de los cuales uno, al menos, le había sido colocado— y los acusaron de sobornar a los posibles jurados.

Las detenciones por sobornar al jurado causaron sensación. Uno de los abogados defensores dijo: "¡Esto es un maldito montaje!" El propio Darrow declaró a los periodistas: "¿Qué pueden esperar? Dijimos a nuestros amigos lo que vendría antes de entrar en este juicio. No tengo conocimiento de ningún intento de soborno".

131

Los Goo-Goos, por otro lado, estaban jubilosos. Por fin tenían a Darrow donde querían y, teniendo a Darrow, pensaban que tenían a Harriman. Lo importante eran las elecciones. La candidatura socialista estaba prácticamente derrotada. ¡Los Ángeles estaba salvada! ¡Su Los Ángeles, sus enormes propiedades inmobiliarias! El *Expreso* se regocijó:

Las fuerzas que defienden la violencia y el desorden nunca podrán obtener ascendencia en el gobierno de Los Ángeles. No se permitirá que los socialistas arruinen Los Ángeles.

6

Mientras lo anterior tenía lugar en Los Ángeles, Gompers, en la convención de la AF de L en Atlanta, emitió otra declaración en el sentido de que el caso de California era un montaje. Pidió más dinero para la defensa, insistiendo en que los McNamaras eran inocentes.

En Nueva York, Chicago, Filadelfia, Pittsburgh, Cleveland —en todas las ciudades norteamericanas— estaban en marcha planes para celebrar grandes manifestaciones a principios de diciembre, cuyo propósito sería protestar

contra "el ruin montaje", como lo llamó Debs; *obligar* a la clase capitalista a liberar a John J. y James B McNamara.

Millones de personas en todo el país se mantuvieron en pie, tensas, indignadas, cada día más radicales. Dieron su dinero para la defensa. Aún no sabían que el caso estaba a punto de acabar en un fiasco para el movimiento sindical estadounidense.

Capítulo 23

Confesiones

El 1 de diciembre, algo parecía estar en el aire en el tribunal de Los Ángeles. A las 10 de la mañana, cuando se reunió el tribunal, el fiscal del distrito se levantó nervioso y dijo: "Señoría, por primera vez en este caso debo pedir un aplazamiento del juicio. Tengo que considerar ciertos asuntos graves de aquí a la hora de convocar al tribunal esta tarde."

Por la tarde, la sala estaba abarrotada de periodistas.

La defensa retiró las declaraciones de inocencia en el caso; James B. McNamara se declaró culpable del dinamitazo del Times Building y de la muerte de 20 personas y John J. McNamara del dinamitazo de la Llewellyn Iron Works. "Mi intención era causar daños en el edificio y asustar a los propietarios", dijo James B. "No era mi intención quitar la vida a nadie. Lamento sinceramente que estos desafortunados hombres perdieran la vida".

"¡Jesús! Qué feroz!", exclamó en voz alta uno de los reporteros.

El tribunal levanta la sesión. El juez señaló el 5 de diciembre como el día en que pronunciaría las sentencias del caso.

Los periodistas rodearon a James B. "Bueno, si me columpio", habló incoherentemente, "me columpiaré por un principio". Pobre Darrow, lo tiene todo. Si golpeo, será por un principio, un principio". Entonces los oficiales lo sacaron, con su hermano.

Los periodistas se volvieron hacia Darrow. Parecía a punto de perder la compostura y parecía cansadísimo. "No vimos ninguna manera de evitarlo", dijo. "Lo tenían contra nosotros. El condado tenía un caso completo. No había escapatoria. Ningún resquicio legal. Llevamos una semana trabajando en esto. No había esperanza. Espero haber salvado una vida humana del naufragio. Con John J. es sólo cuestión de cuántos años. Supongo que ustedes, los periodistas, se dan cuenta de lo que quiero decir cuando digo que no había otra salida. Formad vuestras propias conclusiones y sed indulgentes".

Según la prensa, LeCompte Davis, uno de los ayudantes de Darrow en la defensa, dijo: "Dadas las circunstancias, hicimos lo mejor que pudimos por nosotros y por nuestros clientes".

Darrow murmuró que había terminado con la ley para siempre.

"Señor Darrow, ¿qué le parece la teoría de la explosión de gas?", preguntó un periodista de Los Angeles Times, con comprensible malicia.

"¿Por qué?", dijo Darrow, "tal vez era gas... o algo así. Estoy muy cansado. Estoy agotado y muy apenado".

133

El hombre *de*/Times insistió en la cuestión de la explosión de gas.

"Tengo entendido que en la explosión de la dinamita", dijo Darrow, "se rompió una tubería y se escapó gas... quizá era gas". Se interrumpió; luego añadió: "Quiero decir una cosa. Estoy completamente seguro de que JB nunca quiso matar a nadie en ese edificio. El asesinato nunca estuvo en sus pensamientos. No es un asesino de corazón".

Más tarde, en su despacho, los periodistas preguntaron a Darrow: "¿Por qué se hizo hoy esta confesión? ¿Por qué no, digamos, dentro de una semana?" Se dieron cuenta de la importancia política de la escena judicial de esa tarde.

"Bueno", dijo Darrow, "hay que aprovechar la clemencia cuando se extiende".

"¿Los arrestos por soborno tuvieron algo que ver con la confesión?" "Nada", espetó Darrow. "Sabíamos de antemano que las pruebas de que disponía la acusación no tenían ni pies ni cabeza". Más tarde, en una larga declaración, Darrow dijo:

Sin duda habrá una gran decepción en todo el país entre aquellos que han apoyado a los hombres. Pero estoy seguro de que todos los que me conocen comprenden que nunca habría consentido que se declararan culpables si hubiera pensado que quedaba alguna posibilidad... He sabido durante meses que nuestra lucha era inútil. Entonces

Lincoln Steffens llegó a nosotros hace una semana, el lunes, con la declaración de que los hombres prominentes de Los Ángeles estaban ansiosos de que se llegara a un acuerdo que pusiera fin al juicio y borrara la amarga controversia de las tablas.

Me sentí libre de decirles que estábamos dispuestos a considerar cualquier concesión que pudieran obtener de la fiscalía. Después de eso hubo muchas

conversaciones, estos empresarios enviaron a alguien al fiscal Fredericks y Steffens vino a mí de parte de ellos.

A principios de esta semana hubo algunas conferencias directamente con Fredericks... y el resultado de todas ellas fue el entendimiento de que si nuestros clientes se declaraban culpables, James B. por el cargo por el que estaba siendo juzgado, y John J. por el cargo de dinamitar la Llewellyn Iron Works, como cómplice, por supuesto [ya que John estaba en Indianápolis cuando la Llewellyn Works fue volada], él, el fiscal del distrito, los recomendaría a la clemencia del tribunal.

Davis y yo pasamos casi todo el Día de Acción de Gracias con John y Jim en su celda. Lo repasamos todo con ellos con mucho cuidado. Sabían desde mucho antes que no creíamos que pudiéramos salvarlos. Les suplicamos que aceptaran la única solución que les salvaría la vida.

Cada uno estaba dispuesto a declararse culpable de la acusación separada, pero no estaba dispuesto a que el otro se declarara culpable. Finalmente, se dio el consentimiento de ambos y después de que Davis me dejara en nuestra oficina a las siete en punto salió hacia la residencia del capitán Frederick y se llegó a un entendimiento final....

Estaba ansioso por llegar a un acuerdo lo antes posible tras el inicio de las negociaciones y me preocupaba mucho el temor de que se filtrara la noticia y se echara a perder la última oportunidad de llegar a un acuerdo y salvar las vidas de esos hombres... Se nos insinuó que debíamos actuar con prontitud, y entonces existía el peligro de que se corriera el rumor de lo que se estaba considerando y se hiciera imposible el acuerdo. Así que actuamos bajo nuestra propia responsabilidad y aceptamos las condiciones ofrecidas. Job Harriman no sabía nada de nuestra intención. No quería preocuparle con este problema, y prácticamente ha estado fuera del caso desde la primera semana del juicio, a causa de la campaña. Éramos responsables únicamente ante nuestros clientes; no esperábamos el consentimiento de ningún dirigente sindical ni de otras personas interesadas en la defensa.

134

Sin embargo, a pesar de que Darrow asumió la responsabilidad exclusiva en las negociaciones para la confesión, los oficiales de la AF de L, al menos, debieron tener alguna sospecha de lo que estaba pasando; porque "Big Ed" Nockles, un destacado líder sindical de Chicago y representante personal de Gompers en Los Ángeles en relación con el juicio de McNamara, estaba en contacto con el caso.

Tanto el fiscal Fredericks como el juez Bordwell fueron enfáticos al afirmar que la razón principal de la confesión en ese momento era que los

agentes de Darrow habían sido sorprendidos sobornando a los miembros del jurado. En resumen, los enemigos de Darrow creían a pies juntillas que los McNamaras habían sido inducidos a declararse culpables para salvar a Darrow de la cárcel. Los partidarios de Darrow, por otra parte, fueron igualmente enfáticos al afirmar que el acuerdo se había alcanzado sólo para salvar a los chicos de la pena de muerte, que de otro modo sería inevitable.

Más tarde, Darrow fue juzgado dos veces por sobornar al jurado. En uno de los casos, el jurado fue declarado nulo; en el otro, Darrow, tras su alegato ante el jurado en el que acusaba a la acusación de haberle tendido una trampa, fue absuelto.

2

El efecto de la confesión en Los Ángeles fue terrible. La gente no daba crédito a los titulares de los periódicos de la tarde, pensando que todo era una especie de truco político. Un reportero que corría hacia su oficina se detuvo en una esquina para dar la noticia a un sindicalista que reconoció; éste, indignado, le llamó mentiroso y le derribó con el puño.

Harriman negó haber tenido conocimiento de la próxima confesión. Se mostró sorprendido, dolido. Había una turba enfurecida de socialistas frente a su cuartel general de campaña; él y Alexander Irvine, su director de campaña, se alarmaron, subieron a un automóvil y se marcharon.

Al igual que todos los Goo-Goos, *el Times* estaba histérico de alegría.

El Dios que aún está en Israel llenó las almas culpables de los dinamiteros con un tormento que no pudieron soportar..... Visto fundamentalmente, el estupendo clímax del caso fue en detalles esenciales el acontecimiento de mayor consecuencia que ha ocurrido en este país desde el final de la guerra civil. La amargura de clase engendrada por los llamamientos demagógicos e incendiarios y las tergiversaciones de Debs, Gompers, el "Llamamiento a la traición", Job Harriman y líderes semejantes era espantosa de contemplar. Algunos de estos vociferantes exhortaban abiertamente al asesinato y al incendio provocado. "Entregad los cadáveres de los plutócratas a las furias", escribió Debs. La marea de sentimientos se elevó a una altura temible. Muchos observadores sobrios detectaron signos de una revolución inminente y temieron por la seguridad de sus familias y de su país.

Pero la crisis ha pasado. Los incendiarios están apagados. A los incitadores del crimen y la violencia les será imposible seguir engañando a los hombres

honrados. Su influencia ha desaparecido. Su maldición ha llegado a su fin. El país se calmará. Años de paz están asegurados porque la Libertad y la Ley triunfarán y prevalecerán.

135

El primer domingo después de la confesión, los predicadores —no sólo de Los Ángeles, sino de todo el país— saludaron el incidente como de suprema importancia.

Estamos al borde de un precipicio [dijo uno de ellos]; el volcán de los prejuicios y la lucha de clases estaba a punto de arrojar una lava de confusión y estancamiento, pero ahora la mano de Dios se ha apoderado visiblemente de la nave del Estado, y la voz de Dios resuena en los oídos del mundo con la única palabra "culpable". Esto despeja el aire como una tormenta eléctrica. Muchos miles de personas que creían sinceramente que los McNamaras eran inocentes demostrarán ahora su honradez votando por la causa del buen gobierno.

Durante los días siguientes a la confesión, las cunetas del centro de Los Ángeles estuvieron sembradas de chapas socialistas con la inscripción "¡Vota a Harriman!".

No pocos radicales y simpatizantes sindicales de Los Ángeles, así como de otros lugares de Estados Unidos, al enterarse de la confesión, enloquecieron; al menos tres personas se suicidaron a causa de la debacle de McNamara.

En el conjunto de Estados Unidos, la reacción fue un poco menos intensa que en Los Ángeles. Como he dicho, durante meses millones y millones habían creído que los McNamaras eran inocentes; Darrow, Gompers, Debs y otros se lo habían estado asegurando... ¡ahora este terrible fiasco!

3

Theodore Roosevelt telegrafió a William J. Burns: "Todos los buenos americanos sienten que tienen con usted una gran deuda de gratitud por su señalado servicio a la ciudadanía americana".

Burns se convirtió en una especie de héroe nacional. Los periodistas le seguían a todas partes. Hablaba: "Las confesiones cierran el caso sólo en lo que concierne a los McNamaras". Insinuó que otros implicados en las dinamitaciones podrían ser arrestados cualquier día. ¿Gompers? Burns se encogió de hombros. También insinuó que la confesión de McNamara había

servido para evitar graves disturbios, acompañados de derramamiento de sangre.

4

Gompers recibió la noticia de las confesiones cuando regresaba de la convención de Atlanta.

"He sido objeto de una burda imposición", exclamó y empezó a derramar lágrimas. "¡No le hará ningún bien al movimiento!", lloriqueó.

En Nueva York, Gompers se detuvo en el Hotel Victoria. Fue entrevistado por el *New York Times*, y durante la entrevista estaban sentados a su alrededor O A Tveitmoe, de San Francisco, y el lugarteniente de éste, Anton Johannsen, y otros hombres de la costa que también habían asistido a la convención de Atlanta.

Gompers parecía demacrado; llevaba noches sin dormir. No cabe duda de que su representante personal, "Big Ed" Nockles, en Los Ángeles, le había informado de lo que iba a ocurrir.

136

"¿Puede explicar cómo es posible que se le mantuviera en la ignorancia?", preguntó el periodista a Gompers.

Gompers: "¿Explicar? ¿Mantenido en la ignorancia? Nosotros mismos queremos saberlo. Nosotros, que estábamos dispuestos a dar nuestro aliento, nuestros centavos, nuestra fe, ¿por qué no se nos dijo la verdad desde el principio? Teníamos derecho a saberlo".

Tveitmoe y Johannsen asintieron solemnemente con la cabeza para apoyar la indignación del jefe de la AF de L.

"Teníamos derecho a saberlo", repitió Gompers.

"¿Culpa a los responsables del caso por no haberle aclarado las cosas?", le preguntaron.

Gompers negó con la cabeza. "¿Estoy en posición de culpar hasta que sepa más de lo que pasó?"

"Bueno, ¿está en condiciones de decir cuál habría sido su consejo si se lo hubieran pedido sobre la cuestión de la declaración de culpabilidad de los McNamara?"

El rostro bañado en lágrimas de Gompers se tornó santurronamente

severo. "Yo les habría dicho que se declararan culpables, señor. Si fueran culpables, si hubieran hecho esto, y si me lo hubieran dicho, les habría dicho que se declararan culpables. Creo en la verdad. Creo en la franqueza. No creo en la violencia. El laborismo no necesita violencia".

"¿Cuál será la actitud de la Federación Americana del Trabajo?", le preguntó el *Times*.

"La federación no adoptará ninguna actitud en particular", respondió Gompers. "Si son culpables, entonces termina el caso para nosotros, nuestra conexión con ella. No hay nada más que decir, salvo repetir que hemos sido cruelmente engañados".

Pero Burns, ninguna de cuyas declaraciones en relación con el caso se ha demostrado falsa o inexacta, dijo que Gompers sabía desde el principio que los McNamaras eran culpables. Los periodistas preguntaron a Burns qué pensaba de Gompers.

"Vaya, muchachos", dijo Burns, "lo que pienso de ese hombre no es digno de publicarse. Si Gompers hubiera sido honesto, lo habría demostrado pidiendo disculpas, no a mí, sino a los trabajadores organizados y al pueblo estadounidense en general por su abuso y vilipendio de mí cuando arresté a los McNamaras. Si Gompers es arrestado por su acusación de desacato [en el caso del boicot de la Buck Stove and Range Company] que ahora está pendiente contra él en Washington, será en interés del trabajo —del trabajo decente— que lo encierren y tiren la llave". Gompers gritó que el secuestro de líderes sindicales por parte de Burns tendría que terminar. ¿Alguna vez abrió la boca sobre dejar de asesinar hombres como ratas en una trampa? Gompers dijo que los McNamaras y Darrow le engañaron. La verdad es que Gompers fue quien le engañó".

Por supuesto, dadas las circunstancias, nadie podía esperar razonablemente que Gompers actuara de otro modo.

Al igual que su jefe, los dirigentes sindicales de todo el país quedaron "conmocionados" por la confesión. Estaban "estupefactos" y "doloridos", y denunciaron a los McNamaras y "aborrecieron su crimen". John Mitchell estaba "estupefacto" y Frank Morrison "simplemente atónito". Sindicatos

independientes y consejos centrales de comercio de numerosas ciudades y pueblos aprobaron resoluciones, que enviaron al fiscal del distrito y al juez del caso de Los Ángeles, instándoles a no mostrar piedad con los dinamiteros, a "aplicarles el límite", "toda la pena de la ley".

Burns señaló que algunos de los líderes que denunciaban a los McNamaras eran sinceros, otros —la mayoría— no.

Decenas de miles de personas en todo el país creyeron que los hombres habían confesado para salvar a Darrow de ir a la cárcel. Miles creyeron que no eran culpables en absoluto, sino que se habían sacrificado por Darrow; lo cual, por supuesto, es absurdo a primera vista.

Mientras tanto Burns y los agentes del departamento de justicia de los Estados Unidos trabajaban en otros casos de dinamita. "Vamos tras los hombres de atrás de los McNamaras" dijo Burns. "Cuando Gompers dice que fue engañado, está diciendo un montón de tonterías y estupideces".

La prensa conservadora de todo Estados Unidos se volvió contra Gompers y otros líderes del movimiento sindical, contra Darrow, contra los socialistas. Dijo el *New York Tribune*:

El Sr. Samuel Gompers lloró cuando se enteró de la confesión. La causa exacta de su dolor se deja a la especulación. Quizá no se cometa ninguna injusticia al suponer que fue más subjetiva que objetiva. Probablemente lloró más por su propia angustia y la de la estrecha corporación a la que arrogantemente llama "labor" que por el destino de esos dos amigos suyos a los que ayer mismo compadecía como víctimas de una conspiración infernal y a los que mañana estaba dispuesto a llorar como santos mártires.

El *Wall Street Journal* estaba encantado con la situación de Gompers:

Sin duda, los Trusts sobornaron a los McNamaras para que confesaran con el fin de desacreditar a los trabajadores. ... El Sr. Gompers parece casi demasiado bueno para ser verdad. Se las ha arreglado para alcanzar la posición más alta en la política obrera mientras sirve a una inocencia prístina de la mente al lado de la cual el bebé recién nacido parece revolcarse en el pecado original. Este buen hombre se emocionó hasta las lágrimas cuando se enteró [de la noticia]. Nunca sospechó que se iba a producir, aunque otros, con fuentes de información inferiores, lo advirtieron ampliamente. ... Nadie que no fuera un idiota congénito podría haber atribuido [los numerosos dinamitazos entre 1905 y 1910] a otra cosa que no fuera la política deliberada de violencia seguida por este sindicato en particular; y no creemos ni por un momento que el Sr. Gompers sea un tonto, sea lo que sea.

Burns dijo: "Desafío a Gompers a poner su declaración de que no sabía nada del complot de la dinamita en una declaración jurada. Estoy dispuesto a hacer una declaración jurada de que Gompers fue a Indianápolis y se sentó a hablar con hombres que trabajaban con los McNamaras".

Gompers no pudo hacer otra cosa que ignorar el desafío.

138

6

Pero pocas personas tuvieron palabras amables para los McNamaras. Uno de ellos fue John J. Keegan, miembro de la legislatura del estado de Indiana y organizador estatal del Sindicato de Maquinistas, quien dijo: "Estoy tan orgulloso de la amistad de John J. como lo estaba hace dos semanas". El presidente Ryan, de los Iron Workers, dijo que no tenía "ningún deseo de ver a los hermanos repudiados". Bill Haywood, por supuesto, los apoyó. "No se puede ver la lucha de clases", dijo, "a través de las vidrieras de una catedral, o a través de los ojos de las leyes hechas por los capitalistas. Estoy con los McNamaras y siempre lo estaré".

La mayoría de los socialistas se volvieron de repente contra los dinamiteros. Dijo Bouck White:

Todo verdadero socialista debería alegrarse del fiasco de McNamara. Porque esa horrible exposición dejó al descubierto los escondrijos del corazón del sindicalismo. El sindicalismo es sinónimo de violencia. Esa es la lección que John J. McNamara esculpió para siempre en las tablas de todo lector inteligente de los acontecimientos, porque ese dinamitero era más que un soldado raso en las filas. Rápido fue su ascenso, rápido fue el ascenso sobre sus compañeros —y por sus compañeros— a un alto puesto de liderazgo; es el tipo de hombre que el sindicalismo se complace en honrar. Tras su detención, su revista oficial siguió insinuando el fin de la violencia. Sin duda, ahora se pronuncian declamaciones sonoras y lacrimógenas. Pero estas vociferaciones son silenciadas por el estruendo de los hechos, hechos palpables como el día. Se lo insisto: fue el sindicalismo y no un conjunto no oficial de irresponsabilidades el que decretó y llevó a cabo este destrozo de la propiedad y esta matanza. ... Ningún idealismo claro y brillante ilumina al sindicalismo. Sus objetivos son objetivos materiales; por lo tanto, sus guerras son guerras materiales, con quema de combustible y fuego, con ruido confuso y ropas manchadas de sangre.

André Tridon, que más tarde se hizo famoso como psicólogo y autor de

libros sobre psicoanálisis, entonces activo en el movimiento socialista, escribió al *New York Tribune* alegrándose por la confesión de McNamara, pues era un golpe al sindicalismo puro y duro, cuya política era afín a la de los Trusts.

Habiendo tomado parte tan activa en la defensa de McNamara, los líderes socialistas se sintieron cohibidos; y para superar la sensación de malestar, se volvieron salvajemente contra todos los relacionados con el caso excepto los socialistas. Empezaron a acusar gratuitamente a Darrow de haber manipulado el caso para sacar dinero a los trabajadores y de haber vendido su causa a los capitalistas justo a tiempo para impedir la elección de Harriman.

El *Llamamiento a la Razón* se quedó sin aliento durante dos números después de la confesión, incapaz de pronunciar una palabra sobre el caso. Luego dijo: "Los McNamaras eran demócratas". Ese fue el mayor consuelo que los socialistas lograron sacar del embrollo: los McNamara no eran socialistas, eran demócratas. Los camaradas querían olvidar que John J. McNamara, sentado en su celda de Los Ángeles, era el principal defensor de Job Harriman.

139

Debs dijo: "Ahora que el juicio de este célebre caso ha terminado, repasemos con calma los principales rasgos de este emocionante capítulo de la guerra de clases". Sólo tres semanas antes Debs había estado lanzando llamamientos a la revuelta; ahora, de repente, era partidario de la calma. "Los McNamaras eran demócratas, no socialistas, y no sólo esto, sino que eran miembros de la iglesia católica, cuyos sacerdotes denunciaban y denuncian a los socialistas como impuros".

7

El 5 de diciembre, James B. McNamara fue condenado a cadena perpetua en San Quintín. John J. recibió una condena de 15 años; no llegó a cumplir 10, ya que fue puesto en libertad el 10 de mayo de 1921.

El mismo día en que los McNamaras fueron condenados, Job Harriman fue derrotado en las elecciones a la alcaldía de Los Ángeles.

8

El general Harrison Gray Otis, por su parte, se convirtió en un héroe, en segundo lugar, tal vez, después de William J. Burns, entre los patriotas. La Asociación de Empresarios del estado de Washington le envió un telegrama: "Le ofrecemos nuestras felicitaciones ... profunda simpatía a usted y a los hombres fuertes de Los Ángeles que han estado a su lado en la larga lucha por los principios de la libertad". Myron T Herrick de Ohio le escribió: "Le felicito sinceramente por la reivindicación de su posición y el triunfo del buen gobierno".

En San Francisco, como resultado de la justa reacción del público en general ante el horror de Los Ángeles, la maquinaria política sindical fue destituida en las siguientes elecciones y, en los años siguientes, el poder de los sindicatos comenzó a declinar también en el ámbito económico, hasta que numerosas industrias de esa ciudad se convirtieron en open shop.

En resumen, la maniobra, desde el punto de vista de los dirigentes sindicales de San Francisco que la habían organizado, fue un fracaso total... y algo peor.

Capítulo 24

La AF de L pierde su militancia

El 16 de octubre de 1911 —cinco días después de la apertura del juicio de McNamara—, el presidente Taft, de visita en Los Ángeles, fue informado por destacados conservadores de la ciudad de algunas de las cosas que Burns había descubierto en relación con los arrestos de McNamara; cosas que equivalían, prácticamente, a la revelación de una conspiración dinamitera a escala nacional por parte de ciertos grandes sindicatos contra empresarios y comunidades de tiendas abiertas. A su regreso a Washington, el presidente ordenó al Departamento de Justicia que llevara a cabo una investigación exhaustiva y, cuando los McNamara se declararon culpables, decenas de agentes del gobierno habían desenterrado pruebas incriminatorias contra varios altos dirigentes sindicales. El propio Burns continuó las investigaciones.

Uno de los motivos de la confesión de los McNamaras fue, tal vez, el deseo de proteger a otros, ya que, si el juicio seguía adelante, grandes dirigentes de los Trabajadores del Hierro relacionados con las operaciones de dinamita se verían implicados en el asunto. Pero fue en vano. Después de la debacle de McNamara, los llamados casos de "conspiración de la dinamita" fueron llevados ante grandes jurados federales en Indianápolis y Los Ángeles.

En Los Ángeles, O A Tveitmoe y Anton Johannsen fueron acusados de complicidad en la fiesta de la voladura del Times Building, pero al final no salió nada de estas acusaciones. Cuando vi a Johannsen en Chicago, en el verano de 1929, comentó: "¡Los bastardos no pudieron pegarme nada!" De hecho, Los Ángeles ya estaba harta de juicios con dinamita. Más tarde, Tveitmoe fue acusado y condenado en Indianápolis como participante en la conspiración de la dinamita.

En Indianápolis, la sensación siguió a la sensación. En el verano de 1912, 54 funcionarios y miembros de sindicatos internacionales afiliados a la AF de L fueron acusados de conspirar con dinamita, entre ellos el presidente

Ryan de los Iron Workers, junto con el resto del comité ejecutivo de ese sindicato. Se les acusó de transportar dinamita en trenes de pasajeros con fines ilegales o de conspirar para provocar tales violaciones de las leyes federales.

El 1 de octubre de 1912 comenzó el famoso juicio por conspiración con dinamita, consecuencia directa de la explosión del Los Angeles *Times*. De los 54 acusados, 11 no fueron juzgados, uno nunca fue detenido, otro estaba enfermo, siete ya estaban en prisión y tres fueron liberados a petición del gobierno. Los casos fueron cubiertos por 32 acusaciones, pero como todos los hombres fueron nombrados en varias de las acusaciones un juicio general fue posible.

¹⁴¹

Ortie McManigal, el dinamitero y herramienta de los "altos mandos", fue el principal testigo contra los acusados, y su testimonio, que implicaba prácticamente a todos los funcionarios de los Iron Workers, fue corroborado en gran medida por otros testigos y pruebas materiales. Los fiscales del gobierno ofrecieron 620 pruebas, incluidas piezas de bombas explotadas, latas viejas de nitroglicerina, cartuchos, espoletas, pistolas de cargador, algunas de las cuales se encontraron en la sede de los Iron Workers. Además, el gobierno disponía de cartas escritas por los acusados e incautadas en las oficinas de los Iron Workers, en las que hablaban de sus operaciones de dinamita. El *New York Tribune* observó durante el juicio que las dinamitaciones sólo podían explicarse de alguna manera como la descrita por McManigal; por otra parte, el St. Louis *Labor* estaba "convencido de que, si bien el canalla McManigal podía haber mantenido estrechas relaciones con los McNamaras y haber recibido dinero de ellos, estaba al mismo tiempo al servicio de los enemigos del trabajo, con la misión de desacreditar al movimiento". Mi opinión es que McManigal no estaba al servicio de los enemigos del movimiento obrero, sino que convirtió las pruebas del Estado para salvarse.

2

El juicio costó al gobierno de los Estados Unidos más de un millón de dólares y fue calificado generalmente como el juicio más notable de la historia del país.

Treinta y ocho acusados fueron condenados por todos los cargos de la

acusación, dos fueron absueltos, cinco declarados culpables y puestos en libertad con suspensión de la pena. El presidente Ryan de los Iron Workers fue condenado a siete años de prisión; John T. Butler, vicepresidente, Herbert S. Hockin, secretario del mismo sindicato, y O. A. Tveitmoe, secretario de los California Building Trades, fueron condenados a seis años cada uno. Las demás condenas oscilaron entre uno y cuatro años. Burns comentó que la condena de Tveitmoe, amigo de Gompers y cerebro de los dinamiteros de Los Ángeles, era "más importante que todas las demás".

Los Angeles *Times*, lleno de rectitud y autosatisfacción, comentó las condenas al por mayor: "Que esto sea una advertencia para todos los dinamiteros y asesinos de los sindicatos. Está bien". Todos los demás periódicos conservadores y reaccionarios del país editorializaron en el mismo sentido. La prensa de Inglaterra y del continente se refirió al juicio y a la denuncia en términos de asombro; ¡estas cosas, palpablemente, sólo podían ocurrir en América!

El respetable púlpito y la prensa exigieron: "¿Qué va a hacer el Sr. Gompers con el Sindicato de Trabajadores del Hierro? ¿Sigue siendo elegible para ser miembro de la Federación Americana del Trabajo?".

Gompers, por supuesto, no tomó ninguna medida contra los Trabajadores del Hierro. En la convención de 1912 de la AF de L, habló como lo haría un hombre de su posición: "Por motivos elevados, por altruismo, por enderezar los entuertos, por la conquista de derechos, por el progreso humano, no hay otro organismo en el mundo, hombre por hombre, que pueda compararse con la Federación Americana del Trabajo".

142

Los conspiradores dinamiteros fueron alojados en la Penitenciaría de Leavenworth. Cuando llevaban unos meses en prisión, el presidente Ryan fue reelegido para su cargo por los Trabajadores del Hierro, lo que la farisaica prensa conservadora calificó inmediatamente de "incitación directa a la dinamita", "una abominable perversión de los instintos naturales de justicia y conciencia". A coro con cientos de otros periódicos, grandes y pequeños, el *New York Tribune* preguntó: "¿Qué hará el Sr. Gompers al respecto?".

Gompers no hizo nada al respecto. Se limitó a seguir soltando piadosas generalizaciones sobre los principios de su movimiento. Si hubiera intentado hacer algo respecto a la reelección de Ryan o de los Iron Workers en general, no cabe duda de que en la siguiente convención de la AF de L los gorilas, el

elemento de mano dura de los sindicatos de la construcción, que eran la columna vertebral de la federación, le habrían destronado como presidente. Y para Gompers la presidencia de la AF de L, a la que estaba sinceramente dedicado, era toda su vida.

Además, en palabras de St. Louis *Labor*, el movimiento sindical no podía hacer otra cosa que "apoyar a estos hombres y a sus familias en esta hora de tormenta y tensión. Sean inocentes o culpables, son víctimas de un sistema de delincuencia social".

En poco tiempo, otros tres conspiradores de la dinamita que cumplían condena en Leavenworth fueron reelegidos para sus respectivos cargos por los sindicatos. Y, desde el punto de vista de los sindicatos, con toda lógica. Ellos, como John J. McNamara, habían sido elegidos originalmente para sus cargos porque creían en la dinamita en caso de emergencia. Detrás de su conspiración dinamitera, como he subrayado, estaba la desesperación de los grandes sindicatos que se encontraban cara a cara con brutales asociaciones capitalistas antisindicales; detrás de sus actos estaba la desesperación de decenas de miles de trabajadores para quienes el sindicato era la única esperanza de una vida mejor.

3

Gompers tenía razón cuando comentó, tras la confesión de McNamara: "No le hará ningún bien al movimiento obrero". De hecho, el asunto, tal y como resultó, acabó con el espíritu militante de la Federación Americana del Trabajo.

Durante media década antes de la terrible debacle de Los Ángeles, la AF de L fue, como hemos visto, una organización luchadora, que intentaba enfrentarse al capitalismo en su propio terreno, en los tribunales de justicia. Gompers, Morrison y Mitchell, mártires de la codicia capitalista, estaban a punto de ir a la cárcel por desacato al tribunal en el caso del boicot a Buck Stove and Range. Durante el caso McNamara, mientras aún estaba pendiente la decisión del tribunal supremo de Estados Unidos en el asunto del boicot, Gompers, con más lucha que nunca, amenazó a la clase capitalista y al gobierno con consecuencias nefastas a menos que los muchachos fueran liberados. En la convención de Atlanta de 1911, sólo dos semanas antes de la confesión, amenazó con acabar de una vez por todas con

los partidos Republicano y Demócrata. Los sindicatos y el Partido Socialista estaban cada vez más unidos. En California, en 1910, se habían unido de hecho con la aprobación de Gompers y de los líderes nacionales del movimiento socialista. Había indicios de una gran agitación, en la que la AF de L desempeñaría el papel más importante. Roosevelt y Wilson, candidatos a la presidencia de Estados Unidos, estaban alarmados por la creciente ola de radicalismo en todo el país. La AF de L, sintiéndose incapaz de estar a la altura de los Trusts y las corporaciones en los tribunales capitalistas, se estaba volviendo revolucionaria, abandonando sus principios sindicales puros y simples. Las palabras de Debs fueron un poco más violentas que las de Gompers. Tras la declaración de culpabilidad de los McNamaras, la prensa conservadora y los capitalistas representativos admitieron abiertamente que habían temido un terrible levantamiento, un derramamiento de sangre, tal vez una huelga general, si el caso hubiera continuado. Nunca antes había habido tal conciencia de clase a escala nacional por parte de la clase obrera de América como en la última mitad de 1911. Prácticamente no había alas derecha e izquierda en el movimiento.

143

Luego, con el fiasco de McNamara, mientras Gompers balbuceaba sus poco convincentes negaciones y coartadas, la AFL perdió todas sus agallas. Su militancia se había basado en una falsa rectitud, idealismo y nobleza de propósito, que la confesión de McNamara, seguida de las revelaciones de la conspiración de la dinamita, convirtieron en nada a los ojos del público de moral recta, cuyo apoyo era un factor esencial para la consecución de sus objetivos. Ahora la prensa conservadora comenzó, alegremente, a comparar a los sindicatos con los Molly Maguires y la Mafia.

¡Pobre Sam Gompers! ¡Que le ocurriera esto tan terrible en su vejez! Ya no se le invitaba a dar discursos ante organizaciones cívicas y patrióticas liberales sobre los ideales y las nobles esperanzas de los trabajadores organizados. Cuando se conoció la noticia de la confesión de McNamara, su nombre figuraba en el orden del día de dos organizaciones cívicas; luego, sin explicación alguna, fue retirado. Él y su organización estaban desprestigiados a los ojos del público moral.

Y ahora la única manera de que pudiera recuperar algo de la respetabilidad y el prestigio externos para sí mismo y para la AF de L era ser bueno; es decir, evitar todo radicalismo, despreciar a los socialistas, abstenerse de huelgas y boicots y de más demandas de salarios más altos,

luchar contra la malvada IWW, proporcionar rompehuelgas en huelgas tambaleantes y, cuando comenzó la guerra para hacer del mundo un lugar seguro para la democracia, vitorear la bandera y denunciar a pacifistas asquerosos como Ramsay MacDonald y Eugene Debs.

Poco después del colapso del caso McNamara, el asunto Buck Stove and Range fue anulado; ya no tenía sentido seguir procesando a Gompers, Mitchell y Morrison. Con la vergüenza de la culpabilidad de McNamara a sus espaldas, eran totalmente inofensivos como líderes de los desposeídos.

144

Inmediatamente después de los casos de la dinamita y tras la guerra, todas las batallas industriales importantes fueron libradas por la IWW y otros sindicatos de izquierdas, mientras que la AF de L, intentando vivir de la desgracia que las lágrimas de Gompers no pudieron lavar, degeneró en la más profunda respetabilidad e ineficacia en relación con los intereses más amplios del pueblo trabajador estadounidense.

En los años 30, la AF de L carecía totalmente de espíritu. Sus dirigentes eran Babbitts pomposos y altisonantes, algunos de ellos con teletipos de bolsa en sus despachos. Sus convenciones eran comparables a las de los Alces, los Rotarios y la Asociación Nacional de Fabricantes de Jabón. Invitaban a generales del ejército a dirigirse a ellos. William Green, el digno sucesor de Gompers, fue a WeSt. Point para pasar revista al cuerpo de cadetes y recibir honores como los que normalmente sólo se rinden a la realeza de visita, mientras que en Massachusetts dejaron que Sacco y Vanzetti fueran a la silla y en California Tom Mooney, un sindicalista, fue encarcelado durante 14 años a pesar de ser inocente del delito por el que fue condenado.

4

El fiasco de McNamara suprimió *temporalmente* el impulso dinamitador de los sindicatos de la AFL.

Gompers siempre había estado en contra de la violencia. Era un hombre prudente e intrigante, pero carecía del poder moral e intelectual para imponer sus puntos de vista dentro del movimiento. Había hablado en contra de la violencia, pero, para mantenerse en el cargo, había cerrado los ojos y tapado los oídos cada vez que un dinamitero de la AF de L colocaba

una bomba.

Ahora, sin embargo, con el terrible efecto de la culpabilidad de McNamara evidente para todo el mundo, sus sermones contra la dinamita empezaron a ser escuchados incluso por los gorilas de los sindicatos de la construcción. Éstos se vieron obligados a coincidir con Gompers en que la dinamita era peligrosa. Tal vez no hizo ningún daño a los sindicatos que la utilizaban, pero jugó una mala pasada al movimiento en su conjunto, porque la AFL, oficialmente, se oponía a la violencia y pretendía tener principios morales. No perjudicó a los Iron Workers, que creían en la dinamita y la utilizaron para salvar la organización, pero metió a la AF de L en un lío espantoso.

Así que Gompers suplicó a los gorilas que se abstuvieran de utilizar dinamita en el futuro, y durante unos años se le hizo caso. Llegó la guerra, subió la escala salarial y durante un tiempo los trabajadores, organizados o no, no tuvieron mucho de qué quejarse.

Sin embargo, inmediatamente después de la guerra, los sindicatos volvieron a encontrarse en una lucha desesperada por su existencia, especialmente en Chicago, *y la dinamita volvió a ser el único medio de salvación*. Sólo que ahora los líderes sindicales eran más cuidadosos. No debe haber más casos McNamara. Así que empezaron a contratar exclusivamente a delincuentes profesionales, hombres que, a diferencia de fanáticos como James B. McNamara, estaban prácticamente fuera del alcance de la ley: "chantajistas", como empezaron a llamarlos hacia 1922.

Los sindicatos desesperados, de hecho, como mostraré en un capítulo posterior, fueron uno de los factores más importantes en el inicio, a principios de la década de 1920, de lo que llegó a conocerse como chantaje.

Quinta parte

Masacres, montajes y asesinatos judiciales

"Mucha gente fue testigo de este horrible asesinato. Los culpables fueron nombrados abiertamente en los periódicos y desde cien tribunas. Sin embargo, nadie fue castigado por el crimen".

William Z Foster

Capítulo 25

Matanza este y oeste

Los capitalistas e industriales de Estados Unidos se aprovecharon de la intensa reacción del público a la revelación de las operaciones de dinamita de la AF de L y una vez más endurecieron sus líneas contra nuevos esfuerzos de los trabajadores por mejorar sus condiciones. Animados por la brillante victoria del General Otis a favor de la tienda abierta en Los Ángeles, emprendieron la batalla por el "Plan Americano" contra los "sindicatos mafiosos", y en no pocos casos tuvieron un gran éxito. Por otra parte, exceptuando la huelga de Lawrence en 1912, dirigida por los wobblies, no hubo ninguna gran victoria sindical entre el final del caso McNamara y 1917, cuando Estados Unidos entró en guerra.

El punto culminante de la guerra patronal por la tienda abierta se alcanzó en la primavera de 1914, en la llamada "masacre de Ludlow".

En los campos de carbón del sur de Colorado, varios miles de mineros llevaban en paro desde septiembre de 1913. Estaban poco organizados, pero

motivados por el rencor nacido de los malos tratos. Las minas en las que trabajaban cuando estaban empleados estaban controladas en su mayor parte por los intereses de Rockefeller. Sus reivindicaciones incluían la jornada de ocho horas, el pago por "trabajo estrecho y muerto", un control de peso sin interferencia de los funcionarios de la empresa, el derecho a comerciar en cualquier tienda que quisieran, la abolición del sistema de guardias criminales, un adelanto del 10% en los salarios y el reconocimiento del sindicato. De estas reivindicaciones, cinco estaban garantizadas bajo severas penas por las leyes del estado de Colorado. Sin embargo, no se hicieron cumplir, ya que los intereses mineros, entrelazados con otros intereses del estado, controlaban y dirigían el gobierno estatal a través de los políticos que habían instalado en sus cargos. Así que los mineros se vieron obligados a recurrir a la huelga para poner en vigor una serie de leyes que los empresarios tenían la obligación de obedecer y el Estado de hacer cumplir. Pero la reivindicación a la que los explotadores se opusieron más enérgicamente fue la del reconocimiento del sindicato. Ellos, con John D. Rockefeller Jr. a la cabeza, estaban decididos a frenar cualquier esfuerzo que pudiera poner en peligro el noble "principio" de la tienda abierta. John D. habló elocuentemente de su devoción por los principios. Dijo:

Preferiríamos que las desafortunadas condiciones continuaran, y que perdiéramos todos los millones invertidos, a que los trabajadores estadounidenses se vieran privados de su derecho, en virtud de la Constitución, a trabajar para quien les plazca. Ese es el gran principio en juego. Es una cuestión nacional.

150

La huelga se prolongó hasta la primavera de 1914. Las minas eran explotadas por trabajadores no sindicados, en su mayoría extranjeros. Para proteger las propiedades y a los mineros no sindicados, los Rockefeller y otros operadores contrataron a cientos de "guardias" o pistoleros, mientras el Estado llamaba a considerables cuerpos de milicia. Se declaró la ley marcial mucho antes de que se produjeran disturbios; entonces se golpeó y disparó a los huelguistas y se produjeron disturbios. Los mineros en huelga, para protegerse, empezaron a procurarse armas y municiones. Se trasladaron fuera de los terrenos de las empresas y acamparon en tiendas de campaña. Cavaron trincheras alrededor de los campamentos y agujeros dentro de las tiendas, en los que las mujeres y los niños podían meterse en caso de ataque.

El 20 de abril de 1914, un huelguista disparó a un minero no sindicado o

un soldado disparó a un huelguista cerca del campamento de las afueras de Ludlow, tras lo cual se inició una batalla que pronto se extendió por un área de tres millas. Unos 500 mineros se enfrentaron a unos 200 milicianos, pero los soldados, muchos de los cuales eran pistoleros recién juramentados, estaban equipados con ametralladoras y otras armas superiores, lo que hizo que el número de huelguistas no contara para nada.

Las balas de las ametralladoras acribillaron las tiendas; luego el campamento se incendió. "En los agujeros que habían cavado para protegerse del fuego de los fusiles", dice un relato contemporáneo de la batalla, "las mujeres y los niños murieron como ratas atrapadas cuando las llamas los arrasaron".

Treinta y tres personas murieron fusiladas o quemadas. Más de la mitad eran mujeres y niños. Otras 100 resultaron heridas o sufrieron quemaduras graves.

La batalla de Ludlow duró 14 horas, tras las cuales el campamento fue abandonado y la mayoría de las mujeres y niños, vivos y muertos, fueron llevados a Trinidad, mientras los huelguistas empezaban a organizarse en compañías militares, tomando posiciones en las colinas. Varios pozos mineros fueron atacados e incendiados. Se produjeron más batallas.

El *Denver Express*, que, aunque no era un periódico simpatizante, apoyaba la huelga, publicó una vívida caracterización de la matanza de Ludlow:

Madres y bebés fueron crucificados en la cruz de la libertad humana. Su crucifixión fue efectuada por pistoleros a sueldo de los operadores que han llevado uniformes de milicianos menos de una semana. Los muertos pasarán a la historia como las víctimas heroicas de la ofrenda quemada depositada en el altar del Gran Dios Codicia de Rockefeller.

El presidente Wilson ordenó el envío de tropas federales pero, antes de que llegaran al sur de Colorado y desarmaran tanto a los huelguistas como a los pistoleros que vestían uniformes de milicianos, ya habían muerto una docena de mineros más.

Al final ganó Rockefeller, que no reconoció la unión. Su gran pasión por los principios se vio gratificada.

Los pistoleros, suministrados por agencias de detectives privados, fueron empleados por los industriales en numerosas huelgas que se produjeron poco antes de que Estados Unidos entrara en guerra. Por lo general, estos matones estaban condecorados con insignias de diputado y dotados de poder de policía local, que a menudo sobrepasaban.

151

Era la guerra, llamada guerra por ambos bandos. En marzo de 1913, durante una amarga y violenta huelga de mineros, Mother Jones y 49 mineros fueron juzgados en un tribunal militar en Paint Creek Junction, Virginia Occidental, que estaba bajo la ley marcial, acusados de "conspiración para cometer asesinato". En su defensa, su abogado preguntó: "¿Fue la batalla de Gettysburg un asesinato?". Afirmó que, si los mineros mataron, fue en una guerra y no debía calificarse de asesinato. Presentó como prueba tres proclamas emitidas por el gobernador de Virginia Occidental en las que calificaba de guerra la gran lucha industrial en el distrito de Paint Creek. "Los mineros lo aceptan como una guerra", dijo el abogado. "Si recurren a la violencia, sus actos estarán dirigidos contra un sistema y no contra individuos. Y sus actos serán actos de guerra, que la sociedad no debe juzgar por las reglas ordinarias del derecho y la moral." Pero a pesar de esas declaraciones ocasionales, los trabajadores de ese periodo eran comparativamente no violentos. La mayor parte de la violencia era cometida por el otro bando.

Un incidente que fue típico de docenas de masacres menores en todo el país entre 1913 y 1917, ocurrió en Nueva Jersey a principios de 1915. El 2 de enero, unos 900 empleados de dos fábricas de fertilizantes, situadas en la región pantanosa a lo largo del ferrocarril central de Nueva Jersey, entre Elizabeth y Perth Amboy, se declararon en huelga para exigir salarios más altos y menos horas de trabajo. Estaban pacíficos, desarmados, pero, al enterarse de que las empresas podrían emplear rompehuelgas, vigilaron su llegada. Ambas fábricas estaban vigiladas por una fuerza de "ayudantes del sheriff" contratados por una agencia de detectives de Newark.

La mañana del 19 de enero, una multitud de huelguistas se reunió en una pequeña estación de ferrocarril cercana a una de las plantas, esperando un tren procedente de Nueva York que, según habían oído, traería varios centenares de esquiros. Un miembro de la policía del municipio de Roosevelt estaba de servicio en la estación, y esto es lo que ocurrió según su

relato a un reportero del New York *World*:

Estoy seguro de que ningún hombre llevaba revólver ni ningún otro tipo de arma, a no ser una navaja. Los hombres parecían de lo más pacíficos, y yo sabía que no estaban empeñados en crear problemas. Varios de ellos me dijeron que simplemente iban a hacer de piquetes e intentar persuadir a los rompehuelgas para que regresaran a sus casas o se unieran a la huelga. Estaban en propiedad pública y yo no tenía autoridad para interferir con ellos.

[El tren llegó y entonces] las grandes puertas de la fábrica de Williams & Clark se abrieron y salieron corriendo los ayudantes del sheriff. El tiroteo comenzó de inmediato. Si esos diputados dicen que dispararon al aire y que los huelguistas les dispararon primero, mienten. Los huelguistas no dispararon. No tenían nada con qué disparar. Simplemente fueron masacrados. Es imposible describir cómo esos hombres desarmados e indefensos fueron abatidos. Algunos corrieron y escaparon heridos. Los que no pudieron llegar a terreno elevado se dirigieron a los pantanos, y fueron esos hombres a los que dispararon, golpearon y volvieron a disparar... Me metí en el meollo del problema, pero un solo hombre en aquella multitud frenética y salvaje de pistoleros no era nada. Los diputados dispararon hasta que su líder dio la señal. En ese momento los hombres estaban por todas partes, heridos y gritando pidiendo ayuda. Los diputados no hicieron el menor esfuerzo por ayudar a los hombres que habían abatido. Simplemente volvieron a la planta y se encerraron.

152

Veintiocho hombres resultaron heridos; dos de ellos murieron el mismo día y cuatro más en el plazo de una semana. Incluso los periódicos más conservadores se indignaron por la masacre. El New York *Sun*, que nunca había sido culpable de inclinarse indebidamente del lado de los empleados, calificó el tiroteo de los pistoleros de "gratuito e indignante".

Veintidós agentes fueron detenidos, acusados de homicidio involuntario. Más tarde fueron puestos en libertad.

3

A lo largo de 1915 y 1916 los huelguistas fueron asesinados por matones a sueldo en Colorado, Virginia Occidental, Nueva Jersey y otros estados. En el verano de 1915, por ejemplo, ocho hombres murieron y 17 resultaron gravemente heridos durante una huelga contra la Standard Oil Company en Bayonne, Nueva Jersey, que empleaba guardias.

Después de cada masacre, la prensa conservadora editorializaba desaprobando a los pistoleros privados. Tras los disturbios de Bayona, el *New York World* dijo:

Contratados aparentemente para vigilar la propiedad durante el desarrollo de las huelgas, estos hombres suelen actuar agresivamente contra cualquiera que se les acerque... Nunca se insistirá demasiado en el hecho de que las disputas industriales adquieren el carácter de una guerra privada, principalmente por la razón de que en la mayoría de los casos los estados no tienen una fuerza disciplinada para la preservación del orden, como la de Pensilvania, con su policía estatal.

Sobre lo que el *New York Call*, un periódico socialista, comentó:

En una palabra, lo que el "Mundo" quiere es dar a los trabajadores más variedad a la hora de ser tiroteados. Los asesinatos a manos de ayudantes del sheriff se están volviendo monótonos. Tengamos carniceros de la policía estatal, que conocen mejor su trabajo, y que siempre pueden ser defendidos por la prensa sobre la base de que son más regularmente "oficiales" que los asesinos al azar recogidos en cualquier lugar para "resolver disturbios laborales".

El *Call* no estaba injustificado en este comentario. Hemos visto la brutalidad de la policía del estado de Pensilvania —'los cosacos'— en la huelga de McKees rocks en 1909. En un capítulo posterior volveremos a ser testigos del 'cosackismo' en la gran huelga del acero de 1919.

Capítulo 26

El caso Mooney-Billings

La reacción a la fiesta explosiva de McNamara en Los Ángeles y a las revelaciones sobre la conspiración de la dinamita, que enviaron a prisión al "Jefe" Tveitmoe del Partido Laborista de San Francisco, fue — naturalmente— más intensa en California que en el resto de Estados Unidos. Los industriales de San Francisco se propusieron aprovecharse plena e inmediatamente de ello y "Los Angeles-izar" San Francisco, es decir, convertirla en una ciudad de tiendas abiertas.

En 1912 ya estaba en marcha en la ciudad de la puerta dorada un salvaje movimiento de "aplantar a los sindicatos". Estaba encabezado por los grandes ejecutivos de las empresas de servicios públicos. Debido a las "molestias que se habían visto obligados a sufrir a manos de los sindicatos en los años posteriores al terremoto, los capitalistas y empresarios de San Francisco eran ahora un grupo furioso que daba rienda suelta a su ira. Con la vergüenza del caso McNamara sobre los sindicatos, vieron la oportunidad de liberarse del dominio sindical y recuperar la ciudad económica y políticamente. Declararon abiertamente su apoyo al "Plan Americano" y a los métodos del general Harrison Gray Otis en el trato con los trabajadores.

Su movimiento tuvo mucho éxito.

El poder de los sindicatos disminuyó rápidamente. En 1912 perdieron la ciudad políticamente. Luego empezaron a perder el control de los puestos de trabajo, y en 1915 el elemento sindical, como tal, ya no tenía gran importancia en la vida política de la ciudad. Los llamados líderes sindicales "conservadores", oprimidos como estaban por la culpabilidad de los McNamaras y otros conspiradores de la dinamita, fueron en gran medida ineficaces contra los ataques de los capitalistas organizados, que ahora contaban con el pleno apoyo de la gran masa moral de la comunidad. Las grandes industrias se convirtieron en tiendas abiertas, y los salarios bajaron y el número de horas de trabajo aumentó.

Sin embargo, este colapso del sindicalismo conservador fortaleció a la

facción de izquierdas de las organizaciones que creían en la acción directa y en la mano dura con los capitalistas. Éstos despreciaron las súplicas de Gompers a los sindicatos para que se mantuvieran alejados de la dinamita. "¡Al diablo con el viejo carcamal!", decían. "¡Al diablo con el educado sindicalismo de Gompers, puro y simple!" Aunque eran miembros de sindicatos, se llamaban a sí mismos socialistas y asistían a reuniones anarquistas secretas.

En 1915, más o menos, el radical más destacado de San Francisco era Thomas J. Mooney, moldeador de profesión y líder virtual del considerable bloque de izquierdas de la Federación del Trabajo de California. Era un organizador y líder de huelgas dotado y enérgico, sensacional en sus palabras y acciones, lo que le proporcionó una buena cantidad de publicidad. Se asoció con conocidos anarquistas, tanto filosóficos como de "hecho", y se opuso violentamente a la guerra. Arremetió contra la guerra europea y los esfuerzos de los patriotas y militaristas estadounidenses por involucrar a Estados Unidos en el conflicto. Se sabía que creía en la dinamita, el material real, y una vez fue acusado de intento de dinamitar la propiedad de una empresa de servicios públicos de San Francisco, pero después de tres juicios fue absuelto.

154

En la primavera de 1916, Mooney y su esposa lideraron una amarga e infructuosa lucha por organizar a los mal pagados vagoneros de los Ferrocarriles Unidos de San Francisco. Con ello se ganaron la ira de la corporación más poderosa de la ciudad, cuyos directivos eran los líderes de la campaña local de "aplantar a los sindicatos".

El dinero de los Ferrocarriles Unidos y su apoyo personal y moral estaban detrás del llamado comité de ley y orden de la cámara de comercio de San Francisco, una de cuyas funciones, además de aclamar la vieja gloria y agitar la "preparación", era defender a pistoleros privados cuando, en problemas sindicales, golpeaban y mataban a sindicalistas. El dinero y el apoyo moral de los Ferrocarriles Unidos también estaban detrás de Charles M. Fickert, un líder en la campaña de "aplantar a los sindicatos" que, en 1914, había sido elegido fiscal del distrito del condado. Al llegar al cargo, Fickert comenzó de inmediato a perseguir a los líderes sindicales y a los radicales. Tom Mooney fue su presa particular.

En 1916, con dos años de guerra europea, Estados Unidos se vio repentinamente afectado por una fiebre de preparación para la guerra. El ex presidente Roosevelt y su compinche, el general Leonard Wood, abogaron por el entrenamiento militar universal, ya que, en su opinión, era inevitable que el país acabara involucrándose en el conflicto mundial. La preparación fue un tema importante en la campaña presidencial de 1916. En las grandes ciudades se celebraron desfiles, mientras los radicales vociferaban contra el militarismo y el imperialismo y contra los fanáticos estadounidenses que intentaban arrastrar al país al espantoso lío del otro lado del Atlántico. El movimiento de preparación estaba encabezado en gran parte por republicanos de alto poder y, en su significado político, era un intento de reprender al presidente Wilson por ser demasiado orgulloso para luchar y no hacer nada decisivo frente a los ataques de Alemania contra el comercio estadounidense.

En San Francisco, como en otros lugares, los líderes de la preparación, que también eran los principales espíritus del comité de la ley y el orden, tenían una razón local para querer organizar una gran demostración militar patriótica. Querían, como se citó a uno de ellos, "enseñar a los hijos de puta [es decir, a líderes como Mooney] dónde tienen que meterse". De hecho, pretendía ser un gesto de desafío a los esfuerzos de la clase obrera por mejorar, o más bien conservar, las ventajas ya conseguidas en San Francisco. Debía ser una advertencia a los sindicalistas y radicales de que, si empezaban algo, se les trataría de una manera no más suave que a los agresivos empresarios de Colorado y Nueva Jersey.

155

A principios de julio, cuando Mooney y su esposa ya habían sido derrotados en su intento de organizar el carmen de los Ferrocarriles Unidos, se convenció a las autoridades de la ciudad para que proclamaran el día 22 del mes como Día de la Preparación, y se invitó a todas las organizaciones cívicas, patrióticas, militares, empresariales y fraternales —excepto a los sindicatos— a participar en el desfile.

El día 22, entre el mediodía y las dos de la tarde, una inmensa multitud de personas con uniformes militares y fraternales, con banderas y bandas, con todos los símbolos de su alta posición en la comunidad a la vista, se reunieron en el Embarcadero y en las calles laterales de la parte baja de Market Street. A las 14.06 horas, la cabeza de la columna, con el gobernador

de California y el alcalde de San Francisco a la vista, subió por Market, mientras un destacamento de veteranos de guerra españoles llegaba desde Steuart Street para incorporarse a la línea principal de la marcha.

Entonces —de repente, mientras la banda que iba delante tocaba una pieza marcial— una bomba de dinamita estalló junto a la pared de una taberna en Steuart, cerca de Market, matando instantáneamente a seis personas e hiriendo a más de 40, de las cuales cuatro murieron en los días siguientes.

3

San Francisco, por no hablar del resto de California y de Estados Unidos en su conjunto, se conmovió profundamente. Se trataba de un crimen terrible. Se inició de inmediato una agresiva actividad policial y la prensa se llenó de pistas y teorías para la solución del trágico misterio. "¡Los radicales lo hicieron!" La situación era una leve repetición de las consecuencias inmediatas de la explosión de Haymarket en Chicago, 30 años antes.

Cinco días después de la explosión fueron detenidos Tom Mooney y su esposa, Rena Mooney, Warren K Billings, Israel Weinberg y Edward D Nolan.

Billings, de 22 años, era un joven izquierdista en ascenso en los sindicatos de San Francisco, amigo de Mooney y partidario de la acción directa. Anteriormente había sido condenado por llevar explosivos en un tren de pasajeros. Weinberg era un conductor de autobús que había llevado ocasionalmente a Tom y Rena Mooney. Su hijo era alumno de la Sra. Mooney, que era profesora de música. Nolan también era un sindicalista radical y amigo de Tom.

Pero Mooney, por su prominencia en el movimiento sindical, fue desde el principio el centro del caso.

Por parte de la acusación, junto al fiscal Fickert, el personaje más importante era un detective privado llamado Martin Swanson, un agente secreto del movimiento para aplastar a los sindicatos. Anteriormente había sido empleado de la Pacific Gas and Electric Company, que en su pasión por acabar con los sindicatos sólo era superada por la United Railroads. Mientras trabajaba para la Gas and Electric, sólo unos meses antes, Swanson había

intentado relacionar a Mooney con la dinamitación de algunas propiedades, pero fracasó, al parecer, porque Billings y Weinberg rechazaron sus ofertas de recompensa por testificar contra su amigo. Ahora Swanson fue nombrado investigador de la plantilla del fiscal Fickert, con la misión especial de construir el caso contra Mooney y los demás, o más bien de ayudar a Fickert a construirlo.

156

Billings fue juzgado primero, en el otoño de 1916. Un camarero desempleado, John McDonald, que desde entonces ha declarado que cometió perjurio siguiendo instrucciones de Fickert y Swanson, testificó que a las 13.50 horas del 22 de julio había visto a Billings colocar una maleta contra la pared de la taberna, en la esquina de las calles Steuart y Market, y después hablar durante unos instantes con Tom Mooney en la puerta de la taberna. Otros testigos corroboraron más o menos la versión de McDonald. Billings protestó por su inocencia, pero fue en vano; fue declarado culpable de homicidio involuntario y, debido a su juventud, condenado a cadena perpetua en la prisión de Folsom.

El juicio de Mooney se retrasó hasta enero de 1917, pero para entonces los argumentos de la acusación estaban considerablemente debilitados. Fotografías tomadas durante el desfile en el tejado del edificio donde Rena Mooney tenía su estudio de música —a *una milla del lugar de la explosión*— fueron reveladas y ampliadas, mostrando por un reloj en la imagen que Mooney y su esposa estaban en ese tejado a la 1.58, lo que entraba en conflicto con el testimonio de McDonald de que había visto a Mooney en Steuart y Market a la 1.50. Pero entonces McDonald —obviamente instruido de nuevo por Fickert y Swanson— modificó su versión en el sentido de que había visto a Mooney y Billings juntos en la puerta del salón en algún momento entre la 1.30 y la 1.45, lo que habría hecho posible que Mooney llegara a la azotea de ese edificio a la 1.58.

Pero Fickert tenía otros "testigos". Entre ellos, un tal Frank C Oxman, que parecía un ganadero "franco y honesto" de Oregón, un producto típico de los espacios abiertos del oeste. Oxman testificó que había llegado de Portland esa mañana y que se había detenido en la esquina de Steuart y Market hacia la una y media de la tarde para ver el desfile, y allí observó incluso más que McDonald. Lo describió todo con gran detalle y con una sencillez que hizo que su historia resultara convincente para el jurado y el juez. Dijo que Mooney y Billings habían llegado a la esquina en una máquina

Ford parecida a la jitney de Weinberg, con otros tres pasajeros, entre ellos "una señora". Con gran previsión, Oxman había anotado la matrícula, que resultó ser el número de la furgoneta de Weinberg.

Desde su detención, Mooney había sido calificado por los periódicos de todo, desde anarquista hasta proalemán, mientras que, en la sala del tribunal, Fickert lo denunciaba como dinamitero, hombre peligroso, agente alemán.

El jurado emitió un veredicto de culpabilidad, y Mooney, el archienemigo del elemento de aplastar a los sindicatos, fue condenado a la horca.

Weinberg y Rena Mooney, juzgados posteriormente en 1917, fueron absueltos. Nolan permaneció en prisión casi dos años y finalmente fue puesto en libertad sin juicio, por falta de pruebas.

157

4

Mooney fue enviado a la prisión de San Quintín.

Pero casi inmediatamente después de su condena empezaron a producirse hechos que hacían muy cuestionable la justicia de los veredictos de Billings y Mooney. El testimonio de Oxman fue impugnado. Se estableció sin lugar a dudas que el 22 de julio, en lugar de estar en San Francisco, se alojaba con sus amigos en Woodland, California, una ciudad a casi 200 millas de distancia. Oxman fue juzgado posteriormente por perjurio, pero, con la acusación de Fickert y el juez que presidió el caso declarando francamente su opinión de que Mooney era "culpable de todos modos", salió con una absolución técnica.

Posteriormente, otros testigos de los casos Billings y Mooney fueron completamente desacreditados. A mediados de 1917, la opinión radical y liberal estadounidense era que, sin lugar a dudas, los hombres habían sido incriminados y enviados a prisión en una atmósfera de histeria patriótica y antisindical, atizada por periódicos reaccionarios y agentes de grandes corporaciones, tanto dentro como fuera de los cargos públicos.

En abril de 1917, el presidente Wilson reprimió su aversión a la lucha y metió al país en la guerra "para hacer del mundo un lugar seguro para la democracia". Al parecer, la trama Mooney amenazaba con convertirse en un animado asunto nacional que podría privar al gobierno de apoyo en su

política de guerra. En consecuencia, en marzo de 1918, el presidente dirigió una carta abierta al gobernador Stephens de California, en la que instaba a que se celebrara de inmediato un nuevo juicio contra Mooney o a que se le conmutara la pena de muerte.

El grupo "aplantar a los sindicatos" de California se resintió de la "interferencia del presidente en los procesos ordenados de la justicia californiana", como ellos la llamaban, pero la carta de Wilson fue efectiva de todos modos: primero pospuso la ejecución de Mooney y luego, tras el final de la guerra, impulsó al gobernador a concederle la conmutación.

La vida de Mooney se salvó, pero tanto Mooney como Billings permanecieron en prisión durante muchos años a pesar de los constantes y considerables esfuerzos por conseguir su libertad.

Todos los testigos y miembros de la acusación en los dos casos quedaron posteriormente completamente desacreditados. El juez Franklin A Griffin, que presidió el juicio de Mooney, pidió el indulto a tres gobernadores sucesivos de California. Todos los miembros vivos del jurado del caso Mooney pidieron posteriormente clemencia, y varios funcionarios de policía, destacados en las actividades de fabricación de pruebas de Fickert y Swanson, se declararon convencidos de que ni Mooney ni Billings habían colocado la bomba.

Todo esto fue en vano. Por razones políticas, la maquinaria ejecutiva y legal del estado fue manipulada para mantener a Mooney y Billings en prisión. Los gobernadores William D Stephens y Friend Richardson se negaron en redondo a considerar la solicitud de indulto de Mooney. El tribunal supremo del estado, basando sus acciones en escasos fundamentos legalistas, se negó a conceder un nuevo juicio a Mooney o a indultar a Billings.

Quizá nunca se sepa quién colocó la bomba. No hay pruebas de que Mooney o Billings tuvieran algo que ver.

La idea, compartida por muchos radicales de California y otros lugares, de que el atropello fue perpetrado por alguien relacionado con la patronal para aplantar al movimiento sindical, no es descabellada. Si la bomba fue colocada

por algún anarquista o miembro del grupo Mooney, lo que tampoco es improbable, los intereses de la tienda abierta, en sus salvajes esfuerzos por acabar con los sindicatos, al sacar el máximo partido del terrible incidente y de la reacción pública al mismo, han cometido un crimen peor que la explosión de la bomba.

Capítulo 27

La gran huelga del acero

Durante la gran cruzada para "hacer del mundo un lugar seguro para la democracia", los trabajadores organizados de Estados Unidos, con la excepción de los Trabajadores Industriales del Mundo, apoyaron al gobierno. De hecho, Samuel Gompers, aprovechando ansiosamente la oportunidad de aparecer una vez más respetable y patriótico y recuperar el prestigio que él y la AF of L habían perdido como consecuencia del episodio McNamara, se convirtió en una especie de superpatriota. Compitió con capitalistas tan representativos como el juez Gary, del Steel Trust, en denunciar a todos los que se oponían a la guerra, desde el senador LaFollette. El presidente Wilson, a su vez, habló maravillas de la "nueva libertad" y la "democracia industrial" y de las "recompensas" que los trabajadores estadounidenses cosecharían justamente después de la guerra por su patriotismo.

Pero muy pocos meses después del armisticio, la recompensa de los trabajadores empezó a llegar en forma de recortes salariales y cierres patronales y porras y balas de la policía. La guerra había producido más de 20.000 nuevos millonarios y multimillonarios que ahora se unían a los veteranos luchadores sindicales en un esfuerzo decidido y salvaje por mantener a raya al proletariado.

Los radicales lanzaron un grito de protesta: ¿eran estos recortes salariales y cierres patronales las recompensas de las que había hablado Wilson? ¿Era ésta la nueva libertad? Wilson intentó apelar a la clase capitalista para que tratara decentemente a los trabajadores, pero fue en vano. Sólo era el presidente de Estados Unidos. A lo largo de los primeros meses de 1919, a medida que cesaba la producción en tiempos de guerra, hubo más recortes salariales y cierres patronales. Los especuladores de la guerra no estaban dispuestos a compartir con los trabajadores los millones que habían ganado después de la guerra.

Surgió un movimiento radical salvaje y ultraemocional. La IWW se hizo fuerte en el oeste y el este, mientras que los comunistas, una nueva raza de

radicales en Estados Unidos, rivalizaban con los socialistas proclamando las maravillas del nuevo régimen soviético en Rusia en comparación con el brutal poderío estadounidense.

Una histeria anti-roja se apoderó de la clase capitalista y de la gente respetable. Muchos industriales creían sinceramente que el bolchevismo estaba a la vuelta de la esquina y que el sindicalismo de la AF de L, con su pasado de violencia, no era más que su precursor. No se podía creer a Gompers cuando hablaba de patriotismo. Había que adoptar una postura firme contra la creciente amenaza.

160

En las oficinas ejecutivas de las grandes empresas se hablaba en voz baja de cortar de raíz este o aquel incipiente comunismo. Gran parte de la histeria fue provocada por el gobierno soviético, con sus declaraciones sobre la inminente revolución mundial; por el gobierno federal en Washington, con su persecución de radicales inofensivos; por las autoridades locales y estatales que se unieron al gobierno federal en esa persecución; por agencias de detectives privados que intentaban crear una nueva línea de negocio; por ex detectives de la división de inteligencia y agentes del departamento de justicia que, al dejar el servicio gubernamental, se convirtieron en emprendedores comerciantes de espionaje industrial. Todos estos y muchos otros se sumaron a la alarma sobre la próxima agitación proletaria. Sociedades patrióticas, como la Legión Americana, una organización de soldados y marineros de la Primera Guerra Mundial, y las Hijas de la Revolución Americana, clamaron contra los rojos; se formaron nuevas asociaciones anti-rojos y de tiendas abiertas, con equipos de propagandistas y *agentes provocadores*.

Se produjeron grandes huelgas, acompañadas de estallidos de violencia, sobre todo por parte de agentes de la patronal y pistoleros.

Por ejemplo, el asesinato de Fannie Sellins en WeSt. Natrona, Pensilvania, en el verano de 1919. Era una organizadora de la United Mine Workers of America, una mujer de gran energía y valentía, que operaba sobre todo en el notoriamente antisindical distrito de Black Valley, a lo largo del río Allegheny. Había tenido un éxito considerable, por lo que se convirtió en una espina clavada en el costado de las empresas del carbón.

En agosto de 1919, los mineros de la Allegheny Coal and Coke Company se declararon en huelga en WeSt. Natrona en protesta por un recorte salarial. La mina estaba situada en el patio de la Allegheny Steel Company y

suministraba combustible a dicha fábrica. Un día, un grupo de "agentes de la paz" en huelga, dirigidos por un funcionario de la mina, se abalanzaron repentinamente sobre los piquetes y abrieron fuego contra ellos. Un huelguista resultó herido de muerte.

Fannie Sellins se encontraba cerca y, al presenciar lo ocurrido, procedió a sacar del peligro a unos niños que estaban jugando allí. Luego corrió de vuelta al patio del molino y suplicó a los agentes de la paz que seguían apaleando al piquete inconsciente, que dejaran de hacerlo.

Uno de los agentes la golpeó en la cabeza con su porra. Ella cayó, intentó levantarse, arrastrándose hacia la verja, lejos de los agentes.

"¡Maten a esa maldita puta!", gritó uno de los hombres.

Se efectuaron tres disparos, cada uno de los cuales surtió efecto.

"¡Dale más!"

Entonces, según un testigo ocular que puso la historia en una declaración jurada:

uno de los ayudantes del sheriff, de pie junto al cuerpo inmóvil, bajó su arma y, sin apartar la cara, disparó contra ella una vez más. [Otro ayudante del sheriff] cogió su sombrero, se lo puso en la cabeza, bailó un paso y dijo a la multitud: "Ahora soy Fannie Sellins".

La Sra. Sellins tenía 49 años, era abuela y madre de un hijo muerto en Francia como soldado en la gran cruzada para hacer del mundo un lugar seguro para la democracia. William Z Foster, en su obra *The Great Steel Strike and Its Lessons*, nos dice:

¹⁶¹

Muchas personas fueron testigos de este horrible asesinato. Los culpables fueron nombrados abiertamente en los periódicos y desde cien tribunas. Sin embargo, nadie fue castigado por el crimen... Se detuvo a un par de diputados, pero se les puso rápidamente en libertad bajo fianzas menores que las que suelen imponerse a los huelguistas detenidos por hacer piquetes. Finalmente, fueron puestos en libertad.

2

Tras el asesinato de Sellins llegó la llamada gran huelga del acero, que comenzó el 22 de septiembre de 1919, cuando cerca de 400.000 hombres abandonaron las fábricas de hierro y acero y los altos hornos de 50 ciudades

y pueblos de 10 estados: una de las batallas industriales más importantes de la historia de Estados Unidos.

Por un lado estaban los fabricantes de acero, que, como William Z Foster, el principal líder de la huelga, dijo en su libro, del que cito más arriba:

siempre han aplicado agresivamente los principios empresariales estadounidenses ordinarios, aunque no reconocidos, de que nuestras industrias existen principalmente para crear enormes beneficios para los pocos afortunados que las poseen, y que si tienen alguna otra utilidad es una cuestión de importancia secundaria. Se burlan de los intereses de la sociedad en el negocio del acero. Y en cuanto a sus empleados, nunca los han considerado mejor que una maquinaria humana tan necesaria, que se compra en el mercado al precio más bajo posible y que, por lo demás, se maneja de manera totalmente irresponsable. Entienden claramente que si quieren llevar a cabo su política de explotación en bruto, lo esencial es que mantengan a sus empleados desorganizados.

Con esta política, y poseyendo la industria básica del país, el Steel Trust. comprendía el grupo de capitalistas más poderoso de los Estados Unidos, controlando un sinnúmero de periódicos, que "vomitaban propaganda venenosa en su favor"; iglesias, que "habían perdido hacía tiempo sus principios cristianos en una ignominiosa lucha por los favores de la empresa"; y empleadores sin escrúpulos de la ciudad, el campo, el estado y el gobierno federal, cuyo "afán por llevar el cuello de acero sólo era igualado por su olvido de los juramentos de su cargo" y que suprimían la libertad de expresión y de reunión durante las huelgas, y apaleaban, disparaban y encarcelaban a los trabajadores que se rebelaban contra los bajos salarios, las largas jornadas laborales y la ausencia de dispositivos de seguridad en las fábricas. En los 25 años transcurridos entre la huelga de Homestead en 1892 y la declaración de guerra de Estados Unidos a Alemania en 1917, el Steel Trust. derrotó todos los esfuerzos por organizar a los trabajadores a gran escala. La única excepción, como se indicó anteriormente en este libro, fueron los trabajadores del hierro, con su eficaz conspiración dinamitera. Y la interminable serie de derrotas privó a los organizadores de toda confianza en su capacidad para resistir el poder y la militancia de los fabricantes de acero.

En 1917, sin embargo, la situación se volvió más fácil para los sindicatos. Con la incorporación de hombres al servicio militar y la gran demanda de municiones y otros materiales de guerra, los trabajadores empezaron a

escasear. William Z Foster, entonces uno de los organizadores sindicales más agresivos de Chicago, percibió la oportunidad de organizar la industria siderúrgica. No tenía fe en las palabras de Wilson sobre recompensas después de la guerra, pues creía que los trabajadores sólo conseguirían beneficios luchando por ellos. Por ello, el 7 de abril de 1918, presentó una resolución ante la Federación del Trabajo de Chicago en la que pedía a los ejecutivos de la AF de L "que convoquen una conferencia general del trabajo e inauguren en ella una campaña nacional para organizar a los trabajadores del acero y el hierro". La resolución fue aprobada, pero los poco militantes ejecutivos de la AF de L, todavía oprimidos por la culpa de McNamara y que ahora trataban de rehabilitarse ante el público con una gran exhibición de patriotismo, no tenían prisa. Se tomaron su tiempo. Foster les había lanzado una idea peligrosa.

162

Foster tenía un plan ambicioso y excelente, "hacer una campaña huracanada simultáneamente en todos los centros siderúrgicos, que captara la imaginación de los trabajadores y los arrastrara a los sindicatos *en masa* a pesar de toda oposición, y así poner a los empresarios en tal aprieto que tuvieran que acceder a las reivindicaciones". Pensó que los empresarios no querrían ni podrían suspender la producción, en primer lugar, porque sólo los beneficios de la United Steel Corporation en 1917 ascendían a 253.000.000 de dólares y, en segundo lugar, porque por el momento el presidente Wilson y el gobierno federal se mostraban favorables a los esfuerzos de los trabajadores organizados.

La esencia del plan era una acción rápida y enérgica... Se celebrarían grandes asambleas masivas en toda la industria siderúrgica, al mismo tiempo y en todas partes, para despertar la esperanza y el entusiasmo entre los trabajadores e incorporar a miles de ellos a los sindicatos, independientemente de las medidas que pudieran tomar los propietarios de las fábricas para impedirlo. Después de dos o tres reuniones en cada lugar, la gran afluencia de hombres a los sindicatos se convertiría en una avalancha decisiva mediante la elección de comités para formular las quejas de los hombres y presentarlas a los empresarios. La guerra estaba en marcha; el funcionamiento continuado de la industria siderúrgica era imperativo; una huelga era, por tanto, imposible; los fabricantes se habrían visto obligados a ceder, ya fuera directamente o a través de los instrumentos del gobierno. Los sindicatos se habrían establecido en la industria siderúrgica, y con ellos el trato justo y el comienzo de la democracia industrial.

Pero Foster, al parecer, era un hombre demasiado agresivo para los líderes

de la AF de L; si tenía demasiado éxito, podría poner en peligro sus posiciones en el movimiento; así que se estancaron y perdieron el tiempo. Hicieron falta meses para reunir un fondo de campaña considerable. Mientras tanto, los fabricantes de acero, al enterarse de los planes para organizar a los trabajadores, empezaron a hacer pequeñas concesiones a los empleados, en un esfuerzo por adelantarse al movimiento.

Finalmente, en agosto de 1918 los representantes de los sindicatos interesados en la idea de Foster se reunieron en una conferencia en Chicago y formaron el Comité Nacional para Organizar a los Trabajadores del Hierro y el Acero, con Foster como líder. En octubre de ese año, el comité comenzó a trabajar en Pittsburgh.

Pero, según Foster:

163

Las perspectivas eran muy poco prometedoras. Incluso en las mejores circunstancias, la tarea de conseguir que el enorme ejército de trabajadores del acero pensara y actuara conjuntamente en términos de sindicalismo sería tremenda. Pero el error de no iniciar la campaña lo suficientemente pronto y con el vigor adecuado multiplicó las dificultades. Se acercaba un tiempo invernal desfavorable. Esto se complicó con la epidemia de gripe, que durante varias semanas suspendió todas las reuniones públicas. Luego llegó el final de la guerra ... [Las fábricas, que dependían del trabajo de guerra, empezaron a reducir la producción. Los trabajadores se obsesionaron con el miedo a los tiempos difíciles, una timidez que se vio intensificada por el hecho de que las empresas siderúrgicas despedían a cualquiera sospechoso de afiliación o simpatía sindical.

Los fondos a las órdenes de Foster distaban mucho de ser suficientes.

Pero lo peor de todo es que las empresas siderúrgicas estaban ahora en el qui vive.... La ventaja de la sorpresa, vital en todas las guerras, industriales o militares, la habían perdido los sindicatos. Despertada y alarmada, la Steel Trust. estaba dispuesta a luchar hasta el final.

Las cosas parecían desesperadas. Pero no había más remedio que seguir adelante a pesar de los obstáculos . . .

Estas eran cada día mayores. Los alcaldes y burgueses de las ciudades fabriles de Pensilvania, muchos de los cuales eran empleados de la empresa, celebraron una reunión y decidieron no permitir reuniones sindicales. Los sindicalistas fueron tratados como si fueran una banda de depredadores fuera de la ley. Fueron amenazados con violencia colectiva, detenidos, puestos en libertad y detenidos de nuevo, semana tras semana. Sus

reuniones, cuando intentaban celebrarse, eran disueltas por la policía montada del Estado, los cosacos. De no ser por Foster, que por aquel entonces rondaba la treintena, nacido en Nueva Inglaterra, tranquilo, seguro de sí mismo y poco fanático, el movimiento podría haber sido cortado de raíz incluso antes del armisticio. Dijo: "Esta no es una lucha de hoy ni de mañana, es parte de la lucha que se lleva librando desde la época de los Césares". Sus principales lugartenientes eran antiguos organizadores sindicales de Chicago. La importancia de este hecho aparecerá más adelante, cuando abordemos el desarrollo del chantaje posterior.

A pesar de todos los obstáculos, el trabajo de organización continuó durante el invierno de 1918-1919. Foster y sus lugartenientes crearon comités locales en distintas ciudades fabriles y organizaron sindicatos. Fue un trabajo lento y desgarrador, pues en cuanto se sospechaba que los trabajadores tenían algo que ver con los sindicatos eran despedidos, entre ellos empleados con 20 y 30 años de servicio.

A mediados del verano de 1919 su éxito era considerable. Tenían un sindicato en cada ciudad siderúrgica. El comité nacional decidió votar en huelga las siguientes cuestiones: el reconocimiento de los sindicatos, la readmisión de todos los despedidos por actividades sindicales con el pago del tiempo perdido, la jornada de ocho horas, un día de descanso de cada siete, la abolición del turno de 24 horas, el aumento de salarios suficiente para garantizar el nivel de vida estadounidense, escalas salariales estándar en todos los oficios y clasificaciones de trabajadores, y el pago doble por las horas extraordinarias después de ocho horas de trabajo.

164

Los sindicatos votaron a favor de la huelga. El juez Gary de la United Steel Corporation no quiso tratar con los representantes del comité organizador y el 22 de septiembre de 1919, fue designado el día en que comenzaría la huelga. El presidente Wilson intentó impedirla. Gompers retiró repentinamente su poco entusiasta apoyo al movimiento, instando al comité Foster a intentar posponer la huelga.

Pero ya era demasiado tarde. El movimiento había ido demasiado lejos. El rencor de los sindicalistas locales era muy grande, y sus sentimientos estallaron en una indignación feroz cuando se enteraron del asesinato de Fannie Sellins. El Comité Nacional para la Organización de los Trabajadores de la Siderurgia no podía hacer otra cosa que convocar la huelga. Si no hubieran convocado la gran huelga, se habrían producido innumerables

huelgas locales, estallidos sin liderazgo, acompañados de la violencia de las turbas enfrentadas a la brutalidad de los cosacos. El comité escribió una carta al presidente Wilson, explicando detalladamente la situación desde el punto de vista de los sindicalistas. "Señor Presidente, el retraso ya no es posible. Hemos intentado encontrar una salida pero no podemos... Esta huelga no se debe a la llamada de los dirigentes, sino a la de los meh involucrados".

3

El grueso de la huelga recayó en el distrito de Pittsburgh, corazón de la industria siderúrgica estadounidense.

En previsión de la huelga, ¿qué vemos? [En la región de Pittsburgh se han reclutado miles de ayudantes del sheriff en varias de las plantas más grandes. La Policía del Estado de Pensilvania se ha concentrado en puntos de mando. En otros lugares las autoridades han organizado cuerpos de veteranos de guerra como oficiales especiales. Sólo en McKeesport, 3000 ciudadanos han prestado juramento como agentes de policía especiales sujetos a llamada instantánea. Es como si se hubieran hecho preparativos para la guerra.

A lo largo del río Monongahela desde Pittsburgh hasta Clairton, una distancia de 20 millas, más de 25.000 hombres estaban bajo las armas. En algunas ciudades había un ayudante del sheriff por cada huelguista, y éste iba desarmado. Profesionales y pequeños empresarios fueron juramentados. Pocos de ellos se atrevían a rechazar la insignia; porque el oeste de Pensilvania pertenecía en cuerpo y alma al Steel Trust, y la vida de toda la región giraba en torno a esa industria. Los deseos de los superintendentes de las fábricas eran órdenes para los alcaldes y jefes de policía y empresarios locales. Las empresas siderúrgicas no pidieron tropas. Sus propios ejércitos, dirigidos por sus propios funcionarios, eran lo suficientemente numerosos como para reprimir la huelga.

Pero aun así, el 30 de septiembre casi 400.000 trabajadores de la siderurgia estaban en paro en Pensilvania, Ohio, Illinois, Colorado, Virginia Occidental, Michigan, Alabama y el estado de Nueva York. En muchos distritos el paro era total.

165

La libertad de expresión y de reunión fue totalmente abolida en el corazón de la zona siderúrgica de Estados Unidos, con los cosacos galopando

por las calles, golpeando a hombres y mujeres, disparándoles, arrastrándoles a la cárcel, pisoteándoles bajo los cascos de sus caballos "de la manera", como dice Foster, "y en las circunstancias mejor calculadas para infundir terror en sus corazones". En Braddock, Pennsylvania, la policía atacó un cortejo fúnebre desde una emboscada, apaleó a los participantes y los dispersó a los cuatro vientos. En la misma ciudad, una congregación católica eslovaca, al salir de la iglesia, fue atacada repentinamente por los alguaciles, apaleada y pisoteada por los caballos, sin motivo alguno, salvo que el sacerdote era conocido por ser un apasionado simpatizante de la huelga. Al día siguiente, los cosacos se lanzaron al galope contra un grupo de hijos de molineros que volvían de la escuela. La policía tenía la costumbre de subir a las aceras para atropellar a los peatones. A menudo entraban en los portales de las casas, ¡y uno puede imaginarse fácilmente el terror de alguna pobre mujer bohunk cuando se enfrentaba a un jinete blandiendo un garrote dentro de su propia casa!

Los cosacos a caballo impidieron el acceso de la gente a las tiendas de comestibles, ¡un esfuerzo por matarlos de hambre! En Farrell, Pennsylvania, los cosacos mataron a tres personas en un solo día y 11 resultaron heridas. Una mujer recibió un disparo en la espalda cuando se dirigía a la carnicería.

Podría citar literalmente *cientos* de casos de este tipo.

Además de los cosacos, las compañías contaban con cientos y miles de pistoleros, la llamada policía de empresa, que rara vez perdía la oportunidad de abatir o matar a un huelguista. Los piquetes, por supuesto, estaban descartados. Los huelguistas lo bastante temerarios como para intentarlo eran golpeados y arrestados, y a menudo encarcelados sin fianza. Aquí y allá, turbas de pistoleros irrumpían en las casas y obligaban a la gente a punta de pistola a volver al trabajo. Los que no se dejaban obligar eran detenidos por alteración del orden público. Las cárceles se llenaron de huelguistas detenidos.

Sin embargo, los propios huelguistas, siguiendo las órdenes de sus comités de huelga, se abstuvieron casi por completo de la violencia. Se dejaron apalear y derribar, disparar y encarcelar, sin luchar. De hecho, contraatacar habría sido inútil.

Antes de que la huelga cumpliera dos semanas, grupos de empresarios y profesionales de todas las ciudades fabriles de Pensilvania iniciaron los llamados movimientos de "vuelta al trabajo". Celebraron reuniones en las que decían a los huelguistas que sus dirigentes eran unos sinvergüenzas y unos estafadores y, lo que es peor, que lo más sensato que podían hacer era volver al trabajo.

A mediados de octubre aparecieron enormes carteles en las calles: "La huelga ha fracasado", con una imagen del Tío Sam gritando sobre el humo de una acería: "¡Volved al trabajo! — ¡Idite Natrag Na Posao! — Chodte Nazad do Roboty", y así en siete idiomas.

166

En noviembre, los huelguistas aterrorizados empezaron a abandonar las filas y a volver al trabajo según las condiciones de las empresas.

Entonces llegó el invierno, el frío y el hambre. Los comités de huelga apenas tenían fondos y los trabajadores, desesperados, se vieron obligados a volver a trabajar por cualquier salario. Los cosacos, el frío invierno y el hambre les hicieron retroceder.

A finales de diciembre, menos de 100.000 trabajadores seguían en huelga. El comité nacional había gastado más de 400.000 dólares, sólo para verse derrotado por el brutal poder de la Steel Trust. El coraje había rezumado de los trabajadores y estaban a la deriva, volviendo a hurtadillas al trabajo, empujados por la necesidad y el miedo.

Sólo había una cosa que hacer: poner fin a la huelga. Foster tenía muy poco apoyo de los grandes sindicatos que habían estado detrás del movimiento en 1918. La prensa de prácticamente todo el país estaba en contra de la huelga, bien no publicando noticias sobre la brutalidad de la policía, bien caracterizando el movimiento como inspirado por los bolcheviques, como algo antiamericano, malvado, anarquista. La huelga terminó por desangrarse lentamente.

En consecuencia, en enero se desconvocó oficialmente la huelga. En la oscura sala situada frente a la oficina del comité nacional, los trabajadores del acero, viejos y jóvenes, sollozaron a voz en grito cuando escucharon la lectura de la orden que ponía fin a la huelga.

Foster y los dirigentes sindicales que le habían ayudado en la huelga regresaron a Chicago.

Evidentemente, la no violencia era un mal método para obtener reivindicaciones de los empresarios.

"¡Dinamita! ... ieso es!". Y no pasó mucho tiempo antes de que volvieran a estallar bombas en nombre de los sindicatos, primero en Chicago, más tarde en Nueva York y en otros lugares.

Capítulo 28

El atropello de Centralia

La batalla en la industria siderúrgica seguía su curso cuando, el 11 de noviembre de 1919, los ciudadanos respetables de Estados Unidos se conmocionaron al leer la noticia del asesinato de cuatro hombres de la Legión Americana a manos de miembros de la IWW en Centralia, Washington. La prensa reaccionaria anunció que estos ex-soldados, "héroes", mientras desfilaban con sus uniformes para celebrar el primer aniversario del armisticio, fueron masacrados por los wobblies a sangre fría — asesinados desde una emboscada sin provocación de ningún tipo. El incidente fue caracterizado como un ultraje, nada menos, y exagerado al máximo por los diversos órganos del superpatriotismo y la histeria anti-roja.

De hecho, detrás del ultraje había una larga serie de ultrajes mucho mayores —perpetrados contra los trabajadores por los capitalistas de la industria maderera del noroeste, las autoridades controladas por los capitalistas y las turbas patrióticas a lo largo de Puget Sound— que el asesinato de cuatro legionarios.

El incidente de Centralia fue una especie de clímax de una larga lucha por parte de los madereros y aserradores del noroeste para obligar a la Lumber Trust, cuyo carácter y acciones no eran muy diferentes de los de la Steel Trust, a mejorar su suerte. Los salarios eran bajos y la jornada laboral larga. Los trabajadores tenían que comprar sus puestos de trabajo a los tiburones del empleo en las ciudades, y para mantenerlos a menudo se veían obligados a dividir sus bajos salarios con jefes sindicales desmesurados. Vivían en barracones mugrientos y abarrotados, inferiores a los establos de las ganaderías, normalmente a cientos de kilómetros de cualquier ciudad. Antes de que los sindicatos de leñadores adquirieran fuerza, estas condiciones prevalecían prácticamente en toda la industria maderera, no sólo en el noroeste, sino también en los bosques de Maine y del sur.

Los sindicatos de trabajadores de la madera empezaron a ser efectivos cuando la IWW invadió el noroeste. En 1912, varios grupos pequeños se

unieron al gran movimiento sindical, que pronto se conoció como la "bestia de la madera". Fue tratado en consecuencia por los intereses madereros y por las autoridades, que estaban controladas por el Lumber Trust al igual que las autoridades del oeste de Pensilvania estaban controladas por el Steel Trust. La AF of L había intentado organizar a los madereros, pero la *grandeza* de la tambaleante idea de un gran sindicato tenía más atractivo para estos trabajadores que los estrechos y estrechos principios del sindicalismo puro y simple.

Inmediatamente después de que los wobblies llegaron a la región maderera del noroeste, empezaron a producirse huelgas. En 1912 los IWW fueron encarcelados y apaleados por centenares en Aberdeen, no lejos de Centralia, pero al final de una breve huelga obligaron a los propietarios de los aserraderos a pagar a sus trabajadores 2,50 dólares al día. En los cinco años siguientes, los wobblies libraron muchas otras batallas con éxito, sin apenas conocer la derrota, y las condiciones en los campos madereros mejoraron gradualmente. Los salarios eran más altos, la comida mejor y las literas estaban más limpias.

168

La IWW se convirtió en una potencia en los bosques del noroeste con la que el Lumber Trust tuvo que contar.

En 1916 empezaron a agitar en favor de la jornada laboral de ocho horas. Ganaron su derecho a celebrar reuniones invadiendo comunidades *en masa*, pero sus victorias nunca fueron fáciles. En un capítulo anterior he mencionado la masacre de Everett, pero los wobblies tuvieron otros encuentros con los pistoleros de la Lumber Trust en los que decenas de ellos perdieron la vida.

Hacia mediados de 1917, después de que Estados Unidos entrara en guerra, la demanda de madera en varias industrias se hizo tremenda, y las empresas madereras, aprovechando la situación, empezaron a subir los precios hasta las nubes. De hecho, algunas los aumentaron de 16 a 116 dólares por cada mil pies en pocos días, y antes de finales de 1917 estaban vendiendo abeto para los aviones del gobierno a 1200 dólares el millar. Y la mayor parte de esa picea no podía utilizarse para aviones. Estas cifras y hechos deben ser tenidos en cuenta, ya que al mismo tiempo los salarios de los trabajadores sólo aumentaron ligeramente allí donde habían hecho huelga y coaccionado a los empresarios para que los aumentaran.

La descarada especulación de la Lumber Trust, con sus pretensiones

patrióticas, avivó las brasas del viejo descontento y en el verano de 1917 la mayor huelga de la historia de la industria maderera estadounidense arrasó los distritos madereros del noroeste. La paralización fue prácticamente total. La industria estaba paralizada. De repente, los tremendos beneficios de la guerra se detuvieron.

Los madereros y otros trabajadores fueron acusados inmediatamente de deslealtad por el Lumber Trust, la prensa, las autoridades locales e incluso el gobierno federal. Se les acusó de atentar contra "nuestra forma de gobierno". La huelga era una "traición". Miles de huelguistas fueron encarcelados y, cuando las cárceles se llenaron, se construyeron toriles. Golpearon a la gente en las calles, la mataron a plena luz del día; asaltaron las sedes sindicales. Miles de personas fueron metidas en vagones y deportadas, es decir, llevadas a zonas solitarias, a cientos de kilómetros de sus hogares, y luego expulsadas. Decenas de personas fueron alquitranadas y emplumadas. Varios fueron llevados de noche a puentes ferroviarios solitarios y ahorcados.

La opinión pública se volvió fácilmente en contra de la huelga. El país estaba enloquecido por la guerra, históricamente patriótico, y los del "cien por cien" no tuvieron problemas para convencer a la gente de que la huelga tenía motivos proalemanes, era antiamericana, un peligro para "nuestras instituciones" y "nuestra bandera", aunque uno de los magnates madereros más poderosos del noroeste, sumo sacerdote del odio sindical, era natural de Prusia!

169

¡Hay que acabar con la huelga!

Y así fue. El país entero, cegado por la guerra, se volvió contra la IWW. Turbas armadas de empresarios patriotas, algunos de ellos vestidos de uniforme, atacaron las salas y oficinas de la IWW, saquearon los escritorios, destrozaron todas las ventanas y muebles, quemaron libros y papeles. Los secretarios sindicales fueron secuestrados y obligados a correr la voz de alarma. Los miles de personas que se encontraban en las cárceles y en los toriles no recibían alimentos durante días. Quizá nunca se conozca toda la historia de las atrocidades cometidas en aquella huelga. Matar a un wobbly era un acto más patriótico que matar a un alemán.

La huelga se rompió, pero a partir de entonces los salarios en los bosques aumentaron considerablemente. Cientos de wobblies permanecieron en las cárceles durante la mayor parte de la participación de Estados Unidos en la

guerra. Cuando fueron liberados, muchos eran meros esqueletos. Varios murieron en el calabozo de hambre y enfermedad.

A lo largo de 1918 fue imprudente que los wobblies dijieran al mundo que lo eran. Los que volvían a trabajar en los bosques escondían sus carnés y credenciales sindicales en sus pesados zapatos. El movimiento pasó a la clandestinidad. Se reunían en secreto y enviaban su paga a las familias de los que habían muerto durante la huelga o estaban en la cárcel.

Sólo en algunas de las ciudades más grandes —Centralia, por ejemplo— siguieron manteniendo sus salas y oficinas sindicales.

2

Inmediatamente después de la huelga, hubo poca actividad en la sala de la IWW en Centralia, pero aun así el lugar fue una fuente de molestia constante para los superpatriotas del Lumber Trust que odiaban a los wobbly.

En abril de 1918 Centralia organizó un desfile de la cruz roja y el préstamo de la libertad. El gobernador de Washington, el alcalde y el jefe de policía de Centralia encabezaban el desfile. Detrás de ellos marchaban los alces, la cámara de comercio y otros organismos empresariales, cívicos y fraternales. En la retaguardia de la fila iba también una banda de hombres que, según la IWW, eran matones contratados y dirigidos por un tal F. B. Hubbard, entonces presidente de la asociación de empresarios del estado de Washington.

El desfile pasó por delante de la tambaleante sala. Desde algún lugar en la retaguardia de la procesión un hombre gritó: "¡Vamos a asaltarlo!" Otra voz gritó: "¡Arriba y a por ellos, chicos!"

Una turba salió corriendo de la línea de marcha y asaltó el pequeño edificio de madera. Rompieron ventanas y puertas. Dentro, los matones derribaron los tabiques, rompieron sillas, mesas y cuadros.

Los pocos wobblies que se encontraban en el edificio fueron rodeados, golpeados y conducidos a la calle, donde fueron obligados a presenciar la quema y demolición de muebles, archivos, libros y una máquina de escribir. Una victrola y un escritorio fueron llevados al centro de un solar vacío y subastados in situ en beneficio de la cruz roja. (Un empresario local compró

la victrola y presumió patrióticamente de su posesión muchos años después. El propio Hubbard adquirió el escritorio).

170

Luego, la docena de wobblies fueron dejados inconscientes, cargados en un camión, llevados fuera del condado y arrojados.

Este fue el primer asalto a la sala de la IWW en Centralia, y durante un año a partir de entonces los wobblies no tuvieron sede allí.

Luego, en el verano de 1919, la IWW abrió otra sala en Centralia.

Pocos meses después del armisticio, el gran movimiento sindical se hizo de repente muy poderoso a lo largo de Puget Sound. La IWW se hizo con algunos de los sindicatos más importantes de Seattle, Spokane y Tacoma. Durante un breve periodo, ataron los cabos de las grandes industrias, incluido el puerto de Seattle, y fueron el elemento dominante en esas comunidades.

En los bosques, los salarios de guerra disminuían y los leñadores se volvían locos a plena luz del día, reuniéndose públicamente, con Centralia como lugar central del movimiento de los leñadores. La patronal del estado de Washington concentró su campaña contra la IWW en Centralia. F B Hubbard y su lugarteniente, George F Russell, establecieron su cuartel general en la cámara de comercio de Centralia.

En el verano de 1919, otro de los que más odiaba a los wobbly en Centralia era Warren O. Grimm, un típico joven pulcro, de buena familia, un aristócrata de pueblo, que había estado con las fuerzas americanas en Siberia y cuya principal apuesta para distinguirse en el pueblo era su aversión por el nuevo gobierno soviético en Rusia. Había participado en el asalto a la sala de la IWW en 1918. A su regreso de Siberia, se convirtió en líder del puesto local de la Legión Americana y en aliado de Hubbard y Russell. Pronunció discursos sobre la "nacionalización de las mujeres en Rusia" y llamó a la IWW los bolcheviques americanos. Defendió el trato duro de los wobblies.

Ya en los meses de verano se hablaba de que el nuevo local de la IWW sería asaltado. En una reunión pública, Hubbard gritó al jefe de policía de la ciudad: "¡Es un maldito ultraje que se permita a estos hombres permanecer en Centralia! Con ley o sin ella, si yo fuera jefe de policía, no se quedarían aquí ni 24 horas".

En boletines oficiales periódicos y ampliamente distribuidos, firmados por George F. Russell, secretario gerente de la asociación patronal, se

instaba a los empresarios a "suprimir la agitación... colgar a los bolcheviques... encarcelar a la IWW... deshacerse de la IWW... importar mano de obra japonesa... importar mano de obra china... utilizar la cuerda... mantener el sentimiento público [contra la IWW]".

En una reunión de empresarios y propietarios de Centralia celebrada en junio en los salones de la Cámara de Comercio, Russell insistió en la necesidad de una organización especial para proteger los derechos de propiedad de las intrusiones de todos los enemigos del gobierno. Se permitió una larga diatriba contra la IWW, a la que calificó de la organización más peligrosa de América y a la que los buenos ciudadanos debían aplastar. En esta reunión se organizó la Liga Protectora de Ciudadanos de Centralia, de la que Warren O Grimm se convirtió en uno de sus principales líderes.

171

El 19 de octubre, el Centralia *Hub* instó a todos los empresarios de Centralia a asistir a una reunión que se celebraría al día siguiente —tres semanas antes del asesinato de los cuatro legionarios— en el Elks Club con el fin de idear formas y medios para abordar el problema de la IWW. El comandante William Scales, de la legión local, presidió la reunión. Hubbard habló sobre la amenaza de la IWW, que debía ser expulsada de la ciudad. Organizaron un comité secreto de varios legionarios. Grimm era miembro del comité y el 6 de noviembre fue elegido comandante del puesto, ocupando el lugar de Scales, que había dimitido por él.

En los últimos días de octubre y primeros de noviembre hubo frecuentes referencias a los trabajos del comité secreto en el Centralia *Hub and Chronicle*.

Al otro lado de la valla, a lo largo del verano y el otoño de 1919, los wobblies fueron, característicamente, no violentos, pacíficos, llevando a cabo su trabajo de agitación y organización estrictamente dentro de la ley. De hecho, sólo unas semanas antes del atropello del día del armisticio, el jefe de policía de Centralia trató de disuadir a Hubbard, Russell y Warren Grimm de que hicieran algo violento, ya que, en su opinión, "la IWW no viola ninguna ley en Centralia". C.E. Grimm, hermano de Warren, que no estaba totalmente de acuerdo con la persecución, comentó: "No hay ninguna ley por la que se les pueda echar de la ciudad".

La IWW, con la redada de 1918 aún fresca en la memoria, empezó a tomarse en serio las historias sobre el comité secreto. Imprimieron un

folleto y lo distribuyeron en Centralia, apelando a la ciudadanía de la ciudad en favor del juego limpio.

3

El 6 de noviembre, el puesto de Centralia de la Legión Americana se reunió con un comité de la cámara de comercio para organizar un desfile el 11 de noviembre, o día del armisticio, un desfile patriótico en el que los chicos llevarían sus uniformes.

La nueva y tambaleante sala estaba en una zona apartada de la ciudad, pero los comités decidieron dirigir la marcha por delante de ella para, como dijo Scales, uno de los miembros del comité secreto, "demostrarles lo fuertes que somos". Se dio a entender que se daría la orden "¡Ojos, derecha!" cuando los legionarios y los empresarios pasaran por delante de la sede del sindicato. Obviamente, esto no era más que una excusa del comité secreto para llevar el desfile a donde ellos querían, atrayendo a personas que no tenían ningún deseo de asaltar la sala para que participaran en la maniobra.

El 11 de noviembre, cuando la división Centralia de ex militares llegó a la sala de la IWW, un legionario con uniforme de teniente del ejército hizo sonar su silbato, que, según insistieron posteriormente los wobblies, era la señal para el asalto, y casi instantáneamente empezaron a estallar las armas, se rompieron puertas, se estrellaron ventanas, cayó gente muerta y herida, mientras los paradistas se dispersaban en todas direcciones.

172

Para contar lo que realmente sucedió y el orden en que ocurrió, se necesitaron casi 300 testigos en el juicio que siguió, y el testimonio fue tan irremediabilmente contradictorio en puntos importantes que las diferencias de opinión, quizás, nunca se eliminarán. El estado alegó que el desfile, al girar una corta distancia antes de llegar a la sala de la IWW, se desorganizó un poco y que los ex militares de Centralia se detuvieron para cerrar filas; y que mientras los hombres de delante marcaban el tiempo para permitir que los de atrás cerraran filas, los manifestantes recibieron disparos desde cuatro lugares sin la menor provocación. Estos cuatro lugares eran dos hoteles situados enfrente de la sala de la IWW, Seminary Ridge, una elevación de terreno cercana a la sala, y la propia sala.

La defensa alegó que el desfile se detuvo frente a la sala de la IWW como

parte de un plan preconcebido para expulsar a la IWW; que, en cuanto se detuvo el desfile, se precipitaron sobre la sala desde las filas de la calle; y que no se efectuaron disparos desde los hoteles. Se admitió que se efectuaron disparos desde Seminary Ridge y la sala, pero se alegó que se hicieron en defensa propia y de la propiedad.

El tiroteo se saldó con varios heridos y el asesinato de cuatro ex soldados, entre ellos Warren O Grimm.

Tras el tiroteo, todos los sospechosos de pertenecer a la IWW de la zona fueron detenidos y durante días hombres armados buscaron fugitivos por los alrededores. Once personas, todos wobblies, fueron finalmente acusados del asesinato de Grimm. Eran Smith, McInerney, Becker, Sheehan, Faulkner, Morgan, Everset, Bert Bland, O C Bland, Roberts y John Lamb. Morgan rechazó las pruebas del Estado y no fue juzgado, y Everset fue sacado de la cárcel de la ciudad la noche siguiente al tiroteo y, tras ser indeciblemente torturado, fue linchado: ahorcado bajo un puente cerca de Centralia, con los faros de los automóviles de la turba encendidos sobre su cuerpo.

Siguió un juicio largo, tenso y complicado.

Desde el principio del juicio, gran parte del público estaba compuesto por ex militares, marineros y soldados, de uniforme. Estaban allí por efecto moral. Poco después de que la defensa iniciara su alegato, un destacamento de tropas estadounidenses fue enviado desde el cercano Camp Lewis y acampó cerca del tribunal. Por otra parte, la presencia de un gran número de ex militares, las acusaciones de que los intereses de la acusación eran antilaborales y la intensidad del sentimiento en toda la sección llevaron a varias organizaciones sindicales —no de la IWW— del estado de Washington a enviar delegados para presenciar el juicio. Se les denominó "jurado laboral". Se interesaron muy activamente por el juicio y redactaron un veredicto o informe en el que concluían unánimemente que los acusados eran inocentes; que la sala de la IWW había sido asaltada ilegalmente por una turba de ex soldados antes de que se disparara un tiro; que Grimm había participado en una conspiración para acabar con la IWW; y, por último, que los hombres no habían tenido un juicio justo porque el tribunal había descartado pruebas materiales que tendían a demostrar en detalle una conspiración para asaltar la sala.

El informe del "jurado laboral" fue incuestionablemente justo. Las decisiones del juez Wilson a lo largo del juicio fueron claramente contrarias

a la IWW. No permitió que se mencionara el hecho de que Grimm había participado en el asalto a la antigua sala de la IWW en 1918. Los testigos que declararon haber visto a Grimm dirigiendo el asalto el 11 de noviembre de 1919, fueron arrestados rápidamente por perjurio al salir de la sala. Finalmente, el juez instruyó al jurado que la ley de autodefensa no autorizaba la colocación de personas armadas en posiciones exteriores en defensa de las viviendas personales, o de la propiedad dentro de las viviendas, y que un asesinato desde tal posición era un crimen.

Siete de los hombres fueron declarados culpables de asesinato en segundo grado y condenados a penas de entre 25 y 40 años de prisión — obviamente, no porque fueran culpables de la muerte de Grimm, ya que la acusación no probó que ninguno de ellos le hubiera disparado personalmente, sino principalmente porque eran los miembros más activos e inteligentes del sindicato de trabajadores de la madera de Centralia. Seis de los jurados del caso declararon posteriormente bajo juramento que habían sido aterrorizados para que emitieran el veredicto de culpabilidad.

4

No pocos wobblies de la costa del Pacífico llegaron a creer que el tiroteo del día del armisticio de 1919 había sido iniciado por alguien relacionado con el comité secreto Hubbard-Russell-Grimm desde las ventanas del hotel situado frente al salón de la IWW. De hecho, se ha teorizado que Grimm fue una víctima elegida deliberadamente por la asociación de empresarios, uno de cuyos agentes, tal vez, lo había matado antes de que ninguno de los wobblies hubiera disparado. La teoría es que la asociación de empresarios quería asegurarse de culpar de su muerte a los wobblies porque era el héroe de guerra más destacado de Centralia.

No hay duda, sin embargo, de que algunos wobblies dispararon a los manifestantes, o más bien a los asaltantes, desde su sala y desde Seminary Ridge, aunque es cuestionable si alguno de los siete hombres que fueron condenados había disparado. Pero fueran quienes fuesen los francotiradores de la IWW, no cabe duda de que sus disparos contra la turba patriótica están justificados por motivos de defensa propia, defensa propia no sólo en el sentido inmediato de proteger sus propias vidas y el mobiliario de su sala, sino en el sentido de defender su sindicato. Para ellos, la existencia y el

crecimiento de su sindicato eran muy importantes, no sólo para sus vidas personales, sino también para las vidas de miles de familias que no se encontraban cerca de la sala.

Detrás de la indignación, suponiendo que la IWW matara a los cuatro legionarios, estaba la desesperación ciega y dinámica, la voluntad de vivir una vida mejor, de miles de trabajadores, mujeres y niños. Y en su contra estaba la codicia de los empresarios de la madera y otras industrias que, a través de sus agentes, manipulaban la histeria patriótica para ayudarles a aplastar el tambaleante movimiento sindical.

Capítulo 29

Sacco y Vanzetti

A lo largo de 1919, la prensa estadounidense, al igual que la de otros países capitalistas, publicó informes casi diarios sobre las diversas monstruosidades y atrocidades de la revolución rusa, junto con predicciones de la inminente caída del régimen soviético. A medida que estas profecías fracasaban y el experimento bolchevique se convertía cada vez más en un desafío al capitalismo, mientras sus simpatizantes se multiplicaban en todos los países capitalistas, la histeria anti-roja y el cientipercenismo militante se apoderaron prácticamente de todas las comunidades de Estados Unidos. Como ya se ha dicho, muchos industriales mal informados y estúpidos, inquietos de conciencia por sus ganancias de la guerra, creían francamente que la revolución estaba a la vuelta de la esquina si no se tomaban medidas enérgicas contra la agitación radical. Este miedo fue explotado y cultivado — con resultados espantosos— por alarmistas profesionales que se metieron en el negocio de la histeria patriótica para promocionarse políticamente y de otras maneras. Periódicos y propagandistas contratados por las asociaciones patronales fomentaron sentimientos anti-rojos para justificar ante el público las brutalidades en la represión de levantamientos como la gran huelga del acero y movimientos organizativos como el de los trabajadores de la madera en el noroeste. *"¡Nuestras instituciones están en peligro! ¡Proteged la bandera!"*

El presidente Wilson era un hombre enfermo; su fiscal general, A. Mitchell Palmer, habiendo desarrollado grandes ambiciones políticas, se propuso ganarse las gracias de los grandes capitalistas acosando y hostigando a los radicales con total indiferencia por la legalidad, y especialmente a los radicales de origen extranjero, ya que estos últimos parecían predominar en el creciente número de simpatizantes bolcheviques. Bajo la dirección de Palmer—, cientos de agentes del Departamento de Justicia de los Estados Unidos se dispersaron por el país. En su persecución de los rojos, contaron con la cooperación de las autoridades policiales y judiciales locales y de organizaciones superpatrióticas como la Legión

Americana y las Hijas de la Revolución Americana. En muchos casos, las autoridades locales y las sociedades patrióticas se pusieron manos a la obra incluso antes de que los agentes federales comenzaran su trabajo sucio. Los municipios aprobaron ordenanzas contra la agitación radical y varios estados formularon las llamadas leyes contra el sindicalismo criminal. Había que acabar con el radicalismo en todos sus matices. "*¡Salvemos nuestras instituciones de los bolcheviques!*" A los ojos de los del cien por cien, todo radical, por moderado que fuera, por ignorante o incompetente, era una amenaza. Podía derrocar al gobierno. Conozco a gente que, en aquellos días, tenía miedo de leer en público revistas tan moderadamente radicales como *The Nation* y *The New Republic*. Hubo campañas contra los rojos, redadas en salas y oficinas de la IWW y de otros radicales, arrestos masivos, tramas, inculpaciones, el tercer grado y deportaciones, todo en nombre del patriotismo, para salvar al país del bolchevismo.

El acontecimiento más destacado de este periodo de locura fue el caso Sacco-Vanzetti.

175

2

El 3 de mayo de 1920, un impresor italiano, Andrea Salsedo, que acababa de ser detenido en Brooklyn como sospechoso de radicalismo, se precipitó al vacío desde la ventana del undécimo piso de la oficina del Departamento de Justicia de Estados Unidos en Nueva York. Sigue siendo un misterio si saltó o si fue arrojado desde la ventana por empleados del Departamento de Justicia. Un compañero de prisión, Roberto Elia, también sospechoso de radicalismo italiano, fue deportado a toda prisa, pero antes de marcharse había hecho una declaración jurada en la que afirmaba que tanto él como Salsedo habían sido torturados por el Departamento de Justicia para obligarles a confesarse culpables de los cargos que se les imputaban, es decir, que eran anarquistas violentos, y que la pena por ello era la deportación al viejo continente.

Se inició una vigorosa agitación para que se investigara públicamente el asunto Salsedo, y los agentes del departamento de justicia, que intentaban frenéticamente silenciarlo, no escatimaron esfuerzos para detener la agitación.

Los trabajadores italianos organizados de Massachusetts y Nueva York ya

habían exigido la liberación de Salsedo y Elia. Los líderes de este movimiento en Massachusetts eran Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, dos inmigrantes italianos supuestamente relacionados con el llamado grupo de anarquistas Galleani de Boston.

Sacco había llegado a la tierra de promisión a los 17 años y en el transcurso de unos pocos años se había convertido en un experto cortador de calzado, un obrero altamente cualificado y de confianza, siempre trabajando a pesar de sus actividades radicales. Su patrón le consideraba "el cortador de bordes más rápido de los 3000 que han pasado por las puertas de mi fábrica". Trabajaba en Stoughton, cerca de Boston. Su salario era relativamente bueno; llevaba una vida frugal y podía mantener a su mujer y a su hijo y enviar regularmente remesas a sus padres en Toremaggiore, en Italia. En 1918 fue uno de los principales protagonistas de una larga huelga de zapateros que obligó a varios fabricantes de calzado de los alrededores de Boston a aumentar los salarios. Antes había trabajado para la defensa de Ettore y Giovannitti. Tenía entonces 27 años.

Los primeros años de Vanzetti en Estados Unidos habían sido un largo asedio de desempleo y penurias de novato en Nueva York. Luego fue a Massachusetts y trabajó en ladrilleras, canteras y, por último, en fábricas de cuerdas. Vivió en Plymouth, lugar de desembarco de los peregrinos puritanos. Aquí, el moderno peregrino del sur de Europa se ocupó de las máquinas de hilar del Cordage Trust, transformando el cáñamo sisal de la península de Yucatán en cuerdas y cordeles.

176

Cuando Vanzetti llegó a Plymouth, en 1914, los italianos y portugueses que trabajaban en las fábricas de cordelería vivían en peores condiciones que los obreros de Lawrence antes de la huelga de la IWW de 1912. Maridos y mujeres trabajaban codo con codo en las fábricas o se encontraban yendo y viniendo de los turnos de día y de noche. Las mujeres cobraban seis dólares a la semana y los hombres un máximo de nueve dólares.

Vanzetti, que entonces tenía veintitantos años, inició una enérgica campaña de acción económica. También él había oído hablar de la huelga de Lawrence, de Ettore y Giovannitti, y era lector de literatura radical extrema.

En enero de 1916, debido principalmente a la agitación de Vanzetti, unos 4.000 trabajadores de la cordelería se declararon en huelga en Plymouth, paralizando todo el trabajo en la industria. Fue la primera huelga a la que se enfrentó el Cordage Trust, y ello en plena temporada alta, cuando llegaban

los pedidos de cordel para la cosecha del verano siguiente.

Fue una batalla muy reñida. La policía y los pistoleros contratados especialmente, junto con las amenazas de echar a las familias de las casas propiedad de la empresa, no consiguieron romper la huelga, en gran parte gracias al liderazgo de Vanzetti. Trabajó día y noche dando discursos, recaudando fondos para la huelga y participando en los piquetes.

Se gana la huelga. Los 4.000 trabajadores volvieron al trabajo con salarios más altos, excepto Vanzetti, el líder, cuyos servicios ya no eran necesarios. En la lista negra, se convirtió en pescadero en Plymouth, continuando como líder de los trabajadores del cordaje. De hecho, con su sencillez, se convirtió en una potencia en Plymouth, querido por sus compatriotas que trabajaban en las cordelerías.

Sacco y Vanzetti eran amigos personales y compañeros radicales. Ambos eran extremistas y no estaban totalmente en contra de la violencia. Cuando fueron detenidos, llevaban revólveres y cartuchos, que, según explicaron más tarde, eran un medio de autoprotección. No es imposible imaginar que, como anarquistas, estuvieran aliados de algún modo con terroristas e incluso delincuentes del hampa, pero no cabe duda de que los motivos más poderosos de sus vidas eran altamente idealistas, y su inocencia de los delitos que se les imputan es casi incuestionable.

Eran del tipo de hombres que los agentes del Departamento de Justicia seleccionaban para la deportación en las brutales campañas contra los extranjeros, que los industriales y políticos locales utilizaban para servir a sus propósitos antisindicales. En primer lugar, eran agitadores que animaban a sus compañeros a resistirse a los recortes salariales y a las campañas de apertura de tiendas. Eran líderes.

3

El 5 de mayo, una semana después de la muerte de Salsedo, Sacco y Vanzetti fueron detenidos repentinamente en Brockton, Massachusetts, después de haber organizado una reunión de protesta contra Salsedo para el domingo siguiente. En la comisaría local fueron interrogados minuciosamente sobre sus creencias y sus movimientos la noche de su detención, que se produjo en un tranvía. Se negaron a dar ninguna información concreta, temiendo que, si lo hacían, revelarían los nombres de

sus compañeros del movimiento de Salsedo, que entonces serían objeto del mismo tipo de persecución. Ni ellos ni nadie que los conociera dudaba de que hubieran sido detenidos simplemente como sospechosos radicales.

177

Pero al día siguiente fueron acusados de robo y asesinato. Se les acusaba de pertenecer a una banda de bandidos motorizados que habían llevado a cabo un audaz asalto a plena luz del día en South Braintree, cerca de Boston. El pagador de una gran fábrica de zapatos y su guardaespaldas habían sido asesinados a tiros ante la puerta de la fábrica y se habían llevado los 15.000 dólares que llevaban encima. Una serie de crímenes de este tipo habían conmocionado el este de Massachusetts.

Vanzetti, además, fue acusado de un intento de robo de nómina, en Bridgewater, también cerca de Boston. Por esto fue juzgado apresuradamente en el tribunal del reaccionario juez Webster Thayer. Vanzetti fue declarado culpable y condenado a 15 años de prisión. El carácter del juicio puede medirse por el comentario del juez en su resumen: "Este hombre, aunque puede no haber cometido realmente el crimen que se le atribuye, es sin embargo moralmente culpable, porque es el enemigo de nuestras instituciones existentes."

La noticia de la asombrosa acusación presentada contra estos dos anarquistas despertó a los trabajadores italianos de Nueva Inglaterra, especialmente a los de los alrededores de Boston, a actuar enérgicamente en su defensa. Desde el principio no cabía duda de que se trataba de un montaje. El crimen y los presuntos criminales simplemente no encajaban. El crimen era obviamente obra de bandidos profesionales experimentados. Los presuntos criminales eran hombres pobres y trabajadores de integridad intachable, conocidos por su devoción fanática y abnegada a sus ideales sociales. Tales hombres podían matar o ser asesinados por una causa, pero era tan poco probable que fueran culpables de robo en la carretera como que John D. Rockefeller estuviera implicado en una conspiración comunista.

El caso empezó a atraer la atención nacional. Decenas de sindicatos radicales de diversas partes del país se interesaron por él y contribuyeron al fondo de defensa iniciado por los trabajadores italianos de Massachusetts.

El juicio a Sacco-Vanzetti por el crimen de Braintree comenzó el 31 de mayo de 1921. Duró siete semanas. Por una terrible coincidencia o designio, el juez Thayer también presidió este juicio. Estaba abiertamente predispuesto en contra — de hecho, hostil — de los prisioneros. Era abiertamente antirradical, anti-extranjero, un viejo pilar de las viejas tradiciones de Nueva Inglaterra que ahora se veían amenazadas por el auge de la inmigración europea. No sólo era pro-capitalista y anti-sindicalista, sino pro-Nueva Inglaterra, pro-nórdico, pro-Back Bay, anti-extranjero, anti-italiano.

178

La acusación se basó principalmente en la declaración de testigos que habían presenciado el crimen o identificado a uno o a ambos acusados como miembros de la banda, o que juraron haberlos visto en Braintree el día del asesinato. El testimonio de estos testigos —declarado 14 meses después del suceso— fue confuso y contradictorio. Uno juró que Vanzetti conducía el coche del bandido; otro, que estaba sentado junto al conductor; otro, que estaba en el asiento trasero. Uno juró que Vanzetti llegó a Braintree en tren la mañana del asesinato; otro que llegó en tren la noche anterior. Como montaje, que sin duda lo era, era una burda pieza de trabajo.

Los testigos que "identificaron" a Sacco se mostraron igualmente confusos, contradictorios e inseguros en el interrogatorio.

Por otra parte, nueve testigos de Boston declararon haber visto y hablado con Sacco en esa ciudad durante la tarde del 15 de abril. (El asesinato tuvo lugar a las tres.) Entre ellos estaba el empleado del Consulado italiano, que juró que unos minutos antes de las tres Sacco había entrado en su oficina en busca de un pasaporte para ir a Italia.

La declaración de todos estos testigos no se vio afectada en absoluto por el interrogatorio de la acusación.

Lo mismo ocurrió con Vanzetti. Seis testigos juraron haberle visto y conversado con él el día del asesinato en Plymouth, a 35 millas de Braintree, donde estaba, como de costumbre, vendiendo pescado. Y esta evidencia también resistió la prueba del contrainterrogatorio.

Pero, a pesar de todo, el juez falló en contra de los dos proletarios. Se refirió a ellos como "conscientes de su culpabilidad como asesinos o como holgazanes y radicales" — holgazanes porque ambos se habían negado a hacer el servicio militar en la guerra. Jugó con los prejuicios raciales de los

miembros del jurado. De hecho, desde el principio hasta el final, utilizó todos los recursos teatrales para llevar al jurado a un frenesí anti-extraterrestre.

El veredicto fue culpable; la sentencia, la muerte. El juez Thayer, característicamente, no miró ni una sola vez a los prisioneros mientras los condenaba a la silla.

El 9 de abril de 1927, tras la sentencia dictada contra los dos italianos, Vanzetti, en una asombrosa exaltación de espíritu, dijo:

Si no hubiera sido por [este caso], podría haber vivido toda mi vida, hablando por las esquinas a los hombres que me desprecian. Podría haber muerto, sin nombre, desconocido, un fracasado. Ahora no somos un fracaso. Esta es nuestra carrera y nuestro triunfo. Nunca en toda nuestra vida podremos realizar una labor en favor de la tolerancia, de la justicia, de la comprensión del hombre por el hombre, como la que ahora realizamos por accidente. Nuestras palabras — nuestras vidas — nuestros dolores — ¡nada! La toma de nuestras vidas — vidas de un buen zapatero y un pobre vendedor de pescado — ¡todo! El último momento nos pertenece — ¡esa agonía es nuestro triunfo!

Que, con toda probabilidad, será el veredicto de la historia.

5

Tras el juicio hubo seis años de indescriptible agonía para Sacco y Vanzetti y, en menor medida, para quienes estaban vitalmente interesados en que se hiciera justicia en su caso.

179

La defensa solicitó un nuevo juicio alegando que el primero había sido ilegal. El juez Thayer rechazó la moción. Ese mismo día asistió a un partido de fútbol en Dartmouth, donde se le oyó jactarse en voz alta ante un profesor conocido suyo: "¿Viste lo que les hice a esos bastardos anarquistas el otro día? Supongo que eso los detendrá por un tiempo. Que vayan ahora al Tribunal Supremo a ver qué les sacan".

El caso fue remitido a tribunales superiores, tras lo cual se prolongó tortuosamente durante los primeros años de la década de 1920, mientras el mundo entero se interesaba por lo que más tarde empezó a llamarse la pasión de Sacco y Vanzetti, dando a entender que su calvario era comparable

al de Jesucristo y otros mártires, reales y legendarios, de la historia de la humanidad. Durante todo ese tiempo, Sacco y Vanzetti estuvieron en la cárcel y, como dijo el London *Outlook* en 1927, se convirtieron en "un símbolo para millones de personas en todo el mundo como víctimas del sistema de justicia 'capitalista', que tiene una ley para los pobres y otra para los ricos".

Las apelaciones a tribunales superiores fueron en vano, pues todos los cargos judiciales más altos del estado de Massachusetts estaban ocupados por fieles servidores del capitalismo de Nueva Inglaterra y de la aristocracia de Back Bay, con sus tradiciones decadentes. Pero, a medida que el caso se alargaba, trabajadores y liberales con medios, nativos y nacidos en el extranjero, contribuyeron con más de 300.000 dólares para la defensa de Sacco y Vanzetti.

Finalmente, el gobernador de Massachusetts se convirtió en el único organismo oficial que podía salvar a Sacco y Vanzetti, y él —Alvan T Fuller, de nombre— era un plutócrata de Nueva Inglaterra que estaba más directamente interesado en la supresión de la agitación radical entre los trabajadores extranjeros que incluso el juez Thayer. Los llamamientos a la clemencia llegaron a la Casa de Estado en Boston por cable y telegrama desde todas partes del mundo. Hubo manifestaciones en algunas de las principales ciudades de Estados Unidos. En países extranjeros, simpatizantes de Sacco-Vanzetti desfilaron ante embajadas y consulados americanos.

Fuller parecía decidido desde el principio a ejecutar a Sacco y Vanzetti. Sin embargo, el asunto estaba demasiado crudo y dudó en asumir la responsabilidad final. Por lo tanto, nombró un consejo asesor formado por el juez Robert Grant, el presidente de Harvard A Lawrence Lowell y el presidente del Instituto Tecnológico de Massachusetts Samuel W. Stratton, los tres pilares de las tradiciones de Nueva Inglaterra, los tres infaliblemente fieles al sistema social y económico existente, antirradicales, pronórdicos y anti-inmigrantes.

Pasó el tiempo, meses interminables.

Por fin, el 10 de agosto de 1927, el gobernador anunció la decisión: Sacco y Vanzetti deben morir. Su juicio, afirmó, había sido justo; eran culpables, la mayoría de los testigos de la defensa eran mentirosos, etcétera, etcétera.

La reacción mundial a la decisión Fuller-Grant-Lowell-Stratton fue intensa. Se rompieron las ventanas del consulado americano en Buenos Aires. Expresiones de horror e indignación llegaron de un país tras otro. El Primer Ministro Ramsay MacDonald de Gran Bretaña exclamó: "¡Todo el asunto es demasiado terrible!" El ex Primer Ministro Herriot de Francia declaró: "Estoy en contra de este castigo que ha durado siete años. Sacco y Vanzetti deberían ser liberados. Se han ganado tal medida de clemencia". El London *Daily News* dijo que "nadie debería ser tratado como estos hombres, hayan hecho lo que hayan hecho". Y el Paris *Temps*—. "Deseamos ver perdonados a estos hombres, sean inocentes o culpables, porque creemos que ya han sufrido bastante en estos siete años de pesadilla".

El gobernador Fuller concedió un respiro de 12 días. Esto sólo sirvió para prolongar la tortura. Fueron 12 días de extrema tensión en todo el mundo. En el metro de Nueva York y otros lugares estallaron bombas programadas y colocadas de forma que no mataran a nadie. En Boston no se permitieron reuniones ni manifestaciones.

La defensa intentó a última hora aplazar la ejecución. Se recurrió a los jueces del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, sin resultado; no estaban facultados para actuar en el caso.

Justo después de la medianoche del 22 de agosto, el buen zapatero y el pobre vendedor de pescado fueron ejecutados por el estado de Massachusetts. Murieron con dignidad, sin miedo, sin que nada en la forma de su muerte hiciera tambalear la creencia de muchas personas de que eran totalmente inocentes del crimen.

La noche de la ejecución reinaba una tensión terrible, no sólo en Boston, sino en las principales ciudades de Estados Unidos y del mundo entero, como si el asesinato de Sacco y Vanzetti fuera un acontecimiento de la mayor importancia. Y sin duda lo era. Personas sensibles que no tenían más que una vaga noción de lo que había detrás del espantoso asunto buscaban la compañía de los demás, en una especie inarticulada de desesperación y agonía. En Union Square, en Nueva York, se reunió una gran multitud. Cuando se supo que Vanzetti, el primero en morir, había muerto, alguien de la oficina del *Freiheit* colgó de la ventana un cartel en el que se leía,

"¡Vanzetti asesinado!"

— con lo cual, citando la conmovedora descripción del incidente del *New York World*:

La multitud respondió con un sollozo gigante. Las mujeres se desmayaron en 15 o 20 sitios. Otras, sobrecogidas, se dejaron caer en los bordillos y enterraron la cabeza entre las manos. Los hombres se apoyaban unos en los hombros de otros y lloraban. Hubo un movimiento repentino en la calle al este de Union Square. Los hombres empezaron a correr sin rumbo, rasgándose la ropa y rompiéndose los sombreros de paja, y las mujeres se rasgaban los vestidos con angustia.

Pero el estado de Massachusetts aún no estaba satisfecho. El 28 de agosto, cuando 7.000 hombres y mujeres pacíficos marchaban las ocho millas que separan Boston del cementerio de Forest Hills detrás de los cuerpos de Sacco y Vanzetti, y más de 200.000 personas se alineaban en las calles a lo largo de la ruta funeraria, destacamentos de la policía de la ciudad y de la policía estatal atacaron la procesión, hirieron a varios y dispersaron a la multitud.

181

6

El caso Sacco-Vanzetti fue un acto bárbaro y cobarde por parte de una gran mancomunidad, controlada por poderosos capitalistas e industriales con ánimo de lucro, empeñados en aplastar los esfuerzos de los trabajadores extranjeros mal pagados y maltratados por mejorar su suerte. El asesinato de Sacco y Vanzetti no sólo pretendía acabar con el negocio de dos agitadores radicales más bien oscuros, sino ser, en primer lugar, una lección y una advertencia para todos los demás agitadores y posibles agitadores. Como tal, por supuesto, fue un acto de guerra, ya que Sacco y Vanzetti eran soldados en la guerra de clases abierta en el bando de los perdedores.

Mientras Sacco y Vanzetti aún vivían, y el gobernador Fuller podía haberlos salvado, existían pruebas de que el intento de atraco en Bridgewater, por el que Vanzetti fue condenado en primera instancia (condena que fue uno de los factores más importantes en la posterior condena a muerte de Sacco y Vanzetti en el juicio por el crimen de Braintree), había sido perpetrado por dos personajes del hampa de Boston, Frank Silva y James Mede. El gobernador Fuller y su comité asesor, al

estudiar la solicitud de indulto de Sacco y Vanzetti en el verano de 1927, tuvieron conocimiento de esas pruebas. Se negaron a tenerlas en cuenta. Estos cuatro pilares del esquema social y económico de Nueva Inglaterra estaban obligados a decidir por la muerte de los dos líderes sindicales y anarquistas italianos, cuyas actividades entre los trabajadores inmigrantes amenazaban los beneficios de las grandes industrias del estado de Massachusetts y la supremacía de las tradiciones culturales y sociales de Nueva Inglaterra. Detrás de la rigidez mental del comité estaba la maquinaria de todo el gobierno de Massachusetts y la histeria anti-roja que, en ese estado, se mantuvo viva mucho después de que hubiera empezado a menguar en otros lugares de la república. Si Sacco y Vanzetti no eran culpables de robo y asesinato, eran culpables —a los ojos de los poderes capitalistas-patrióticos de Massachusetts— de un crimen aún mayor. Eran dos bastardos anarquistas, enemigos del sistema social y económico del que el gobierno del estado de Massachusetts era una agencia principal.

Un año después de las ejecuciones, *The Outlook* reunió las pruebas de la inocencia de Vanzetti en el crimen de Bridgewater y las publicó en su número del 31 de octubre de 1928. El editor llamó la atención del gobernador Fuller sobre el material, pero el político volvió a negarse a tenerlo en cuenta, demostrando así una vez más que la culpabilidad o inocencia de Vanzetti en el atraco de Bridgewater o en cualquier otro crimen de ese tipo tenía poca importancia. El hecho importante en el asunto era el radicalismo confeso de Vanzetti, su oposición declarada a la orden de la que Fuller era alto beneficiario y sacerdote, y, por lo tanto, Vanzetti y Sacco habían sido debidamente eliminados.

182

En resumen, para concluir esta parte de mi libro, desde el final del caso McNamara en 1911 hasta, digamos, 1920, la mayor parte de la violencia en la lucha de clases en Estados Unidos fue perpetrada por intereses capitalistas organizados, actuando en gran medida a través de sus agentes en el gobierno. Fue un periodo de masacres, montajes, alarmas rojas, arrestos masivos, asesinatos judiciales — acciones sucias, mucho peores que los actos de personajes como Alexander Berkman, Bill Haywood, los McNamaras y la IWW de Centralia. Estos últimos, al menos, no fueron perpetrados por los poderosos contra los débiles, no fueron antisociales, brutales, embrutecedores, inhumanos en sus motivos.

Pero estas masacres, montajes, asesinatos judiciales, no iban a quedar impunes. La guerra de clases continuó y esta venganza, como veremos en los capítulos siguientes, llegó a ser casi tan antisocial e inhumana como los terribles actos que he descrito.

Sexta parte

Chantaje y sabotaje

"¡Lucha o muere de hambre!"

Agitadores comunistas

Capítulo 30

Los inicios del chantaje

Con la nominación republicana de Warren G Harding a la presidencia, lo que significó su elección, el país empezó a volver a la normalidad. Incidentalmente, significó que muchos de los departamentos más importantes de su gobierno nacional pasarían a estar completamente bajo el control de algunos de los capitalistas más deshonestos y desaprensivos bajo el sol. La nominación de Harding, un ingenuo político maquinista de buen carácter, fue la señal para nuevas maniobras antisindicales por parte de los industriales. Esta vez sus esfuerzos se dirigieron no sólo contra la IWW y otros radicales extremos, esfuerzos que ya habían recibido el apoyo de la administración Wilson, sino también contra los sindicatos conservadores establecidos desde hacía tiempo.

Los empresarios, con el poder de su riqueza aumentada por la guerra, aprovechando el desempleo y las caóticas condiciones sociales de la posguerra, así como la histeria anti-roja que habían ayudado a fomentar, comenzaron, a mediados de 1920, campañas a escala nacional para "americanizar" al trabajador estadounidense. Es decir, intentaron acabar con el control de los sindicatos sobre el mercado laboral en determinadas industrias y ciudades, desacreditar la teoría y la práctica del sindicalismo, instituir el "open shop" en todas partes y, cuando fuera necesario, organizar a

los trabajadores en inofensivos sindicatos de empresa controlados desde la oficina central. Había que atraer a los trabajadores y mantenerlos satisfechos con el bienestar de la empresa, las actividades de personal, los seguros colectivos, la participación accionarial de los empleados y otras invenciones por el estilo.

En todo el país, los industriales se niegan a seguir reconociendo y tratando con los sindicatos. Muchos de ellos se negaron por completo a emplear a sindicalistas; y los trabajadores, para conseguir empleo, se vieron obligados a firmar los llamados contratos "perro amarillo".

Los empresarios recurrieron a todo tipo de métodos. Llamaron a su idea el "Plan Americano", una vieja frase que implicaba que cualquiera que estuviera en contra de la tienda abierta defendía algo antiamericano. La palabra "americano", como explica Robert W Dunn, un escritor radical, "había alcanzado su apogeo. Incluso los europeos seguían rindiendo culto al trono. ... Era el momento psicológico adecuado para que los enemigos de los sindicatos etiquetaran su cruzada como 'americana' ". Los empresarios hablaban de libertad industrial, una frase que significaba que querían tener vía libre para explotar a los trabajadores. Los trabajadores, por supuesto, también debían ser libres: aceptar sus salarios o quedarse sin ellos. Algunos de los fanáticos compradores abiertos se negaron a vender sus productos o a comprar materias primas a otros empresarios que no adoptaran el plan estadounidense. Bajaron los salarios casi a la escala de antes de la guerra, mientras que el coste de la vida seguía subiendo. Las huelgas se rompieron con amonestaciones judiciales y pistoleros a sueldo. Esto formaba parte del movimiento de vuelta a la normalidad.

186

2

Durante varios años después del asunto McNamara, el elemento de mano dura de la AFL había escuchado los sermones de Gompers contra la dinamita; pero ahora, la eficacia o la existencia de sus organizaciones estaba amenazada de nuevo. Los líderes de ciertos sindicatos, con el apoyo de los desesperados desempleados, se vieron empujados de nuevo a dinamitar y golpear. Creían que sólo los métodos de mano dura podían salvar a sus organizaciones de la aniquilación. Tenían que mantener la escala salarial que

tanto tiempo les había costado establecer. Tenían que *mantener sus* puestos de trabajo bajo el control del sindicato. Vieron que, dadas las circunstancias, la mejor estrategia posible *sin* dinamita no servía de nada contra las fuerzas organizadas del capital.

Esta última conclusión era especialmente obvia para aquellos dirigentes que, en 1919, habían intentado organizar la industria siderúrgica y habían sido derrotados, como muchos se inclinaban a creer, por ser completamente no violentos, por no enfrentarse a los cosacos en sus propios términos.

Por lo tanto, ¡dinamita! El viejo grito de los anarquistas de Chicago: "¡Dinamita! ... ¡eso es!" — se elevó una vez más, especialmente en Chicago, donde los sindicatos estaban llenos de organizadores que habían sufrido la derrota en la gran huelga del acero.

Sólo que ahora los gorilas eran más cautos, más sutiles. Estaban de acuerdo con Gompers en que no debía —simplemente *no debía*— haber más casos McNamara y Haywood y revelaciones de conspiraciones dinamiteras. Debían actuar con cautela. Los verdaderos dinamiteros y asesinos no deben tener ninguna conexión oficial con las oficinas sindicales, ni ninguna relación estrecha con los dirigentes.

Empezaron a contratar a delincuentes profesionales del tipo que pronto —en 1922— se denominarían "chantajistas", y estos delincuentes se encargaron de los trabajos. Las operaciones de dinamita se llevaron a cabo sobre una base empresarial y no sentimental. A diferencia del semi-idealista James B. McNamara, los chantajistas profesionales no tenían ningún interés emocional o intelectual en el sindicalismo organizado. Lo único que les importaba eran sus honorarios, a cambio de los cuales garantizaban un buen trabajo. Normalmente se les contrataba a través de varios intermediarios, de modo que a veces no sabían en nombre de quién estaban haciendo una maniobra. Y eran, por regla general, matones competentes, prácticamente fuera del alcance de la ley, y no fanáticos como McNamara. Sin embargo, a veces, en los primeros tiempos del chantaje, no habían tenido experiencia previa en el manejo de dinamita y tuvieron que ser entrenados especialmente para realizar trabajos para los sindicatos.

A finales de 1920 volvieron a estallar las bombas, sobre todo en Chicago. De hecho, el crimen organizado a gran escala en Chicago y algunas otras ciudades precedió incluso a las sensacionales guerras entre contrabandistas de los años veinte.

Hubo 50 atentados en Chicago en 1920; 60 más o menos en 1921; aproximadamente el mismo número en 1922; y más de 50 en 1923. Se calcula que más de la mitad de ellos tenían alguna relación con los sindicatos; la mayoría, sobre todo en 1920 y 1921, dañaron edificios en construcción y viviendas de constructores y contratistas poco amigos de los trabajadores organizados.

No hay constancia de incidentes de atracos, pero conocí personalmente a un "Chicagorilla" que era jefe de operaciones de mano dura de un gran sindicato de la construcción en el que las tradiciones de Molly Maguire y Louis Lingg estaban muy vivas, no sólo entre los dirigentes sino también entre los afiliados. En el verano de 1929, habló conmigo con bastante libertad sobre la naturaleza de su trabajo y me dijo que los golpes habían formado parte de las tácticas de su sindicato desde 1920 y que eran incluso más eficaces que las bombas de dinamita.

Era un gorila típico, pasado de la mediana edad, que en ese momento llevaba más de 30 años activo en el movimiento. Era amigo de John J. y James B McNamara, estuvo implicado en la voladura del edificio de Los Angeles Times en 1910, y estaba francamente orgulloso de ello. Fue uno de los lugartenientes de O A Tveitmoe en San Francisco en aquella época, y estuvo presente en la habitación del Hotel Victoria de Nueva York el 2 de diciembre de 1911, cuando Gompers estaba siendo entrevistado por el *New York Times* acerca de la confesión de los McNamara. Sentía un gran desprecio por los *stiffs*, como llamaba a los trabajadores ordinarios, y sólo admiraba a los luchadores.

Me presentó a su matón, un ex pugilista de pesos pesados, que no estaba afiliado a ningún sindicato pero se ganaba la vida a lo grande con los trabajadores organizados. Cobraba 50 dólares por darle un puñetazo en la cara a algún esquirolo o capataz.

Le pedí que me contara algo sobre su trabajo. "Oh, no hay nada que hacer", dijo. "Cubro mis 50, salgo y encuentro al tipo al que quieren golpear. Me acerco a él y le digo: 'Amigo mío, sin ánimo de ofenderte', y le doy *un puñetazo* en la jeta. Nada". Un golpe suyo es suficiente; el baboso suele quedarse inconsciente durante un rato. Cuando se despierta, a menudo en un hospital, suele decidirse a no volver a disgustar a ningún sindicato.

El hombre que conocí no era más que uno de la docena o más de

bateadores profesionales de Chicago. Hacía entre cinco y diez trabajos a la semana, la mayoría para sindicatos. La eficacia de su puño era famosa en Chicago.

Los atentados seguían siendo frecuentes en Chicago en la década de 1930, pero se estima que muy pocos se produjeron por motivos laborales. En 1929 hubo, en más de 100 explosiones, probablemente no más de 15 que tuvieran el sello del terrorismo sindical.

La mayoría de los sindicatos de Chicago habían vuelto a estar a salvo de la destrucción inmediata por parte de los empresarios. La dinamita y los golpes los habían salvado. Esto era especialmente cierto en el caso de los sindicatos de la construcción.

3

El chantaje sindical, como otros tipos de chantaje, no se limitaba en absoluto a Chicago. Simplemente comenzó allí en 1920; después de eso — especialmente a partir de 1925— se produjeron dinamitazos, asesinatos e incendios provocados con gran frecuencia en Nueva York, Brooklyn y otras ciudades industriales donde los sindicatos se encontraron con una fuerte oposición por parte de la patronal.

188

La violencia y el miedo a la violencia fueron a veces los únicos métodos que salvaron a algunos sindicatos del desmayo.

En el verano de 1929, una tarde me senté en casa de un amigo en el Bronx cuando, de repente, la zona se vio iluminada por un feroz incendio. Envolvía un edificio de apartamentos de 16 plantas en construcción pero casi terminado, con toda la carpintería terminada en el interior. Evidentemente, el edificio se había empapado de aceite de carbón de arriba abajo y había ardido. Fue un incidente en la guerra entre chantajistas sindicales y constructores, el tercero de este tipo en el Bronx en pocos meses. Más tarde hubo dos más — el daño total superó los tres millones de dólares. Nunca se detuvo a nadie por este incendiario. Es posible que los constructores supieran quién había contratado a los pirómanos, pero habría sido suicida para ellos o para cualquier fiscal actuar contra ellos.

En el invierno de 1929 hubo una investigación del gran jurado sobre la estafa de los gremios de la construcción del Bronx, pero sus únicos

resultados fueron las acusaciones de Anthony Montforte, el llamado "zar de la extorsión" de los gremios de la construcción, y Michael McClusky, delegado itinerante del sindicato de Lathers, por el cargo de extorsión. Fueron juzgados, condenados y enviados a prisión. Cuando se estaba eligiendo el jurado para el juicio de McClusky, varios cuenteros suplicaron que se les excusara porque tenían miedo.

Tras el juicio, se produjeron incluso asesinatos en Nueva York, por lo que los chantajistas no se dejaron intimidar. Uno de ellos ocurrió en mayo de 1930. Un contratista salió de su casa en Harlem y se dirigió a su coche en la acera, cuando tres pistoleros, disparando contra él simultáneamente, le alcanzaron en la ingle.

En la primavera de 1930 varias casas de contratistas en Brooklyn fueron bombardeadas por la noche, echando a la gente de sus camas. En abril, el capataz de un fontanero fue asesinado a tiros delante de su casa cuando regresaba del trabajo por la noche.

El 8 de agosto de 1930 murió en el Kings County Hospital de Brooklyn Jack Albert, uno de los dos pintores que, tras discutir con su sindicato, fueron atacados por seis hombres unos días antes y apaleados. Su compañero, Morris Leiman, resultó gravemente herido.

El Sindicato de Protección Mutua de Músicos, una poderosa facción de mano dura dentro de la Federación Americana de Músicos de Nueva York, contrató a un tal Antonio Vaccarelli, alias Paul Kelly, un gorila de gran destreza que años antes había ganado fama en huelgas de estibadores. Le nombraron "director comercial" por 20.000 dólares al año, con la misión especial de aterrorizar a los artistas que no pertenecían al sindicato. Durante los años siguientes, hasta que el MMPU finalmente quebró, los músicos que no se afiliaban a la organización eran atacados y apaleados por los matones en los callejones de la entrada del escenario. A decenas de clarinetistas les arrancaron los dientes delanteros y a violinistas y pianistas les rompieron los dedos. Los empleadores de músicos que no pertenecían a la MMPU fueron atacados y sus locales de diversión fueron bombardeados.

189

La violencia de los músicos tampoco se limitó a Nueva York. El 26 de noviembre de 1927, cuatro músicos fueron golpeados en la cara y la cabeza con trozos de tubería de plomo en Englewood, Nueva Jersey. Según la prensa, las víctimas y la policía creían que el ataque había sido patrocinado por el sindicato de músicos, y el teniente detective de la fiscalía de

Hackensack, Nueva Jersey, estaba convencido de que así había sido.

Algunos sindicatos neoyorquinos del sector de la confección tenían fama de mafiosos. En 1927, el año anterior a su asesinato, Arnold Rothstein, jefe de una banda de Manhattan, fue un factor importante en las grandes huelgas de peleteros y trabajadores de la confección, proporcionando a los sindicatos talentos de mano dura y "amañando" a la policía para que no apalease a los huelguistas. Por sus servicios cobraba cientos de miles de dólares. En los tres años siguientes fueron asesinados una docena de confeccionistas. En un caso, un pistolero mató a tiros al propietario de una gran fábrica cuando se subía a un automóvil delante de su planta. El pistolero huyó, y en aquel momento el asesinato era un misterio. Más tarde, sin embargo, un detective, haciéndose pasar por uno de los gánsteres de Al Capone, localizó a las mujeres que habían puesto en aprietos al millonario fabricante y al hombre que lo había matado. Las mujeres confesaron que habían sido contratadas para el trabajo por un hombre relacionado con una organización laboral.

El slugging, por supuesto, también era una práctica muy desarrollada en Nueva York, Brooklyn y el Bronx. De hecho, al igual que en Chicago, sólo se recurría a la violencia extrema —asesinatos y dinamitazos— cuando el slugging y el miedo al ataque resultaban ineficaces.

4

En 1920, cuando el chantaje laboral estaba en pañales, la relación entre gánsters y sindicatos era más bien distante y sencilla. Los sindicatos contrataban a dinamiteros, asesinos y matones y les pagaban por su trabajo, eso era todo. Pero, con el tiempo, los gánsters —estos criminales profesionales que habían comenzado así su lucrativa carrera de violencia gracias a los sindicatos— empezaron a introducirse en las oficinas y asuntos sindicales y, en no pocos casos, se hicieron con el control de las organizaciones.

He demostrado que la dinamita y los disparos a menudo salvaban a los sindicatos del desmayo. Los gánsters que dinamitaban y golpeaban para los sindicatos se dieron cuenta de ello. Se asociaron con los gorilas, que admitieron que su trabajo era *lo importante*; y con el tiempo empezaron a considerarse el factor más importante en los asuntos del sindicato, que de hecho lo eran en tiempos de emergencia. En un momento dado, se les

ocurió que los honorarios que recibían de la tesorería del sindicato eran demasiado bajos para un trabajo tan importante y demasiado irregulares. Así que propondrían dar al sindicato una "protección estable" a tanto al mes. Si los dirigentes sindicales rechazaban esta oferta, a menudo eran expulsados de sus cargos —a veces físicamente, a veces mediante elecciones— y sus puestos eran ocupados por gorilas favorables a la idea de la protección. Pero, por supuesto, pocos dirigentes que en su día optaron por la violencia rechazaron de plano tal oferta, sabiendo perfectamente que podía significar el fin de sus carreras.

190

Pero aunque el proceso que ponía a los gánsteres al mando de los sindicatos era sencillo, a menudo se producían situaciones muy complicadas. Por ejemplo, dos bandas diferentes podían querer dominar el mismo sindicato, en cuyo caso, para evitar guerras en la organización, los funcionarios solían tener que acudir a un tercer jefe de banda, cuyo grupo podía ser mayor que los otros dos juntos, y pedirle que les protegiera, no sólo contra las actividades antisindicales de los empresarios y los esquirols, sino también contra los otros gánsters. Y, por supuesto, cuando el jefe de la banda accedía a su petición, se convertía en el gran jefe del sindicato y estaba en condiciones de explotarlo.

Lo siguiente apareció en el *Chicago Tribune* del 20 de abril de 1930:

Los sindicatos de Chicago corren el riesgo de caer en manos de gánsters, según los líderes sindicales que han expresado hoy sus temores. Varios sindicatos, considerados como los más poderosos y activos de la ciudad, ya han sido completamente controlados por Alphonse (Scarface Al) Capone y su banda de gánsters, se señaló. Otros sindicatos importantes se ven obligados a pagar un tributo mensual para ahuyentar a los gánsters.

En el trasfondo del objetivo de los gánsters de dominar el sindicato se encuentra el peligro igualmente significativo para la industria de la construcción, señalado por los constructores y contratistas, que tienen una imagen mental del tributo que se verían obligados a pagar cuando sus posibilidades de completar un trabajo estén en manos de los gánsters de Capone.

Más allá de este rico campo de saqueo se encuentra la nueva cosecha de Capone, ya revelada, el campo del clientelismo político. Porque con los sindicatos bajo su dominio, el jefe de la banda se convertiría en un poder político, capaz de inclinar muchos miles de votos obreros hacia candidatos y funcionarios serviles...

El poder del jefe de la banda ha tenido también su efecto en los líderes del consejo de la construcción, según los informes, que dicen que los trabajadores se sienten impotentes para frenar las incursiones de los mafiosos en sus organizaciones. De hecho, algunos de los dirigentes sindicales han acudido a Capone en busca de su ayuda para satisfacer las demandas de otros gánsters.

Esto no es exagerar en absoluto la situación en Chicago; al contrario, es decir poco. Los propios dirigentes sindicales de Chicago me dijeron que más de 30 grandes sindicatos de su ciudad estaban parcial o totalmente bajo el control de gánsters o chantajistas. En otras ciudades, las grandes organizaciones sindicales también estaban siendo dominadas por delincuentes profesionales; otras —no todas, por supuesto— corrían peligro inmediato de sufrir ese dominio.

A menudo se hacía referencia a Al Capone como un factor poderoso en los asuntos de los sindicatos de Chicago. Lo era, pero posiblemente muy en contra de su voluntad. Ciertamente, nunca se esforzó mucho por controlar los sindicatos. Para entender esto, hay que saber que Capone no era en absoluto el monstruo que su apodo de "Scarface Al", dado por la prensa, puede sugerir. Empezó como traficante de cerveza, con la intención de ganar mucho dinero con ese chanchullo y dejarlo. Pero luego se metió en política y sus secuaces metieron a la banda en otros chanchullos, hasta que le resultó casi imposible dejarlo sin hundir la banda. No quería hacerlo, aunque sólo fuera por su lealtad a otros miembros de la banda. Se vio arrastrado al "chanchullo de la protección" para proteger establecimientos 1)0510655 legítimos contra otros gánsters porque la policía era incapaz de proporcionar esa protección. Varias empresas se asociaron con él, o más bien con su banda, por ese motivo. Del mismo modo, los sindicatos acudieron a él para que les protegiera de "Bugs" Moran y otros gánsteres, porque sabían que Al y sus hombres eran honrados, no sólo con las armas, sino también con el honor y la ética en los negocios. De hecho, la banda de Capone tenía más prestigio en Chicago, incluso entre los hombres de negocios legítimos, que algunas de las corporaciones e instituciones debidamente organizadas conforme a las leyes de la sociedad.

191

El Chicago *Tribune* del 20 de abril de 1930 informaba de un incidente que, en mi opinión, ilustra esta tendencia de los sindicatos a buscar la ayuda de Capone. Al parecer, James McLoughlin, agente comercial del Marble Setters' Union, que estaba asociado con el Chicago building trades council, fue llamado a la sede de George ("Bugs") Moran, jefe de la facción de

gánsters del North Side que en aquel momento mantenía una especie de tregua con la banda de Capone.

"¿Cuál es la opinión de su sindicato?" le preguntó Moran a McLoughlin. McLoughlin se vio obligado a hablar de sus asuntos sindicales con "Bugs". Entonces "Bugs" le dijo que quería tal y tal cantidad el primero de cada mes en concepto de protección.

McLoughlin llevó sus problemas a Danny Stanton, encargado del departamento sindical de Capone. Danny, a su vez, llevó el caso al "Big Fellow", como Capone era conocido por sus hombres, con el resultado de que Al llamó a "Bugs" y le aconsejó que cesara en sus exigencias a McLoughlin y a su sindicato.

La mayor parte del año 1930, los caballerosos y educados pistoleros de Capone asistieron a reuniones sindicales, manteniendo alejados a otros pistoleros. Por el momento eso era todo. En el verano de 1930, un sindicalista de Chicago me dijo: "Oh, demonios, Capone puede significar más para los sindicatos que nuestros altisonantes 'ejecutivos' de la AF de L en Washington", quienes, insinuó, aún estaban acobardados por la debacle de McNamara, casi 20 años antes. "Escucha", dijo, "sé de lo que hablo. Estuve en todo tipo de huelgas. Llevo más de 25 años en el movimiento. Fui a Pensilvania durante la huelga del acero en 1919 y, jovencito, sé que hace falta algo más que organización y agitación y huelgas al aire libre para salvar a los sindicatos, para subir los salarios, etcétera. Hace falta química. Dinamita, por Dios".

En el número de septiembre de 1930 de *Harper's Magazine* publiqué un artículo sobre 'Racketeers and Organized Labor' en el que utilicé la mayor parte del material de este capítulo. Para mi sorpresa, recibí varias cartas muy amistosas de funcionarios de los sindicatos de la AFL. Cito una que me llegó con el membrete de uno de los sindicatos más grandes de Chicago, firmada por uno de sus funcionarios:

192

Me ha gustado su artículo. No sirve de nada andarse con rodeos; en el movimiento nos damos cuenta de que no podríamos llegar a primera base sin una persuasión más fuerte que exponer a Karl Marx y las teorías de la lucha de clases... Creo que has dejado claro que las organizaciones sindicales utilizan tácticas de mano dura sólo cuando no tienen otra arma o defensa. El capital tiene los tribunales, siempre, por no hablar de sus pistoleros, policías y soldados. El "juego" económico en el sistema existente está cargado contra

nosotros, y nos comportamos como quien cree que ha sido atrapado en un juego injusto.

5

Nunca hubo ninguna duda real de que el chantaje aumentaría. En febrero de 1930, cuando entre cuatro y ocho millones de hombres estaban sin trabajo en Estados Unidos, tuve una larga conversación con el secretario-tesorero de un gran sindicato de la construcción en una de nuestras ciudades más grandes del este.

"Más de la mitad de nuestros miembros", me dijo, "llevan sin trabajar desde principios de otoño y la mayoría de ellos, al parecer, seguirán sin trabajar hasta el verano o, tal vez, indefinidamente. Los contratistas están organizados contra nosotros casi al 100%. Están contratando esquiroles y estamos perdiendo el control de los puestos de trabajo por cuya mejora hemos luchado durante 20 años. *Son nuestros* puestos de trabajo; pertenecen a nuestros hombres —buenos hombres del sindicato que han estado pagando sus cuotas— pero ahora están siendo ocupados por hombres hambrientos que, por supuesto, necesitan el trabajo tanto o más que nuestros hombres, pero que no han hecho nada para mejorar las condiciones de trabajo en el sector. Son esquiroles. Son los medios con los que la patronal amenaza con hundir nuestro sindicato".

Hizo una pausa.

"¿Y bien?" Dije.

"Bien", dijo, "supongamos que usted fuera un funcionario remunerado y responsable de una organización de 10.000 hombres, todos ellos obreros cualificados y dispuestos a trabajar, pero casi el 70% de ellos incapaces de encontrar trabajo en su oficio o en cualquier otro. Recuerde que la mayoría de ellos son hombres de familia. Tienen hipotecas sobre sus casas y están pagando las cosas a plazos. Están en peligro de perderlo todo a menos que tú, el funcionario, les consigas trabajo. Eres responsable ante los afiliados de mantener bajo el control del sindicato un número suficiente de puestos de trabajo. Para eso te elige el sindicato. Permanecerás en la oficina sólo mientras los hombres tengan trabajo... ¿Qué harías si pensaras —de hecho, estuvieras convencido— de que la violencia es el único medio de salvar la situación para el sindicato?".

No era una pregunta fácil de responder. Él mismo se oponía a la violencia por principio. No era un gorila, sino un intelectual de modales más bien finos. Sin embargo, a menos que aumentara el empleo, iba a tener que ceder ante la facción dinamitera del sindicato o marcharse. Seis meses después de que me hablara tal como lo cito más arriba, me enteré de que los gorilas del sindicato habían tomado posesión de su despacho y le habían mantenido fuera de él, físicamente, durante dos semanas, al cabo de las cuales sólo se le permitió volver tras haber estado a punto de contratar a un matón.

193

El desempleo y la avaricia de los empresarios generan desesperación. La desesperación, antes y ahora, genera violencia: chantaje.

6

El 20 de agosto de 1930, mientras *la revista Harper's Magazine*, con mi artículo sobre el chantaje, aparecía en los quioscos, dos dirigentes sindicales eran asesinados en Chicago. Al parecer, se habían opuesto a que asesinos profesionales tomaran el control de sus oficinas sindicales, y por eso les dispararon.

A partir de ese momento, las empresas organizadas de Chicago empezaron a mostrar un repentino interés amistoso por los sindicatos. "La prensa de Chicago", como me escribió un funcionario:

en un tono diferente sobre los chantajistas y el trabajo. Durante años el 'Tribune' y el 'News' fueron abiertamente hostiles a los trabajadores. Un hombre que recibía un golpe o un disparo (aunque no fuera grave) en un local sindical siempre aparecía en la página uno, aunque un asesinato que no se produjera en un local sindical recibía cuatro líneas entre los anuncios de los grandes almacenes. Ahora derraman lágrimas de cocodrilo de preocupación por si los "chantajistas capturan a los sindicatos". Antes los sindicatos eran comunistas o una banda de matones; ahora son organizaciones de trabajadores en peligro de ser capturados por Capone.

Los constructores y contratistas de Chicago empezaron a inquietarse por el dominio de los gánsters sobre varios sindicatos. Pero no podían hacer nada al respecto. *Ellos, junto con otros empresarios, empujaron a los trabajadores organizados a buscar la ayuda de los chantajistas.*

El malestar de los empresarios por el chantaje no se limita a Chicago. En julio de 1930, los periódicos de Nueva York informaron de que los

chantajistas, cuya ayuda habían solicitado los sindicatos en su lucha contra los empresarios y que más tarde se hicieron con el control de varias organizaciones, extorsionaban entre un millón y dos millones de dólares anuales a los fabricantes de ropa de esa ciudad bajo la amenaza de iniciar problemas sindicales en sus establecimientos.

No tenemos por qué sorprendernos cuando nos damos cuenta de lo estrecha que llegó a ser la relación entre los trabajadores organizados y el crimen organizado. Tampoco es necesario que nos escandalice pensar que el trabajo organizado fue un factor vital en la historia temprana del crimen organizado, que, de hecho, el trabajo organizado, quizás más que cualquier otro grupo económico, inició a los más famosos de los criminales profesionales en sus asombrosas carreras. Hay que tener en cuenta que el gansterismo fue un factor vital en los inicios de la lucha de clases estadounidense, primero en el bando capitalista y luego en el bando obrero; y que su historia está inextricablemente ligada a la historia de los trabajadores organizados.

Capítulo 31

El chantaje como fase del conflicto de clases

En un capítulo anterior, he indicado cómo los criminales se vieron arrastrados a la lucha entre los ricos y los pobres; cómo fueron organizados a gran escala por agencias de detectives y contratados, por centenares, como pistoleros de poderosos industriales, para proteger sus propiedades y a los esquiroleros, y para atacar a los huelguistas; y cómo, más tarde, las organizaciones sindicales, siguiendo el ejemplo del capital, empezaron a contratar a profesionales de la fuerza para matar esquiroleros, asesinar a empresarios y capataces, y dinamitar fábricas, minas y puentes y edificios inacabados.

Había bandas en las grandes ciudades americanas antes de que los capitalistas

empezaron a utilizar a los delincuentes para reprimir al proletariado, pero esas primeras bandas eran relativamente pequeñas y poco organizadas, y actuaban sobre todo como bandidos, carteristas y matones. En época de elecciones, actuaban en pequeña medida como terroristas para los jefes políticos corruptos. Pero en la década de 1860, cuando se empezó a utilizar a los delincuentes en la lucha de clases, la delincuencia recibió un tremendo impulso hasta convertirse en la industria multimillonaria que es hoy. Las bandas se hicieron entonces más compactas, mejor organizadas, dirigidas por directores de agencias de detectives, entre los que se encontraban algunos de los delincuentes más inteligentes y despiadados del país.

Además, al convertirse en un factor de la lucha de clases, la criminalidad aprendió el uso de las armas empleadas en esa lucha. Los idealistas anarquistas de Chicago habían preconizado el uso de la dinamita como medio de conseguir lo que ellos concebían como un orden social justo. Luego, grandes sindicatos, desesperados, recurrieron a la dinamita, y la utilizaron, como hemos visto, a veces con resultados gratificantes. Por último, los delincuentes profesionales, algunos de ellos dinamiteros

ocasionales de los sindicatos, percibieron que sería un material eficaz en otros campos de actividad.

Mediante el uso de la dinamita, la delincuencia se convirtió, en la década de 1920, en uno de los elementos más poderosos de la vida nacional de Estados Unidos, desafiando prácticamente a todos los organismos de la ley, haciéndose con el control de los gobiernos municipales y los tribunales, y amenazando con justicia lo que hasta entonces había pasado por negocio legítimo.

En las grandes ciudades, día y noche, se libraban todo tipo de guerras de chanchullos en las que la dinamita, los disparos, los puñales, los incendios provocados, las cachiporras y los puñetazos, o el miedo a esa violencia, decidían cuestiones económicas y de otro tipo. Había cientos —quizá miles— de hombres cuya única o principal ocupación era dinamitar y derribar edificios, y cometer asesinatos y abofetear a la gente en interés de otros. Cobraban honorarios regulares por los trabajos en función de su importancia. Vendían sus servicios en cualquier momento, en cualquier lugar, para casi cualquier propósito, a casi cualquiera que necesitara un buen asesino, dinamitero, pirómano, lanzador de ácido, ametrallador, rompeventanas o matón, más la tarifa requerida.

195

En Nueva York y Chicago, y tal vez en otros lugares, había sastrerías especializadas en confeccionar ropa para pistoleros, con bolsillos forrados de cuero para ocultar las armas.

Después de los días de 1920, cuando los sindicalistas tuvieron que instruir a los gánsters en el uso de la dinamita, aparecieron escuelas regulares de violencia en Chicago y Nueva York. Edwin Balmer, editor de la revista *Red Book*, escribió en un artículo publicado en el verano de 1930 que sólo en Chicago había ocho especialistas en diversas formas de violencia instruyendo a criminales. Me han informado fehacientemente de que dos de los ocho —ambos instructores en el uso de la dinamita— eran antiguos delegados sindicales a pie. El crimen, dice Balmer, tiene:

ha desarrollado sus propios técnicos, y las exigencias y los beneficios fáciles de los "chanchullos" han creado en Chicago una especie de escuela de graduados que enseña refinamientos técnicos. Los ladrones de ventanas de Chicago, por ejemplo, no son burdos lanzadores de ladrillos a través de cristales. Son expertos en un tipo especial de golpe que, según tengo entendido, se da en forma de cuchara hacia arriba y que, cuando se ejecuta

correctamente, "elimina" por completo una ventana de cualquier tamaño o grosor. El dinamitaje es un oficio que, evidentemente, requiere una formación especial; hay un arte definido en arrancar una fachada entera de un edificio plano o demoler la pared lateral de un garaje con un "disparo" bien colocado y cuidadosamente conectado. El incendio provocado también es complejo. Hay que rociar la gasolina de acuerdo con unos principios que la práctica ha demostrado que incendian el edificio antes de que lleguen los bomberos. Y en cuanto a las bombas, hay una docena de tipos de bombas, desde la técnica de la "piña" colocada sólo para aterrorizar hasta la técnica de detonar una "gran tos" para asesinar deliberadamente. Los lanzadores de ácido se dedican sobre todo a destruir la ropa cara de las tiendas que no han llegado a un acuerdo con los chantajistas.

En el verano y otoño de 1930, la policía de Nueva York descubrió varios arsenales de chantajistas. Contenían bombas de dinamita, ametralladoras, revólveres, cachiporras y otros instrumentos de terrorismo.

Casi todas las semanas aparecía alguien misteriosamente muerto, acribillado a balazos, en un descampado de alguna gran ciudad. De vez en cuando se producían asesinatos a plena luz del día, en los que hábiles pistoleros que habían ido a la escuela con ese propósito, elegían a sus víctimas en el acto desde automóviles que circulaban a gran velocidad.

2

Junto con el alcoholismo, el juego y el dopaje, los más extendidos eran los llamados chanchullos de la "protección". El origen de esta última se remonta fácilmente a la relación de los sindicatos con la delincuencia. Los sindicatos de Chicago y Nueva York ya estaban "protegidos" por gánsters, del modo descrito en el capítulo anterior, en 1922 y 1923.

196

Un chanchullo de protección de los años 30 solía empezar con una pequeña banda de listillos, a veces encabezada por un antiguo detective de ciudad o de hotel o por algún ex agente del Departamento de Justicia de Estados Unidos. Se decidían a dominar un determinado sector de la ciudad. Serían tipos astutos, que habrían empezado como delincuentes de poca monta y habrían cumplido condenas cortas en prisiones, donde habrían aprendido todo lo que necesitaban saber sobre el crimen. El líder suele estar al tanto de todo. Con toda probabilidad, como antiguo "capullo", tendría algunos trapos sucios de los peces gordos de la política de la ciudad y, con

un garrote sobre sus cabezas, no tendría ninguna dificultad en mantener a la policía fuera de su camino. De hecho, a menudo metía en el tinglado a policías, jueces y guardias. Se convertiría en el jefe de la sección. Para conseguirlo, utilizaba dinamita y otras formas de violencia.

Al hacerse cargo de la sección, llamaban, por regla general de dos en dos, a todos los ultramarinos, carniceros, barberos, drogueros, lavaderos, floristas, propietarios de restaurantes y garajes, estancos, tiendas de golosinas, salones de belleza y demás comerciantes de la zona, y les decían: "Buenos días, señor. Como saben, hay mucha delincuencia. A principios de esta semana robaron en dos tiendas situadas a menos de dos manzanas de usted"; (su propio trabajo) "sin duda habrá oído hablar de ello. Bueno, acabamos de formar una agencia de protección — aquí está nuestra tarjeta — y usted está invitado a unirse a nosotros. La cuota es simbólica. Cincuenta [a veces cien] dólares al mes, a cambio de los cuales nosotros — la Asociación de Detectives y Protectores Noche y Día— le protegeremos de todos los males del mundo, incluidos los atracos y la competencia. Le invitamos a que se afilie ahora mismo", enfatiza.

Si el carnicero o el tendero se negaban a inscribirse de inmediato, uno o dos de los gánsters volvían a llamar al día siguiente. Se lo propondrían una vez más y, con toda probabilidad, harían hincapié en su deseo de que se uniera a la Asociación de Detectives y Protectores Nocturnos y Diurnos sacando sus pistolas. Si no, a la mañana siguiente se encontraba con que le habían arrancado los escaparates o le habían volado toda la fachada de la tienda con dinamita. Luego, si seguía obstinado, lo que era poco probable, una buena tarde un cliente fornido entraba en el local y, arrancando, le partía la cara de repente. Al día siguiente, si no estaba totalmente destrozado en el hospital, estaría dispuesto a ser "protegido" y, con una reticencia bien disimulada, pagaría la cuota de protección del primer mes.

De este modo, la banda, sin la menor interferencia de la policía, se hacía con el control económico de la zona, que podía abarcar entre 30 y 100 manzanas. A cambio del tributo que los comerciantes legítimos pagaban a los gánsters, éstos recibían una especie de protección. En primer lugar, la banda se abstenía de atracarlos y mantenía a otros maleantes fuera de la zona, lo que era más de lo que podía hacer la policía. Luego, impedían que se abrieran nuevos comercios en competencia con sus protegidos.

Por supuesto, la banda se haría con el control del negocio del alcohol en

la sección. Abriría bares clandestinos, clubes nocturnos, locales de juego, salas de baile y burdeles. También entraría en el negocio de la droga. En todos estos chanchullos tendrían prácticamente vía libre; lo único que tendrían que vigilar sería a alguna otra banda de listillos que pudiera tener sus ojos puestos en el territorio.

Estas bandas de protección solían expandirse a otros ámbitos. Se asociaban con mayoristas de pretzels, espinacas, alcachofas, carne, huevos, leche, hielo, mantequilla y pan y obligaban a todos los minoristas de su dominio a comprarles a ellos. Obligarían a sus "clientes", como ellos los llamaban, a instalar máquinas tragaperras y tableros de azar en sus tiendas. Aterrorizaban a contratistas y constructores esquirolés en nombre de sindicatos desesperados. Contrataban a dinamiteros, asesinos, golpeadores, rompeventanas, lanzadores de ácido y otros talentos de mano dura a casi cualquiera que tuviera que hacer algún trabajo sucio.

En el otoño de 1929, el *New York World* estimó que unas 250 industrias de la ciudad estaban total o parcialmente bajo el control de gánsters, cuyos ingresos totales superaban los 100.000.000 de dólares anuales. Courtney Terret, autor de *Only Saps Work*, un libro sobre el chantaje, estimó que las ganancias de las bandas sólo en Nueva York eran de 200.000.000 a 600.000.000 de dólares al año, o de 33 a 83 dólares por cada hombre, mujer y niño de la ciudad.

Un gran jurado reunido en Brooklyn en 1930 expresó la opinión de que los chantajistas de esa comunidad eran "un poder por el momento mayor que el propio gobierno". Para ser más exactos, los chantajistas *eran* la mayor parte del gobierno en ciudades como Chicago y Nueva York, ya que tenían a su propia gente en los departamentos de policía y en los tribunales. Hombres como Al Capone, Arnold Rothstein y Bugs Moran eran figuras de prominencia nacional, "grandes hombres" en el mismo sentido que Henry Ford y Charles Schwab. Eran, sin duda, hombres importantes. Se dice que los ingresos anuales de Capone procedentes de sus diversos chanchullos rondaban los 30.000.000 de dólares. Tenía una mansión en la costa de Florida y viajaba en un avión de su propiedad. Cuando Jack ("Legs") Diamond fue tiroteado en octubre de 1930, las autoridades del hospital de Nueva York emitían boletines sobre su estado dos veces al día.

A veces, un gran chantajista se convertía en una especie de héroe en la comunidad que dominaba. Al Capone, por ejemplo, era considerado un

Robin Hood moderno por miles de personas de Cicero, cerca de Chicago, donde tenía su cuartel general. La política de Al consistía en gastar unos cuantos cientos de miles de dólares al año en obras de caridad, ayudando a las viudas, pagando las facturas del médico de los pobres, permitiéndoles enviar a sus hijos a la escuela, regalándoles cestas de la compra en vacaciones, etcétera. Pensaban que Al era un gran tipo por quitar dinero a los ricos y dárselo a los pobres.

En su informe anual publicado en mayo de 1930, el comisario de policía de Nueva York prácticamente admitió que él y su cuerpo eran incapaces de hacer frente a las "siniestras figuras que acechan en los bajos fondos y que reinan mediante el miedo, la violencia y el asesinato". En junio de 1930, la espantosa situación de la delincuencia en Chicago hizo que el jefe de policía abandonara su cargo derrotado. Admitió que no era rival para organizaciones como las bandas de Capone y Moran, la mayoría de cuyos miembros importantes estaban, en palabras de la comisión del crimen de Chicago, "fuera del alcance del poder policial, ya que hacen su trabajo sucio a través de secuaces anónimos y, además, tienen amigos poderosos en la política de la ciudad".

198

El comisario de policía de Nueva York achacó el crecimiento del gansterismo en las grandes ciudades a la prohibición, que dio lugar a la industria del contrabando, "con su atractivo natural para el elemento criminal". El jefe de policía de Chicago dijo lo mismo. De hecho, casi todos los que se aventuran a hablar del crimen organizado lo achacan a la prohibición.

Pero, por supuesto, echar toda la culpa a la prohibición es ser superficial. Sin duda, la prohibición fue un factor tremendo en la atroz situación, pero sólo uno de varios factores.

He demostrado que la técnica del chantaje, su desarrollo y sus herramientas, tienen su origen en la lucha de clases.

3

Lo más importante a este respecto es el hecho de que la lucha de clases, cada vez más encarnizada a lo largo del siglo, con largas temporadas de desempleo y bajos salarios, llevó o indujo a numerosos trabajadores, o a aquellos que en mejores condiciones se habrían convertido en trabajadores,

a la clase criminal.

El chantaje fue una manifestación esencial del dinámico impulso de mejora económica tan característico de Estados Unidos. Fue una fase en los esfuerzos de los desvalidos estadounidenses por elevarse. Estaba inextricablemente ligado a las condiciones caóticas y *brutales* de la industria y al gran impulso interior del pueblo estadounidense, constantemente estimulado por las fuerzas sociales y económicas, de salir adelante, *rápidamente* y a toda costa.

Los criminales, incluidos los poderosos chantajistas de Estados Unidos, fueron y son reclutados en gran medida de las clases que más sufren la pobreza, el empleo incierto e insalubre y otras malas condiciones de vida y trabajo. El sociólogo francés, J. R. Brissot de Warville, dijo hace muchos años:

Un hombre no nace enemigo de la sociedad. Son las circunstancias las que le dan ese título, como la pobreza o la desgracia. No perturba la tranquilidad general hasta que ha perdido la suya. Sólo deja de ser un buen ciudadano cuando el nombre deja de tener sentido en su caso.

Otro francés, Edouard Ducpetiaux, sostenía que:

la criminalidad es la compañera inseparable de la pobreza... En medio de la indigencia, el hombre pierde gradualmente la noción de la justicia y la injusticia, del bien y el mal; acosado por necesidades que no puede satisfacer, hace caso omiso de las leyes y termina por rechazar cualquier intento que parezca capaz de mejorar su condición.

199

El problema de la delincuencia es, por supuesto, un tema colosal y polifacético. Aquí quiero destacar su aspecto económico, que, al menos en Estados Unidos, es, en mi opinión, uno de los más importantes.

Desde el comienzo de la gran era industrial, la vida en los Estados Unidos, en comparación con la vida en otros países llamados civilizados, se ha caracterizado por su inquietud, aventurerismo, brutalidad, inestabilidad. El país es enorme y rico, con *miles* de oportunidades reales y bastante legítimas, abiertas a todos los que deseen buscarlas, y *millones* de individuos ansiosos de éxito, que se lanzan a buscarlas. El resultado matemático es que una gran mayoría de la gente, entre ellos algunos de los más audaces e ingeniosos, están destinados desde el principio a una vida que es mucho menos agradable y exitosa en el sentido material de lo que sienten que debería ser en una tierra donde las cosas abundan más allá de lo imaginable

y "todos los hombres son iguales". Así que, como fracasados que se consideran, son infelices, están desesperados.

En Europa, a los pobres y humildes se les enseñaba a aceptar su difícil situación sin quejarse demasiado, pero a los estadounidenses les mueve un espíritu diferente y poderoso, el espíritu de la democracia, formulado en la Declaración de Independencia. Al desvalido estadounidense se le ha enseñado a creer que, en esencia, es tan bueno como el que más, si no un poco mejor, y como tal tiene derecho a negarse a seguir siendo un desvalido y a hacer todo lo posible por ascender. Los estadounidenses han llegado a creer que su principal deber en la vida es dejar de ser desvalidos y seguir adelante: ganar dinero.

Prácticamente todo el mundo tiene en su constitución ciertos impulsos ilegales o antisociales que, estimulados por el individualismo americano y la filosofía del "get on", se traducen fácilmente en infracciones reales de la ley. Si uno no consigue salir adelante con la ley, intenta encontrar la vía del éxito fuera de la ley.

Se puede culpar a la Ley Seca del crecimiento del gansterismo en Estados Unidos en la medida en que proporcionó un camino hacia el éxito al margen de la ley a multitud de personas que, de otro modo, habrían seguido siendo pobres. Sin embargo, las causas subyacentes al desarrollo del crimen organizado y la delincuencia en la década de 1930 son mucho más profundas y se remontan mucho más atrás.

Los trabajadores más inteligentes de una industria en la que el empleo era periódico e incierto, y los salarios y las condiciones de trabajo no eran demasiado buenos, se dieron cuenta muy pronto de que, si seguían trabajando quizá sólo seis meses al año, nunca llegarían a nada, que cuando envejecieran prematuramente y se volvieran insanos, la industria se lavaría las manos con ellos como algo natural. Podrían ser intrínsecamente tan honrados y respetuosos de la ley como cualquiera, pero cuando se quedaran sin trabajo y sin dinero, ya estarían predispuestos a buscar conocidos contrabandistas y dispuestos a unirse al negocio. Puede que les pillaran, pero en la cárcel aprenderían mucho más sobre el crimen y el chantaje. Se darían cuenta de que, incluso con la cárcel mirándoles a la cara, el crimen o el chantaje es mejor que estar orientado a la máquina industrial, donde, en tiempos de depresión, y ciertamente en la vejez, serían arrojados, arruinados, a la misericordia del Ejército de Salvación.

Es probable que los menos inteligentes llegaran más intuitivamente a la conclusión de que, con el juego económico cargado en su contra, no podían reunir la energía mental y la iniciativa necesarias para ascender por la escalera del éxito, en el verdadero sentido americano de la palabra. Pero leían sobre robos, tanto en las altas esferas como en las bajas, por los que nadie parecía ser castigado. En cambio, a los malhechores se les veía bien vestidos, con coches y dinero en efectivo. Con el mono de trabajo de la industria productiva, eran conscientes de que no llegaban a ninguna parte. Teniendo en cuenta el número de delitos cometidos en comparación con el número de condenas, sus probabilidades de inmunidad en el delito serían de aproximadamente el 50-50. Tales probabilidades se considerarían comparativamente justas. En cualquier caso, un día ellos también cruzarían el Rubicón. Si se salían con la suya, dejaban el mono de trabajo para siempre. Si se unían a una mafia, convirtiéndose en pistoleros profesionales, chantajistas, portavoces de alguna gran red de alcohol o de protección, sus posibilidades de ir a la cárcel se reducían a proporciones muy bajas.

4

En el verano de 1930, Stuart Chase publicó un artículo en *Harper's* en el que sostenía que la integridad en Estados Unidos se estaba convirtiendo en un lujo que sólo unos pocos podían permitirse, sobre todo porque la estructura social era cada vez más corrupta, inhumana y brutalizadora, de arriba abajo.

A mediados del siglo XIX, Henry Thomas Buckle recopiló datos que demostraban que el número de delincuentes aumentaba en proporción directa a la subida de los precios de los alimentos. En la década de 1930, además del encarecimiento constante de los artículos de primera necesidad, la publicidad persuasiva y las ventas bajo presión despertaban sin cesar el apetito por los bienes materiales. Por estos medios, los fabricantes de artículos de lujo transformaban sus productos en necesidades, sin cuya posesión uno se sentía pobre, un fracasado. La relativamente escasa hambruna real en América, por lo tanto, es y no era incompatible con el hecho de que hay más pobreza — es decir, más personas con deseos insatisfechos — entre los estadounidenses que en cualquier otra nación del mundo.

También estaba el factor del orgullo democrático —o, si se quiere, engreimiento— del estadounidense medio. Pedir trabajo a alguien que no es mejor que tú es humillante. En un tinglado al menos podías ser alguien. En la industria, en cambio, no sólo estabas sometido a insultos y humillaciones; estabas a merced de los humores de un sistema que no entendías y que nadie parecía capaz o dispuesto a controlar en beneficio de todos.

201

Los millones de desempleados de la década de 1930 vivieron una experiencia terrible. El desempleo causó más angustia en Estados Unidos que en ningún otro lugar, ya que aquí la gente no sólo sufría frío y hambre, sino también la agonía de la vergüenza por no ser capaz de mantener las apariencias frente a enormes adversidades. Una buena apariencia es tan necesaria para el estadounidense que la pobreza se oculta, una pobreza subterránea, mucho peor que la pobreza que se expresa, como ocurre en Europa, en una protesta social abierta. Por eso, en Estados Unidos la pobreza no empuja a la gente hacia el movimiento radical, que podría haberles dado una visión social y una esperanza clasista de un futuro mejor, sino hacia los bajos fondos, el contrabando, las mafias y los chanchullos, o hacia el suicidio.

Después de la guerra se hizo cada vez más difícil para la gente conseguir legalmente la independencia económica en Estados Unidos. Hubo un tiempo en el que se podía hacer el petate e ir al oeste, establecerse en el desierto y escapar así de las humillaciones e incertidumbres de ser un trabajador industrial. Pronto desaparecieron los espacios abiertos; todas las buenas tierras estaban bajo el control del gran capital. La agricultura a pequeña escala era muy poco rentable. Y todos los pequeños negocios, como las tiendas locales, empezaron a ser congelados por las grandes empresas y las cadenas de tiendas.

Así, a millones de personas en Estados Unidos sólo les quedaba un camino legal que seguir: venderse en el saturado mercado laboral, que no era un punto de partida hacia la independencia económica. Por eso era natural que, si se les presentaba la oportunidad, algunos trabajadores se convirtieran en contrabandistas o chantajistas, siempre que tuvieran el característico deseo americano de salir adelante y, además, tuvieran agallas y no tuvieran ataduras familiares. Los chantajistas eran reclutados casi exclusivamente entre la clase obrera.

5

Después de 1929, cuando empecé a trabajar en este estudio, entré en contacto personal con una serie de chantajistas y gánsteres, grandes y pequeños, de Chicago y Nueva York y sus alrededores. Casi todos eran hijos de trabajadores inmigrantes o habían sido ellos mismos trabajadores en los años inmediatamente posteriores a la guerra. Uno de ellos era hijo de un obrero polaco herido en la explosión de la bomba de Haymarket en 1886. Varios otros habían surgido también de la numerosa clase de empleados precarios y mal educados, sumidos en la pobreza y mal atendidos. Estos pasaron sus primeras vidas en grandes ciudades industriales, con sus contrastantes barrios bajos y mansiones, con sus condiciones insalubres y su débil conciencia comunitaria, y sus oportunidades de conocer a muchas personas y, al mismo tiempo, perderse para la comunidad en su conjunto. Creo que estas personas que conocí eran los típicos chantajistas.

Entre ellos encontré a varios que sin duda eran "tipos correctos", personas con estrictos códigos éticos. Su desprecio por la autoridad establecida no tenía límites; eran forajidos confesos, pero conscientes de su superioridad ante la ley y el poder policial.

202

Algunos de los chantajistas con los que entré en contacto eran muy animados e inteligentes. Uno de los que conocí, quizá el mejor de todos, era un yugoslavo, compatriota mío. Era un "pez gordo" de una de las bandas de Chicago, un hombre educado y culto, un antiguo radical capaz de discutir sobre Karl Marx y Nietzsche tanto como de manejar una gran red de alcohol y un vasto negocio de protección. De hecho, era uno de los mejor informados y, a su manera, el más honesto y realista de cuantos conozco. Me dijo en el verano de 1930 que se dedicó al contrabando, que más tarde le llevó a otros negocios, para "salvar mi maldito amor propio". Como "trabajador honrado" que ganaba cuatro o seis dólares al día no llegó a ninguna parte. Había sido socialista y sindicalista y había encontrado chanchullos e intrigas por todas partes. Empezó a darse cuenta, dijo, de que la mayoría de los líderes del movimiento socialista, local y nacional, eran o bien pícaros o bien emocionalistas desequilibrados, mientras que fuera del movimiento había una tremenda masa de proletarios estúpidos a los que el mensaje del socialismo nunca podría llegar y que, quizás, no merecían nada mejor en la vida que lo que estaban obteniendo. Después de la guerra,

perdió por completo la fe en el movimiento radical. Decidió que todo eran paparruchas y tonterías; Mencken tenía razón. Siguió trabajando por cuatro o seis dólares al día. A veces no trabajaba en absoluto. Y comenzó a sentirse como un maldito tonto. Así que se hizo contrabandista —allá por 1921— y, metiéndose entre la gente adecuada, ascendió rápidamente al poder en los asuntos de lo que más tarde se convirtió en una gran banda. Ahora contaba para algo. Era alguien. Su nombre aparecía en las columnas de noticias. Vivía a lo grande. Una vez había sido apaleado por la policía en una huelga en Joliet, Illinois. No podían tocarle. De hecho, no pocos de ellos estaban a sus órdenes.

Con el acuerdo entre nosotros de que le disimularía si le citaba en prensa, habló con toda franqueza de sí mismo y de sus actos.

Sí, vendemos alcohol, sobre todo cerveza; [dijo] esa es nuestra línea principal. ¿Y qué? Abastecemos una demanda insistente. A decenas de miles de nuestros clientes les gusta nuestra cerveza y nuestro licor. Es un buen producto. Llega a las casas de jueces y otros grandes hombres, algunos de los cuales, después de emborracharse esta noche, juzgarán a otros por la mañana por beber.

Nuestro negocio es ilegítimo, cierto, pero la ley que lo hace así es considerada una mala ley por más de la mitad del pueblo de los Estados Unidos. Ver el 'Literary Digest'.

Y ya sabes lo que dijo Thoreau sobre las malas leyes. ¡Rómpelas! Bueno, ayudamos a romper la ley seca.

En cuanto a los otros "chanchullos", como usted los llama —nosotros los llamamos "negocios"—, son mucho más morales que la mayoría de los chanchullos que suelen llamarse corporaciones. Admitamos que nosotros, los llamados "chantajistas", extorsionamos a los llamados establecimientos comerciales legítimos, ¿y qué? ¿No hacen lo mismo todas las demás bandas de empresarios, de un modo u otro? ¿No se vende prácticamente todo lo que se vende en América por más de lo que vale, primero por el fabricante, luego por el mayorista y finalmente por el minorista? Los negocios son un juego de atraco de arriba abajo. Los de arriba explotan económicamente a los de abajo. El capital explota a la mano de obra — oh, y aullan Las grandes empresas joden a las pequeñas. Por supuesto, lo han hecho legal y moral. Hablan de Servicio con mayúsculas y se unen al Rotary, tanto los explotadores como los explotados, que a su vez, como ya he dicho, explotan a los que están por debajo de ellos.

Sí, utilizamos la fuerza, ¿y qué? ¿Somos peores que las empresas legítimas?

¿Acaso los grandes capitalistas no utilizan la fuerza para reprimir las huelgas? No se detienen ante nada. Por supuesto, su fuerza a veces está legalizada; a veces sus pistoleros llevan uniformes con botones brillantes. ... O, para el caso, ¿no llamaría a Henry Ford chantajista? ¿No obligó a sus concesionarios de todo el país, hace un par de años, a aceptar un cierto número de coches, más de los que podían manejar; si no los aceptaban y le enviaban el dinero, perdían sus agencias? ¿Cómo se llama eso? ...

Mencionaste que los sindicatos están contratando dinamiteros y sluggers para conseguir sus fines. Bueno, puede que yo sea un criminal pervertido, pero no creo que eso tenga nada de malo. ¿Cómo tratan los capitalistas a la mano de obra? ¿Es peor dinamitar un edificio que dejar sin trabajo, en pleno invierno, a miles de hombres cuyas familias viven al día? Me maravilla que no haya más dinamita. Si la hubiera. Probablemente volvería a tener un poco de respeto por la clase obrera. Ahora, ¡al diablo con eso! Los malditos fiambres, con su dócil sufrimiento, me ponen enfermo; y si algunas de las bandas explotan a ciertos sindicatos, no me importa.

Pero ninguna de las grandes bandas, que yo sepa, explota realmente a los sindicatos. La mano de obra es demasiado baja; es débil, y no hay nada en ella. No vamos a por los débiles, salvo —en nuestros momentos de generosidad— para ayudarles. A diferencia de los grandes capitalistas que explotan a la clase más débil, nosotros invertimos el proceso. Explotamos sobre todo a los de arriba, a los empresarios legítimos, el elemento más fuerte de nuestra sociedad. No estoy presumiendo, pero a nuestra peculiar manera —y, créeme, chico, conozco la cosa desde dentro—, a nuestra peculiar manera, somos honestos y directos al respecto. Somos hombres de negocios de acción directa, eso es lo que somos. Somos forajidos, es cierto, pero tenemos nuestras propias leyes. Algunos de los chicos llevan pistolas y otros instrumentos malos. Has oído hablar de atentados y asesinatos. De vez en cuando los muchachos no pueden evitar golpear a algún tipo. Qué lástima. Pero, ¿es eso peor que matar de hambre a los obreros y a sus familias, o disparar a los indefensos y agotados proletarios cuando hacen huelga intentando mejorar su suerte? No creo que lo que hacen los llamados chantajistas sea ni la mitad de mezquino. Nosotros vamos a por los fuertes. Ellos tienen la ley de su parte. Y si a veces sacamos lo mejor de ellos, como ocurre, es mérito nuestro. No explotamos a los débiles. Cualquiera puede hacerlo.

Capítulo 32

Sabotaje y huelga en el trabajo

En 1920, tras mi licenciamiento del ejército, me convertí, por obligación, en un joven trabajador "tieso" (tenía sólo 20 años) sin oficio concreto. Durante varios meses estuve en las agencias de empleo, el "mercado de esclavos" de Chicago. Allí conocí a un par de miembros de la IWW bastante elocuentes que, viendo que yo era un joven ex-soldado, palpablemente "en el vagabundo" y un "tijeretazo" con una tendencia mental radical, se propusieron convertirme en un proletario con conciencia de clase, un vacilante. Me instaron a renunciar a toda idea de ser alguna vez algo más que un obrero, pues las posibilidades de que me convirtiera en capitalista o burgués, por modestas que fueran, eran extremadamente escasas, de hecho, casi nulas. Yo era extranjero y el número de oportunidades disminuía rápidamente incluso para los nativos americanos. Debía decidirme a seguir siendo un trabajador y dedicar todas mis habilidades a acelerar la decadencia del sistema capitalista, que estaba condenado al colapso, decían, en muy pocos años, tanto si me unía a la IWW como si no.

Me enteré de los métodos por los que, al parecer, tarde o temprano los trabajadores alcanzarían el poder y abolirían el capitalismo y la esclavitud asalariada. Al principio no entendía todo lo que me decían. Los wobblies utilizaban una palabra —sabotaje— que, según recordaba, había leído tiempo atrás en el *Pearson's Magazine* de Frank Harris sin conocer su significado. En la biblioteca pública no la encontré en el diccionario.

Entonces, en una lúgubre sala de lectura de la IWW encontré un pequeño libro titulado *Sabotaje*, escrito originalmente en francés por Emile Pouget y traducido al inglés por Arturo Giovannitti, en 1912, mientras estaba en la cárcel en Lawrence, Massachusetts, acusado de cargos falsos por su participación como líder vacilante en la famosa huelga de los trabajadores textiles. Allí encontré sabotaje definido como:

cualquier acto consciente o voluntario por parte de uno o más trabajadores destinado a reducir el rendimiento de la producción en el ámbito industrial, o

a restringir el comercio y reducir los beneficios en el ámbito comercial mediante la retirada de la eficacia del trabajo y la puesta fuera de servicio de la maquinaria y la producción de lo menos posible sin ser despedido del trabajo.

El libro era una especie de evangelio tambaleante.

205

En la misma sala de lectura encontré panfletos en los que se discutía el sabotaje desde el punto de vista ético. Un escritor wobbly lo describía como una "medida de guerra" en el conflicto entre la clase capitalista y la clase obrera, y en la guerra todo era justo y moral. Los wobblies admitían que el sabotaje por parte de los trabajadores no era un método bueno, pero lo defendían basándose en que ciertamente no era peor que los métodos a los que recurrían los capitalistas en la guerra económica. Si los obreros, en su afán por obtener ventajas económicas, dañaban propiedades y destruían materiales, ¿no destruían los patronos, en aras de los beneficios, propiedades con mano despiadada y despreocupada? ¿No han arrasado los recursos nacionales del país con total falta de consideración por sus valores humanos: bosques, minas, tierras y vías fluviales? ¿No arrojaron al mar cargamentos de café y otras mercancías, quemaron campos de algodón, trigo y maíz, tiraron a la basura trenes cargados de patatas, todo ello en aras de mayores ingresos? ¿No mezclaron los molineros y panaderos talco, tiza y otros ingredientes baratos y nocivos con la harina? ¿No vendían los fabricantes de caramelos glucosa y caramelos de goma hechos con vaselina, y miel hecha con almidón y harina de castañas? ¿No se fabricaba a menudo vinagre con ácido sulfúrico? ¿No adulteraban la leche y la mantequilla los granjeros y distribuidores? ¿No se almacenaban los huevos y la carne, que se deterioraban, para que subieran los precios?

Todo esto, insistían los wobblies, era sabotaje, igual que sus acciones eran sabotaje; la diferencia ética entre el obrero y el capitalista con sus respectivas formas de sabotaje era que el primero era abierto y honesto al respecto, y el segundo deshonesto, practicando la destrucción en secreto, bajo el disfraz de los negocios, al tiempo que condenaba *a los saboteadores* proletarios como criminales.

Había otra diferencia. Los wobblies preferían que no se destruyera la propiedad; de hecho, eran más celosos de su conservación que los capitalistas, pues en la base de su filosofía estaba la idea de que la propiedad les pertenecía. Era su creación —la de los trabajadores—; algún día sería suya por derecho de posesión; y hasta ese día debía ser preservada para

ellos.

Estas cosas eran discutidas abiertamente por los wobblies en reuniones, periódicos y conversaciones. No les importaba quién supiera que creían en el sabotaje y lo practicaban. Algunos de ellos eran verdaderos evangelistas del sabotaje, ya que lo consideraban casi el único medio, aunque poderoso, para hacer avanzar la causa de los desvalidos. Uno de mis tambaleantes amigos dijo, en efecto:

Ahora que la patronal ha conseguido asestar un golpe casi mortal al boicot; ahora que los piquetes están prácticamente proscritos en muchos sectores del país, la libertad de expresión estrangulada, la libertad de reunión prohibida y los requerimientos judiciales contra el trabajo se están convirtiendo en epidemia, ahora el sabotaje, esa oscura, invencible y terrible espada de Damocles que pende sobre la cabeza de la clase dominante, sustituirá a todas las armas y municiones confiscadas a los trabajadores en su guerra por la justicia económica. Y vencerá, porque es la más temible de todas, salvo la huelga general. En vano conseguirán los patronos un interdicto contra los fondos de los huelguistas, como hicieron en la gran huelga del acero — el sabotaje, tal como lo practicamos, es un interdicto más poderoso contra su maquinaria. En vano invocarán viejas leyes y crearán otras nuevas contra el sabotaje: nunca descubrirán el sabotaje, nunca lo rastrearán hasta su guarida, nunca lo perseguirán, porque ninguna ley convertirá en delito la "torpeza y falta de habilidad" de un esquirol que hace mal su trabajo o "pone a funcionar una máquina que no sabe manejar", pero que en realidad ha sido "arreglada por un trabajador con conciencia de clase mucho antes de que el esquirol se incorporara al trabajo". No puede haber mandato judicial contra el sabotaje. Ni club de policías. Ningún régimen de fusilería. Ni rejas de prisión.

206

Pasó algún tiempo antes de que me diera cuenta de lo eficaz —y significativo— que era realmente el sabotaje.

2

A través de una agencia de empleo de Chicago, encontré trabajo de pico y pala en una obra de larga duración a las afueras de Joliet. Yo era uno de los cientos de obreros, entre los que, como pronto descubrí, había también varios evangelistas del sabotaje.

"Tranquilo, chaval", me dijo uno de ellos sonriendo el segundo o tercer día. "No intentes construir la carretera en un día. Al diablo con eso. Cobras

lo mismo que yo, tres cincuenta al día, ¿no? Pues no trabajes como si cobraras treinta y cinco".

Había estado trabajando sin descanso, y no porque quisiera ver la carretera terminada lo antes posible, sino porque, al no haber trabajado durante meses y estar aquejado de una especie de melancolía, pensé que unos meses de trabajo de verdad me endurecerían física y psicológicamente. Pero ahora que el tambaleante profeta del sabotaje me llamaba la atención por trabajar demasiado deprisa, me ruboricé sin saber por qué. Me cohibí.

Durante días, el hombre se mantuvo cerca de mí, insistiéndome en que redujera la velocidad. "Pisa el freno, chaval", me decía. O: "Ve a beber un sorbo de agua". O: "Oye, ¿no crees que ya va siendo hora de que vuelvas a ir a la lata?". O: "Mañana será otro día, chico".

Luego manteníamos largas conversaciones mientras él fingía estar cavando a mi lado. Cuando le revelé que yo era un admirador de escritores como Upton Sinclair y Frank Harris, y que estaba interesado en la revolución rusa, me habló del movimiento IWW y de "Big Bill" Haywood y William Z Foster, que en 1912 habían asistido a un congreso obrero internacional en Europa y habían traído a América las ideas francesas sobre el sabotaje, que desde entonces habían sido mejoradas considerablemente por las bases de los wobblies. Fue un autoproclamado apóstol del sabotaje, con un sorprendente don de palabra, que iba de trabajo en trabajo, haciendo a los wobblies de tijeras, enseñándoles lo que él llamaba "la técnica del atasco".

Me enseñó la técnica. Me dijo: "No cojas tanto la pala, chico. No te rompas la espalda. Lo que me recuerda lo que hicieron un grupo de fiambres en Bedford, Indiana, en 1908, cuando el jefe les dijo que les bajaba el sueldo. Fueron a un taller mecánico, les acortaron las palas y le dijeron al jefe: "Poca paga, poca pala". Tenían razón. Fue una especie de sabotaje instintivo, espontáneo, aunque el sabotaje, me refiero a la palabra, era entonces desconocido en este país. Eso sigue siendo válido: "paga pequeña, pala pequeña". Recibes tres cincuenta; ¿crees que eso es todo lo que vale tu trabajo? No seas tonto. Así que dales una pala pequeña; cuando nadie mire, nada de pala. ¡Al diablo con ellos! Huelga en el trabajo. ¿Inteligente?"

207

Incluso después de dominar más o menos la técnica, me resultaba más difícil que el trabajo real, pero a mi instructor le producía una profunda satisfacción. Me animaba diciéndome que con el tiempo me acostumbraría.

Al principio, en 1912 y 1913, la idea era dañar la maquinaria justo antes de ir a la huelga, para que los esquiroleros no pudieran utilizarla; pero en 1920 la IWW y los agitadores comunistas, que entonces empezaron también a desempeñar un papel importante en el drama del sabotaje en la industria estadounidense, empezaron a "arreglar" las máquinas mientras se trabajaba. En la obra de construcción de carreteras en la que trabajé cerca de Joliet, el capataz tenía problemas cada pocos días con las hormigoneras, los camiones y las palas de vapor. De repente se estropeaban en mitad de la mañana o de la tarde, y 10 ó 20 hombres se quedaban parados mientras los mecánicos las reparaban.

Mi amigo el tambaleante me guiñó el ojo significativamente, sonriendo. Por la noche, mientras paseábamos, me habló de maniobras de sabotaje en las que había participado o de las que había oído hablar.

Un día dijo: "Supongo que tengo poco tiempo en este trabajo. ¿Te has dado cuenta de cómo el viejo butre irlandés" —se refería al capataz bajo el que trabajábamos— "me vigila todo el tiempo estos últimos días? Se están dando cuenta de que soy malo; quizá alguno de los fiambres a los que he intentado educar les ha dicho cuál es mi religión". Sonrió. "Me despedirán en uno o dos días. Pero, ¡qué demonios! Dentro de una semana estaré en otro trabajo, haciendo lo mismo".

Al día siguiente, él y otros tres hombres, también apóstoles del sabotaje tambaleante, fueron despedidos y advertidos de que se mantuvieran alejados en el futuro; pero antes de que se fueran me enteré de que los tres kilómetros de carretera de cemento que habíamos colocado en el último mes y medio estarían llenos de amplias grietas en pocas semanas. Habían puesto algo en el cemento que lo agrietaría y el contratista tendría que hacerlo todo de nuevo.

Me quedé en el trabajo de Joliet un mes más, lo suficiente para ver cómo se resquebrajaba el hormigón; luego, cuando se acercaba la mitad del verano, me fui a San Luis con dos jóvenes de la IWW que confiaban en que allí no tendríamos dificultades para conseguir trabajo como ayudantes de cosecha en los campos de trigo de Misuri y Kansas.

En San Luis, el "mercado de esclavos" también estaba lleno de wobblies. Eran un grupo bastante alegre, aunque algo chiflado, inflamado por una especie de fanatismo atemperado por el buen humor. Oí la historia (que luego comprobé) de un incidente que ocurrió un invierno antes de la

primera guerra mundial, cuando la ciudad estaba llena de obreros desempleados hambrientos y muertos de frío que habían llegado de los campos y los campos. Los wobblies decidieron obligar a la ciudad a ocuparse de ellos; así que un día varios centenares de ellos invadieron los restaurantes, pidieron grandes comidas, comieron y luego presentaron sus cheques a los cajeros, diciéndoles que se los cargaran al alcalde. Detenidos, pronunciaron discursos en los tribunales que salieron en primera plana. La ciudad se entusiasmó ante la perspectiva de que miles de personas se dirigieran a San Luis para comer a costa del alcalde, pues eso era precisamente lo que hacían, fuera de la cárcel o dentro. El ayuntamiento aprobó entonces a toda prisa un proyecto de ley de emergencia para poner en marcha casas municipales con camas y comidas gratuitas. El "truco" era una forma de sabotaje a la comunidad, dramática y humorística, que, francamente, me atraía.

208

De hecho, no pocos wobblies con los que entré en contacto, aunque intensamente serios, eran tipos geniales, divertidos e inteligentes, bastante francos sobre sus ideas y acciones. Eran misioneros independientes de la causa de los desvalidos para quienes el fin justificaba los medios, con el deber autoimpuesto de perjudicar a las clases acomodadas tanto como fuera posible y siempre que fuera posible: soldados de guerrilla en la guerra de clases.

En los campos de trigo de Kansas, donde trabajé durante varias semanas en el verano de 1920, había mucho estancamiento o huelga en el trabajo, y las trilladoras y otros equipos de cosecha se averiaban en medio de nuestro trabajo, cuando cada hora contaba para el agricultor.

A unas 30 millas de donde yo trabajaba, ardió un campo de trigo de casi una milla cuadrada. Causó cierta sensación en nuestro campamento. Los wobblies que yo conocía, la mayoría de ellos bastante sensatos, parecían contrarios al fuego y culpaban de la hazaña a los comunistas, que eran mucho más drásticos. En la IWW se contaba que los comunistas de Estados Unidos tenían órdenes de Moscú de sabotear la industria estadounidense. Estas historias probablemente se basaban en una circular confidencial de la que se decía que era "incuestionablemente auténtica" —pero que con toda probabilidad no lo era— que el departamento de justicia de Estados Unidos "descubrió" y publicó en aquella época, y en la que algún "comité ejecutivo" de Moscú instaba a sus representantes en el extranjero, entre otras cosas, a

instigar huelgas generales y particulares, dañar la maquinaria y las calderas de las fábricas y hacer todo lo posible para desorganizar las industrias capitalistas.

No cabe duda de que, a principios de la década pasada, los comunistas de Estados Unidos participaron en tales actividades; sólo que, permítanme apresurarme a decir, no había ni hay ninguna conexión entre ellos y varios movimientos comunistas que existen ahora en este país. La mayoría de los comunistas estadounidenses de aquella época eran diversos tipos de disidentes de la IWW, ninguno de los cuales tendría ahora conexión alguna con el comunismo.

Los líderes de los sindicatos conservadores advirtieron a los huelguistas que se mantuvieran alejados de los agitadores ultrarradicales. Aun así, durante las décadas de 1920 y 1930 el sabotaje y la huelga en el trabajo se convirtieron en parte de la psicología y la acción de millones de trabajadores estadounidenses a los que les molestaba que les llamaran wobblies o comunistas.

3

A finales de 1921 me encontré de nuevo en el Este. Incapaz de conseguir trabajo en tierra, me hice a la mar y durante el año siguiente navegué en cinco barcos americanos diferentes, en todos los cuales me encontré con sabotajes, tanto entre los marineros, vacilantes y no vacilantes, como entre los oficiales (aunque, por supuesto, estos últimos no habrían llamado sabotaje a lo que hacían).

209

Como mensajero, vi cómo se desperdiciaban o se tiraban por la borda miles de dólares en víveres y, como marinero, decenas de miles de dólares en pintura y equipamiento del barco. Conocí a wobblies en todos los barcos e hice amistad con algunos de ellos.

Recuerdo que uno de ellos me dijo una vez: "El desvalido estadounidense está espabilando, al igual que el subalterno estadounidense; me refiero a los jefes y supervisores de poca monta, como los oficiales de un barco. Empiezan a darse cuenta de que están mal pagados y actúan en consecuencia. Llevo 15 años navegando y, si algo sé —y me considero un tipo bastante listo— es que, por ejemplo, en los barcos estadounidenses hay

más chanchullos, pequeños chanchullos, que nunca. Como usted sabe, los camareros estropean la comida y la tiran por la borda para que, cuando lleguen a puerto, puedan pedir más provisiones y cobrar una pequeña comisión por la compra a la casa de provisiones. Lo mismo ocurre con los oficiales, los maquinistas y los capitanes. En algunos barcos en los que he estado, toda la banda estaba confabulada, vendiendo grandes rollos de costosa cuerda de Manila en puertos extranjeros o tirándolos por la borda, tirando latas enteras de pintura para barcos, etc., para poder pedir más cuerda y pintura, y cobrar cumshaw".

En un barco en el que hice un viaje de ida y vuelta desde Nueva York a la costa del Pacífico, el fo'c's'le era casi 100% *saboteador*, y algunos de los hombres apenas habían oído hablar del IWWism. Los wobblies tenían lo que al menos ellos consideraban un motivo social elevado cuando predicaban y practicaban el sabotaje; los *saboteadores* que no pertenecían a la IWW, sin embargo, parecían estar simplemente de mal humor y obtenían una mezquina satisfacción personal cuando, en lugar de lavar una brocha, la tiraban por encima de la barandilla o arrojaban cubos enteros de pintura al mar. No había espíritu marinero. "¡Al diablo con ella!" era el lema. "¡Al diablo con los propietarios!" Hablábamos del trabajo que hacían el capitán, el jefe de máquinas, los oficiales y el camarero en cada viaje. Me contaron que en el segundo viaje anterior el capitán y el maquinista habían arreglado los motores de tal manera que el barco tuvo que estar parado en un astillero de San Pedro, California, durante tres semanas para reparaciones por valor de 23.000 dólares, por las que cobraron una prima del agente del astillero.

Descubrí que la IWW y otros *saboteadores* a bordo de los barcos ayudaban a menudo a los oficiales a hacer su trabajo sucio, y con gran gusto. Recuerdo que una vez, cuando uno de los oficiales ordenó a un grupo de marineros que tiráramos por la borda una manguera de aceite ligeramente dañada de casi 15 metros de largo y valorada en varios cientos de dólares, porque el capitán no quería molestarse en hacer un informe a la oficina central de la forma en que se había dañado, la mayoría de nosotros nos reímos; era una broma a la compañía: "¡al diablo!".

Un marinero de la IWW, quizá el trabajador más inteligente que he conocido, me dijo una vez cuando hablábamos del sabotaje en los barcos:

Se ve en las revistas que los Estados Unidos están teniendo grandes dificultades para establecer una marina mercante de alguna importancia

porque en América los costes de construcción naval superan a los de otras partes; porque los inversores americanos esperarían un mayor rendimiento del capital invertido en el transporte marítimo que el que obtienen las compañías extranjeras, y porque los salarios de las tripulaciones americanas son más altos que los pagados por las líneas de otros países —con el resultado lógico, según dicen, de que las tarifas americanas de fletes y pasajeros deben ser más altas, y en consecuencia los cargadores encuentran ventajoso entregar sus mercancías en fondos extranjeros. Yo no soy un alto ejecutivo, sólo un fo'c's'le tieso; pero sé lo suficiente para darme cuenta de que todas estas coartadas son sólo superficialmente ciertas; la última coartada, tal vez, ni siquiera superficialmente. De hecho, los oficiales y hombres estadounidenses reciben salarios más altos que las tripulaciones de los barcos de otros países, excepto Canadá; pero en relación con los salarios en tierra, las tripulaciones estadounidenses apenas están tan bien pagadas como las japonesas. Y, en mi opinión, ahí radica una de las causas principales del triste estado de la marina mercante estadounidense. El buscavidas americano en el negocio naviero, como sus hermanos en otras líneas, es estúpidamente codicioso; Para aquellos que, atrapados entre las circunstancias de su entorno y sus propias cualidades y deficiencias innatas, se ven obligados a venderle sus cerebros y fuerza muscular, suele tener poca consideración y los recompensa tan escasamente como puede por todo el esfuerzo que puede exigirles, con el resultado de que a la larga sus esclavos se vengará de él, algunos de ellos mediante sabotajes conscientes, como nuestro sabotaje de la IWW, que mordisquea los elementos vitales del sistema capitalista; otros, medio inconscientemente, a través del sabotaje que no tiene ningún objetivo social y es puramente venganza personal, pero que ciegamente logra el mismo propósito — acelerar la decadencia del sistema. Es cierto que el llamado mantenimiento de los barcos estadounidenses es superior al de la mayoría de los barcos extranjeros, pero eso se debe únicamente a que a las tripulaciones les importan un bledo los barcos o los propietarios y despilfarran voluntariamente. No me cabe duda de que en los barcos estadounidenses se despilfarra más de lo que los armadores consiguen obtener del gobierno en subvenciones.

Unos meses después de que me dijera esto —era en 1922—, mi tambaleante amigo mariner y yo firmamos en el *Oskawa* en Filadelfia. Era un carguero de la United States Shipping Board, de 6100 toneladas brutas, construido en 1918 con un coste de casi dos millones de dólares y equipado con un moderno sistema de refrigeración. Zarpamos hacia Hamburgo con un pequeño cargamento. El viaje fue tranquilo. La tripulación era la habitual de los cargueros americanos, quizá un poco peor. La media docena de wobblies

que encontré en el fo'c's'le eran sin duda los mejores hombres a bordo. El capitán era un hombre mayor, no gozaba de buena salud y estaba algo desconcertado por su responsabilidad. Los marineros, los maquinistas y el mayordomo eran una colección de "borrachos de lima" y "cabezas cuadradas" prepotentes, licenciados durante la emergencia bélica, cuando casi cualquiera podía obtener un billete. Había mucha embriaguez y peleas, además de una navegación deficiente.

En Hamburgo recogimos un enorme cargamento de champán y licores para Sudamérica. Cuatro o cinco días después de salir de Alemania, empezaron a estallar botellas en las habitaciones de los oficiales y en los comedores; finalmente, incluso en el puente y en la sala de cartas, y las cajas de los maravillosos líquidos llegaron a los camarotes de la tripulación.

El viejo capitán —de carácter débil y sin recursos, temeroso de su propia autoridad, aturdido por las interminables regulaciones de la junta naviera y la Ley de Marineros, temeroso de problemas legales que implicarían hacer todo tipo de informes que no sabía hacer— estaba fuera de sí. El segundo oficial era el único que se mantenía sobrio. El barco se desvió de su rumbo varias veces, pero finalmente y milagrosamente, gracias en parte quizás a los seis o siete trabajadores de la IWW que se mantuvieron sobrios y ayudaron al capitán a manejar el barco, llegó a Brasil.

211

Una vez descargada la carga, se descubrió *que al Oskawa* le faltaban más de 100 cajas de champán, *kummet* y otros licores de lujo. El viejo, por supuesto, sabía lo que había pasado con el material; pero como casi todo el barco estaba en una especie de conspiración contra él, no pudo localizar ni una sola caja a bordo ni probar nada contra sus oficiales. Firmó por la escasez, que sería compensada por el barco. Miró a su alrededor, tanto en Río de Janeiro como en Montevideo, pero se dio cuenta de que no podría conseguir mejores oficiales y tripulación en Sudamérica, aunque tuviera la suerte de librarse de su actual banda.

La carga del *Oskawa* en el viaje de vuelta a Hamburgo era de unas 1.000 toneladas de carne congelada.

Un día después, las botellas de champán que habían escondido volvieron a estallar en las habitaciones de los oficiales y en el puente. La mayoría de los oficiales se volvieron abiertamente hostiles al capitán, que no podía más. Llevaba una pistola y, a su manera inútil, amenazó con armar a unos cuantos marineros, entre ellos yo y tres de la IWW, a los que consideraba leales.

Un día, alguien introdujo demasiado aceite en los hornos y el fuego salió por la chimenea, arrojando aceite quemado por todo el barco. El fuego destruyó o dañó buena parte de la estructura superior, incluidos la mayoría de los botes salvavidas, el puente y el chartroom; de hecho, fue pura suerte que la parte sobria de la tripulación —en su mayoría IWW— consiguiera extinguirlo. "Dejaríamos que ardiera", decían los wobblies, "si no fuera porque nos iríamos al infierno con él".

Pero lo peor estaba por llegar. Cuando aún faltaban varios días para llegar a Hamburgo, el maquinista quemó las dinamos, de modo que durante el resto de la travesía el *Oskawa* se quedó sin luces y sin aire frío para las tuberías del frigorífico. De hecho, para gran amenaza de otros barcos en ese rumbo, parte del tiempo navegó de noche sin luces encendidas. Usábamos lámparas de aceite, que, sin embargo, eran poco mejor que nada; y una noche el primer oficial, demasiado borracho en su litera para levantarse y apagar la luz, dio una patada a la lámpara... y tuvimos que apagar otro fuego.

Entonces, en lugar de bombear las sentinas, uno de los hombres bombeó casi toda el agua dulce. Quedaba suficiente para beber, pero no para las calderas, por lo que nos vimos obligados a utilizar agua salada para el vapor, con el resultado de que las válvulas se atascaron de sal. Teníamos que parar cada pocas horas para limpiarlas.

Estábamos a un día de Madeira cuando las máquinas del *Oskawa* se averiaron por completo. Estuvimos a la deriva una noche y un día mientras se reparaba la maquinaria lo suficiente como para que pudiéramos llegar cojeando a Madeira, puerto en el que, sin embargo, no había medios para realizar reparaciones de envergadura, y sólo conseguimos agua y unas cuantas lámparas más y algo de aceite para las luces de marcha. Las dinamos, al parecer, estaban totalmente arruinadas.

212

El sistema de refrigeración no funcionaba, la carne congelada empezó a derretirse y a oler; entonces, para arreglarlo, alguien —sospecho que uno de los de la IWW— inyectó vapor en las tuberías del frigorífico, con el resultado de que antes de que se descubriera gran parte de la carga estaba cocida o estropeada de alguna otra forma.

En cualquier caso, los wobblies se rieron entre ellos, calculando cuánto tendría que pagar el gobierno de Estados Unidos por el cargamento arruinado.

En algún lugar de la costa de Holanda, el suministro de combustible se interrumpió repentinamente y tuvimos que ser remolcados a Hamburgo, donde las investigaciones que siguieron estuvieron a punto de volver loco al capitán. Al final fue exonerado y algunos de los oficiales fueron encarcelados y privados de sus licencias. El *Oskawa* fue reparado lo suficiente como para ser llevado de vuelta a Estados Unidos y depositado allí en el "cementerio", donde ya había cientos de barcos en peores condiciones.

Uno de mis amigos de la IWW a bordo me dijo: "No podrían haber hecho un sabotaje mejor aunque todo el mundo, desde el capitán hasta abajo, hubiera sido un vacilón o un comunista. Aleluya".

4

El incidente del *Oskawa* —del que, por cierto, se tiene constancia en Washington y que también fue objeto de considerable atención en la prensa de Hamburgo de la época, así como de alguna ligera mención en los periódicos estadounidenses— me disgustó por completo con la navegación, así que empecé a ganarme la vida en tierra de nuevo. De 1923 a 1927 trabajé en docenas de empleos desde Filadelfia hasta Los Ángeles —en fábricas de acero, muebles, zapatos y textiles, en granjas y ranchos, en restaurantes, en una cantera de piedra y en una imprenta, en una tienda de comestibles y en una fábrica de automóviles, en trabajos de construcción, en muelles descargando barcos— y prácticamente en todas partes encontré alguna forma de sabotaje. En ningún sitio encontré verdadero entusiasmo por el trabajo, orgullo por el trabajo.

En una tienda de muebles de Cleveland, donde conseguí un empleo como ayudante de carpintero, encontré camarillas de trabajadores organizados para ayudarse mutuamente a trabajar para sí mismos en el tiempo del jefe, fabricando piezas con el material del jefe, luego sacándolas de contrabando bajo sus ropas por la noche, y finalmente montándolas en casa en sillas y armarios, ya sea para la venta o para su propio uso.

En una fábrica de encajes cerca de Scranton, Pennsylvania, donde trabajé durante un tiempo, encontré a los operarios, especialmente a los hombres, de mal humor. La dirección estaba acelerando las máquinas, obligando a los empleados a trabajar cada vez más deprisa por el mismo sueldo, con el

resultado de que había muchos sabotajes en la maquinaria. Se dañaban los telares; en las máquinas grandes se cortaban bandas de cuero con cuchillas de afeitar. El capataz culpaba de estos hechos a "esos bastardos comunistas". Una mañana, en varias de las tiras de cuero cortadas apareció la inscripción "Sacco-Vanzetti" en tiza blanca.

213

Trabajé en tres o cuatro restaurantes de Nueva York y Pittsburgh y me encontré con sabotajes en al menos dos de ellos. En uno de ellos, un lavaplatos comunista, antes de dimitir, vertió varias latas de queroseno en barriles de azúcar y orinó en recipientes de café y té. Imaginé que iba de un trabajo a otro haciendo este tipo de cosas.

En Nueva York conocí a otro comunista, un apuesto joven irlandés pelirrojo, cuyo chanchullo especial consistía en trabajar en las fuentes de soda de las secciones de confección y servir a sus amigos comunistas, a los que contaba por decenas, caros refrescos de leche y sándwiches de lujo por los que les entregaba cheques de cinco y diez centavos para pagar a la cajera. Cuando le descubrían y le daban de baja, se buscaba otro trabajo en el Bronx o en Brooklyn, cerca de alguna fábrica que empleaba a un gran número de comunistas.

En una imprenta de Kansas City, los trabajadores, en lugar de distribuir los tipos caros, los tiraban en la llamada "caja infernal". Un amigo impresor que ha trabajado en imprentas grandes y pequeñas, sindicadas y no sindicadas, por todo el país, me dice que la caja infernal sigue siendo un receptáculo muy popular para los tipos. Pocos impresores conservan hoy en día el amor por la tipografía fina o el buen hacer.

En una fábrica de zapatos de Milwaukee me señalaron a un hombre conocido entre algunos de sus compañeros por ser un *saboteador*. Una persona de aspecto excéntrico, odiaba las máquinas y tenía todo tipo de artilugios para dañarlas. Era una especie de radical indefinido y consideraba que las máquinas eran una gran maldición para la humanidad. He encontrado este odio a las máquinas en otros lugares. La gente lo desahoga en diversas formas de sabotaje, que no tienen ninguna conexión con el IWWism o el comunismo, sino que son puramente una cuestión de resentimiento personal y de venganza. He visto a gente que —a veces borracha, a veces sobria— maldecía la máquina y, al pasar, agitaba el puño contra las fábricas, declarando que no eran sus esclavos. En todas las grandes ciudades industriales parece haber "locos" que creen que las

máquinas están vivas y las tienen —a los trabajadores— en su poder.

Poco después de la guerra leí —olvidé dónde— sobre un soldado estadounidense que creía que las máquinas mataban a la gente en venganza por el trabajo que se les había encomendado. "Detengan las máquinas", gritaba, herido en un hospital, "y no habrá más guerra. Las máquinas hacen la guerra, las máquinas nos matan".

5

Durante la década de 1920, las grandes y amargas revueltas sindicales fueron comparativamente escasas en Estados Unidos, pero la lucha de los desposeídos contra los ricos continuó igualmente de forma incesante e implacable; sólo que ahora ya no era una guerra abierta. En la superficie las cosas estaban tranquilas, pero en el fondo los trabajadores se estaban infectando con los gérmenes del sabotaje y la huelga en el trabajo.

214

Como resultado de las campañas antisindicales de la patronal, de la histeria anti-roja, marcada por incidentes como el juicio de Centralia y el asunto Sacco-Vanzetti, y de la incapacidad de los sindicalistas y radicales para igualar el cerebro y las armas de los industriales en una guerra abierta, no hubo un movimiento radical organizado efectivo en la última década. Hubo, sin embargo, un vasto *movimiento radical no organizado*, que incluía a millones de trabajadores fuera de los sindicatos y de los partidos socialista y comunista, cualificados y no cualificados. Se les abandonó a su suerte para que mejoraran su suerte en la vida y se vengaran del sistema que sólo utilizaba a la gente cuando su trabajo podía reportar beneficios a un empresario, la dejaba morir de hambre (a menos que se convirtiera en contrabandista o delincuente) cuando había un excedente de producción y la desechaba por completo cuando envejecía. Tras la supresión del movimiento radical organizado en 1922 más o menos, hubo quizás tanto radicalismo entre los trabajadores estadounidenses como nunca antes, sólo que ahora apenas encontraba salida en la acción política o industrial abierta organizada como lo había hecho hace 20 años, o incluso en los pocos años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial. El radicalismo de los trabajadores encontraba ahora su expresión individual y personal en hacer lo menos posible por el salario que recibían y en malgastar la mayor cantidad posible de material. Su radicalismo carecía ahora de toda visión y

propósito social; su motivo era principalmente la venganza personal.

Este tipo de radicalismo continuó en la década de 1930. Los trabajadores eran cínicos. El lema en una fábrica donde trabajé una vez era: "Al diablo con todos menos con seis; iguárdalos para los portadores del féretro!". Los trabajadores más inteligentes no tenían fe en la política. Se mofaban del Partido Socialista, sobre todo los que habían visto de cerca las tácticas inútiles de sus dirigentes. No tenían fe en el sindicalismo; la mayoría de los que pertenecían a los sindicatos lo hacían porque debían hacerlo; porque, por el momento, los sindicatos seguían controlando ciertos puestos de trabajo. Sabían que sus dirigentes eran corruptos. He oído a miembros llamar sinvergüenzas a sus funcionarios desde el hemicycleo en las reuniones y referirse a sus organizaciones como chanchullos. No tenían fe en un futuro mejor para ellos como clase, mientras que al mismo tiempo sentían que estaban atrapados, que la mayoría de ellos estaban destinados a seguir siendo obreros hasta que fueran demasiado viejos para trabajar. Sabían que el sistema era injusto para ellos; se lo habían dicho innumerables agitadores rojos y demagogos, pasados y presentes. Se daban cuenta de que la mayoría de sus movimientos de clase, industriales y políticos, en el pasado habían sido en gran medida ineficaces. Sabían que la causa de los bajos salarios era el excedente de trabajadores, y que el desempleo, que les afectaba de vez en cuando, se debía a la sobreproducción. Así que, lógicamente desde su punto de vista individual, hacían huelga en el trabajo y hacían perder tiempo y material a los patronos, alargando así, según ellos, su período de empleo y disminuyendo los beneficios de los patronos, que, según ellos, les pagaban mal.

Esto sucedió, más o menos, como he insinuado, en toda la industria, incluso donde la IWW, que desarrolló la huelga en el trabajo y las tácticas de sabotaje en América, nunca había sido fuerte (excepto, por supuesto, en las grandes plantas con el sistema de aceleración, como las fábricas Ford, donde los movimientos de cada trabajador eran puramente mecánicos, prescritos por la dirección, y el capataz veía que un trabajador los ejecutaba con el resultado requerido). A principios del verano de 1930, por ejemplo, los propietarios de las cafeterías organizadas de Nueva York y Brooklyn informaron de *que los saboteadores* entre sus empleados desperdiciaban o destruían alimentos por valor de entre uno y dos millones de dólares al año.

La avaricia de los industriales había llevado a la clase obrera al sabotaje.

Cuando la IWW lo adoptó, era la única arma eficaz que les quedaba a los desvalidos. Después, los wobblies perdieron el control y el sabotaje perdió su visión social y su finalidad. Los defensores del sabotaje habían soltado en la comunidad una fuerza que no podían controlar y cuyas consecuencias iban mucho más allá de su intención.

Algunos empresarios, tratando de combatir el sabotaje, contrataban espías a los que pagaban más que a los trabajadores normales, y cuyo trabajo consistía en detectar a los huelguistas en el trabajo y a los *saboteadores* y hacer que fueran eliminados y puestos en la lista negra. Pero esto, en mi opinión, era combatir un mal con otro, lo que produjo un tercer mal aún mayor. Con espías en las fábricas, los trabajadores desconfiaban unos de otros, creyendo cada uno que el otro era o podía haber sido un espía. Esto jugaba al diablo con el sentido del honor de los hombres. Tendía a convertirlos en "tacones" y "furtivos". Conozco casos en los que los trabajadores se saboteaban unos a otros, "incriminando" a sus compañeros para conseguir sus puestos de trabajo u obtener otras ventajas. Sé de un caso en el que un hombre fue apaleado por sus compañeros de trabajo que creían que era un espía. Resulta que no lo era.

Además, los espías a menudo fomentaban el sabotaje; o, mejor dicho, las agencias de detectives especializadas en el espionaje de saboteadores a menudo introducían a instructores de *saboteadores* en las fábricas como trabajadores. Éstos enseñaban a los demás empleados medios más sutiles de sabotaje y de soldado, de modo que el detective que los empresarios contrataban para vigilar a los trabajadores pudiera tener algo de lo que informar. Así, en algunos casos, los industriales se veían indefensos ante el sabotaje y la huelga en el trabajo.

El sabotaje y la huelga en el trabajo son formas de venganza que la clase obrera en Estados Unidos —ciega, inconsciente, desesperada— se cobra por la implacable y brutal oposición de los empresarios a sus luchas en el pasado: venganza por la masacre de Ludlow, por el montaje de Mooney-Billings, por la injusticia de Centralia, por el horror de Sacco-Vanzetti, por el cosaco en la huelga del acero.

Posdata

La violencia como publicidad

Cuando se produjo el fatídico crack en octubre de 1929, Estados Unidos tenía, quizás, cerca de dos millones de desempleados, y en los meses de invierno siguientes esa cifra probablemente se duplicó. Pero ningún periódico ni persona de importancia manifestó la menor conciencia de la situación nacional de desempleo hasta marzo de 1930.

Entonces, de repente, el paro saltó a las portadas de todos los periódicos y se convirtió en la comidilla del país, porque el 6 de marzo de 1930 los comunistas organizaron grandes "manifestaciones del hambre" en varias ciudades. Algunas de las manifestaciones —la de Nueva York, por ejemplo, de la que fui testigo— fueron extremadamente impresionantes y culminaron en disturbios, durante los cuales la policía atropelló a la gente y la apaleó, provocando un derramamiento de sangre.

Estas manifestaciones se convirtieron en noticia sensacionalista de primera plana en todo el país, no porque fueran manifestaciones o porque las organizaran los comunistas, sino porque produjeron cabezas sangrantes. Los periódicos publicaron páginas enteras de fotos de disturbios y turbas y primeros planos de personas heridas. La publicidad resultante de estos disturbios, por supuesto, no fue de las más favorables, pero, por desfavorables que fueran algunos de los escritos, pies de fotos y editoriales, empezaron a forzar la situación de desempleo, que estaba empeorando rápidamente, en la conciencia nacional.

A finales de marzo y principios de abril de 1930, hubo más manifestaciones y disturbios en varias ciudades y pueblos, y el desempleo se mantuvo en las portadas incluso de los periódicos antisindicales más conservadores hasta mediados de abril, cuando fue relegado durante unas dos semanas a páginas interiores. El 1 de mayo, más "desfiles del hambre" y disturbios y, como por arte de magia, el desempleo volvió a ocupar la primera página, y los editorialistas empezaron a tomar nota de la situación, llegando algunos de ellos a cuestionar el incesante optimismo del presidente

Hoover. Pero a mediados de mayo el problema volvió a salir de la primera página, para quedarse hasta principios de otoño.

En septiembre hubo más manifestaciones, en las que la policía apaleó a los trabajadores, y, ¡ilisto! portada de nuevo por el desempleo. Creo que en gran parte como resultado de esta publicidad el presidente Hoover admitió en octubre que había una emergencia nacional de desempleo y creó abruptamente una organización federal de ayuda para ayudar a los desempleados durante el invierno, y en diciembre la estimación oficial de Washington del número de desempleados en Estados Unidos era de seis millones.

217

De noviembre de 1930 a marzo de 1931, el desempleo fue portada en las grandes ciudades una media de dos veces por semana. Las diversas organizaciones de ayuda obtuvieron un sinfín de valioso espacio en los periódicos. Pero si uno se toma la molestia de revisar los archivos de los periódicos de Nueva York, Detroit, Cleveland y Filadelfia de esos meses, se da cuenta de este hecho sorprendente: que el desempleo y la ayuda a los desempleados ocuparon las primeras páginas durante tres o cuatro días inmediatamente después de cada manifestación comunista, "redada de alimentos" o disturbio.

Millones de personas desempleadas y ávidas de trabajo no eran noticia a los ojos de la prensa —o al menos la prensa no era consciente de su existencia y de su difícil situación— hasta que la situación se dramatizó o intensificó con manifestaciones que la policía, siguiendo su tendencia natural, convirtió en disturbios sangrientos. Millones de personas que sufren en silencio no son noticia; no son lo bastante dramáticas. Cuando uno de ellos se suicidó en algún callejón, posiblemente tuvieron tres líneas en la página diez, o ni siquiera eso. Pero cuando una multitud salía a la calle y unas cuantas personas se golpeaban la cabeza, eso era noticia de primera plana; eso era dramático.

Lo cual me parece bastante interesante, sobre todo porque los periódicos, por no hablar del farisaico público en general, tendían a indignarse moralmente cuando se producían disturbios, normalmente (y en la mayoría de los casos injustamente) culpando de ellos a los trabajadores. Los editores y redactores no se daban cuenta de que, al dar mayor importancia a las noticias de violencia e ignorar la mayoría de las noticias no violentas, indirectamente —y sin darse cuenta, por supuesto— instaban a los líderes

de los sindicatos, que por regla general eran pacíficos por naturaleza, a desear la violencia. Sin embargo, es evidente que así fue, no sólo en el gran asunto del desempleo nacional, sino, como demostraré, también en las huelgas locales y otras disputas entre capitalistas y trabajadores.

A principios de la primavera de 1929, después de sufrir durante años condiciones peores que la esclavitud, unos 20.000 trabajadores de la región textil del sur abandonaron sus telares en una serie de huelgas que, en muchos aspectos, fueron extremadamente impresionantes y de importancia nacional. Pero estas revueltas no se convirtieron en grandes noticias nacionales ni en el tema de los sermones de los predicadores de "mentalidad social" hasta que estalló la violencia en Gastonia y Marion, Carolina del Norte, y Elizabethton, Tennessee, y siete hombres y una mujer murieron y más de una docena resultaron heridos. Entonces, todos los grandes periódicos del este y del medio oeste enviaron reporteros especiales al lugar de los enfrentamientos, que llevaban años produciéndose. Y las huelgas no fueron un completo fracaso, como habían amenazado ser antes de que los estallidos de violencia llevaran toda la abominable situación a la atención del pueblo estadounidense, que, para gran disgusto de los propietarios de las fábricas, comenzó a interesarse, aquí y allá, por la difícil situación de los trabajadores textiles del sur.

A lo largo de 1928, 1929 y 1930, las condiciones laborales en las regiones bituminosas de Virginia Occidental, Pensilvania, Ohio y Kentucky fueron peores que las condiciones de esclavitud de hace 80 años que produjeron la guerra civil. Pero no fueron noticia importante para la prensa estadounidense hasta el verano de 1931, cuando los mineros se levantaron violentamente y empezaron a estallar bombas y unos ocho o diez piquetes fueron masacrados por los "cosacos".

218

Las malas condiciones de trabajo o incluso las huelgas en Estados Unidos eran grandes noticias, por regla general, sólo después de que los trabajadores, la policía o ambos emplearan la violencia. En la primavera de 1931, presencié por casualidad una disputa intensamente dramática y complicada en las ciudades antracitas de Pensilvania. Treinta mil hombres estaban en huelga, no sólo contra los empresarios, sino también contra su sindicato, que estaba del lado de la patronal. Pero ni ellos ni su causa eran noticias importantes o interesantes —ni siquiera en Pensilvania— hasta que empezaron a marchar por las carreteras en formación masiva y a librar

batallas con esquiroles y "cosacos", y algunos de ellos murieron, y algunos pozos mineros fueron dinamitados. Después de eso se convirtieron en grandes noticias, no sólo en Pensilvania, sino en todas partes; incluso *The Bronx Home News*, un periódico puramente local, publicó un artículo sobre ellos en la primera página.

En mayo de 1931 hubo una pequeña huelga en Greenwich, Connecticut, porque los contratistas de obras públicas estaban reduciendo los salarios. Nadie fuera de Greenwich, quizá ni siquiera mucha gente de Greenwich, oyó hablar del conflicto durante semanas. En pocas horas se convirtió en noticia nacional porque una turba de huelguistas y sus esposas irrumpieron en el ayuntamiento, rompieron puertas y ventanas y resistieron durante tres horas los esfuerzos de la policía, varios de los cuales resultaron heridos, por dispersarlos. Las principales asociaciones de prensa se hicieron eco de la noticia. El New York *Herald Tribune* publicó un largo "especial" en portada. Y principalmente como consecuencia de esta publicación los trabajadores ganaron la huelga.

Podría citar no pocos casos similares. En el invierno de 1928 comenzó un gran cierre patronal de los trabajadores de la calcetería en Winconsin, sobre el que tengo datos auténticos. Fue una huelga dramática e importante, y los líderes intentaron presentar al público el lado de la cuestión de los huelguistas a través de los periódicos, pero durante cinco meses, sin dejar de ser pacíficos y no violentos, sus esfuerzos fueron en vano. Entonces, cuando la huelga parecía casi "muerta", empezaron a explotar bombas y a estallar armas, y de repente la huelga se convirtió en noticia animada en todo el país. En pocos días se dinamitaron 28 casas en Kenosha y sus alrededores, que era el centro de la huelga, incluida la casa del vicepresidente y gerente de una de las empresas de calcetería, que ardió hasta los cimientos. De las demás casas bombardeadas, dos estaban habitadas por huelguistas y 25 por rompeshuelgas. En el mismo periodo, 24 esquiroles y seis huelguistas fueron tiroteados y 3.000 ventanas de casas de empleados no sindicados de las fábricas fueron tapiadas, mientras que durante toda una semana una planta de una gran fábrica de calcetería estuvo salpicada de disparos de rifles equipados con silenciadores Maxim. Los esfuerzos de la policía para localizar a los cerebros de este reino del terror fueron infructuosos, y un gran jurado especial, reunido durante seis semanas, no presentó ninguna acusación. La publicidad resultante de esta violencia fue, en su mayor parte, por supuesto, hostil a los huelguistas, pero los líderes fueron lo suficientemente

inteligentes como para organizar al mismo tiempo manifestaciones patrióticas y acrobacias, como la realización de una peregrinación de huelguistas a la tumba de Robert La Follette, que tendió a compensar la violencia y ganar para los huelguistas la simpatía del público, ayudándoles a conseguir una victoria parcial al final. Según el dirigente que participó en la huelga y que me facilitó estos datos, "la violencia era lo único". Sin ella, la huelga no era noticia, ni siquiera en Wisconsin; estaba muerta, no era lo suficientemente dramática como para merecer el esfuerzo de editores y periodistas por atraer la atención del gran público.

219

Un incidente más. El 15 de mayo de 1931 un grupo de comunistas organizó una manifestación en el transbordador de Ellis Island, en Nueva York, para protestar contra la deportación por el gobierno federal de un joven estudiante chino de la Universidad de Columbia por ser rojo. Hubo disturbios y derramamiento de sangre, y al día siguiente la mayoría de los periódicos neoyorquinos publicaron el suceso en primera página. El tabloide *Daily News* dedicó casi toda su portada a una de las mejores fotos de disturbios que he visto nunca. El incidente fue noticia en otras ciudades. El *New York Times* publicó una "historia" que ocupaba cuatro quintas partes de una columna en la página tres, e inmediatamente debajo un artículo *de una pulgada* sobre la "lucha" no violenta de un gran sindicato internacional de trabajadores de la confección contra los recortes salariales! ... Es decir, el *Times* consideró oportuno destacar un incidente que tenía que ver con el destino de un oscuro estudiante chino, palpablemente porque era un incidente violento, y trató en cinco líneas los esfuerzos no violentos de los dirigentes de un gran sindicato del que dependían los futuros ingresos y el bienestar de más de 100.000 trabajadores y sus familias.

A finales de 1931, un funcionario sindical de Nueva York me dijo:

Las circunstancias me mantienen en la ——— Unión [una organización de la AF de L], pero sé que la AF de L, con su actitud cortés hacia el desempleo, no ha hecho ningún servicio a la clase obrera americana durante esta depresión que se pueda comparar con el prestado por los comunistas, con sus manifestaciones y sus cabezas rotas. Consiguieron la publicidad que asustó al gobierno y a los capitalistas, hizo pensar a la gente y benefició al conjunto de los trabajadores.

II Leon Samson sobre la violencia

En su interesante libro *Toward a United Front* (capítulo sobre la "Revolución Sustitutiva") Leon Samson escribe sobre la violencia en general lo siguiente:

La violencia es la derrota de la fuerza. Y la debilidad de la violencia, evidente en todas partes en la escena estadounidense, es la impotencia de la energía revolucionaria en Estados Unidos, su incapacidad para organizarse y convertirse en fuerza. La atmósfera norteamericana está cargada de violencia porque la sociedad norteamericana está madura para la revolución, mientras que la mente norteamericana no

En resumen, la clase obrera estadounidense será violenta hasta que los trabajadores se vuelvan revolucionarios en sus mentes y motivos y organicen su espíritu revolucionario en la fuerza, en sindicatos con objetivos revolucionarios al poder. Entonces podrán permitirse prescindir de una violencia como la descrita en este libro.

Índice

- AF de Lsee *Federación Americana del Trabajo*
 Huelga de los madereros de Aberdeen de 1912 167-168
Alarma 31,32
 Alejandro, Jorge 124,127,130 Alejandro II, zar de Rusia 31
 Huelga de 1919 de la Allegheny Coal and Coke Company 160-161
 Disturbios en la ciudad de Allegheny en 1814 8-9
 Altgeld, John 52,73
 Federación Americana del Trabajo 101, 102, 105, 106-108, 109-114, 122, 126, 131,
 134, 135-136, 140-145, 149, 159, 162, 164, 166, 167, 186, 193, 219
 Federación Americana de Músicos 188-189
American Federatlonist, The 107
American Law Review 12
 Legión Americana 39, 160,167,170,171,174
American Mercury 115
 Plan americano", 106,111,149,153,185,186
 Sindicato Ferroviario Americano 56, 71-75
 anarquistas/anarquismo 23, 29, 31-32, 33, 40-41, 42-50, 51-52, 53, 57, 58,93, 94,
 109,175-182, 186,194
 Ancient Order of Hibernians, The *ver Molly Maguires*
Llamamiento a la razón 16, 79, 80, 87, 89, 90, 122, 125,128,134,138
Arbelter Zeitung 31,32, 39,43, 44, 45, 48
Argonaut (San Francisco) 126 armisticio 159,163,167,170
 Familia Armour 80
- Baker, Ray Stannard 80 Bakunin 24,29,31,92
 Balmer, Edwin 195
 Huelgas del ferrocarril de Baltimore y Ohio de 1877 20— 22,23
 Beard, Charles y Mary 68 Becker 172
 Sindicato de conductores de vagones de cerveza 39
 Belmont 81
 Berger, Victor 79
 Berkman, Alexander 65-66,182
 Billings, Warren K 58,155-158
 Bimba, Anthony 91
 Black, William P 47
 Bland, Bert 172

- Bland, OC 172
bolcheviques/bolchevismo 39, 159,166, 170, 174-175
bombardeos 46, 58, 76, 77, 95, 121-123,132,133, 155,180,186-189, 201,218
Borah, William 86,87,90
Bordwell, Walter 127-128, 130, 134
Huelga de zapateros de Boston de 1918 175
Boyce, Ed 77,90 Brann, W C 117
Brice, J. B *véase McNamara, James B*
Bridgewater payroll robbery of 1920 ver *caso Sacco— Vanzetti*
Bronx Home News, El 218
Los idealistas de Brook Farm 10-11 Browning, Robert 49
Bryan, William Jennings 79 *véase también Bryanism*
Bryanismo 67,78
Buckle, Henry Thomas 200
Huelga de guardagujas del ferrocarril de Buffalo de 1892 71
Boletín de la Federación Anarquista del Jura 29
Burns, William J. 114, 124-126, 135, 136, 139, 140,141
Butler, John T 141
- Oficios de la construcción de California 141
Federación de Trabajadores de California 153
Liga por la Libertad de Expresión de California 100
Llamada (Nueva York) 152
Capone, Al 189,190-191,193,197,198
Cardwardine, Rev William 72 Carlyle 10
Carnegie, Andrew 65,81
Familia Carnegie 114
Carnegie Steel Company 57, 65
Catholicism 12,14,113-114,139,165
Centralia ultraje 167-173, 182, 214, 215
Chandler, Harry 121
Chase, General 85
Chase, Stuart 200
Los anarquistas de Chicago *ven el asunto Haymarket*
Chicago Board of Trade 42
Federación de Trabajadores de Chicago 162
Incendio de Chicago de 1871 39
trabajo infantil 8-9,-10,38,78,97
Chronicle (San Francisco) 118
Chronicle (Centralia) 171
Liga de Protección Ciudadana de Centralia 170-171

Índice

- Cleveland, Grover 73, 74
Huelga de mineros de Coeur D'alene de 1872 76,95
Collins, Arthur L 83, 84
Huelga de mineros de Colorado de 1913 ver *masacre de Ludlow*
comunistas/comunismo 159-160, 183, 193, 207, 208,212,213, 214,216,217, 219
Cordage Trust. 176
Cosmopolitan 80
cosacos 96,152,164-166, 215, 218
Coxey, Selcher Jacob 68-70
Ejército de Coxey 68-70
criminales y guerra de clases 21, 46, 58-59, 111, 145-146,176,186,203
Huelga de los mineros de Cripple Creek en 1903 84-85
aplastar el movimiento sindical" 153, 154, 155-156, 157,158
- Daily Chronicle (M.)* 61
Daily News (Chicago) 23-24, 39, 46,193
Daily News (Nueva York) 219 *Daily News* (Reino Unido) 180
Danton 24
Darrow, Clarence 51, 75,86,88,90,91,94,103, 126,128,129,130-131,132-134,135,137,138
Davis, LeCompte 132,133 de Leon, Daniel 87,93
de Warville, Brissot J. R 198
Debs, Eugene V 16, 56, 71-75, 79, 86, 87, 88,89, 91, 93,105,109,122,125,131,134,135,139, 143
Rebelión Debs 71-75,105
Partido Demócrata 143
Depew, Chauncey M 67
Dexter, Wirt 42
Diamante,) ack (Piernas) 197
Díaz, Presidente 121
Dreiser, Theodore 17
DucpStiaux, Edouard 198-199
Dunn, Robert W 185
juicios por conspiración con dinamita de 1911 55, 140-142, 186
- movimiento de ocho horas diarias 18, 24, 36, 40-41,42-45, 52, 53, 58, 64, 84-85, 149, 163-166, 168-169
Elia, Roberto 175
Alces 144,169,171
Emerson 10
Asociación de Empresarios del Estado de Washington 139

Índice

- Engel, George 39, 47-50
Ettor, Joe 95, 98-100,175,176
Caso Ettor-Giovanitti 99-100
Everett, Washington batalla en 101 Everset 172
Todos tienen 80 años
Exprés (Denver) 150 *Exprés* (Los Ángeles) 131
Faulkner 172
uso de tropas federales en las huelgas 21-22, 23, 24,42-43, 73,75,76, 77,87,150
Federación de Sindicatos de Estados Unidos y Canadá 54
Feeney, Frank 56
Fickert, Charles M 154,155,156,157
Fielden, Samuel 39, 41, 42, 44, 45-46, 47-50, 52
Hermandad de Bomberos 71
primera guerra mundial 102, 144, 154, 159, 161, 168-169,207
Fischer, Adolph 39,47-50
Flynn, Elizabeth Gurley 95, 97, 99
Ford, Henry 71,197,203,214-215
Foster, William A 47
Foster, William Z 147, 161-162, 163, 164, 165, 206
Fredericks, John D 128, 130, 133
Partido del Suelo Libre 12
luchas por la libertad de expresión 96-97,100-101,161,164
Freiheit 31,180
Huelga de los hortelanos de Fresno en 1909 97
Frick, Henry J. 65-66
Fuller, Alvan T 179-180,181,182
- Gallagher, Andrew 118
Galleani, Luigi 175
gánsters 189-192,193,194-203
Garfield, James A 78
Gary, Joseph E 47,48,159,164
Asociación de Directores Generales 75
George, Henry 37, 50
George, Henry Jr 80 'Gilded Age', The 17
Giovannitti, Arturo 95, 99-100,175,176, 204
Goldfield, Nevada huelgas de 1906-1907 96
Goldman, Emma 65
Gompers, Samuel 54, 55-57, 64, 75,81,94,105, 107, 109, 113, 116, 122, 125-126, 128,
131, 134, 135-136, 137-138, 141-144, 153, 159, 164, 186
Asunto Gompers-Morrison-Mitchell 136, 142,143

- 'goo-goos' *ver Liga del Buen Gobierno*
 Liga del Buen Gobierno 127,130-131,134-135
 Gooding, Gobernador de Idaho 86, 87
 Gorki, Maxim 88
 Familia Gould 51
 Gould, Jay 17-18, 35-36, 37, 40, 41,43, 68
 Grant, Robert 179
 Huelga del Great Northern Railroad de 1894 72
 gran huelga del acero de 1919 161-166
 Greeley, Horace 11,55
 Green, William 144
 Huelga de los obreros de Greenwich de 1931 218
 Griffin, Franklin A 157
 Grimm, C E 171
 Grimm, Warren O 170,171, 172,173
 Grinnel, Julius S 47
 Guillaume 29
- Haggard, H Rider 79
 Hamilton, Alexander 17
 Hanna, Mark 79,81,82
 Harding, Warren G 185
Harper's Magazine 191, 193, 200
 Harriman, E H 89
 Harriman, Job 119,122,126,127,128,129,130, 133, 134-135,138,139
 Harris, Frank 204,206
 Harrison, Benjamin 70
 Harrison, Carter H 42-43, 45
 Harvard 179
 Hayes, Max S 80
 Hayes, Rutherford B 21
 Asunto Haymarket 25, 33, 41,43-50, 51 —52,53,54, 57, 73,102,109,155,186
 Haywood, Bill 55, 76-77, 80, 86-91, 93, 94, 96, 99, 105, 109-110,138,182,206
 Caso Haywood-Moyer-Pettibone 86-92, 94, 95, 124,125,128,186
 Hegel 31
 Henry, Patrick 50
Herald (Chicago) 74
Herald Tribune (Nueva York) 218
 Herrick, Myron T 139
 Herriot, Edouard 180
 Herzen, Alexander 31
 Hill, Joe 101-102

- Hillquit, Morris 80,119
Hockin, Herbert S 141
Huelga de Homestead de 1892 64-65, 76,160
Hoover, Herbert C 216
Howells, William Dean 50 *Hub* (Centralia) 171
Hubbard, F B 169,170,171
Hunter, Robert 80
- IWWsee *Trabajadores Industriales del Mundo*
inmigrantes 7-9, 10, 11-16, 18, 25, 29-32, 33, 34, 41, 57, 68, 79, 95, 97-100,102,110,113,116, 150,175-182, 201,204,213
inmigrantes, neerlandeses 7,8,110
inmigrantes, alemanes 7, 8, 25, 29-32, 34, 79
inmigrantes, irlandeses 7,8,9,11-16,57,95,110,113, 213
inmigrantes, italianos 97-100,175-182
Sociedad Socialista Intercolegial 80
Independiente, El 88
revolución industrial 10-11,78
Trabajadores Industriales del Mundo 56, 76, 92, 93-102, 109-110, 143-144, 149, 159, 167-173, 175,182,185, 204-215
Ingalls, John J. 67 Ingersoll, Robert 50
Interoceánica 20
Asociación Internacional de Trabajadores de Puentes y Estructuras de Hierro 110
Sindicato Internacional de Carpinteros 39, 44
Sindicato de Trabajadores del Hierro 109-114,124,126,128,138, 140-142,144
Irvine, Alexander 127,134
- Johannsen, Anton 114,116,118,135-136,140
Johnson, Hiram 117
Journal of Commerce (Nueva York) 9
- K de L ver *Noble Orden de los Caballeros del Trabajo*
Keegan, John) 138
Kelley, J. A 118
Kelly, Charlie 69
Caballeros de Colón 113
Kropotkin 29,31,58
Ku Klux Klan 39
- Trabajo* (San Luis) 141.142
LaFollette, Robert M 159

- Lamb, John 172
Sindicato de Lavaderos 188
Huelga de los obreros de la fábrica Lawrence de 1912 97-100, 149,176,204
Lincoln, Abraham 30, 78
Lingg, Louis 39, 44, 47-50, 57, 58, 65, 187
Literary Digest. 202
London, Jack 80
LoPizzo, Annie 99
Huelga de impresores de Los Ángeles de 1890 117
Lowell, A Lawrence 179
Masacre de Ludlow 149-150, 215
Lumber Trust 167-169
huelga de los trabajadores de la madera de 1917 168-169
- MacDonald, Ramsey 61,82,143,180
Sindicato de Maquinistas 138
Mafia, El 143
Maguire, Molly 11,12-14
Unión de Marmolistas 191
Marx y Engels 29, 30, 58,192,202
marxismo 29-30,31,55
Instituto Tecnológico de Massachusetts 179
masacres de 1913-1917 151-152
McCarthy, Patrick H Pinhead 115-116, 118, 119
McClure's 80,88
McClusky, Michael 188
McCormick Reaper funciona, batalla en 23-24
McDonald, John 156
McGraw véase *McManigal*, *Ortie*
McInery 172
Huelga de vagoneros de McKees Rocks de 1909 96-97, 102,152
McKenna, Juez del Tribunal Supremo 88
McKinley, William 77, 82
McLoughlin, James 191
McManigal, Ortie 124,125,141
Asunto McNamara 55, 92,110,113-114, 117, 122, 124-139, 140, 141, 142, 143-144, 149, 153, 159,162,182,186,187,191
McNamara, J. ames B 103,113,119, 124-1 39, 140, 141,142,143-144,186,187
McNamara, J. ohn J. 113, 119, 124-139, 140, 141, 142,143-144,187
McParland, James 15, 86
Mede, James 181

Índice

- Asociación de Comerciantes y Fabricantes 117
Huelga del Michigan Central Railroad de 1877 23
Miles, General Nelson 75
Instituto del Servicio Militar de Estados Unidos 24 milicia, uso en huelgas 8, 21-22, 23,
24, 32, 33, 59, 65, 76, 84-85, 98-100,150
Miller, Edward W 118
Asociación de Propietarios de Minas 87, 91
Asociación Benéfica de Mineros y Obreros 13
huelga de mineros de 1874-1875 13
huelgas mineras de 1931 217-218
Mitchell, John 79, 81, 82-83, 85, 94, 105, 107, 137, 142,143
Molineux, General E L 24 Mollies véase *Molly Maguires*
Molly Maguires 11-16, 20, 33, 35, 57, 86,88,113, 143, 187
Montforte, Anthony 188
Mooney, Rena 154,155-156
Mooney, Thomas J. 58, 116, 144, 153-154, 155-158, 215
Caso Mooney-Billings 155-158,215
Moran, 'Bichos' 191,197,198
Morgan 172
Morris, William 49
Morrison, Frank 107,126,129,137,142,143
Morton, Eric B 118
Most, Johann 27, 33, 57
Mother Jones 22, 33, 40, 41, 43, 56, 83, 85, 93, 151
Moyer, Charles 85, 86-91
Munsey's 80
Miinsterberg, Prof. Hugo 90
Unión Protectora Mutua de Músicos 188
- Nación, Los* 175
Asociación Nacional de Fabricantes 122
Oficina Nacional de Estadísticas Laborales 37-38
Comité Nacional para la Organización de los Trabajadores de la Siderurgia 162-
163,164,166
Asociación Nacional de Montadores 111,113,114,124
Nechaev 29
Neebe, Oscar 39, 47-50, 52
Huelga de los obreros de las fábricas de Nueva Jersey de 1915 1 SI— 152
Nueva República, The 175
Motín de los estibadores de Nueva York.de 1836 8
Desfile del hambre de Nueva York de 1874 19-20 Nietzsche 116,117,202

Índice

- nihilismo 31
Noble Orden de los Caballeros del Trabajo 34-37, 38, 40-41,44,47,51, 53, 54, 55, 56, 68, 93
Nockles, 'Big Ed' 134,136
Nolan, Edward D 155-156
Nolan, JohnS 118
- Oglesby, Gobernador de Illinois 50
Older, Sra. Fremont 118
Olin, Stephen H 24
Orchard, Harry 86-88, 90-91
Orth, Samuel P 11
Incidente de Oskawa de 1922 210-212
Otis, General Harrison Gray 116-119, 121-123, 127,128,129,139,149,153
Outlook, The (Londres) 78.179.181
Oxman, FrankC 156,157
- Pacific Gas and Electric Company 155-156
Huelga de los mineros de Paint Creek Junction de 1913 151
Palmer, A Mitchell 174
pánico de 1873 18-19
pánico de 1893 67
Municipio de París 24, 35
Parks, Sam 111
Parsons, Albert 23, 31, 32, 39, 41,42,44, 45-46, 47-50
Parsons, Lucy 93, 94 Patterson, Thomas M 88 Peabody, James 84
Revista *Pearson* 204
- Sheehan 172
Ley Sherman antimonopolio 106
Sherman, Charles O 94
Silva, Frank 181
Simons, A S 79, 80
Sinclair, Upton 79-80, 206
Huelga de los obreros textiles de Skowhegan, Maine, 1907 96
Smith 172
Partido Socialista Laborista de Chicago 23, 30-31, 39, 116,119,127,153
Partido Socialista de América 79,127,143, 214
socialistas/socialismo 10-11, 23, 24, 25, 29-31, 33, 39, 46, 55, 71, 79, 82, 94, 116,119,122,124-131, 133, 134-135, 138-139, 143, 150, 174-175,202,214
Sorel, Georges 82,92

Índice

- South Braintree robo de 1920 ver *Sacco— Vanzetti caso*
huelgas de los trabajadores textiles del sur en 1929 217
Spargo, John 80
Spencer, Herbert 31
Espías, agosto 39,41,44,45,47-50
San Juan, Vicente 83, 95
Huelga de la Standard Oil Company de 1915 152
Stanton, Danny 191
Steel Trust. 111,114,159,161,163,164,166,167
Steffens, Lincoln 80.133
Stephens, Uriah S 34
Stephens, William D 157
Steunenberg, Frank 77, 86, 87
Stratton, Samuel W 179
Sun (Nueva York) 152
Swanson, Martin 155-156,157
- Taft, William Howard 140
Tarbell, Ida 80
Huelga de los mineros de Telluride de 1901 83-85, 95
Temps (París) 180
Terret, Courtney 197
Thayer, Webster 177-178,179
Thoreau 202
Times (Los Angeles) 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121-123, 124, 125, 128, 129, 130,
132-133,134,140,141
Times (Nueva York) 135-136,187,219
Teoría de la fuga de gas en el edificio Times 120, 122, 126, 128,132-133
Times, The (Chicago) 39, 46
Trautmann, William E 80, 95, 99
Tribune (Chicago) 39, 40, 43, 46, 92, 190, 191, 193
Tribune (Nueva York) 137,138,141,142
Tridon, AndrS 138
Tveitmoe, O A 116,118,119,125,135-136,140, 141,153,187
Twain, Mark 17,88
- desempleo 19, 20, 21, 22,38,39-40,41,42-43, 68-70, 80, 185, 186, 192-193, 198, 199,
201,216-217
United Mine Workers 81,82-83,160
United Railroads strike de 1916 154,155
United Steel Corporation 162.164

Índice

- Huelga de la Utah Construction Company de 1914 101
- Van Dine, *Ssee Wright, Willard Huntington*
- Van Patten, Philip 31 Familia Vanderbilt 51
- Vanderbilt, William H 37, 68
- Vanzetti, Bartolomeo 144,175-182
- La voz de la industria* 7
- Huelga de los trabajadores del ferrocarril Wabash de 1885 36
- Crac de Wall Street de 1929 216
- Wall Street Journal* 137
- Walling, W E 80 Wayland, J. A 80
- Lista "No patrocinamos" 106-108
- depósitos de armas 24, 33
- Weinberg, Israel 155-156
- Federación Occidental de Mineros 56, 76-77, 81-82, 83-85, 86, 87, 90, 92, 93-94, 95,109
- WF de M *véase Federación Occidental de Mineros*
- Blanco, Bouck 138
- White, William Allen 79
- Wickes, TH 72
- Wilde, Oscar 49
- Wilson, Juez 173
- Wilson, Woodrow 101, 143, 154, 157, 159, 162, 164,174,185
- Huelga de las obreras de la calcetería de Winsconsin de 1928 218— 219
- Windom, William 67
- Wobbliessee *Trabajadores Industriales del Mundo*
- Wood, General Leonard 154
- World* (Nueva York) 20, 38, 51,109,151-152,164, 180,197
- Wright, Frances 7
- Wright, Willard Huntington 117
- Yellow Dog'contratos 185
- Zeisler, Sigmund 47

DINAMITA

Un siglo de Violencia de clase en América 1830-1930

"¡DINAMITA! De todas las cosas buenas, ésta es la mejor! Mete varios kilos de este sublime material en un tubo de una pulgada... taponá ambos extremos, inserta un tapón con una mecha, colócalo en las inmediaciones de un montón de gandules ricos que viven del sudor de la frente de otras personas, y apaga la mecha. El resultado será de lo más alegre y gratificante. Al dar dinamita a los millones de oprimidos del mundo, la ciencia ha hecho su mejor trabajo..."

De 'Alarm', 21 de febrero de 1885

DYNAMITE', escrito en 193 y ahora revisado, relata una fascinante, y en gran parte olvidada, historia de lucha de clases durante los comienzos industriales de Estados Unidos. Es la historia de la brutal explotación, las masacres y los asesinatos judiciales dirigidos contra los trabajadores. Es también la historia de cómo respondieron éstos; al principio con huelgas pacíficas, pero más tarde con dinamita y corrupción. El autor muestra cómo un nivel de violencia inaudito en Europa fue el resultado inevitable de la situación americana.

£4.50

Portada de Clifford Harper

REBEL PRESS